

COMENTARIOS SOBRE EL LIBRO DE JOB. (C,G,S)*

Los comentarios sobre Job, que el editor de Verona había añadido a los comentarios sobre los profetas mayores para ampliar el quinto tomo, nosotros, para que nuestro tomo no excediera la medida justa, los hemos trasladado aquí, siguiendo el orden bíblico de otra manera.

PRÓLOGO.

Job, que se interpreta como doliente o grande, llevó la figura de Cristo. Sus amigos, en cambio, sostienen la figura de los herejes, quienes, bajo el nombre de Cristo, blasfeman e impugnan a Cristo; Heliu y Baalam [Al. Baldad], presentan el tipo de los filósofos, porque, desde fuera, es decir, situados fuera de la fe, acechan a la Iglesia de Dios. Estos, en efecto, se imponen nombres preciosos, como si ellos fueran el oro de Dios o sus principales observadores. Eliphaz, en latín, suena como el oro de mi Dios. Baldad, principal, secretos antiguos [Al. vetustas]. Sophar, observador o trompeta. Estos, en efecto, elevados por el bien de la naturaleza, predicaban algunas cosas sabiamente, jactándose de su severidad, siendo defensores de la mentira: porque hablan de Cristo, no como corresponde a su divinidad, sino como conviene a su impiedad.

COMIENZAN A EXPLICARSE LOS CAPÍTULOS.

CAPÍTULO I.

Había un hombre en la tierra de Uz, llamado Job. Y era aquel hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Y le nacieron siete hijos y tres hijas. Y su posesión era de siete mil ovejas y tres mil camellos: quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas, y una familia muy numerosa. Y era aquel hombre el más grande entre todos los orientales. Y sus hijos iban y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día. Y enviaban a llamar a sus tres hermanas, para que comieran y bebieran con ellos. Y cuando los días del banquete habían pasado en círculo, Job enviaba a ellos y los santificaba: levantándose de madrugada, etc. Uz y Buz fueron hijos de Nacor, hermano de Abraham, hijos de Melca, hermana de Sara, de cuya estirpe descendió Job. No como algunos falsamente sospechan, que era del linaje de Esaú (Jer. Cuest. en Gén.). Pues Eliphaz nació de Ada, esposa de Esaú, y reinó en Temán, de donde también fue llamado Temanita. Temán, Idumea, Seir Daroma, Zebora, fue la región de Esaú. Sin embargo, Job, un gran hombre, habitó en la tierra de Uz, que se interpreta como consejera. Pero también Elcana, que se interpreta como posesión de Dios, padre del santísimo profeta Samuel, es llamado un solo hombre: pues no se movía ni era inestable por diversas cosas, sino que permanecía firme e inmovible, era un solo hombre: y por eso moraba en el monte Efraín fructífero. En la alta contemplación de las virtudes, para que la sublimidad de su mente no fuera derribada ni su unidad dividida por las agitaciones de los vicios que lo rodeaban y ladraban. Por lo tanto, este gran y distinguido hombre Job, se dice que habitó en la tierra de Uz, que se interpreta como consejera. Pues la tierra de su carne no superaba su alma, sino que hacía todo bajo el consejo de su alma gobernante: de donde él mismo dice: Hice un pacto con mis ojos, para no pensar siquiera en una virgen. Este consejo y pacto alguna vez lo hicieron entre sí su hombre interior y exterior: para que la tierra, es decir, su carne, al obedecer, se convirtiera en consejera del espíritu, para que la iniquidad no dominara en ella. Y porque el hombre, según el testimonio divino, era sencillo, habitando en casa: sobresalía en estas cuatro virtudes, prudencia, justicia, fortaleza, templanza.

Ofrecía holocaustos por cada uno. Pues decía: No sea que mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en sus corazones. Así hacía Job todos los días. Pero un día, cuando vinieron

los hijos de Dios para presentarse ante el Señor, también Satanás vino entre ellos. Y el Señor le dijo: ¿De dónde vienes? Y él respondió: He recorrido la tierra y la he paseado. Y el Señor le dijo: ¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra: hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? Y Satanás respondió: ¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No lo has protegido a él, a su casa y a toda su hacienda por todos lados? Has bendecido las obras de sus manos, y su posesión ha crecido en la tierra. Pero extiende un poco tu mano, y toca todo lo que posee, y verás si no te maldice en tu cara. Entonces el Señor dijo a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano: pero no extiendas tu mano sobre él. Y Satanás salió de la presencia del Señor. Y un día, cuando sus hijos e hijas comían y bebían vino en casa de su hermano primogénito, un mensajero vino a Job y le dijo: Los bueyes estaban arando, y las asnas pastaban junto a ellos, y los sabeos cayeron sobre ellos y se los llevaron, y mataron a los siervos a filo de espada: y solo yo escapé para contártelo. Mientras él aún hablaba, vino otro y dijo: Fuego de Dios cayó del cielo y consumió las ovejas y a los siervos: y solo yo escapé para contártelo. Pero mientras él aún hablaba, vino otro y dijo: Los caldeos formaron tres grupos, y se apoderaron de los camellos, y se los llevaron; también mataron a los siervos a filo de espada, y solo yo escapé para contártelo. Mientras él aún hablaba, otro entró y dijo: Mientras tus hijos e hijas comían y bebían vino en casa de su hermano primogénito, de repente un viento fuerte vino del desierto, y golpeó las cuatro esquinas de la casa, que cayó sobre tus hijos, y murieron, y solo yo escapé para contártelo. Por sus hijos, a quienes gobernaba de tal manera que no tanto por los crímenes presentes, sino por los pecados ocultos en el corazón, que también pueden escapar al conocimiento de los hombres, suplicaba la clemencia divina con sacrificios continuos. El privilegio de ofrecer se debía principalmente a los primogénitos, o más bien a los reyes: por la excelencia de la sabiduría, o la nobleza del linaje. Y porque dijimos que Job lleva el tipo de Cristo, veamos ahora qué significa la tierra de Uz en Cristo. Entendemos esta tierra como el verdadero hombre asumido de María, que por eso, al ser asumida por el Hijo de Dios, se llama consejera, porque por la divinidad del que la asume, habitan en ella los tesoros de la sabiduría y el conocimiento divinos ocultos; a la cual se unió con tal conexión indisoluble, que él mismo en la Trinidad es el único Hijo de Dios. Los siete hijos parecen significar para nosotros la gracia septiforme del Espíritu Santo; y las tres hijas, la ley, la profecía y el Evangelio. Las ovejas nombran al pueblo de Cristo, por la inocencia, que en el bautismo han dejado las manchas de los pecados. En los camellos, muestra la depravación de las naciones, que vienen a Cristo con cargas de crímenes y sentidos tortuosos. En los bueyes, que son animales puros, el pueblo de los judíos. En las asnas, mostró al pueblo de las naciones como un ganado impuro. De donde Isaías dice: Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor: es decir, que el nacimiento de Cristo en la carne fue reconocido en parte por los judíos y las naciones: y en el pesebre del altar del Señor, como animales puros, se acercaron por el Bautismo: tal vez a esto se refiere aquel Evangelio: Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera. En el yugo, significó a los judíos: en el asno, al que más le corresponde la carga, a las naciones, como dijimos antes. Cristo es llamado grande entre todos los orientales, según aquello: Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros. El número de los animales en siete y tres mil, y en quinientos es sagrado. Pues siete, según la autoridad de las Escrituras, significan una cierta plenitud del misterio sagrado: como allí, siete espíritus, siete candelabros, siete Iglesias. En tres mil: el alma, el cuerpo y el espíritu, o el conocimiento de la doctrina triple, en las Escrituras sagradas, o el sacramento de la bienaventurada Trinidad puede entenderse: porque toda la multitud de creyentes, caminando el camino de tres días, desea llegar a la perfección de la eternidad. Los quinientos que surgen de cinco multiplicados por cinco hacen cincuenta y cinco, significan haber pasado de las fragilidades de la edad resbaladiza a un hombre perfecto; y por diez veces cinco llegan a cincuenta, así por diez veces cincuenta ascienden a quinientos. De manera similar, toda la

Iglesia, que figura la columna y el fundamento de la verdad de Cristo: en la cual nuestros sentidos reciben purificación o remisión de pecados: porque en este número no solo se declara la remisión de los pecados, sino también la venida del Espíritu Santo. Los hijos de Dios: deben entenderse como ángeles o santos, que por el don de la gracia del Espíritu Santo son llamados hijos de Dios. Entre estos, por tanto, se dice que el diablo está presente: porque con el permiso de Dios a menudo se atreve a tentar a los santos. ¡Qué admirable concordia fraterna de los hijos de Job! Pero porque mostramos que Job lleva el tipo de Cristo: decimos que estos más adelante por figura son las siete gracias de la Iglesia, que cumplen con el banquete espiritual de los sacramentos, teniendo consigo la Ley, la Profecía y los Evangelios: como tres hermanas, se sacian con los manjares de la inteligencia de los divinos discursos. En la ruina de la casa, que aplastó a los hijos de Job; muestra la persecución o la crueldad de los antiguos príncipes y reinos contra la Iglesia. El que permaneció solo para anunciarlo, indica la rareza de esos perseguidores. Los sabeos se interpretan como cautivos: y los caldeos como demonios: estos cautivos de los demonios atacan a la Iglesia: estos no solo donde pueden, alejan a los rebaños del Señor, sino que también los consumen con su fuego, que pretenden ser del cielo, con herejías o la depravación de la superstición. También la presencia de los reyes, con la similitud de un viento violentísimo, sacude la casa de Cristo, confirmada como por los cuatro ángulos de los Evangelios: para que los mencionados siete hijos y tres hijas perezcan junto con la casa misma.

Entonces Job se levantó, rasgó sus vestiduras, y con la cabeza rapada, cayó en tierra, adoró y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. El Señor dio, el Señor quitó: como al Señor le plació, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor. Se levantó para la tolerancia de la paciencia. Pues también Job, es decir, Cristo, se levantó para dar paz a la Iglesia, para significar el acto de la venganza. Rasgó sus vestiduras: separó a los fieles de los infieles. Cayó en tierra, cuando se vació de la forma de Dios hasta la forma de siervo. Desnudo salió del vientre de su madre, sin ninguna mancha de pecado original. En persona del hombre dice: El Señor dio, y el Señor quitó. El Padre dio a los buenos en herencia, y a los malos los excluyó del reino de su Hijo.

En todo esto no pecó Job con sus labios, ni habló necedad alguna contra Dios. Esto dice: porque la sabiduría del Padre no pudo hablar neciamente: ni el Cordero inmaculado cometer pecado.

CAPÍTULO II.

Sucedio que un día, cuando vinieron los hijos de Dios y se presentaron ante el Señor, también Satanás vino entre ellos, y se presentó ante él, para que el Señor dijera a Satanás: ¿De dónde vienes? Y él respondió: He recorrido la tierra y la he paseado. Y el Señor dijo a Satanás: ¿Has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra: hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, y aún mantiene su integridad? Tú, sin embargo, me incitaste contra él, para afligirlo sin causa. Y Satanás respondió: Piel por piel, y todo lo que el hombre tiene lo dará por su vida: de lo contrario, extiende tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no te maldice en tu cara. Entonces el Señor dijo a Satanás: He aquí, está en tu mano: pero guarda su vida. Satanás salió, pues, de la presencia del Señor; y golpeó a Job con una llaga maligna desde la planta del pie hasta la coronilla: quien se rascaba con un tiesto, sentado en el estiércol. Y su esposa le dijo: ¿Aún mantienes tu integridad? Bendice a Dios, y muere. Y él le dijo: Has hablado como una de las mujeres necias. Si recibimos el bien de la mano de Dios, ¿por qué no soportaremos el mal? En todo esto no pecó Job con sus labios. Al oír, pues, los tres amigos de Job todo el mal que le había sucedido, vinieron cada uno de su lugar, Elifaz el temanita, Bildad el suhita, y Zofar el naamatita. Habían acordado

venir juntos para visitarlo y consolarlo. Y cuando alzaron sus ojos desde lejos, no lo reconocieron. No porque Dios ignore; sino para enseñarnos qué respondió Satanás, que se interpreta como adversario.

Y clamando lloraron: y rasgando sus vestiduras, esparcieron polvo sobre sus cabezas hacia el cielo. Y se sentaron con él en tierra siete días y siete noches, y nadie le hablaba palabra. Pues veían que su dolor era muy grande. Porque todos los herejes dicen ser amigos de Cristo; de quien se glorían de haber sido redimidos con su sangre. Y después se convierten en sus enemigos, atacando a su Iglesia. Pero al ver su llaga, rasgaron sus vestiduras, y echaron polvo sobre sus cabezas: significa a aquellos herejes que creen que Cristo es Dios en la gloria celestial: no creen en la encarnación y pasión: pero ofendidos por su oprobio y humillación, estallan en blasfemia, rompen la fe, y se separan de la unidad del cuerpo. Y echando polvo sobre sus cabezas, cubren y sepultan sus corazones con un sentido terrenal y muerto. También durante todo el tiempo de su vida, que se contiene en siete días y noches; condenan su boca indigna con la confesión divina, con el mudo reproche de la infidelidad, y se cerrará la boca de los que hablan iniquidad.

CAPÍTULO III.

Después de esto, Job abrió su boca, y maldijo su día, y habló: Perece el día en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre. Que ese día se convierta en tinieblas. Después de esto, como dice el escritor de esta historia, que la opinión atribuye a Moisés, Job abrió su boca, y maldijo su día diciendo: Perece el día en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre. Job, que tuvo en sí el tipo del Salvador, lloró la mortalidad del género humano: que por el pecado, por la justa sentencia de Dios, fue infligida al hombre. Perece el día en que nací: que vuelva por Cristo la inmortalidad, que Adán perdió por el delito de la transgresión, y que se aleje de mí la muerte, que contraje por el pecado de otro. Y Jeremías: Maldito el día en que nací. De donde no hay duda de que todos estos detestan la transgresión de Adán. Espiritualmente, pues, el día con su noche, pueden entenderse como el diablo y la mortalidad: no porque sea día, sino porque fue cuando permanecía con Dios, de quien al apartarse se convirtió en noche, o porque a los impíos y pecadores, que se alegran en esta prosperidad y felicidad, les parece ser día. De donde se dice:

Será quitada de los impíos su luz. No lo busque Dios desde arriba. Esto es, que su memoria no sea hecha ante Dios para bien.

Y no sea iluminado con luz. Del reconocimiento de Dios, o del arrepentimiento.

Que lo oscurezcan las tinieblas y la sombra de la muerte. Las tinieblas son los pecados y la envidia.

Que lo ocupe la oscuridad, y se envuelva en amargura. Es decir, la ceguera del corazón.

Que la noche aquella la posea un torbellino tenebroso. Porque provoca a Dios a la amargura, como también los demás satélites suyos: aprehendido por el furor de la ira de Dios, sea rodeado de todos los males, y envuelto. Que la noche aquella la posea un torbellino tenebroso: es decir, el diablo, que quitó al hombre el día de la felicidad, e introdujo la noche de la vida inquieta.

No sea contada entre los días del año. El año se entiende como Cristo, que en sí mismo todo lo revuelve y contiene. En los días de este año, no sea contado el diablo: es decir, no sea unido al número de los santos.

Ni sea numerado entre los meses. Los meses en este lugar entendemos correctamente como los santos apóstoles, que, como árboles del paraíso, traen frutos espirituales a la Iglesia.

Sea aquella noche solitaria, y no digna de alabanza. Por la predicación de los apóstoles, donde se reconoce el día de la salvación, que Abraham vio, y se alegró.

Maldíganla los que maldicen el día: los que están listos para despertar a Leviatán. Los santos, sin duda, maldicen con detestación el día de la transgresión de su muerte: que no sirviendo a los vicios, despiertan contra sí al dragón, el enemigo más fuerte.

Sean oscurecidas las estrellas con su oscuridad. Los pecadores, que en la noche, con las riquezas y el honor del mundo, creen brillar, sean oscurecidos con la oscuridad de la ceguera, y por su mérito, no vean la luz del Evangelio.

Espere la luz, y no la vea. Ni la noche de la transgresión y la muerte, en la que el diablo tiene su reino, puede conocer la luz del Redentor Cristo; ni aquellos que nacen en ella, a menos que la destruyan renacidos por el bautismo.

Ni el amanecer de la aurora naciente. Significó la resurrección de Cristo: de donde, en el salmo, se dice vigilia matutina.

Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó: ni apartó los males de sus ojos. ¿Por qué no morí en el vientre? ¿Por qué al salir del útero no perecí de inmediato: por qué fui recibido en las rodillas? ¿Por qué fui amamantado en los pechos? Bajo su persona, llora las miserias del género humano: ¿por qué, para morir de nuevo, sufre los males de esta vida: por qué la misma muerte mortal no lo extinguió en el vientre?

Ahora estaría durmiendo en silencio, y descansaría en mi sueño con los reyes y consejeros de la tierra, que edifican para sí desolaciones: o con los príncipes que poseen oro, y llenan sus casas de plata. Príncipes, reyes y consejeros, aunque en el infierno sufren las miserias del tártaro: ahora, sin embargo, en sus cuerpos no sienten tormentos. Habría querido que su muerte me viniera bajo esta condición.

Aut como un aborto oculto no subsistiría, o como aquellos que concebidos no vieron la luz. De varias maneras y con ejemplos dice que no debería haber sufrido estas penas en las que estaba. ¿Por qué no morí en el vientre? Y luego dice: Ahora, sin embargo, durmiendo estaría en silencio, y en mi sueño descansaría con reyes y cónsules. Tal vez sea un ejemplo contra aquellos que dicen que no resucitarán, a menos que hayan nacido según el orden. Pues si los concebidos mueren en el útero, es necesario que hayan estado vivos: y todo lo que muere, sin duda resucitará. Así, lo que estuvo en los miembros y vivió, y la naturaleza dio menos: esto se restaurará por completo en la resurrección: pues la restauración de la raza humana en mejoría devolverá todo lo que la naturaleza había defraudado. También dice que los abortos, que en la naturaleza humana se degeneraron, están alejados de las penas, quienes se construyen soledades más que casas. Pues el diablo habita en ciudades desoladas y en casas desiertas. No tienen a Dios como huésped, y poseen oro, como son los filósofos y otros sabios de este mundo, el brillo de un buen ingenio, y el esplendor de la elocuencia.

Allí los impíos cesaron del tumulto. Sin duda en el infierno. Y como lo tradujeron los Setenta, allí los impíos depusieron su furia, es decir, la soberbia y el orgullo, con la crueldad de los que se glorían en este siglo, se humillaron en el infierno.

Y allí descansaron los fatigados de fuerza. Como tiene otra traducción: allí descansaron los fatigados de cuerpo: liberados de la opresión y la miseria, y también del trabajo de este mundo.

Y los que fueron prisioneros juntos sin molestia. Dice que los vencedores y los que fueron prisioneros en el infierno habitan juntos, sin embargo, sin injuria ni molestia de los prisioneros: no como aquí donde, además de las penas, por cautiverio o dura servidumbre, también por diversas otras calamidades, los hombres están obligados, por el dominio y la injusticia de los inicuos.

No escucharon la voz del opresor. No temen las órdenes de los que mandan o exigen injustamente.

Allí están el pequeño y el grande, y el siervo y el libre de su señor. ¿Por qué se dio luz al miserable, y vida a los que están en amargura de alma? Que esperan la muerte, y no llega, como quienes cavan un tesoro: y se alegran mucho cuando encuentran la tumba. Como veo, en el infierno hay igualdad de personas, y nadie teme el dominio de otro: ¿por qué se me dio a mí, miserable, esta luz, y una vida similar a la de aquellos que están en amargura de alma, cuando son mejores las prisiones de los infiernos que esta vida miserable del mundo llena de tormentos: donde por las angustias los hombres buscan la muerte, y con gran deseo esperan que llegue? Usó un ejemplo excelente, diciendo: Como quienes cavan un tesoro, porque ciertamente se alegran cuando encuentran la sepultura deseada.

Al hombre cuya vida está oculta; y Dios lo rodeó de tinieblas. Habla de sí mismo: Así pues, caminaba en los mandamientos de Dios, creyendo que el fruto de mi justicia me respondería; pero el mérito de mi vida está oculto, y por esto estoy rodeado de las tinieblas de las penas: de modo que ese bien me fue sustraído, y este mal añadido. Pero lo que dijo de las penas con el nombre de tinieblas, escucha lo que sigue:

Antes de comer suspiro, y como aguas inundantes, así es mi rugido. Entre otros tormentos, también el diablo le infligió esta enfermedad, que los médicos llaman bolimiodes, la cual se dice que tiene tal pena, que antes de la comida el enfermo es atormentado, y después de la comida tiene dolores incesantes. Por eso dice: Como aguas inundantes es mi rugido.

Porque el temor que temía me sobrevino. Temía ofender a Dios pecando, y que Él, ofendido, ejerciera en mí la ira de su justicia. Pero ¿de qué sirvió evitar los pecados, cuando, como si fuera culpable de todos los pecados, soy atormentado? Sigue:

Y lo que temía me sucedió. Repite con otras palabras lo que había dicho antes. Para confirmar lo dicho, tales cosas suelen repetirse en las Escrituras. No dice esto con arrogancia, para injuriar a Dios, sino que habla libremente por el mérito de su conciencia.

¿Acaso no disimulé? No devolviendo mal a los que me hacían mal.

¿Acaso no guardé silencio? Para no pecar con mi lengua, puse guarda a mi boca.

¿Acaso no descansé? Sabiendo que cuando Dios se levante en juicio, salvará a todos los mansos de la tierra.

Y vino sobre mí la indignación. En este lugar llama indignación a la multitud de plagas, que dice que cayeron sobre él, bajo cuyo peso y dolores se lamenta de estar abrumado; pues él

mismo, como dijo antes, fue castigado con enfermedades; las cuales penas en lo que sigue, se llaman flechas: como dice: Las flechas del Señor están en mí: cuya indignación bebió mi espíritu: o, como tiene otra traducción, bebió mi sangre. Y propiamente las flechas pueden entenderse como gusanos, porque por sus incesantes agujones era punzado: como dice el mismo Job: Y los que me comieron, no duermen. A quienes el diablo hacía más feroces para devorarlo, y ellos, como indignados y airados, mordían su carne de tal manera que, como flechas, penetraban las entrañas interiores. Termina aquí donde Job maldijo el día de su nacimiento.

CAPÍTULO IV.

Respondiendo Elifaz el Temanita, dijo: Si comenzamos a hablarte, tal vez lo tomes a mal. Pero ¿quién podrá retener el discurso concebido? Por lo tanto, las palabras concebidas se expresan en injuria del oyente, y dice así:

He aquí que enseñaste a muchos. Es decir, a muchos con tu habilidad y bondad los apartaste de los errores.

Y fortaleciste las manos cansadas. Tus palabras confirmaron a los vacilantes, y fortaleciste las rodillas temblorosas. Ahora, sin embargo, la plaga vino sobre ti, y desfalleciste: te tocó, y te turbaste. ¿Dónde está tu temor, tu fortaleza, tu paciencia, y la perfección de tus caminos? Estas cosas se dicen con burla al santo Job: y tienen este sentido: si hubieras hecho estas cosas que dije, nunca habrías caído en tan grandes males como ejemplo para los mortales, porque sabemos que Dios, creador de todas las cosas, es bueno y justo.

Recuerda, te lo ruego: ¿quién alguna vez pereció siendo inocente, o cuándo fueron destruidos los rectos? Más bien vi a los que obran iniquidad, y siembran dolores, y los cosechan, perecer por el soplo de Dios, y ser consumidos por el espíritu de su ira. ¿Acaso ignoras que Abel fue asesinado siendo inocente al principio, y que el patriarca Abraham estuvo en peligro por su esposa? Y no discerniendo esto, das una sentencia general, como si otros hombres fueran azotados por el Señor para ser corregidos, y otros para ser probados, de los cuales este es: ¿por qué le reprochas la pena como si fuera culpable? Más bien a aquellos que obraban iniquidad, por el soplo de Dios, perecieron: es decir, como si por sentencia del juez fueran arrebatados por un viento muy fuerte de la esperanza de la vida eterna.

El rugido del león, y la voz de la leona, y los dientes de los cachorros de león fueron quebrados. En el rugido de la leona y la voz, quiso significar la ferocidad del depredador.

El tigre pereció, porque no tenía presa, y los cachorros del león fueron dispersados. Además, a mí se me dijo una palabra oculta. En el tigre describe su velocidad para despojar a los hombres y tomar presa de ellos, cuyos cachorros también, semejantes a él, fueron dispersados e interrumpidos. En otra edición, en lugar de tigre, myrmicoleon, es decir, hormiga y león, que nosotros más correctamente diremos que es el diablo: quien cuando hace presa, de los Santos como de cosas mayores, debe ser tenido como león: pero cuando busca quitar lo mínimo, debe ser llamado hormiga. Y porque como la hormiga toma granos de la era, así él quita los buenos pensamientos de los corazones de los hombres.

Y como furtivamente mi oído recibió el susurro de sus venas. En el horror de la visión nocturna, cuando suele ocupar el sueño a los hombres, el pavor me tomó, y el temblor, y todos mis huesos fueron aterrados. Y cuando el espíritu pasaba ante mí, se erizaron los pelos de mi carne. Se detuvo alguien, cuyo rostro no conocía, una imagen ante mis ojos, y oí una

voz como de un suave viento. ¿Acaso el hombre será justificado en comparación con Dios: o será más puro que su Hacedor? Es decir, latentemente a mi oído del corazón, la virtud de la sentencia penetró como un soplo.

He aquí que los que le sirven no son estables, y en sus ángeles encontró maldad. Cuánto más aquellos que habitan en casas de barro. Se dice ciertamente del diablo, que una vez fue un santo ángel, que no permaneció en la verdad, y por su propia voluntad cayó de aquella sublimidad angélica: pero sin embargo, no es inmediatamente general: que así como en él, así también en todos los ángeles se encuentre maldad, que es pecado. Toda naturaleza, sin duda creada, es capaz de pecado; como apareció en el ángel del que hablé: porque no permaneció en la verdad: sin embargo, por el don y la gracia de su creador, así pasaron al amor de su caridad, que ya no quieren pecar, ni pueden.

Quienes tienen un fundamento terrenal, serán consumidos como por la polilla. Si las casas de barro son nuestros cuerpos: el fundamento de nuestras casas, esta vida temporal es, debemos creer, que al ser retirada, las casas de barro caen en la muerte.

Desde la mañana hasta la tarde serán cortados, y porque nadie entiende, perecerán para siempre. Y los que queden, serán quitados de ellos: morirán, y no en sabiduría. En un día, mostró toda la vida de los hombres, que florece en el mundo. En los pequeños florece, en los jóvenes se fortalece, y se robustece en la edad madura: en los ancianos, como en los frutos, y finalmente en la senectud decrepita se consuma, a la que aquí llamó tarde. De donde es aquello en el salmo: Pase como la hierba por la mañana, y lo demás: cae en la muerte, se endurece en el cadáver.

CAPÍTULO V.

Llama, pues, si hay quien te responda, y conviértete a alguno de los santos. Al hombre necio lo mata la ira, y al pequeño lo mata la envidia. Yo vi al necio con raíz firme, y maldije su hermosura de inmediato. Lejos estarán sus hijos de la salvación, y serán aplastados en la puerta, y no habrá quien los libre. Llama necio al que se gloria de sus méritos. Pero aquí llama hermosura al nombre de la falsa felicidad: que debe ser maldecida y execrada, porque la sigue la destrucción eterna.

Cuyo grano comerá el hambriento, y lo arrebatará el armado, y beberán los sedientos sus riquezas. Nada en la tierra es sin causa, y del suelo no saldrá el dolor. Sedientos, hambrientos, y armados: el diablo y los suyos pueden entenderse, que reciben poder de Dios, para devastar a los inicuos: o sedientos de la muerte de los hombres, todo el bien de la naturaleza, y lo que se dijo con el nombre de riquezas, es absorbido por ellos como una copa bebida: o los hombres inicuos, que oprimen a los sujetos.

El hombre nace para el trabajo, y el ave para el vuelo. Por lo cual yo rogaré al Señor, y a Dios pondré mi discurso. Es decir, el trabajo espera al hombre, para que camine castigado de todos los vicios.

Que hace grandes e inescrutables cosas, y maravillas sin número. Que da lluvia sobre la faz de la tierra, y riega con aguas todo. Que pone a los humildes en lo alto, y levanta a los afligidos con salud. Para que en el Hijo de Dios el hombre Cristo sea Dios, y por él la Iglesia.

Que disipa los pensamientos de los malignos, para que no pueda llenar sus manos con lo que habían comenzado. A saber, de los judíos, que pensaron extinguir a Cristo, y borrar su nombre de la tierra. O en los mártires de los perseguidores de la Iglesia adversarios dispuso los

pensamientos, como el de Herodes en Pedro. Y de otra manera: No llenan sus manos con lo que quieren, porque algunos de ellos son liberados por un tiempo: otros son introducidos a la vida por la puerta de la muerte, y a estos, y a aquellos Dios salvará. A aquellos liberándolos abiertamente, a estos coronándolos ocultamente.

Que atrapa a los sabios en su astucia, y disipa el consejo de los perversos. A saber, a los filósofos, o a los judíos convencidos por la doctrina apostólica, y reduciendo a nada sus errores.

Durante el día encontrarán tinieblas. Era día en los judíos, gloriándose del reino, del sacerdocio, de la ley, y también de la religión de un solo Dios: pero no creyendo en Cristo, cayeron en las tinieblas de la infidelidad.

Y como en la noche así palparán al mediodía. Sin duda de su prosperidad, que cuando con el acostumbrado esplendor de la vana gloria alrededor de los felices de este siglo fue mayor, que se creían asegurados por larga seguridad poseyéndola hasta la tarde de su edad: en la tribulación repentina, que se llamó con el nombre de noche, con gran estupor, constreñidos en angustias, también golpeados por el temor de la muerte, se dice que palpan, ciertamente perdidos en consejo, ignorando qué hacer.

Pero salvará al necesitado de la espada de su boca, y de la mano del violento al pobre. A Cristo de las blasfemias de los judíos: porque su lengua fue una espada afilada, diciendo, Crucificalo.

Y habrá esperanza para el necesitado: pero la iniquidad cerrará su boca. Bienaventurado el hombre que es corregido por el Señor. No rechaces, pues, la reprensión del Señor: porque él hiere, y sana: golpea, y sus manos curarán. En seis tribulaciones te libraré, y en la séptima no te tocará el mal. En el hambre te libraré de la muerte. Muestra la virtud de la resurrección de Cristo.

Y en la guerra de la mano de la espada. Pero veamos, no sea que llame espada al pecado, luchando contra el alma del hombre, para que al cederle la derribe. Lo que el pecado se dice con el nombre de espada por el profeta, como dice: El centinela si ve venir la espada.

Del azote de la lengua serás escondido, y no temerás la calamidad cuando venga. Si te conviertes a Dios, tus entrañas, las palabras de la espada, lanzadas por la lengua no penetran, y las calamidades, o males que Dios inflige a los pecadores, no temerás.

En la devastación y el hambre reirás. Reirás, dijo, por exultarás, y te alegrarás, y estarás contento, cuando veas a otros afligidos por el hambre, ya sea presente, o incluso intelectual.

Y no temerás a las bestias de la tierra. Esta es la séptima y última tribulación. Las bestias de la tierra, pueden entenderse también estos animales que son sin razón, a los que se les da poder para devorar a los hombres, y los hombres malos, se llaman bestias, teniendo costumbres similares a las de las bestias, contra las cuales dice el Apóstol que luchó en Éfeso. No temerás, pues, dice, este mal, cuando corregido por el Señor, hayas entrado en el camino de la enmienda.

Pero con las piedras de las regiones será tu pacto. Llamó piedras por metáfora a los hombres estables y tranquilos, que son ciertamente justos y santos: pues estos son como piedras firmes en Dios, establecidos en diversas regiones. Con estos, pues, tendrás un pacto de sólida caridad, para que ninguna tribulación pueda arrancarte de ellos.

Y las bestias de la tierra te serán pacíficas. A saber, los hombres que antes eran feroces y malos, hechos en inocencia como ovejas; sin embargo, conservando el nombre anterior, como se dice de Mateo el evangelista: Mateo el publicano.

Y sabrás que tu tabernáculo tiene paz. De todos estos que como enemigos atacan el tabernáculo, o la habitación, o la casa de tu cuerpo.

Y visitando tu especie no pecarás. Esto dice: Que exhibas, oh Job, la especie de tu hombre, digna de la visita divina, pido: y con el nombre de habitación, y habitante, señaló a todo el hombre íntegro.

Y sabrás que tu semilla será múltiple, y tu progenie como la hierba de la tierra. Espiritualmente podemos entender que se dice de todos los santos, que tienen hijos en buenas obras. Estos tales hijos concebidos por la semilla de pensamientos nacen en obras, y los santos se glorían en la multitud de esta generación: porque quisieron agradar a Dios más con tales hijos que con los carnales. Por lo tanto, Elifaz pudo, como dando consejo a Job, decir así: Si te conviertes a Dios, de modo que te arrepientas de tus obras antiguas, abundarás en las virtudes de tu corazón, como en semillas. De las cuales podrás procrear buenas obras, como hijos de santidad: de modo que la progenie de tus obras se compare con la multitud de hierbas florecientes, cuyas raíces, si tienes la esperanza fijada en tu corazón, tu tierra florecerá con flores y frutos.

Entrarás en abundancia al sepulcro, como se lleva el montón de trigo en su tiempo. Con los años cumplidos de una edad avanzada, lleno de días serás puesto en el sepulcro para descansar, para que en el tiempo del justo juicio de Dios, seas hallado purgado de las manchas de los pecados mínimos y leves: como el trigo que se acumula en la era.

He aquí esto como lo investigamos, así es, lo que oído medita en la mente. Esto dice, todo lo que te he dicho, con diligencia investigado, lo conocerás como verdadero, que tú mismo debes percibir con el corazón para tu enmienda.

CAPÍTULO VI.

Respondiendo Job dijo: Ojalá se pesaran mis pecados con los que merecí la ira, y la calamidad que sufro, en la balanza: como la arena del mar esto parecería más pesado. Por lo cual mis palabras están llenas de dolor. Decís que sufro esto por mis pecados: por lo cual quisiera que los pecados se pesaran contra esta calamidad que sufro, y de inmediato veríaís que esta misma calamidad, como la arena del mar, pesa más que los méritos de estos pecados.

Porque las flechas del Señor están en mí, cuya indignación bebió mi espíritu, y los terrores del Señor militan contra mí. Aquí puede parecer que con el nombre de flechas se refirió a los gusanos: por los cuales era punzado incesantemente, ni se le permitía hablar: no porque los gusanos tuvieran tal sentido, que lo hicieran por juicio, sino por permiso de Dios, por el poder adversario, para que fueran más agudos, incluso en sus movimientos los hacían: como las langostas, las moscas y las ranas en Egipto. Pero lo que dijo: Los terrores del Señor militan contra mí, puede entenderse el mismo diablo con los suyos: que con los tormentos aplicados, para que golpeará a Job, y para que perdiera su inocencia y santidad, además le amenazaba con terrores: lo que también muchos perseguidores, ministros del diablo, quisieron hacer a los santos mártires. Asediaron alrededor de mi tabernáculo. Aquí manifiestamente muestra que como enemigos y adversarios del diablo, y los suyos militaron ferozmente: pues estos espíritus malignos, de diversas maneras reciben poder: para la condenación de unos, la

corrección de otros, y la prueba de otros: que por sus costumbres o ministerio, se llaman malos, o terrores, o incluso ladrones. Todo lo dio en manos de ellos, es decir, de los ladrones. Todo lo que tuvo, ya sea mis hijos, o mi sustancia: como también a mí mismo Dios me dio en manos del diablo, o de sus secuaces.

¿Acaso rugirá el asno salvaje cuando tenga hierba, o mugirá el buey cuando esté ante un pesebre lleno? Pues así como estos animales, cuando tienen abundancia de pasto, no emiten ninguna voz de queja para protestar por la falta de alimento, de manera similar, dice, yo si tuviera paz y tranquilidad en lugar de guerra en mis miembros y en mi alma, no pronunciaría ninguna palabra amarga o áspera. ¿O se puede comer algo insípido que no esté sazonado con sal? Así como la razón natural no permite que se coma algo insípido, yo no he hecho nada insípido, nada necio contra Dios, nada que no esté sazonado con la sal de la fe.

¿O puede alguien gustar lo que, al ser probado, trae la muerte? Porque al alma hambrienta incluso lo amargo le parece dulce. Así como nadie come algo mortal para ser enemigo de su propia vida, yo temía tocar el pecado.

Lo que antes mi alma no quería tocar, ahora por la angustia son mis alimentos. Esto es, ahora con palabras ásperas y amargas del pastor, que la inmensidad del castigo me arranca. Temía pronunciar estas palabras con mi boca cuando vivía en santidad y justicia con paz y tranquilidad. Pero no debe pasarse por alto que también Job sufrió entre otros castigos, que incluso los alimentos le parecían fétidos, como el olor del león, ciertamente mortal y extremadamente horrendo, que cuando emanaba de sus entrañas, sus alimentos le sabían a lo que sus entrañas febriles exhalaban. Lo cual él mismo muestra cuando dice: "Mis entrañas han hervido sin descanso", es decir, ya están cocidas y podridas.

¿Quién me dará que venga mi petición, y que Dios me conceda lo que espero? Que esta sea mi consolación, obtener el fin de mi pena o el remedio de mis tormentos a través de la muerte.

Y que quien comenzó, él mismo me destruya. Que suelte su mano y me corte; y que esta sea mi consolación, que afligiéndome con dolor, no me perdone: ¿no contradeciré las palabras santas? ¿Cuál es mi fortaleza para soportar, o cuál es mi fin para actuar con paciencia? Job desea que esta muerte sea resuelta por el poder divino, para que al caer en esta muerte temporal, pueda escapar de los castigos presentes, como un árbol que ha sido cortado de esta vida.

Ni la fortaleza de las piedras es mi fortaleza, ni mi carne es de bronce. Mi carne se corrompe con pus y putrefacción de las heridas, porque no tengo tal fortaleza, como la de las piedras, para no sentir dolores.

He aquí que no hay ayuda para mí en mí, y también mis necesarios se han alejado de mí. Esto lo dice tanto de su propia persona como de la de Cristo, el profeta.

Quien quita la misericordia de su enemigo, abandona el temor del Señor. Mis hermanos me han pasado por alto, como un torrente que rápidamente pasa por los valles. La misericordia es ser movido por el dolor del corazón ante las miserias de los que sufren, y al no ofrecer esta a un amigo, abandonan el temor del Señor.

Quienes temen la escarcha, sobre ellos caerá la nieve. En el tiempo en que sean dispersados, perecerán. Temía cometer incluso los pecados más pequeños, no fuera que por ellos la

venganza de Dios se desatara sobre mí: y he aquí que ahora soy castigado como si hubiera cometido crímenes enormes.

Y cuando se calienten, se disolverán de su lugar. Cuando su nombre comenzó a ser ferviente entre los pueblos, en el lugar de su gloria no apareció, como la nieve se disuelve con el calor.

Sus caminos están envueltos: caminarán en vano y perecerán. Llamó caminos a las virtudes del alma, en las que, para agradar a Dios, caminaba con todo esfuerzo: dice que estos caminos están envueltos y enredados por los males que sufría, mientras que a los bienes de su vida se mezclaban los males de los castigos.

Consideren los caminos de Temán: los caminos de Sabá, y esperen un poco. Se confundieron porque esperé. También llegaron hasta mí, y quedaron cubiertos de vergüenza. Es decir, miren estos lugares que mencioné, y con el mismo silencio reconocerán que lo que dije es verdad. Miren los caminos de los diversos reinos, por los cuales las multitudes de todas las naciones solían confluir hacia mí, y verán que están desolados por la escasez, incluso la soledad de los hombres.

Ahora han venido, y ahora viendo mi plaga, temen. ¿Acaso dije: Tráiganme, y de su sustancia donen a mí, o libérenme de la mano del enemigo, y rescátenme de la mano de los poderosos? Enséñenme, y yo callaré, y si algo ignoré, instrúyanme. ¿Por qué han denigrado las palabras de la verdad, cuando ninguno de ustedes puede acusarme? Solo preparan palabras para reprender, y pronuncian palabras al viento. Esto dice, que incluso sus amigos, con su ejemplo, temerían una ruina similar a la suya. ¿Acaso no he callado, no he disimulado, paciencia o venganza de los males? ¿No he guardado silencio, conteniendo mi lengua en silencio, para no responder a quienes me reprochan los males, o para que no se me nombre en absoluto la iniquidad? Por lo tanto, han denigrado estas palabras de verdad, cuando me juzgaron no solo falaz en esto, sino también criminal en otras cosas, cuando ninguno de ustedes es tan puro de pecado como para poder increpar a alguien con una conciencia libre.

Atacan al huérfano, y tratan de subvertir a su amigo. Sin embargo, lo que han comenzado, complétenlo. Presten oído, y vean si miento. Desolado, ciertamente, de padres y amigos.

Respondan, les ruego, sin contienda, y hablando lo que es justo, juzguen. Y no encontrarán iniquidad en mi lengua, ni resonará necedad en mis labios. No haya afán de contradecir, que genera la enfermedad de la contienda: y así, no perturbados por la oscuridad de la animosidad, podrán juzgar justamente en mí y en ustedes.

CAPÍTULO VII.

La vida del hombre en la tierra es una milicia, y como los días del jornalero, son sus días. Luchando contra adversarios invisibles.

Como el ciervo desea la sombra, y como el jornalero espera el fin de su obra: así también yo he tenido meses vacíos, y noches laboriosas me he contado. Si duermo, diré ¿cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde, y me llenaré de dolores hasta las tinieblas. Mi carne se ha vestido de putrefacción. De manera similar, yo pensaba seguirme, pero en lugar de la sombra del refrigerio, he incurrido en el calor de los castigos, y en lugar de la recompensa de mi obra, he sido dejado vacío.

Y con la suciedad del polvo mi piel se ha secado y contraído. Mis días han pasado más rápido que el hilo cortado por el tejedor, y se han consumido sin ninguna esperanza. Recuerda, que

mi vida es viento: y no volverá mi ojo para ver el bien. Esto también pertenecía al dolor de los tormentos, que la pus que fluía de la putrefacción de las heridas ardientes, mezclada con la suciedad del polvo, secaba y contraía su piel.

Ni me verá la vista del hombre. En esa paz, y gloria, riquezas, y honor, donde antes estuve, ya no seré visto por los hombres.

Tus ojos están sobre mí, y no subsistiré. Así como se consume la nube y pasa: así quien desciende al infierno no ascenderá: ni volverá más a su casa. Porque tus ojos, como llenos de ira, están sobre mí, por eso están atentos: para acumular sobre mí las plagas más graves de mi enemigo.

Ni su lugar lo conocerá más. Por lo tanto, yo tampoco perdonaré mi boca: hablaré en la tribulación de mi espíritu, conversaré con la amargura de mi alma. ¿Acaso soy yo el mar, o un monstruo marino, para que me hayas rodeado con un cerco? Si digo, mi lecho me consolará, y hablando conmigo me aliviaré. Es decir, la antigua conversación de este mundo, no estará en el hombre cambiado.

En mi lecho me aterrará con sueños, y con visiones me sacudirás con horror. Esto decía Job que sufría de Dios, lo que sufría de los demonios: quienes habían recibido de Dios el poder para hacer estas cosas, quienes sin duda le aparecían en sueños con rostros torvos y amenazantes: rechinando también los dientes, y abriendo sus bocas como para devorarlo, para que con el horror de una visión inusual fuera sacudido en su lecho, y despertado del sueño huyera de donde los dolores intensos suelen mitigarse, y sucedieran vigiliias continuas, para que fuera atormentado con sufrimientos incesantes. O las heridas que veía con sus propios ojos mientras estaba despierto todos los días, y la pus podrida, y la multitud de gusanos que corrían por las cavidades de las heridas, le eran mostradas en sueños por los demonios.

Por lo cual mi alma eligió el ahorcamiento, y mis huesos la muerte. Es mejor, dice, y mucho más tolerable que el pecado, si vencido por los sufrimientos, pienso en mi muerte, que infligir blasfemia a tu majestad.

He desesperado. Ya no viviré más. He desesperado, diciendo estas cosas, que no debí haber dicho. Por esta palabra, por la cual se lamenta de haber caído en pecado, profesa inmediatamente su penitencia diciendo:

Perdóname, Señor: porque mis días no son nada. ¿Qué es el hombre, para que lo engrandezcas: o por qué pones tu corazón sobre él? Lo visitas al amanecer, y de repente lo pruebas. Como si dijera: en este tiempo recibe al penitente, y sé propicio al que te suplica por este delito.

¿Hasta cuándo no me perdonarás? Es decir, no cesas de estas penas que me asedian.

¿Ni me dejas tragar mi saliva? Entre otros males de dolores y sufrimientos, dice que tenía angina, por la cual, herido por el tumor, el aliento del hombre se interrumpe, y a menudo, como estrangulado por un lazo, muere.

He pecado. ¿Qué haré para ti, oh guardián de los hombres? He pecado en lo que dije antes, que no debía haber dicho: ¿qué puedo hacer para ti, que eres justo?

¿Por qué me has puesto contrario a ti? Me diste la oportunidad de responder, para que te dijera: Al hombre justo no le convienen las penas, que más bien se imponen a los pecadores: mientras el hombre dice esto a Dios: la criatura al creador, la obra al alfarero.

Y me he vuelto pesado para mí mismo. Porque como siervo no debí responder a mi Señor con una voz tan quejumbrosa.

¿Por qué no quitas mi pecado, y por qué no apartas mi iniquidad? He aquí que ahora dormiré en el polvo: Es decir, apartas mis dolores, por los cuales, siendo justo hasta ahora, ahora me veo obligado a pecar.

Y si me buscas por la mañana, no estaré. Después de la noche de este siglo, en el principio de ese siglo futuro, cuando será la feliz resurrección de los bienaventurados: cuando sea buscado, no seré hallado: porque no seré digno, quien por el mérito de la santidad subsista ante tu rostro. Y si de aquí en adelante me voy como pecador, a quien tú no hayas sido propicio antes: después, ante tu presencia, donde están los demás santos, ya no estaré.

CAPÍTULO VIII.

Pero respondiendo Baldad el Suhita, dijo: ¿Hasta cuándo hablarás tales cosas, y el espíritu múltiple del discurso de tu boca? Baldad se ofendió con las palabras del santo Job. Primero porque había hablado temerariamente a Dios: luego, porque decía que en el reino había sido más poderoso que los demás reyes, y que sufría esta plaga siendo inocente, y lo nota el mismo Baldad, como si no hablara con mente libre y sobria, sino que fuera movido por algún espíritu.

¿Acaso Dios trastorna el juicio, o el Todopoderoso subvierte lo que es justo? Esto dice, porque sufres la justicia de Dios que mereces.

Aunque tus hijos hayan pecado contra él, y los haya dejado en la mano de su iniquidad: tú, sin embargo, si te levantas de madrugada hacia Dios, y has suplicado al Todopoderoso: si andas puro y recto, inmediatamente despertará hacia ti, y el pecado devolverá la morada de tu justicia: tanto que si tus cosas anteriores fueron pequeñas, tus últimas se multiplicarán mucho. Si tus hijos, dice, haciendo el mal, fueron dejados por Dios, para que el poder que por su iniquidad se les dio, tuviera el efecto de destruirlos, a ti no te podrá dañar en nada: si, sin embargo, tú mismo, aún yaciendo en la ceguera de la necedad, te levantas de madrugada al reconocimiento de la justicia divina, y por tus errores y delitos has suplicado a Dios, quien puede concederlo todo. Quien, como si pareciera dormir, no escuchándote ni viéndote, inmediatamente despertará hacia ti, y se apresurará a preparar tu felicidad. Tanto que si tus cosas anteriores fueron pequeñas, tus últimas se multiplicarán mucho. Si, por lo tanto, te has convertido a Dios, dice, de las iniquidades, por las cuales ahora sufres penas, y a través de la satisfacción has querido reconciliarlo contigo, muy enojado por tus méritos: poseerás inmediatamente tanta gracia suya, que en comparación con tus últimos bienes, que te puede compensar de repente, los anteriores se considerarán bastante pequeños y mínimos. A quienes el hijo menor en el Evangelio figuró como pecadores, quien cuando el bien de la naturaleza, como riquezas con prostitutas, es decir, viviendo en placeres, lo disipó prodigiosamente, al penitente se le mata el becerro, Cristo: también se le da el anillo de la fe, con el cual todas las promesas se sellan con una impresión segura, en su mano: y recibe las defensas de sus pasos, para que camine seguro sobre serpientes y escorpiones: también se le da la estola eterna de la inmortalidad.

Porque somos de ayer, y no sabemos: porque como sombra son nuestros días sobre la tierra: ellos te enseñarán. Te hablarán, y de su corazón sacarán palabras. Esto es decir, porque somos de ayer, pregunta a los antiguos, y encontrarás a otros en el diluvio, otros en Sodoma, o en diversos lugares por sus pecados recibieron diferentes sentencias.

¿Acaso puede vivir el junco sin humedad, o crecer el carrizo sin agua? Esto es decir: así como el junco o el carrizo no pueden vivir sin agua: así tú sin el sustento y la humedad de la justicia, no pudiste permanecer en la felicidad anterior.

Aunque aún esté en flor, y no sea cortado por la mano, antes que todas las hierbas se seca: así son los caminos de todos los que olvidan a Dios. Dice que el santo Job floreció como la similitud de las hierbas: quien antes de llegar a la madurez de la gloria establecida, fue precipitado en tantos males, para que en su tiempo, como en la plenitud de sus días, con su reino floreciente completado, no fuera arrebatado del mundo por la mano del poder de Dios, en la cual todos los reinos consisten. Por lo tanto, porque no actuaste así, para que en paz, completado tu tiempo, fueras llevado a tu sepulcro: por eso antes que todas las hierbas, es decir, antes que todos los pecadores, que a menudo se llaman con el nombre de hierbas, fuiste secado por el ardor del sol: es decir, cuando cediste de corazón a las tribulaciones infieles. Lo que dice, antes que todas las hierbas se seca: cualquiera que sea el hombre de muchas iniquidades, como tú eres, por el peso de los crímenes, comienza a sufrir penas antes que los demás pecadores.

Y la esperanza del hipócrita perecerá. Del hipócrita que simula la santidad de vida: pero este, según el testimonio de Dios, como él mismo dice, fue simple, recto, e inocente: Si anduve en vanidad.

No le agradará su insensatez, y como tela de araña será su confianza. Gran insensatez y locura es, realmente, actuar ficticia y simuladamente ante Dios: lo cual no les resultará en prosperidad, ya que él es el escudriñador del corazón y los riñones. Tales son reprendidos en los Evangelios: que están adornados por fuera como con apariencia de santidad, y por dentro están llenos de la putrefacción del pecado, como sepulcros de muertos.

Se apoyará sobre su casa, y no se mantendrá. Confiando en sí mismo, y afirmando la carne de su brazo: no podrá mantenerse: sino que más bien caerá en la soberbia. Porque toda carne es hierba.

La sostendrá, y no se levantará. Intenta erguirse con sus propias fuerzas, pero no podrá levantarse: porque el Señor no es su fortaleza. En quien apoyándose se mantienen firmemente.

Parece húmedo antes de que venga el sol. Dice la felicidad del hombre próspero: quien cuando es golpeado por el calor de la tribulación, se quiebra con las adversidades, y todo el verdor de su alegría anterior, consumido por la tristeza, se seca.

Y en su brote su germen saldrá. Al principio, dice, de su felicidad el pecador parece prosperar, pero no permanecerá, semejante a la hierba verde: esta es la alegría repentina, como en el salmo: Cuando los pecadores broten como la hierba, y aparezcan: es decir, como las hierbas en el verdor de la alegría presente emerjan: pronto al llegar el calor perecerán. Pero el justo no florecerá así como la hierba: a quien, como dije, se compara la gloria de los pecadores: sino que florecerá como la palma, dice el profeta. Que está tan firmemente arraigada en lo profundo, que no teme la tempestad, ni teme el ardor del sol. Y cuando bajo el

número sagrado llega hasta cien nudos, con los cuales su altura se sostiene sólidamente: entonces traerá los frutos más dulces de la caridad, en la cima de la perfección, a la cual se gloria de haber ascendido a través de los incrementos de las virtudes, como a través de ciertas edades de muchos años.

Sobre un montón de piedras se densarán sus raíces, y entre las piedras morará. Porque sus raíces, solidamente establecidas en buena tierra, para que produzcan frutos de paciencia, no se fijarán, sino que más bien se comprimirán sobre un montón de piedras, no teniendo allí el humor de la vida: ciertamente morirá antes, secado por la aridez.

Y entre las piedras morará. Metafóricamente: las piedras, infieles, y de corazón duro pueden entenderse aquí: entre quienes cualquier pecador morará en similitud de vida igual, que no sienten a Dios como los metales insensibles. O ciertamente llamó piedras a los pecados. De donde el profeta dice: Quiten las piedras del camino: es decir, de la vía de la santa conversación quiten los pecados.

Si lo absorbe de su lugar, lo negará, y dirá: No te conozco. Cuando de esta vida sea absorbido para ser trasladado a los lugares desolados del infierno: ciertamente será negado como indigno de la vista de Dios. El lugar del hombre, puede decirse la calidad de su conversación; donde reside ya sea por el género de vida, o por la mente: es decir, la disciplina, o la gracia que recibió, o eligió seguir.

Porque esta es la alegría de su camino: Ironicamente se dice: esta es la alegría de su camino: como si dijera: Así en las buenas obras, agradables a Dios, caminó mientras vivía: para que llegara a las miserias perpetuas.

Para que de nuevo de la tierra otros broten. Dios ciertamente hace, como justo juez, mientras excluyó a los incrédulos judíos de las promesas que están en Cristo, por su perfidia, e introdujo a las naciones por su obediencia. O estableciendo a Matías en el lugar de Judas, declaró sus justos juicios.

Dios no rechazará al sencillo, ni extenderá su mano a los malvados. Esto dice: no es útil favorecer a los que obran iniquidad, y sin embargo extenderá su mano de piedad, para que los pecadores se conviertan al arrepentimiento. Hasta que se llene de risa tu boca, y tus labios de júbilo. En la risa, entiende la alegría del corazón. En el júbilo, advierte la voz del que exulta.

Los que te odian se vestirán de confusión. Cuando seas tal como he dicho antes, los que te odian, con razón se confundirán.

Y el tabernáculo de los impíos no subsistirá. Algunos dicen esto de Job, pero se equivocan. Pues es manifiesto que el tabernáculo de los impíos perecerá para siempre: es decir, el diablo, y sus ministros, o incluso este mundo presente.

CAPÍTULO IX.

Y respondiendo Job, dijo: Verdaderamente sé que es así, y que no se justificará el hombre compuesto ante Dios. Si quisiera contender con él, no podría responderle una de mil. Sabio de corazón es, y fuerte en poder. No pienses, pues, de mí que yo al menos me atreva a pensar esto, sabiendo que la criatura no puede en nada compararse con su Creador.

¿Quién se le resistió y tuvo paz? ¿Quién actuando contra Dios no provocó para sí la guerra de su ira, como Datán y los demás?

Él trasladó montañas, y no lo supieron aquellos a quienes subvirtió en su furor. Él conmueve la tierra de su lugar. Metafóricamente, las montañas deben entenderse como hombres o ángeles: cuya elevación de mente se hinchó tanto, que se comparan a montañas elevadas.

Y sus columnas se estremecen. Entendamos por columnas la estabilidad de la tierra: que Dios fundó sobre sí misma con una masa inmóvil.

Él manda al sol, y no sale, y sella las estrellas como bajo un sello. Él extiende los cielos solo, y camina sobre las olas del mar. Por las vicisitudes del día y la noche; vemos que todo se hace diariamente por la disposición de Dios que gobierna todo.

Él hace el arcturo, el orión, las hiadas, y las partes interiores del sur. En estos signos de las estrellas, que son en el firmamento del cielo más conocidas que casi todas las estrellas, dice que todo el ejército de los astros pertenece al gobierno de Dios, que los hombres ignoran grandes y maravillosos. Por lo cual el mismo Señor dice: ¿Acaso conoces el orden del cielo, y pones su razón? También moralmente: Él conmueve la tierra de su lugar. Dios movió al hombre de su lugar de vida anterior, y sacudió y debilitó las deleitables pero nocivas pensamientos, en las que, como columnas, se apoyaba y descansaba, para cambiarlo a la santidad de vida. Él manda al sol, y no sale. A los pecadores golpeados por la ceguera del corazón, no les sale el sol de justicia, Cristo, o las estrellas: es decir, los méritos de los Santos, que unos de otros diferirán en claridad: que mientras aquí están ocultos, como si estuvieran sellados bajo un sello. Él extiende sus cielos. Los apóstoles, y los demás santos, hechos cielos, los difunde por todas partes con la predicación: o revelando las Escrituras, que a menudo se significan con el nombre de cielos, las abre a sus corazones: como dice: Porque veré los cielos, obra de tus dedos. Saldrá sobre las olas del mar. Sobre los hombres inquietos, altivos y turbios de este mundo: para que, al dejar la hinchazón, sean pisoteados hacia la mansedumbre y la apacibilidad. Él hace el arcturo, es decir, los primeros en la resurrección de la Iglesia: para que sean gloriosos, resplandecientes como el mediodía, encendidos con el calor de la caridad de Dios, e iluminados con la luz de la fe.

Él hace grandes e incomprensibles cosas, y maravillosas: cuyo número no hay. Grande es lo que hace Dios, que un frágil vaso, el hombre sujeto a la muerte, lo constituya en la esperanza de la bienaventurada resurrección por Cristo. Y las partes interiores del sur. Donde se coloca el candelabro con las lámparas, a saber, del espíritu septiforme de gracia e inteligencia resplandecientes.

Si viniera a mí, no lo vería: si se fuera, no lo entendería. Si de repente preguntara, ¿quién le respondería? O ¿quién puede decirle, ¿Por qué haces esto? Dios, cuya ira nadie puede resistir. Dice más, que la presencia de Dios venidero es, cuando se da a conocer al hombre, y cuando se oculta, se indica como la ausencia de uno que se va.

Y bajo el cual se inclinan los que sostienen el mundo. ¿Cuánto más yo, para responderle, y hablar con él con mis palabras? Aun si tuviera algo justo, no responderé, sino que rogaré a mi juez. Los que sostienen el mundo, se entienden correctamente como los santos: que por la gloria de sus méritos, son grandes y poderosos ante Dios. Estos, pues, con la humildad del corazón, están inclinados ante él para interceder por los pecadores. Así los santos sostienen el mundo, mientras lo sostienen con la fortaleza de sus oraciones para que no caiga y perezca. Las columnas del cielo tiemblan y temen a su mandato. Se deben entender los apóstoles,

profetas, y todos los hombres apostólicos, también los santos y los demás fieles: de los cuales son Pedro, Santiago y Juan, que parecían ser columnas: o los santos ante Dios inclinados, y postrándose adoran, que sostienen el mundo, es decir, todo su hombre: que los doctos llaman el menor mundo: lo imponen a la perfección de la Cruz, y para que no se disuelva y desvíe por las vanidades del mundo, lo gobiernan y contienen dentro de sí por la gracia de Dios.

Y cuando me haya escuchado invocándole, no creo que haya escuchado mi voz. Él que incluso permitiendo que yo, esforzándome por una vida inculpable, sea objeto de la injuria de los que me atacan. Fue escuchado en esto, para que merezca los bienes de Dios. Pero no se cree escuchado, porque sufre males:

Porque en el torbellino me destrozará, y multiplicará mis heridas incluso sin causa. El torbellino puede entenderse como el diablo, que como un torbellino se abalanzó sobre Job, para devastarlo.

No permite que mi espíritu descanse. Se decía que se había vuelto asmático: es una enfermedad que se genera en los pulmones. Se obstruyen ciertos conductos de los pulmones, que los griegos llaman poros, y se constriñen y cierran en los pulmones, como dicen los médicos, de modo que los pulmones no son capaces de exhalar o inhalar el aire, y con un dolor excesivo se repite con un suspiro apresurado, y se emite un aliento entrecortado.

Y me llena de amarguras. Si se busca la fortaleza, es el más robusto. Si la equidad del juicio, nadie se atreve a testificar por mí. Si quisiera justificarme, mi boca me condenará. Si me mostrara inocente, me comprobará perverso. Aun si fuera sencillo, mi alma no lo sabrá, y me cansaré de mi vida. Una cosa es lo que he dicho, y él consume tanto al inocente como al impío. Rodeada y asediada por todas las plagas y enfermedades, llena de hiel y blasfemia, y de amargura mi alma. De modo que mi boca se ve obligada a decir una palabra dura y áspera, y me cansaré de mi vida. Sin embargo, solo sé esto, que soy castigado por los males de la vida presente.

Si azota, que mate de una vez: y no se ría de las penas de los inocentes. Aquí habló bastante duramente contra Dios. En todo el libro, no hay lugar más áspero que este, y otro puesto anteriormente, donde dice: Por lo cual mi alma eligió el ahorcamiento, y mis huesos la muerte: de cuyos discursos respondió a Dios al final del libro: una cosa he dicho, que ojalá no hubiera dicho, y otra a la que no añadiré nada más. Toda la disputa de Job con sus amigos aquí es, que él se proclamaba justo, ellos lo declaraban impío.

La tierra ha sido entregada en manos del impío. La carne de Cristo en poder de Herodes, o de Pilato: o el mismo Job en poder del diablo.

Cubre el juicio de su rostro. ¿Y si no es él, quién es entonces? Mis días fueron más veloces que un corredor: huyeron, y no vieron el bien. Pasaron como naves que llevan frutas: como un águila volando hacia la presa. Llama aquí juicio de rostro al juicio de la mente, que por el justo juicio de Dios está cubierto. Se deben cegar los corazones de los secuaces del impío diablo: a quienes aquí llamó jueces, para que atormentaran con mayor crueldad al santo Job.

Cuando diga: No hablaré así. No hablaré así, dice, es decir, cuando por la compulsión del tormento, hablo ásperamente contra Dios, y duramente: en ese mismo momento recapacité y decido que no debo hablar así a Dios.

Cambio mi rostro, y me retuerzo de dolor. Temía todas mis obras: sabiendo que no perdonarías al delincuente: pero si aun así soy impío, ¿por qué trabajé en vano? Es decir, por

la excesiva cantidad de dolor me contraigo y me aflijo, y en el mismo momento de mi decisión, por los agudos y repentinos agujijones de los dolores soy tan atormentado y angustiado, que nuevamente pronuncio palabras de amargura y hiel.

Si me lavara como con aguas de nieve, y mis manos brillaran como las más puras: sin embargo, me sumergirás en suciedad. En la ablución de las aguas de nieve, se muestra la blancura de la mente, y en la mano, se demuestra la pureza de los frutos de las obras santas. Y correctamente se puede comparar el bautismo a la nieve. En la lluvia, pues, y en el aguacero abundante, el legislador quiso indicar el discurso de la doctrina. En el rocío y en la nieve, el sentido con iluminación penetrante en las entrañas interiores.

Y mis vestiduras me aborrecen. Pues no responderé a un hombre que es como yo: ni a quien pueda ser escuchado conmigo en juicio de igual a igual. Tanto mal se me ha infligido: que por la suciedad de la herida, y la podredumbre, si se puede decir, incluso las cosas insensibles me detestan.

No hay quien pueda argumentar ambos lados: Es decir, ¿quién es el que puede acusar a Dios de injusticia, como si fuera iniquo, sino un temerario y blasfemo? ¿quién puede dar sentencia como si fuera un reo de iniquidad con la mano extendida? Job, según el testimonio de Dios, por el cual había sido alabado, porque era inocente, consciente de sí mismo, dijo verdaderamente, que no había ninguno de aquellos con quienes discutía, que pudiera correctamente acusarlo: porque aquel que juzga justamente a otro, se atreve a hacerlo, cuya conciencia no está sujeta a lo que juzga en otro.

Y poner su mano sobre ambos. Quite de mí su vara, y su terror no me asuste. Hablaré, y no le temeré: Porque no puedo responder temiendo. Seguro, dice, y con constancia podré responder, si quita de mí estas dos cosas: a saber, la magnitud de su poder, y las penas de estos tormentos.

CAPÍTULO X.

Mi alma está cansada de mi vida: dejaré mi discurso contra mí. Hablaré en la amargura de mi alma, diré a Dios: No me condenes. Indícame, ¿por qué me juzgas así? ¿Acaso te parece bien calumniarme, y oprimir la obra de tus manos, y ayudar al consejo de los impíos? ¿Acaso tienes ojos de carne: o como ve el hombre, verás tú? ¿Acaso como los días del hombre son tus días, y tus años como los tiempos humanos: para que busques mi iniquidad, y escudriñes mi pecado? Y sepas que no he hecho nada impío: cuando no hay nadie que pueda librarse de tu mano. Tus manos, Señor, me hicieron, y me formaron todo alrededor, ¿y así de repente me precipitas? Recuerda, te ruego, que como barro me hiciste, y al polvo me reducirás. ¿No me has cuajado como leche, y como queso me has coagulado? Me vestiste de piel y carne: me entretejiste con huesos y nervios. Lo que dice, que fue hecho todo alrededor, lo dijo contra los herejes, que dicen que el alma fue hecha por un Dios, y el cuerpo formado por otro.

Vida y misericordia me diste, y tu visita guardó mi espíritu. Aunque ocultes esto en tu corazón: sin embargo, sé que recuerdas todo. Si pequé, y por un momento me perdonaste, ¿por qué no permites que sea limpio de mi iniquidad? Y si soy impío, ¡ay de mí!, y si soy justo. Aquí se llama vida al alma misma, no a la vida del alma: porque también pueden llamarse vida los actos del alma.

No levantaré la cabeza, saturado de aflicción y miseria. Y por la soberbia. Es decir, contraído por el dolor y los tormentos de las entrañas: no puedo levantar la cabeza caída hacia abajo, o lleno de confusión y tristeza.

Como una leona me atraparás. A esta bestia, dice Job, me asemejas, hombre humilde y abatido.

Y volviendo, me atormentas maravillosamente. Decía que Dios volvía a él, cuando con las antiguas nuevas penas, y más recientes en su cuerpo, las sentía maravillosamente.

Renuevas tus testigos contra mí. Esto dice, porque nuestras castigos y penas son testigos de la justicia divina. O creo que los tormentos se llaman testigos por esto, porque al gemir él, y rugir, como si los tormentos dieran testimonio a Dios.

Y multiplicaste tu ira contra mí, y las penas militan en mí. ¿Por qué me sacaste del vientre, quien ojalá hubiera sido consumido, para que ningún ojo me viera? Hubiera sido, como si no fuera, trasladado del útero al sepulcro. ¿Acaso no se acabará pronto la brevedad de mis días? La ira de Dios puede entenderse como el diablo: por cuyo ministerio Job sufría dolores amargos. Las penas se dicen militantes en él: porque sucediéndose en cierto orden de males, ejercen el oficio de la crueldad que se les ha encomendado.

Déjame, pues, para que lllore un poco mi dolor. Es decir, concédeme descanso de estos tormentos, para que lllore un poco el dolor de mis penas que soporto en mi cuerpo, o que temo en el infierno.

Antes de que vaya, y no vuelva a la tierra tenebrosa, y cubierta de la oscuridad de la muerte: tierra de miseria, y de tinieblas: donde la sombra de la muerte, y no hay orden, sino horror eterno habitante. Que haya descrito la tierra de los infiernos, no hay duda para nadie; no hay orden allí de vida: es tenebrosa, como dije, sin duda como una cárcel, en la que los pecadores e impíos que odiaron la luz, como hijos de las tinieblas, serán arrojados. Esa tierra está cubierta de la oscuridad de la muerte: para que encerrados en la noche eterna, no vean nunca la luz del arrepentimiento. Donde está la sombra de la muerte para los miserables, que en este lugar deben entenderse como penas: porque así como las sombras de los cuerpos no están lejos de los cuerpos que hacen sombras: así las penas no están lejos de la muerte que infligen muerte. No volveré a esta mortalidad, donde sufro tantos males. El espíritu divino, que está en mis narices Porque lo urgía con el consuelo de la fortaleza, mientras él jadeaba por las angustias de los dolores. ¿Quién me dará que en el infierno me protejas, y me escondas hasta que pase tu ira, y me fijas un tiempo en el que te acuerdes de mí? El furor de la ira de Dios pasó, que Adán mereció pecando, cuando el advenimiento de Cristo borró el documento escrito en muerte de sus hijos. Por tanto, a ninguno de los santos le debe parecer extraño, que con el advenimiento del Señor fueron liberados de los infiernos, y con el ejemplo de la resurrección de Cristo están constituidos en la esperanza de su bienaventurada resurrección.

CAPÍTULO XI.

Respondiendo entonces Sofar Naamathita dijo: ¿Acaso el que habla mucho no será escuchado: o el hombre verboso será justificado? Como si hubiera dicho: ¿Puede acaso el hombre verboso ser tenido en admiración, o ser llevado al elogio de la alabanza: cuando es odioso por la ostentación de su excesiva verbosidad? sino que más bien debe escuchar lo que merece: para que, elevado por la vanidad, no se crea el único sabio.

¿A ti solo callarán los hombres, y cuando te hayas burlado de los demás, nadie te refutará? No son estas las consolaciones de los amigos, sino las armas de los enemigos. De modo que ahora digamos de vosotros: Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas.

Porque dijo: Puro es mi discurso, y limpio soy ante ti. No dijo así, que fuera puro y limpio: es decir, que en pensamientos y palabras ante Dios existiera inmaculado; sino que dijo, No he hecho nada impío.

Y ojalá Dios hablara contigo, y abriera sus labios para ti. Dijo con qué juicio Job debería ser condenado. Pues en hablar quiso indicar la voz de Dios, cuyo sonido reciben los oídos, según creo. En abrir los labios, mostró la inteligencia de la voz.

Para que te mostrara los secretos de la sabiduría, y que múltiple es su ley. Conocerías los secretos de su corazón, y los juicios remotos, en los cuales es múltiple e inescrutable.

Y entenderías que mucho menos se te exige de él, de lo que merece tu iniquidad. Esto es, debes sufrir más tormentos, de lo que proclamas soportar.

¿Acaso comprenderás las huellas de Dios, y hasta el perfecto omnipotente lo encontrarás? Las huellas de Dios son aquellas, cuando por su dignación se da a conocer a los hombres. Y por eso lo buscamos, cuando se digna manifestarse un poco a nosotros. Estas son, pues, las huellas de Dios, cuando lo entiendes incomprensible, y lo crees.

Es más alto que el cielo, ¿y qué harás? Más profundo que el infierno, ¿y de dónde lo conocerás? Más largo que la tierra es su medida y más ancho que el mar. Si lo trastorna todo, o lo reduce a uno: ¿quién le contradirá? o ¿quién puede decirle: ¿Por qué haces esto? Creemos que Dios está en todas partes, y dentro de él se contienen todas las cosas que fueron creadas por él.

Porque él conoce la vanidad de los hombres, y viendo la iniquidad, ¿no la considera? Porque él conoce las obras de los inicuos, y viendo las injusticias no las descuida; porque a los inicuos e impíos los castiga.

El hombre vano se eleva en soberbia, y como el pollino del onagro se cree nacido libre. Lo llama semejante al pollino del onagro, un animal indómito y errante: porque así se cree Job, que no debe pertenecer a nadie.

Tú, sin embargo, has fortalecido tu corazón, y has extendido tus manos hacia él. Has fortalecido tu corazón, dice: no para satisfacer a Dios por medio del arrepentimiento, para que quite esta plaga pésima que asola tus carnes. Has extendido tus manos hacia él: es decir, has dilatado con boca vana los falsos méritos de tus obras: porque en muchos lugares, con el nombre de manos, se designan las obras.

Si la iniquidad que está en tu mano, la quitas de ti, y no permanece en tu tabernáculo la injusticia. Con reproche acusa a Job, diciendo: Si la iniquidad que está en la obra de tu mano, y la injusticia en el tabernáculo de tu corazón no permanece.

Entonces podrás levantar tu rostro sin mancha, y serás estable, y no temerás. Poseyendo una conciencia santa y levantando tu rostro libre para suplicar a Dios. Pues Caín, el fratricida, habitó en la tierra de Naid, es decir, se volvió inestable. Para que Job no incurriera en un castigo similar, un temor perpetuo sobre su muerte, Sofar lo exhorta diciendo: Si haces lo que

hemos dicho antes, serás estable. Es importante saber que hay una conmoción en la que el pecador, permaneciendo en sus crímenes, no puede sostenerse ante el rostro. Tu rostro será como agua pura, y te despojarás de la suciedad, y no temerás. Quien es de mente sincera y purificada, y limpio de toda suciedad, teme los vicios: despojado de ellos como de vestiduras, brillará como sacado de las tinieblas. El hombre que muestra el rostro de su mente resplandeciente con la pureza del candor representa al pueblo judío, que de alguna manera mató a Cristo, su padre.

También olvidarás tus miserias, y no te acordarás de ellas como de aguas que han pasado. En el paso de las aguas, Sofar quiere entender que los dolores pueden alejarse de él tan rápidamente, si Job quiere enmendarse; así como las aguas se deslizan en un momento a otros lugares, y así la miseria de esta plaga puede ser completamente borrada de él: para que se acuerde de ella con una memoria tan tenue, como si no hubiera sido.

Y como el resplandor del mediodía se levantará para ti al atardecer. Y cuando te creas consumido, resurgirás como el Lucero. Espiritualmente se puede entender así: se levantará para ti al atardecer, es decir, en la consumación de tus trabajos malos, la consolación del sol de justicia, Cristo, vendrá a ti: o resurgiendo después de la muerte en gloria. De otra manera, incluso en esta destrucción tuya en la que diariamente te consumes con tanta podredumbre, y te desvaneces, hasta el punto de que ya te consideras completamente consumido: si haces lo que ya he dicho, de la nada completamente consumido, de repente resurgirás como el Lucero; que, recorriendo el cielo por las ocultas metas de su curso, se dice que aparece en el resplandor de la aurora después de dos años. Así, después de la noche y las densas tinieblas de esta prolongada tentación: si reconoces tus culpas, puede suceder.

Y tendrás confianza con la esperanza propuesta, y enterrado dormirás seguro. Descansarás, y no habrá quien te aterre. Y muchos suplicarán tu rostro. Tendrás esta confianza, que enterrado en la muerte, y hecho seguro de la resurrección, dormirás seguro, descansarás en el infierno, constituido en la esperanza de una esperanza cierta, y no habrá allí ningún torturador adversario enemigo que te aterre, y te inflija penas infernales, sino que más bien todos los que estén allí, te ofrecerán súplicas para que sus oraciones mitiguen tus tormentos tartáreos.

Los ojos de los impíos desfallecerán, y el escape perecerá de ellos, y su esperanza será la abominación del alma. Es decir, la expectativa de los hombres impíos se concluirá con este fin: que en el tiempo de la gloria ajena, ellos mismos sean hallados dignos no de absolución, sino de abominación.

CAPÍTULO XII.

Respondiendo Job, dijo: ¿Entonces ustedes son los únicos hombres, y con ustedes morirá la sabiduría? Y yo tengo corazón como ustedes: no soy inferior a ustedes. ¿Quién ignora estas cosas que ustedes saben? Quien es burlado por su amigo como yo, invocará a Dios, y Él lo escuchará. Pues la simplicidad del justo es burlada. Esto es decir, ¿por qué ustedes se dicen tan sabios, y piensan que después de ustedes no habrá sabio?

La lámpara despreciada en las mentes de los ricos está preparada para el tiempo señalado. Abundan las tiendas de los ladrones, y provocan audazmente a Dios, cuando Él ha puesto todo en sus manos. Se dice que es una lámpara despreciada por los ricos: ciertamente señalando a los soberbios, porque desprecian al afligido por los tormentos, y por el desprecio de los cercanos; quien, sin embargo, brillaba internamente con el aceite de la gran fe y las buenas obras. O también la lámpara despreciada por los ricos, Cristo por los judíos, quien

resucitando de entre los muertos iluminó con el esplendor de su gracia al mundo entero. Los judíos son llamados ricos porque recibieron los oráculos de Dios.

Sin duda, pregunta a los animales, y te enseñarán, y a las aves del cielo, y te lo indicarán. Habla a la tierra, y te responderá, y te narrarán los peces del mar. ¿Quién ignora que todas estas cosas las hizo la mano del Señor? En cuya mano está el alma de todo ser viviente, y el espíritu de toda carne humana. ¿No juzga el oído las palabras, y el paladar del que come el sabor? En los ancianos está la sabiduría, y en mucho tiempo la prudencia. Con Él está la sabiduría, y la fortaleza, y Él tiene el consejo, y la inteligencia. Que todo pertenece a la providencia y gobierno de Dios, incluso lo que es irracional e insensible, responde de alguna manera a la razón de la verdad cuando se le pregunta. Según el entendimiento místico, los hombres incultos e irracionales en costumbres pueden ser entendidos como animales. Las aves se entienden como demonios, o hombres ligeros, altivos y soberbios: o ciertamente astrólogos. La tierra son los hombres voluptuosos y carnales, que piensan en cosas terrenales. Los peces, los filósofos, y sus semejantes, que son excesivos en investigar las cosas del mundo y sus cualidades. De otra manera: los animales, los buenos caballos son, que habitarán en la heredad del Señor: a los cuales la lluvia voluntaria del Evangelio ha sido segregada de los incrédulos. Las aves son aquellos que tienen el corazón en lo alto, y desean las cosas celestiales; o que irán al encuentro de Cristo en el aire resucitados de entre los muertos: la carne de los santos se entiende rectamente, que exultará bajo el reinado del Señor. Los peces que nadan entre las olas de este mundo y sus tempestades, buscan para sí lugares seguros de eternidad y tranquilidad. O aquellos peces deben ser entendidos, que reciben vida a través del agua; que inmediatamente del manantial del bautismo migran a Cristo, o a Dios, como dicen otros.

Si destruye, no hay quien edifique. Es manifiesto que cualquier cosa que quiera disolver y destruir con el juicio de su sabiduría: nadie podrá resistir su fortaleza como si fuera poderoso. Así como destruyó la torre, y los reinos de muchas naciones, o incluso Jerusalén, donde los mismos preceptos legales como piedras escritas fueron predichos para ser disueltos bajo la presencia de su gracia. Así, según la profecía de Job, el muro de enemistades, ciertamente la ley de los preceptos, fue destruido por Cristo; para que creara en sí mismo a los dos en un solo hombre nuevo haciendo la paz. Dios Cristo destruyó y abrió las puertas del infierno, y depuso al diablo que tenía el poder de la muerte, del reino de la dominación. Dios Cristo destruyó la muerte, al asumirla para dignarse morir en ella, y al destruir en la cruz el cuerpo del pecado, matando allí a nuestro viejo hombre: para restaurarnos el camino a la eternidad. Así destruyó la muerte, e iluminó la vida: destruyó los consejos de los que perseguían a la Iglesia, de los que tramaban arrancar su nombre de debajo del cielo, a saber, judíos y gentiles. Destruyó los dogmas, y los diversos errores de los herejes de la Iglesia: con el edificio indisoluble de la fe recta: de los cuales Salomón: El sabio sube a las ciudades de los fuertes, y destruye sus fortalezas. Destruyó también todo culto a los ídolos.

Si encierra a un hombre, no hay quien abra. Dios encerró a Noé en el diluvio: a Lot en Segor: a Jonás en el vientre del cetáceo: a Jeremías y Baruc para que no fueran encontrados. Encierra también a aquellos de quienes se dice: Enviará su ángel alrededor de los que le temen, y los librá. O bajo la sentencia de muerte en el juicio de Dios, ¿quién puede revocar al hombre? Faraón fue encerrado en medio de las aguas: Datan y Abirón fueron encerrados vivos en el infierno: el pueblo de Israel fue encerrado en el desierto por cuarenta años. Dios encierra al hombre en tribulaciones para ser purificado: o ciertamente rodea al pecador con correcciones para ser azotado y enmendado. ¿Quién es el que puede abrir una vía de escape como una puerta para que evada: como el mismo Job, que dice: Dios me ha encerrado con el impío, y me ha entregado en manos de los malvados. El hombre puede ser entendido aquí

como el diablo: que cuando ha sido encerrado en el infierno, ni él mismo se liberó, quien se considera detestablemente fuerte contra Dios.

Si retiene las aguas, todo se secará, y si las libera, subvertirán la tierra. Lo que sucedió bajo Noé, según la fe de las Escrituras, no dudamos. Ahora bien, espiritualmente las aguas de las doctrinas están contenidas en los pueblos judíos, para que sean para ellos los ríos de la ley en el desierto, y las salidas de las aguas en sed: y tengan que estas aguas las codicias y lujurias terrenales, y sean destruidas y demolidas, en la tierra de la Iglesia racional dejando la imagen del hombre terrenal, progresando al convertirse a la vida espiritual.

Con Él está la fortaleza, y la sabiduría. Esto es, el Hijo con el Padre, y el Espíritu Santo.

Él conoce al engañador, y al que es engañado. Conocía a Balaam, a Acab, a Aenam el falso profeta que se levantaría: conocía a Aenam, pero a través de esto mostró el mérito del pueblo pecador: para que en su perdición anuncie falsamente profetizando, y aquellos que no quieren escuchar a Dios y a los profetas que dicen la verdad, sean engañados por las falsas profecías de los falsos profetas. También los hijos de Israel, como leemos en el libro de los Jueces, fueron engañados por el justísimo juicio de Dios. Y cuando se congregaron junto a la causa por la esposa de los levitas contra los benjaminitas, para que se castigara el crimen de adulterio: primero se vengó en ellos el crimen de sacrilegio, porque primero debieron ser corregidos: o ciertamente debieron matar a aquellos que adoraban ídolos en injuria de Dios: para quienes fue mayor la injuria del hermano que la de Dios, y por eso primero se vengó en ellos. Sin embargo, el Señor conoce al engañador y al engañado por la presciencia, lo que también se puede entender de Abel, y Caín, y Dalila, y Sansón, quien poseía mística la gracia del Espíritu Santo en siete trenzas. Dios conocía todas estas cosas antes de que sucedieran, presciente de los futuros; pero permitió que el hombre, que usaba el libre albedrío, desobediente al precepto de Dios, además, creyendo que podía hacerse Dios, sufriera dignamente el castigo de la desobediencia por la justicia de Dios. Todos ellos tuvieron el tipo de Cristo. En Sansón, quien sostuvo y mató al león, y en la boca del león muerto encontró un panal de miel: se significó que en los soberbios, en cuya boca había sido el hedor de la blasfemia, habría después la dulzura de la alabanza y la gracia de Dios. Y como aquel Sansón, sediento, del diente molar del asno, invocando a Dios, sacó agua para beber: así también Cristo del pueblo inmundo y duro de los gentiles, saciado de la fe de los creyentes como de un refrigerio para el pueblo. También con la quijada del mismo asno de cuyo molar fluyeron abundantes aguas, mató a mil hombres. En las quijadas, y dientes, se entiende el elocuente discurso. La doctrina de aquellos que creyeron de entre los gentiles, se completa en un número perfecto. Sansón mató y destruyó a sus enemigos y adversarios de tres maneras: mientras unos perecen no creyendo: otros mueren al pecado creyendo en la fe. Esta obra se llama elevación de la quijada. Así la doctrina y la predicación del Evangelio se magnificó sobre toda la tierra, para que todas las naciones en todas partes la admiren elevada. En aquellas zorras se figuró: para que por los engañosos y enemigos de la fe sana, cuyo principado está en las colas, la parte dejada atrás, la parte alrededor de los frutos de los que se oponen a Cristo sea devastada.

Lleva a los consejeros a un fin insensato, y a los jueces al estupor. Como hizo contra los magos de Egipto, que decían a Faraón, que el rey de los caldeos no vendría a devastar Egipto, o convirtiendo a Nabucodonosor en locura, o sacudiendo a Belsasar con temor.

Disuelve el cinturón de los reyes, y ciñe con cuerda sus lomos. En el cinturón se entiende la gloria del que reina: en la cuerda, la ignominia del depuesto del reino: como sucedió a Sedequías, y Manasés, por mandato de Dios. O al pueblo judío, que por su infidelidad, fue

separado del reino de Cristo. Pero ahora renacidos en Cristo, todos son reyes llamados a la adopción de hijos del rey eterno. Verdaderamente de aquella sublimidad de honor merecidamente se distinguen, quienes han perpetrado cosas dignas de los límites de la penitencia. Como dice el profeta: Por cinturón te ciñes con cuerda.

Conduce a los sacerdotes a la deshonra. Como a los hijos de Elí, o a muchos otros de la misma nación.

Y suplanta a los nobles. Dios no suplanta con engaño, en quien no hay iniquidad, sino que se dice que suplanta de esta manera, cuando remueve al injusto, y al iniquo: y en el lugar que parece ocupar alguien indigno, sustituye a un buen hombre, y justo, como David en lugar de Saúl.

Cambiando el labio de los veraces, y quitando la doctrina de los ancianos. Derrama desprecio sobre los príncipes, y levanta a los que estaban oprimidos. Cuando por los pecados, removidas las promesas, se ve obligado a dar las llamas del infierno eterno a los adoptados.

Revela las profundidades de las tinieblas, y saca a la luz la sombra de la muerte. Multiplica las naciones, y las destruye, y las restablece en su integridad. Cambia el corazón de los príncipes del pueblo de la tierra, y los engaña, para que anden en vano por el camino sin salida. Palparán como en tinieblas, y no en luz, y los hará errar como ebrios. La sombra de la muerte es el mismo diablo: que no protege a los hombres, sino que los oprime en la muerte: este es sacado a la luz, cuando es separado del alma fiel.

CAPÍTULO XIII.

He aquí que todo esto ha visto mi ojo, y ha oído mi oído, y he entendido cada cosa. Según vuestro conocimiento, yo también sé: no soy inferior a vosotros. Pero sin embargo hablaré al Omnipotente, y deseo disputar con Dios: primero mostrándoles a ustedes como fabricantes de mentiras, y cultivadores de dogmas perversos. Y ojalá callaran, para que se les considerara sabios. Escuchen pues mis correcciones, y atiendan al juicio de mis labios. ¿Acaso Dios necesita de vuestra mentira: para que hablen engaños por Él? ¿Acaso toman su rostro, y se esfuerzan por juzgar por Dios? ¿O le agrada a Él quien no puede ser ocultado? ¿O será engañado, como un hombre, por vuestras fraudes? Había engaños en ellos, porque bajo palabras consolatorias lo golpeaban con un corazón enemigo.

Él los reprenderá, porque en secreto toman su rostro. Tan pronto como se conmueva, los turbará, y su terror caerá sobre ustedes. Vuestra memoria será comparada con ceniza, y vuestras cervices serán reducidas a lodo. Callen un momento, para que hable lo que mi mente me sugiera. Para que sean reprendidos por Dios, son dignos: oculten, es decir, como si Él ignorara, su persona en ustedes para condenarme: como si algo pudiera ocultarse a Él, para que así quieran engañarlo.

¿Por qué desgarré mis carnes con mis dientes? Atormentado por los excesivos sufrimientos, desgarraba con sus dientes sus manos o labios.

Y llevo mi alma en mis manos. Aunque me mate: en Él esperaré. Sin embargo, mis caminos en su presencia los argumentaré, y Él será mi salvador. Pues no vendrá en su presencia ningún hipócrita. Escuchen mi discurso, y perciban los enigmas con sus oídos. Si soy juzgado, sé que seré hallado justo. ¿Quién es el que será juzgado conmigo? Que venga. ¿Por qué en silencio me consumo? Solo no hagas dos cosas, y entonces no me esconderé de tu rostro. Aleja tu mano de mí, y que tu temor no me aterre. Llámame, y yo te responderé: o

ciertamente hablaré, y tú me responderás. ¿Cuántas iniquidades y pecados tengo? Él dice que lleva su propia vida, que suele llamarse alma, en sus manos: esto es, ya ahora con el alma desfalleciendo en los tormentos y saliendo, como si la llevara para ser enterrada en sus manos.

Mis crímenes, y mis delitos muéstrame. Para que pueda saber, por qué razón me atormentas así.

¿Por qué escondes tu rostro, y me consideras tu enemigo? Contra una hoja que el viento arrastra, muestras tu poder, y persigues una paja seca. Pues escribes contra mí amarguras, y quieres consumirme con los pecados de mi juventud. Has puesto mi pie en el cepo, y has observado todos mis caminos, y has considerado las huellas de mis pies. Que como podredumbre debo ser consumido, y como una vestidura que la polilla devora. Mientras permites que sea castigado así, a quien consideras como enemigo, me duele porque tú mismo sabes muy bien, que al que te resistiera, se le haría daño.

CAPÍTULO XIV.

El hombre nacido de mujer, viviendo poco tiempo: se llena de muchas miserias. Que como una flor sale, y se marchita, y huye como una sombra, y nunca permanece en el mismo estado. En la flor entendamos aquí la fragilidad del género humano, no la fragancia de la belleza y el decoro.

¿Y consideras digno abrir tus ojos sobre tal, y traerlo contigo a juicio? ¿Quién puede hacer puro al que es concebido de semilla impura? ¿No eres tú quien solo puede? Los días del hombre son breves, el número de sus meses está contigo. Has establecido sus límites, que no podrán ser traspasados. Esto es, consideras digno, que por el género humano, tu Unigénito quiera nacer hombre. O de otra manera: también me permites hablar contigo, y desentrañar mis miserias.

Apártate pues un poco de él, para que descanse, hasta que llegue lo que desea, y como el día del jornalero. Esto es, aleja de mí tu flagelo, y no me permitas ser tentado así por más tiempo.

El árbol tiene esperanza. Si es cortado, vuelve a reverdecer, y sus ramas brotan. Si su raíz envejece en la tierra, y su tronco muere en el polvo, al olor del agua germinará, y hará brotes, como cuando fue plantado por primera vez. Se debe creer que el árbol razonable es del que se dice: Porque hay esperanza para el árbol. Este árbol fue cortado por la desobediencia: cuando habitaba en medio de los árboles del paraíso, antes de que muriera por la sentencia de Dios, del cual en el bautismo se corta la vejez, para que en la vida de Jesucristo del nuevo hombre, por la resurrección de la fe reviva, y sus ramas broten con virtudes: es decir, que sus obras progresen viviendo santamente.

Pero el hombre cuando muere, y es despojado y consumido: ¿dónde, pregunto, está? Pero el hombre que no tiene esperanza en Cristo, como los gentiles que ignoran a Dios, cuando muere, no renacido por el bautismo, despojado también de la vida y de la presente delectación, sin duda recibirá la sentencia de condenación eterna.

Como si las aguas se retiraran del mar y el río se secara por completo: así el hombre, cuando duerme, no resucitará. Hasta que el cielo se desgaste, no despertará: ni se levantará de su sueño. ¿Quién me concederá esto, que me protejas en el infierno y me escondas hasta que pase tu furia: y me establezcas un tiempo en el que te acuerdes de mí? ¿Crees que el hombre

muerto volverá a vivir? Todos los días en los que ahora milito: espero hasta que llegue mi cambio. Si es posible, dice, que las aguas de los preceptos salvadores de Dios, del mar de las Sagradas Escrituras, dejen de retirarse, a las cuales no les falta abundancia perenne: y si es posible que el río del sagrado bautismo, por cierta escasez de la misericordia divina, se seque y no esté lleno de la gracia de Dios, tampoco rebose de los dones del Espíritu Santo: así podría suceder que el hombre, cuando muera, no resucite.

Me llamarás, y yo te responderé. Extenderás tu mano derecha a la obra de tus manos. Todos los muertos serán llamados en el último de los siglos, y a la voz del arcángel, y al sonido de la trompeta de Dios, serán despertados de los sepulcros: y todos responderán de esta manera cuando, a la palabra de su majestad y poder, las cenizas y el polvo de los cuerpos humanos sean vivificados, y se levantarán de entre los muertos incorruptos.

Tú ciertamente has contado mis pasos: pero perdona mis pecados. Los pensamientos y las obras de mi juventud.

Has sellado mis delitos como en un saco, pero has curado mi iniquidad. El saco, con un nombre significativo, puede parecer llamado como toda la masa pecadora de la generación de Adán: en el cual, como bajo el sello de su imagen, Adán engendró a su descendencia a su imagen y semejanza, toda ella hecha transgresora en él: a la cual Dios mantuvo encerrada bajo el pecado durante muchos siglos, y sin embargo, en los últimos tiempos de los siglos, curó las heridas de sus delitos con su redención. Pero si parece que Job dijo esto de sí mismo, como creo, este es el entendimiento: Si, por tanto, dice, he cometido pecados ante Dios durante toda la era de mi vida, los has reunido todos en uno a través de los diversos espacios de tiempo, para que según el rigor de tu justicia me retribuyas por todos juntos.

La montaña que cae se desmorona, y la roca se traslada de su lugar. Las aguas excavan las piedras, y con la inundación la tierra se consume poco a poco, y así también destruirás a los hombres. Por lo tanto, debemos entender que esta montaña es el diablo, o el hombre de soberbia, que se hincha contra Dios como una montaña con la elevación de su mente, y al erigirse así, cae precipitadamente, de modo que se desmorona, y disuelto en polvo se reduce a nada. Creo que la roca se asemeja a aquellos que, aunque debieron permanecer en el bien de la naturaleza como piedras con fortaleza similar al suelo, fueron transformados por su propia voluntad en una cierta necedad y dureza de corazón, y por eso, en la morada de su detestación, que presumían tener como si fuera por sus propios méritos, deben ser arrojados a lugares dignos de ellos. Pero estas aguas que siempre buscan lo inferior, por las cuales también una vez vino la destrucción, significan los poderes adversarios, y las tormentas y tempestades del mundo. Estas aguas, digo, desgastan con su caída incesante a aquellos hombres que se consideran a sí mismos muy fuertes y sólidos, confiando en su propia virtud, por lo cual también se comparan con piedras. Creo que la tierra son aquellos que, no soportando las tentaciones y peligros, se dejan tambalear. Así también destruirás a los hombres: es decir, a tus santos, que guardan tu imagen en ellos.

Lo fortaleciste por un momento, para que pasara para siempre. Esto es, en esta vida no permitiste que tus santos fueran vencidos por las tentaciones.

Cambiarás su rostro, y lo enviarás. Es decir, cuando esto mortal se revista de inmortalidad y de incorrupción. O de otro modo, entendemos el rostro como el alma, que cuando reciba su serenidad natural, contemplará la gloria de la majestad divina, que cuando se regocije junto con su cuerpo: no será herida por ninguna perturbación de cualquier vicio.

Ya sean nobles sus hijos, o ignobles, no lo entenderá. Esto es, no los hijos de la carne, sino los hijos de la mente: es decir, las obras de las virtudes. Por lo tanto, los santos no entienden en esta vida antes del día del juicio, qué tipo de hijos tienen con certeza: si agradan a Dios o no. Lo fortaleciste por un momento, para que pasara para siempre, según la forma de siervo que asumió. No creo que esto pueda aplicarse a Cristo Dios. Pues cuando por esa parte en la que es hombre, se debilitó cercano a la pasión, el evangelista dice: Apareció un ángel del Señor del cielo fortaleciéndolo. Aquí, por lo tanto, administrada nuestra redención por un breve tiempo, pasó al siglo eterno penetrando los cielos. Cambiarás su rostro: esto es, cuando todo el hombre pase a Dios: salvando, sin embargo, la propiedad de ambas naturalezas en la unidad de la persona.

Sin embargo, su carne mientras viva, dolerá, y su alma se lamentará sobre sí misma. Así nuestro Salvador asumió verdadera carne, que pudo sentir dolor. O su alma dolió, cuando dijo: Mi alma está triste hasta la muerte. O la Iglesia, que es su carne, duele cuando es oprimida por las presiones del mundo: porque la misma Iglesia es hija en él, quien por la fe del bautismo es iniciado en Cristo. Y de nuevo es madre, cuando aquel que está incorporado a los miembros de Cristo, recibe el ministerio de bautizar.

CAPÍTULO XV.

Respondiendo Elifaz el Temanita dijo: ¿Acaso el sabio responderá, como hablando al viento? Parece haber tomado este sentido: ¿acaso algún sabio, y estudioso de la disciplina filosófica, es llevado por la furia, y poseído por la locura, para hablar sin ninguna mirada de temor de Dios o religión, de tal manera que sea como el soplo del aire, y lo que se disuelve en el viento? Por esto, por lo tanto, Elifaz se atrevió a reprender al santo Job como si fuera tímido por el espíritu de soberbia y viento.

Y llenará su estómago de ardor. Con el nombre de ardor, quiso indicar su ánimo exhalante de bilis de ira, que se atrevió a enojarse contra Dios como si fuera su igual. Otra interpretación lo tiene así: Y llenará su vientre de dolor. Entendamos el vientre como un seno capaz del alma: porque así como es un receptáculo del cuerpo donde se contienen las vísceras vitales, y lo llamamos con el nombre de vientre: así dijo con esa traducción por el cambio de nombre una cierta virtud capaz de los ejercicios del alma, que se llena de pensamientos de la misma manera que el vientre del hombre se llena de alimentos. Por lo tanto, Job es reprendido por Elifaz, porque llenó de dolor ese tipo de vientre, es decir, piensa en cosas que atormentan su alma, o por las cuales merece sufrir dolores del cuerpo.

Acusas con palabras a quien no es igual a ti, y hablas lo que no te conviene. A quien, diciendo así, señala como rebelde y contrario a Dios. Quizás por esto, porque en el discurso anterior Job dijo a Dios entre otras cosas: Y piensas que soy tu enemigo.

En cuanto a ti, has evacuado el temor; y has quitado las oraciones ante Dios. Tan elevado, dice, te has vuelto, que estás completamente vacío de temor divino, y ya no te dignas a suplicar a Dios: por lo cual dice: y has quitado las oraciones ante Dios, es decir, como si no las necesitaras, las has apartado de ti.

Porque tu iniquidad ha enseñado a tu boca: y imitas la lengua de los blasfemos. Por lo tanto, el mal de tu mente, tu boca ha aprendido a hablar, y por eso eres imitador y discípulo de aquellos que siempre tienen la lengua preparada para blasfemar contra Dios.

Te condenará tu boca, y no yo, y tus labios te responderán. Es decir, recibirás el mérito de tus palabras.

¿Acaso naciste tú el primer hombre, y fuiste formado antes que todos los montes? Entonces, antes de que existiera la generación humana, comenzaste a existir, dándote mucho a ti mismo, porque eres más sabio que los demás hombres: donde con un discurso burlón pudo haber dicho al primer Adán: a quien ciertamente conocemos como el más sabio hecho por Dios. Así, por lo tanto, se lanza contra el santo Job, diciendo: ¿acaso tú comenzaste a existir antes que el padre del género humano, y antes de la creación de los ángeles?

¿Acaso escuchaste el consejo de Dios, y su sabiduría será inferior a ti? Inmediatamente lo acusa de ser demasiado, y jactancioso, verdadero complaciente a Dios, y lo increpa vehementemente, diciendo: que no solo cree conocer el consejo de Dios: sino también, que su sabiduría es inferior a él. Por lo tanto, parece un alma llena de envidia, dirigir dardos de reproches contra un hombre justo sin causa, para abrumar con injurias al inocente.

¿Qué sabes que ignoremos? ¿Qué entiendes que no sepamos? Mucho: claramente en primer lugar conocía más a Dios, luego veía en espíritu los misterios que se revelarían en Cristo.

Y ancianos, y antiguos hay entre nosotros mucho más viejos que tus padres. Ancianos, y antiguos puestos con nosotros, que ya por la misma longevidad han alcanzado mucha erudición y conocimiento: no se atrevieron a decir nada temerariamente contra Dios, como tú lo haces.

¿Acaso es grande que Dios te consuele? Pero tus palabras perversas lo impiden. Es manifiesto que no es grande para el omnipotente, ni difícil para la misericordia de Dios, consolar al hombre: para que escuche al que invoca, y lo libre de la presión de la tribulación; pero tú, al eructar blasfemias, exacerbabas más a Dios en tu castigo, a quien podrías haber aplacado con humildad y satisfacción.

¿Qué eleva tu corazón, y como pensando en grandezas, tienes los ojos atónitos? ¿Qué se hincha contra Dios tu espíritu, para que pronuncies de tu boca tales palabras? ¿Qué es el hombre, y será inmaculado, para que aparezca justo nacido de mujer? He aquí que entre sus santos nadie es inmutable, y los cielos no son puros a su vista: ¿cuánto más abominable e inútil es el hombre, que bebe la iniquidad como agua? Corazón, ojos, espíritu, significan toda el alma del hombre, pero en el corazón del hombre conocemos la sabiduría. En los ojos, la perspicacia de la inteligencia. En el espíritu, el movimiento de esa alma, que es agitada incesantemente por pensamientos hacia cualquier cosa que se haga. En la elevación del corazón, y los ojos atónitos, y el espíritu hinchado: Elifaz, su amigo, reprocha al santo Job como muy soberbio contra Dios, y extremadamente inflado. Porque estaba ofendido por esos discursos que el bienaventurado Job había narrado anteriormente a Dios. Si soy juzgado, sé que seré hallado justo, y contra este discurso dice: ¿Qué es el hombre para que aparezca inmaculado?

Te mostraré, escúchame, lo que he visto te narraré. Hablo de una cosa experimentada, que sepas que la he conocido y visto.

Los sabios confiesan, y no ocultan a sus padres. Así quiere coaccionarlo y constreñirlo de diversas maneras y ejemplos, como a la penitencia, para que confiese que sufría esa plaga de castigos por sus méritos. O así: no defendiéndose a sí mismos, ni a sus padres semejantes a ellos, o a quienes comenzaron a tener como padres imitando; no cubren ni ocultan sus

pecados o los de sus padres. O no ocultan a sus padres, es decir, a los ancianos, o a sus sacerdotes, a quienes es saludable confesar los pecados.

A quienes solos se les dio la tierra, y no pasará extranjero por ellos. Frecuentemente Dios entrega la tierra de los inicuos a otras naciones por sus pecados. Por lo tanto, Sophar habla a Job sobre la entrada y el ingreso de la conversación: En su amargura irán y vendrán sobre él los horribles, es decir, como movidos por la ira de los hielos, y convertidos en amargura y furia por el veneno de la envidia: alrededor de ti, dice, morarán continuamente. O moralmente. Aquellos sabios están en Cristo, y en el mundo son necios, que con la satisfacción de la penitencia, confesando fielmente sus pecados o errores de herejía al convertirse a Dios, y manifestando a los autores de sus crímenes o dogmas, para que posean la tierra de su cuerpo solos: es decir, que no les dominen los vicios, ni las maldades hostiles. Y que no pase extranjero por él, es decir, que el diablo no tenga poder sobre él. Quien verdaderamente debe ser llamado extranjero, porque se hizo a sí mismo ajeno a Dios y a la compañía de los ángeles.

Todos los días de su vida el impío se enorgullece, y el número de sus años es incierto en su tiranía. En la persona de Job parece que Elifaz se lanza con estas palabras, que llevó hasta el final de este discurso. Yo creo que, inspirado por el espíritu de profecía, dijo todo esto sobre cualquier impío, o sobre el mismo diablo, o sus socios.

El sonido del terror siempre está en sus oídos. Como lo sufrieron los egipcios.

Y cuando hay paz, él siempre sospecha de insidias. El impío persevera en el crimen siempre por el mal de su conciencia: porque sabe según el justo juicio de Dios, cuál es la retribución reservada para los impíos.

No cree que pueda volver de las tinieblas a la luz. Engañado en vano por el error, que será redimido por algún precio. Este impío, al caer en el abismo de los pecados, desesperó de poder alcanzar la vida. Y por eso no cree que pueda volver a la luz de la penitencia desde las tinieblas de los pecados. La causa de esta desconfianza la narra, diciendo:

Rodeado por todas partes de la espada. Es decir, de aquí y de allá: o esperando la muerte. Dijimos que el diablo fue dado como alimento a los espíritus inmundos, porque viven de su malicia: los buitres son entendidos como hombres pecadores e inmundos. Cuando estos se conviertan, entonces tendrán al enemigo devorador en alimento, porque él es el dragón que fue dado por Dios como alimento a los pueblos de Etiopía, que antes por la negrura de los pecados eran etíopes, pero ahora por la fe hechos luz en el Señor. Este impío o dragón lo consumen y devoran: cuando todo su cuerpo, que son ciertamente los pecadores, por la fe lo introducen en el cuerpo, es decir, en la Iglesia: según esto, que fue dicho a Pedro: Levántate, mata y come. De aquí también Moisés obligó a los hijos de Israel a beber el becerro triturado, para que así como habían sido absorbidos por él en el error: así ellos en el cuerpo del pueblo de Dios, dejando el error, pasaran.

Cuando se mueva a buscar pan, sabe que el día de las tinieblas está preparado en su mano. El movimiento de los ánimos es el inicio del pensamiento. Por lo tanto, cuando este recordado, siempre culpable de mala conciencia, cómo puede vivir: nada le ocurre más que ese tiempo del juicio de Dios horrible, en el que teme las penas perpetuas que se le impondrán.

Lo aterrorizará la tribulación, y la angustia lo rodeará, como un rey que se prepara para la batalla. Antes de que llegue el día predicho, será atormentado por el mal del miedo; también,

rodeado por presiones y angustias, será estrechado por todas partes, como un rey que se dispone a la batalla. Bajo el nombre de rey, creo que se entiende al hombre impío, o al diablo, que diariamente prepara guerras contra Dios, blasfemias, contiendas, o luchas de vicios.

Porque extendió su mano contra Dios, y se fortaleció contra el Omnipotente. En la elevación, o expansión de la mano, muestra al que resiste a Dios, y dice que es fuerte por la contumacia de su mente también hinchada.

Corrió contra él con el cuello erguido. Indica una mente soberbia y precipitada: porque poseído por la locura en la audacia resistiendo a Dios, no avanzó con pasos lentos.

Y está armado con un cuello grueso. Nombrando la gordura del cuello, indicó la soberbia superabundante, y como excesivamente efusiva. Como dice el profeta, cuando habla de la misma soberbia de los hombres, diciendo: Su iniquidad salió como de la gordura, este testimonio la nueva edición lo dice más claramente: Sus ojos salieron de la gordura: es decir, los sentidos o pensamientos de los muy soberbios, estallaron en blasfemia.

Cubrió su rostro la grosura. El rostro a menudo se entiende como la misma mente del alma, como dice el Apóstol: Pero nosotros con el rostro descubierto contemplamos la gloria del Señor. Este diablo o hombre impío no tiene su mente serena o perspicua con santidad o humildad, sino cubierta de la grosura de la soberbia, que es ciego de corazón y obtuso. Otra edición: Cubrió su rostro como en su gordura; como si dijera: ciertamente la soberbia negra, autora de todos los vicios: no se vistió con la virtud tenue y translúcida de la humildad como con un precioso manto, sino que hizo de sí mismo de alguna manera una burla, y un vestido oscuro, con el cual la soberbia con la ceguera gruesa del corazón lo embotara.

Y de sus costados cuelga la grasa. Pueden entenderse sus costados como los ministros o compañeros, que se hicieron semejantes a él. No absurdamente también se entienden las orejas, que ciertamente se engordan en la audición: de donde se genera la sordera excesiva en los contumaces, según aquello: Se ha engrosado el corazón de este pueblo. Otra edición: Hizo un capitel sobre los muslos. Me parece que este versículo contiene un sentido de este tipo, que en este impío se increpa, porque no quiso tener el freno de la disciplina, por el cual podía ser retenido hacia las virtudes, sino que más bien se arrojó a una cierta disolución, dejando de lado el rigor del ánimo, para que como con la rienda suelta fuera llevado al placer y la lujuria.

Habitó en ciudades desoladas, y en casas desiertas, que han sido reducidas a tumbas. Por lo tanto, los espíritus inmundos dicen que habitan en bestias y aves inmundas: que habitan en hombres, a quienes Dios ha abandonado. Aquí habita en hombres abandonados por Dios: y por eso se han convertido en sepulcros de muertos. Y si los pecados en las Escrituras a veces se llaman muertos, necesariamente los pecadores e impíos son tumbas de muertos. Por lo tanto, en las ciudades, puede ser un nombre general de todos los pecados, y en las casas, especial de cada pecador e impío.

No se enriquecerá, ni su sustancia perdurará. La sustancia aquí no debe entenderse como las riquezas de las cosas, sino los pecados: de los cuales dice el Espíritu Santo en el Apocalipsis de Juan. Cayó, cayó Babilonia la gran ciudad, y se ha convertido en morada de demonios, y en custodia de todo espíritu inmundo. Pero lo que dice, no se enriquecerá: esto me parece que lo dijo, no habrá un largo tiempo en el que su vida se haya enriquecido en las riquezas de los crímenes, ya que incluso la sustancia de sus vicios acumulados no será permanente.

Ni echará en la tierra su raíz. Es decir, porque como un árbol arrancado morirá: por eso no tendrá estabilidad eterna en la tierra de los vivientes ni su compañía: porque aquí antes no envió la esperanza o raíz de la fe: tampoco tendrá el soplo de la salvación, para vivir bajo la sombra del refrigerio.

No se apartará de las tinieblas. Otros dijeron, No escapará de las tinieblas: es decir, ha sufrido las penas eternas, y no evitará las tinieblas. No se apartará de las tinieblas: entendemos de las tinieblas de la infidelidad. Este hombre impío se niega a venir a la luz de la penitencia.

La llama secará sus ramas. En las ramas, entendamos los frutos de las malas obras, como dice Salomón: Los frutos de los impíos son pecados. Estos verdaderamente como leña, heno, paja, el fuego del infierno los consumirá.

Y será quitado por el espíritu de su boca. Porque su ánimo está lleno de furia contra Dios, y no cesa de proferir blasfemias contra Él: por el juicio de su boca, dice, será condenado. Según la antigua edición, creo que en la raíz o en la rama se significa el origen de la vida del impío, que el Espíritu de Dios, con sentencia de juicio, golpea como un viento que sopla: para que el impío muera de inmediato como un árbol seco, y así toda flor de su honor y gloria se desvanezca.

No se apartará engañado por error, pensando que puede ser redimido por algún precio. Esto, pues, dice, tal vez el diablo y el hombre impío, persistiendo en la dureza de su corazón en la impiedad, piensan que Dios no le retribuirá según sus méritos: mientras Dios no le perdona, aunque lo suplique con palabras poderosas y compuestas para obtenerlo, ya que según el justo juicio de Dios, está destinado a tormentos eternos.

Antes de que se cumplan sus días, perecerá. Entonces se dice que se cumplen los días de cada uno, cuando llega la retribución de los hombres buenos y malos. Este hombre, pues, o el diablo, antes del día de la sentencia manifiesta, que el Señor les dará en el juicio: está predestinado a perecer, como en, etc.

Y sus manos se secarán. Sin tener ciertamente fruto de buena obra en sí.

Será herido como una vid en el primer florecimiento de su racimo, y como un olivo que arroja su flor. En el racimo no hay duda de que se entiende el fruto de la obra mencionado anteriormente. Por lo tanto, no podrá llevar la flor de la alegría temporal a la madurez del fruto perpetuo, porque en la misma esperanza de la gloria engañosa, será dispersado por el viento cálido de la soberbia. O será herido por el frío de la caridad de Dios, como por una escarcha, como creo que se dice en el mismo sentido en lo siguiente. Y como un olivo que arroja su flor. En las Escrituras divinas, el olivo y la vid a veces significan solo al hombre: a veces al pueblo, ya sea bueno o malo. Pero lo que dijo, será devastado, o será derribado, debe entenderse como se dice en el Apocalipsis: Quien haga los mandamientos del Señor, no será herido por la segunda muerte. Por lo tanto, la vid y el olivo pueden entenderse como el pueblo de los judíos. Esta vid, pues, perderá o dejará de tener el fruto de la santidad y la justicia, que no quiso tener a Cristo, la primera flor y el mejor de todos los santos en el campo de la ley. Él mismo dice: Yo soy la flor del campo. Pero como infiel e incrédula, para que la fe de Cristo no ardiera en ella, lo arrojó de sí misma: y al arrojarlo fuera de la viña, y al sacudirlo de sí como una flor, ella misma fue arrancada de la raíz de los patriarcas, y Cristo, el fruto de nuestra salvación, fue sacudido.

Porque la congregación del hipócrita es estéril. Denota al ladrón y violento simulador santo Job con estas palabras, y dice que las riquezas obtenidas de la iniquidad no le servirán de nada: así habló contra Job, incluso en el primer discurso, donde también lo comparó con el león y la leona, el cachorro de león y el tigre. Pero más bien se debe creer a Dios, quien al alabarlo no lo llamó simulador, sino que lo proclamó inocente y sencillo. Pero lo que dijo Elifaz.

Y el fuego devorará sus tiendas, los que aceptan regalos con gusto. No puede aplicarse al santo Job. Porque él mismo, como ya dije, según el testimonio de Dios sobre sí mismo, habló así: y si en mis manos se adhirió mancha, cuando hablaba de regalos. Al mencionar el fuego, creo que significó el infierno, porque las tiendas, es decir, los cuerpos de los inicuos, serán consumidos. De este fuego también dice Zofar en lo siguiente: Lo devorará, es decir, el impío, un fuego que no se enciende.

Concibió dolor, y dio a luz iniquidad, y su útero prepara engaños. David también dijo posteriormente sobre esto: He aquí, concibió injusticia, concibió dolor, dio a luz iniquidad. El dolor, por lo tanto, es injusticia e iniquidad. Esto, pues, dio a luz el impío lo que había concebido, y sin embargo, el útero de su corazón no cesa de preparar engaños. Los da a luz cuando las obras se llevan a cabo. En la concepción, por lo tanto, se entiende el pensamiento inicuo, así como en el parto se reconoce el efecto del mal pensamiento. Todo esto habló Elifaz contra Job; pero ya dijimos anteriormente que por la administración de la profecía a través de la persona de Job, estas cosas pueden parecer dichas al diablo o a cualquier hombre impío, así como otras que sus amigos hablaron.

CAPÍTULO XVI.

Respondiendo Job, dijo: He escuchado frecuentemente tales cosas. Todos ustedes son consoladores molestos. ¿Acaso tendrán fin las palabras vanas, o te molesta algo si hablas? Yo también podría hablar cosas similares a las de ustedes. ¡Y ojalá su alma fuera como mi alma! Si ustedes, dice, sufrieran lo que yo soporto: no actuaría así con ustedes, como ustedes no cesan de actuar conmigo.

Yo también los consolaría con palabras, y movería mi cabeza sobre ustedes. Los fortalecería con mi boca, y movería mis labios, como si les perdonara. Con el halago de mis palabras, ciertamente los animaría: también sostendría sus mentes, exasperadas por tribulaciones amargas, con palabras leves y apacibles, para que no cayeran en la blasfemia.

Pero, ¿qué haré? Si hablo, mi dolor no cesará, y si callo, no se apartará de mí. Es decir, ya sea que les hable ahora estas cosas, o incluso si callo: solo confieso saber esto, que me atormenta un dolor incesante.

Ahora, sin embargo, mi dolor me ha oprimido, y todos mis miembros han sido reducidos a nada. Esto también debe entenderse de Cristo.

Mis arrugas dan testimonio contra mí. La contracción de la piel que, al secarse la misma pus, sufro, de alguna manera da testimonio contra mí con su manifestación, y como si hablara, cuántos dolores o tormentos soporto.

Y se levanta un mentiroso contra mi rostro, contradiciéndome. Ha reunido su furia contra mí. Aquí llama mentiroso a Elifaz mismo, porque reprocha al santo Job que sufre estas cosas por el mérito de sus pecados, o al diablo, que lo había llamado pecador. De otra manera, el

mentiroso debe entenderse como Judas o el pueblo de los judíos, que dieron falso testimonio contra Cristo.

Y amenazándome, rechinó sus dientes contra mí. Con la boca de los amigos que discutían contra el santo Job, el diablo amenazaba: o los judíos rechinaron contra el Salvador. Otra edición: Las flechas de los piratas cayeron sobre mí. Estos piratas son los ministros del diablo, ya sean hombres o demonios: que entonces se llaman piratas en las Escrituras, cuando este mundo se llama mar. Las flechas deben entenderse como los dolores o tormentos que sufría, para que, al ser traspasado por ellos, muriera en blasfemia. Y así finalmente le quitarán el oro y la plata de su sabiduría y conocimiento, así como las vestiduras preciosas de las virtudes, la esperanza y la fe en Dios, y los collares adquiridos a gran precio.

Mi enemigo me miró con ojos terribles. En los ojos terribles describe el ánimo del enemigo invisible que lo hiere, ya sea a través de visiones nocturnas o a través del rostro terrible de sus amigos, que le dirigían amenazas: y así, mientras sus amigos respondían cosas impías al santo Job, debe entenderse de Cristo.

Abrieron su boca contra mí, y reprochándome, golpearon mi mejilla, se saciaron con mis penas. Por lo tanto, en la mejilla, se entiende la nobleza del linaje, o un cierto honor manifiesto. Y como otros dijeron, fue golpeado severamente en las mejillas, tanto que fue hecho ajeno al honor, la nobleza y las riquezas, cuando ofreció valientemente la mejilla de su fe para ser golpeada por el diablo, quien intentó perturbarla golpeándola, como si rompiera una puerta de la confesión divina, o cuando dieron falso testimonio contra Cristo, o aquel, Crucificalo.

Dios me ha entregado al impío, y me ha entregado en manos de los malvados. Es decir, al diablo y sus ángeles. O debe entenderse de Cristo, cuando fue entregado en manos de los judíos.

Yo, que antes era opulento, de repente fui destruido. Tomó mi cuello, me rompió, y me puso como un signo para sí mismo. Es decir, de rico me hice pobre: o Cristo, nacido de Dios, se hizo hombre.

Me rodeó con sus lanzas: hirió mis lomos. No tuvo piedad, y derramó mis entrañas en la tierra. Las lanzas mencionadas aquí significan las punzadas de dolor que Job sufría: o deben entenderse las blasfemias que Cristo sufrió de los judíos. Job no solo había podrido externamente en todo su cuerpo, sino que también se licuaba con la pus del hedor: tanto que el mismo Job decía, mi aliento es aborrecido por mi esposa. Todo alrededor de sus lomos se pudrió. O debe entenderse de Cristo, hirió mis lomos. Porque los judíos persiguieron a los apóstoles hasta este punto, que como si hubieran nacido de los lomos de su doctrina: para herirlos con la herida de la infidelidad negando a Cristo: mientras Pedro dice, no conozco al hombre. Y tomó mi cuello, o como otros dijeron, tomando mi cabello lo arrancó. Por lo tanto, ahora entendamos con qué furia y poder el diablo movió y sacudió a este hombre, o lo rompió, hasta el punto de que incluso intentó arrancar el cabello de su cabeza. O debe entenderse de Cristo así: en el tiempo de la pasión, con su permiso, el adversario lo sostuvo, y lo inclinó hasta el sueño de la muerte, a quien ya había roto con azotes y la fijación de clavos, y pusieron el signo de la salvación en la parte contraria.

Me desgarró con herida sobre herida: se lanzó sobre mí como un gigante. Mientras se añadían innumerables plagas a mis enfermedades y heridas, me divido completamente, resuelto y quebrantado, de modo que no queda en mí ningún miembro que subsista con alguna solidez.

También debe entenderse de Cristo: Cuando Judas fue destruido por la herida letal de la apostasía, no tuvo piedad: pues se desató en tal furia que el crimen que había concebido en su mente, también lo publicó con su boca: o sobre las heridas de la cruz añadieron las heridas de los clavos.

Cosí un saco sobre mi piel, y cubrí mi carne con ceniza. Lo que igualmente dicho, me parece que se refiere a la humillación de su reino. El cuerno, sin embargo, en las Escrituras se llama reino: según aquello, Exaltará el cuerno de su Cristo. Cristo mismo llamó saco a la gente de la que era originario. Y cubrió con ceniza a los príncipes de los judíos, cuando por su sacrilegio de negación trasladó el reino a las naciones.

Mi rostro se hinchó por el llanto, y mis párpados se oscurecieron. El llanto o las lágrimas en el hombre se generan por los dolores o la tristeza; pero las lágrimas a veces fluyen por las mejillas en silencio: el llanto, sin embargo, aunque tenga lágrimas, no se da sin voz y movimiento del cuerpo: este llanto testifica Job que tuvo, que le nacía de las miserias del alma, y también de los tormentos de las penas. De otra manera: Los profetas se entienden como el rostro de Dios porque conocen el futuro: que al contemplar la perdición de los impíos en el espíritu, entendemos que los lloraron con gemidos continuos. Los ojos de Cristo también se oscurecieron, mientras los mártires o los santos, tambaleándose en las tentaciones, se conturbaban: pero liberados por la gracia de Dios permanecieron en la luz.

Estas cosas las sufrí sin la iniquidad de mi mano, teniendo oraciones puras a Dios. Ninguno de los santos tiene oraciones tan puras e inmaculadas, sin ninguna mancha, ni siquiera la más mínima, como el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca. Estas oraciones y súplicas, según el hombre que asumió, se debe creer que las tiene hacia Dios: ya que según su divinidad, Él mismo escucha con el Padre. O los santos, que por su nombre sufrieron sin la iniquidad de la rebelión o algún crimen, fueron muertos por los perseguidores: en cuanto a esos perseguidores, fueron entregados a la muerte gratuitamente.

Tierra, no cubras mi sangre, ni encuentre en ti lugar para esconderse mi clamor. Todo esto es lo que dice, que no se oculte el mérito del inocente y de buena conciencia: especialmente cuando refiere que sufrió tanto mal siendo inocente. Con el nombre de sangre, quiso decir el estado de esta vida presente. En este lugar, el clamor se coloca como la misma santidad de él reclamando contra sus penas: que se infligen con justicia a los inicuos como venganza, pero a los justos como prueba. A veces también en las Escrituras, el clamor muestra el afecto del alma dirigido a Dios, o incluso el clamor de la iniquidad del pueblo, que se esperaba que produjera uvas, y produjo espinas. No toda iniquidad se llama clamor, sino aquella que se hace públicamente.

Porque mi testigo está en el cielo, y mi consciente en las alturas. Porque Dios dio testimonio de él.

Mis amigos verbosos. Quien habla palabras que no pertenecen a Dios, se llama verboso: quien habla palabras de Dios, no puede ser juzgado verboso.

A Dios llora mi ojo. Con lágrimas intercede ante Dios.

Y ojalá así se juzgara al hombre con Dios: como se juzga al hijo del hombre con su compañero. Esto dice: Ojalá tuviera la oportunidad de discutir con un hombre, para poder probar mi inocencia. Pero no quiero que mi Dios entre en juicio conmigo, quien es el Dios

que escudriña los corazones y los riñones: cuyo juicio no puede ser engañado en absoluto: ni Él mismo suele ser discutido por nadie.

Porque mis años breves pasan, y camino por un sendero al que no volveré. Así creía, que no volvería ni a su cuerpo mortal, ni a los tormentos de su cuerpo.

CAPÍTULO XVII.

Mi espíritu se debilitará, y mis días se acortarán. Esto dice, que en la brevedad de su vida, su espíritu se debilitó poco a poco.

Y solo me queda la tumba. Porque la muerte es el fin de todos los tormentos.

No he pecado, y en amarguras mora mi ojo. Es verdad, que siendo agradable a Dios no he pecado. Y aunque este lugar puede entenderse así, que en Dios ciertamente no pecó, y sin embargo, como si hubiera pecado en Él, sufre las penas de los blasfemos. Y tal vez porque en el presente es alabado por Dios, no había pecado: pero no niega haber pecado en los tiempos pasados de su juventud.

Líbrame, y ponme junto a ti, y que la mano de cualquiera luche contra mí. Bajo el escudo de la protección de Dios desea esconderse: para que, fortalecido y defendido, no tema al enemigo que arremete.

Has alejado su corazón de la disciplina: por eso no serán exaltados. Porque Job dice estas cosas a Dios: del diablo ciertamente, y de sus secuaces, precedieron los pecados: por los cuales recibieron la pena de la obduración. La causa, pues, de la que hablamos, por la cual fueron alejados, para que no alcanzaran la disciplina, es porque perdieron la exaltación debida a su buena naturaleza, por su propia voluntad.

Promete botín a sus compañeros, y los ojos de sus hijos desfallecerán. Me ha puesto como un proverbio del vulgo, y soy un ejemplo ante ellos. Los compañeros o hijos del diablo, son los mismos sus ministros: pero se llaman compañeros por la convivencia de la conspiración contra Dios. Hijos por la imitación del mismo diablo. A estos demonios, pues, el padre de ellos, y cabeza de la rebelión, el diablo prometía dar al bienaventurado Job como botín, creyendo que al empujarlo a la blasfemia a través de tantos dolores, sería abandonado por Dios: o cuando lo despojó de toda la gloria de su casa y de sus hijos.

Mi ojo se oscureció por la indignación, y mis miembros han sido reducidos a nada. Según aquello del Evangelio: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Este ojo, pues, Job se queja de que se oscureció por aquella indignación, que conservaba los méritos de su santidad: porque con buena conciencia, sufría penas indebidas.

Los justos se asombrarán de esto. Admirando los justos juicios de Dios, cómo el justo, y sin culpa, es afligido con penas.

Y el inocente se levantará contra el hipócrita. El hipócrita es el mismo diablo, que siendo el inventor de las tinieblas, es decir, del delito, él mismo al apartarse de la verdadera luz, se hizo tenebroso. Como lucero puso su trono en el cielo, y se transfiguró en ángel de luz. O ciertamente llamó hipócrita a cada uno de los amigos de Job: porque bajo palabras consolatorias, le hablaban con engaños.

Y el justo mantendrá su camino, y con manos limpias añadirá fortaleza. En estas virtudes manifiesta que crece más.

Por lo tanto, todos ustedes conviértanse, y vengan: y no encontraré en ustedes a ningún sabio. Conviértanse, dice, de la perversidad de la sentencia, con la que no cesan de condenarme con el mayor empeño. Vengan: es la palabra de quien invita al progreso de una vida mejor: que es, oh ustedes hipócritas, y no verdaderos, ni fieles amigos, acérquense al conocimiento de la verdad, que no saben que tienen.

Mis días han pasado. Estos días pueden entenderse como la felicidad pasada, en la que el bienaventurado Job vivía floreciente en virtudes. Estos días, pues, habla de que han pasado no sin gemido, cuando fue rodeado de muchas miserias, y sufría dolor por una plaga intolerable.

Mis pensamientos se han disipado, atormentando mi corazón. Convirtieron la noche en día, y nuevamente después de las tinieblas espero la luz. Cuando estaba continuamente en la intención de una sola contemplación, y tenía mis pensamientos siempre dirigidos a Dios: las miserias de esta plaga que me sobrevino, veo que han disipado esos mismos pensamientos míos de su única solidez en mí, y por esto mi corazón se atormenta: porque se tortura por su dilaceración, viendo que sufro males inconvenientes a mi simplicidad.

Si espero, el infierno es mi casa, y en las tinieblas tendí mi lecho. Por las penas del cuerpo y los estímulos de los pensamientos, como dice, era llevado en un tiempo incesante, y por eso clamaba que ya sufría las penas del infierno. O tal vez aquella separación por la cual fue hecho ajeno a los hombres fuera de la ciudad, sentado en el estercolero, se llamaron tinieblas, porque no tenían la luz del consuelo humano.

A la putrefacción dije: padre mío eres; madre mía y hermana mía a los gusanos. Tanto tiempo, dice, me he descompuesto, que llamo a la misma putrefacción y a los gusanos nacidos en su podredumbre mis padres: y por esto, así como ninguno de los mortales puede existir sin padres, así yo he llegado a ser como si no pudiera existir sin putrefacción y gusanos. Ellos están en mi carne como en su propia naturaleza, como si yo subsistiera de ellos. Aunque ellos se generan en mí de la podredumbre de mi carne, no yo de ellos. Aquí más bien significó la mortalidad causada por el pecado, en la que hay corrupción, y en la corrupción, putrefacción. Llamó padre al mismo origen del género humano en Adán, que por la corrupción se hizo susceptible de putrefacción. Llamó madre a la naturaleza humana, viciada por la corrupción. Llamó hermana a toda la posteridad de Adán, que nace de la corrupción de la mortalidad, como de la podredumbre de la putrefacción: lo que también dijo Baldad: El hombre es putrefacción, y el hijo del hombre es gusano.

¿Dónde está entonces ahora mi esperanza, y quién considera mi paciencia? Lo que dice, y quién considera mi paciencia, manifiesta claramente que es fuerte en esos sufrimientos: por los cuales se queja, como si no pudiera llegar a la retribución de tanto trabajo suyo.

En el más profundo infierno descenderán todas mis cosas. Otros dijeron, todas mis cosas buenas. Dice que sus bienes descenderán al infierno, que es mi alma: o yo mismo descenderé por ellos. Verdaderamente no creemos en la justicia, que un hombre tan grande y tal pudiera ser frustrado por sus obras santas. Pero lo que dice:

¿Crees que al menos allí habrá descanso para mí? Esto es: si en esta vida sufro las penas del infierno, ¿crees que en los lugares de las penas habrá algún descanso para mí? Esto lo dice

más bien agobiado por las miserias que vencido por la desconfianza: porque en otros lugares dice al Señor: Sé que en el infierno me protegerás, hasta que pase tu furor.

CAPÍTULO XVIII.

Respondiendo Baldad el Suhita, dijo: ¿Hasta cuándo lanzarás palabras? Entiende primero, y así hablaremos. Es decir, ¿cuál será el fin de esta verbosidad, como si no fuera sincero: o solo Job es acusado de verboso por Baldad: o como si instigado por un espíritu desconocido no dejara de hablar?

¿Por qué somos considerados como bestias, y nos hemos vuelto viles ante ti? Esto dice, que como animales brutos los ha despreciado el santo Job, y los ha considerado los más viles e indignos de conversación: y así poseídos por la ira, que parecían sufrir frenesí.

¿Por qué pierdes mi alma en tu furia? Hablando contra la justicia divina, agitado por la locura del furor, es necesario que lleves la muerte a tu alma.

¿Acaso por ti será abandonada la tierra, y las rocas serán trasladadas de su lugar? Como si dijera: ¿acaso por ti el mundo no pertenecerá a su rector: para que si encuentra pecadores, como a ti mismo, no los castigue? Por el nombre de la tierra y las rocas se puede entender metafóricamente a toda la multitud de pueblos, y a los altos y soberbios del mundo, y a los poderosos. Las rocas también pueden entenderse como las almas de los hombres, y la carne humana como la tierra. Pero también los ángeles, por la eminencia de su naturaleza y su honor eminente, pueden ser llamados rocas.

¿No se extinguirá la luz del impío, ni brillará la llama de su fuego? Con la luz significó la felicidad presente que el santo Job vivía gloriosamente, como también dice Salomón: La luz de los impíos se extinguirá. Dijo que esta se extinguió: cuando Job fue despojado de toda felicidad presente. Pero lo que dice: Ni brillará la llama de su fuego: es decir, no volverá a su felicidad anterior.

La luz se oscurecerá en su tienda, y la lámpara que está sobre él se apagará. No solo, dice, perderá la felicidad presente, sino que también la luz del recuerdo de Dios, que estaba en la tienda de su corazón, se oscurecerá, para que Dios no suba a su memoria, y por su mérito la lámpara de la protección divina, que estaba sobre él, se apagará.

Se estrecharán los pasos de su fuerza, y su propio consejo lo precipitará. Como orgulloso confiando en su fuerza cree caminar rectamente, será encerrado en las angustias y presiones de las tribulaciones, para que de allí no pueda salir en absoluto.

Porque ha metido sus pies en la red, y camina en sus mallas. Con el nombre de red y sus mallas, se significa el mal inevitable: que queriendo alguien despojarse de él, con el mismo esfuerzo se ve impedido y enredado para caer.

Su planta será atrapada por el lazo, y se encenderá contra él la sed. Este lazo no se entiende absurdamente como el mismo diablo, que observa para suplantar el talón, a los pecadores, y él mismo no obstante es llamado sed: porque como ardiendo en algún bien, ansía la muerte del hombre.

Está escondida en la tierra su trampa, y su trampa sobre el camino. Le oculta con qué insidias está perdido o tiene en sí mismo la trampa, con la que sus pies están atrapados, escondida: es

decir, la obligación del pecado, y en la crueldad de su comportamiento, en el que cree caminar rectamente, está oculta la trampa de su error.

Por todas partes lo aterrarán terrores, y envolverán sus pies. O dolores. El orgulloso ciertamente siempre será aterrorizado por el temor de la calamidad venidera. También los terrores pueden no entenderse aquí como afectos del corazón: sino más bien como los mismos ministros del diablo. Estos, por lo tanto, de muchas maneras intentaron aterrorizar al santo Job, para que cediera a ellos.

Que se debilite su fuerza por el hambre, y la inanición invada sus costados. El hambre también puede entenderse como el mismo diablo: que sufre tal hambre, que nunca se sacia de las muertes de los hombres. O también él mismo sufre hambre; porque no merece recibir la palabra que procede de la boca de Dios. Y por eso bajo el nombre de costados, se significan las defensas del pecho: con las que se ha construido como con una cierta dureza, para que el alimento de la palabra divina no lo alcance. O también describe la plaga de los impíos.

Que devore la belleza de su piel, y consuma sus brazos la muerte primogénita. La belleza de la piel, es decir, los adornos de las virtudes, y los brazos, la fortaleza de su reino, los ha consumido el diablo: que por eso es llamado la muerte primogénita: porque por él primero entró la muerte en el mundo, y él es el inventor de su propia muerte.

Que sea arrancada de su tienda su confianza, y que lo pise sobre él como un rey de destrucción. Dijo que esta destrucción es el diablo, que es rey sobre todos los hijos del orgullo: pero sobre el santo Job, para derribarlo, no pudo pisotearlo.

Que habiten en su tienda sus compañeros, que no es. Los compañeros, amigos, o hijos, como se dijo antes, son los ministros del diablo: que aquí se dice que no es, y aunque subsiste por la propiedad de su naturaleza, sin embargo no es, como dije: porque por la transgresión se hizo ajeno a Dios.

Que se esparza en su tienda azufre. Para que aquí sienta el humo de las gehennas.

Que abajo se sequen sus raíces: y arriba se trille su cosecha. La cosecha puede entenderse como las obras, que saliendo al exterior y en público desde el interior, surgen de la raíz de la fe. De otra manera: Que abajo se sequen sus raíces, es decir, que las obras, que en este siglo ha perpetrado, se encuentren muertas, y semejantes a la aridez de los muertos. Y arriba se trille su cosecha; en el futuro ciertamente no obtendrá la recompensa de su trabajo.

Que su memoria perezca de la tierra. Es decir, que no haga nada digno de memoria: o también que su memoria perezca de la tierra de los vivientes.

Y que no se celebre su nombre en las plazas. En la plaza se sentaban los reyes, entre los cuales desea que no merezca la fama de justicia. Las plazas se entienden como las virtudes: en las que la sabiduría actúa con confianza, y recorre la ciudad de Dios Jerusalén: en la que por los sacramentos divinos y los misterios es amplio el mandato de las Escrituras. Por lo tanto, en estas plazas jugarán vigorosamente los ancianos, y las ancianas, y los niños.

Lo expulsará de la luz a las tinieblas, y lo trasladará de la ciudad. De esta luz temporal ciertamente será enviado a las tinieblas eternas del infierno: o también de la parte de la suerte de los santos será empujado a las tinieblas de los tormentos.

No habrá su descendencia, ni progenie en su pueblo. Esto dice, que dejará una posteridad indigna de la memoria de su gente, o patria; según aquello del salmista: La generación de los rectos será bendecida. Tal generación en su pueblo no quiso procrear: de donde en esta gente espiritual se gloriaría, y patria.

Ni habrá reliquias en sus regiones. Es manifiesto que al santo Job no le quedó nada. Espiritualmente, sin embargo, debe entenderse así: el impío no tendrá reliquias de su generación en el futuro.

En su día se asombrarán los últimos. Es decir, en el tiempo de su condenación.

Y el horror invadirá a los primeros. Es decir, los inferiores y los príncipes se aterrorizarán: lo que es, los reyes poderosos y grandes. O los últimos y los primeros, los hombres y los ángeles: también los santos y los pecadores no se entienden absurdamente.

Estos son, por lo tanto, los tabernáculos del impío, y este es su lugar que ignora a Dios. Parece dar la sentencia de la maldición del narrador, y dice, dónde habitará tal orgulloso, es decir, impío: pero Job no es impío, a quien Dios llama recto e inocente.

CAPÍTULO XIX.

Respondiendo Job, dijo: ¿Hasta cuándo afligiréis mi alma, y me trituraréis con palabras? Es manifiesto que por las respuestas de sus amigos fue triturado, y afligido o fatigado, y destruido.

He aquí que diez veces me confundís, y no os avergonzáis, oprimiéndome. Nombró diez días, por todo el tiempo. Pero así como en un número breve, en el Apocalipsis se entiende un número mayor de tiempo: así también en esta misma suma de números se significa menos, para que este número sólido y perfecto, permaneciendo, por la diversidad de lugares en las Escrituras divinas, ahora se sepa que significa un número mayor, ahora menor.

Ciertamente, si ignoré, conmigo estará mi ignorancia. Pero vosotros os levantáis contra mí, y me acusáis de mis oprobios. Pensáis, dice, que ignoro a Dios, como también decís. ¿Acaso conviene a los amigos insultar a los oprimidos, de quienes más bien los que tribulan esperan consuelo? Esto no es obra de amigos fieles, sino que es más bien burla de los que se ríen.

Al menos ahora entendéis: que Dios no me ha afligido con juicio justo, y me ha rodeado con sus flagelos. He aquí que clamaré, sufriendo violencia, y nadie escuchará. Gritaré, y no hay quien juzgue. Él decía que sufría injustamente las molestias de los tormentos: ellos, sin embargo, hablaban como si él, siendo iniquo, lo padeciera por su propio mérito. Y piensan que en este punto de vista erró, y por eso después dice a Dios: Hablé insensatamente, y cosas que excederían en gran medida mi conocimiento.

Cercó mi camino, y no puedo pasar. Por el que recto y sin mancha avanzaba hacia la gloria de mis méritos. Esta ignominia de esta pasión la cercó y la bloqueó, para que no pueda llegar a esa gloria.

Y en mi camino puse tinieblas. Es decir, en el sendero: esto es, en el camino castigado, por el que como por un estrecho y angosto con cierta esperanza avanzaba hacia el justo retribuidor, encontré en él las tinieblas de esta miseria y calamidad.

Me despojó de mi gloria, y quitó la corona de mi cabeza. Me privó de la gloria del reino: también me quitó la confianza de la fe: que de la misma cima de mi mente, que es la cabeza de la naturaleza racional, como una corona de honor la quitó.

Me destruyó por todas partes, y perezco, y como un árbol arrancado quitó mi esperanza. De casa, reino, familia, hijos, amigos, salud de mi cuerpo he sido despojado: así, habiéndome quitado todas estas cosas, veo que perezco, cuya esperanza de vida también ha sido como un árbol arrancado.

Su furor se encendió contra mí, y me tuvo como a su enemigo. El furor de Dios aquí puede entenderse como el mismo diablo, que perseguía al bienaventurado Job de diversas maneras, es decir, con blasfemias y tormentos de su carne.

Vinieron juntos sus ladrones, y se hicieron camino por mí. El furor de Dios es el diablo; los ladrones son sus ministros: esto es lo que dice, y se hicieron camino por mí: cuando lo despojaron de las riquezas del mundo o de la salud del cuerpo. De donde se dijo bellamente:

Y rodearon en círculo mi tienda. Mis hermanos me alejaron de mí, y mis conocidos se apartaron de mí como extraños. Me abandonaron mis parientes, y los que me conocían se olvidaron de mí. Los habitantes de mi casa, y mis siervas me tuvieron como extraño, y fui como un extranjero a sus ojos. Llamé a mi siervo, y no respondió: con mi propia boca le suplicaba. Es decir, afuera me tendieron emboscadas. O rodearon en círculo su tienda: esto es, pusieron tormentos en su cuerpo. Pero no pudieron inclinar su alma al pecado.

Mi esposa aborreció mi aliento. Así me pudrí todo por dentro, dice, que ni mi esposa pudo soportar el hedor de mi aliento: donde pudo suceder, que tuviera un absceso en sus entrañas, que cubriera todo el seno de su vientre, y de allí al hablar expulsara el olor fétido de la purulencia de la profunda herida.

Y rogaba a los hijos de mi vientre. También los necios me despreciaban. En las Escrituras divinas, se llaman hijos incluso a los bisnietos, y a aquellos que nacieron en una serie más larga. Por lo tanto, cuando dijo hijos de su vientre, se refirió a sí mismo como a la fuente, y al origen de su posteridad: de donde le manaron las familias de sus parientes como riachuelos. También pudo llamar hijos de su vientre a aquellos que había formado con la doctrina de su sabiduría, como con la semilla del vientre de su corazón, teniendo en sí por la gracia de Dios la forma de la gracia, y la disciplina de la ley natural en verdad.

Y cuando me aparté de ellos, me difamaban. Me aborrecieron mis antiguos consejeros, y aquel a quien más amaba, me rechazó. Esto tal vez quiere decir, que cayó en su olvido, y se apartó de sus afectos y corazones.

Mi piel, consumidas las carnes, se adhirió a mis huesos. Hasta tal aridez llegó su carne, que no quedó en él humedad, y por esto su piel se adhirió de algún modo a sus huesos: esta enfermedad los médicos la llaman marasmo.

Y solo quedaron los labios alrededor de mis dientes. Porque el diablo, consumidas las carnes del santo Job, dejó sus labios intactos, para que, puesto en tormentos, tuviera con qué blasfemar fácilmente: como si la blasfemia no fuera del corazón: por la cual el mismo Job, como por los demás pecados, ofrecía holocaustos a Dios por sus hijos el séptimo día. Pero por eso el diablo reservó la lengua, para poder entender si Job, por la simplicidad de su corazón, profería blasfemia en los labios.

Tened piedad de mí, tened piedad de mí, al menos vosotros mis amigos: porque la mano del Señor me ha tocado. Llamó mano del Señor a la misma plaga que sufría, que fue hecha por el poder del Señor. Tocó, por afligió, debe entenderse.

¿Por qué me perseguís como Dios, y os saciáis de mis carnes? Dios hizo esto alrededor de mí en juicio, a quien solo le es lícito todo en su obra: ¿por qué vosotros presumís como Dios, para afligir al inocente: lo que solo a él le compete por su dispensación, o como si Dios necesitara de vuestra dispensación?

¿Quién me dará que se escriban mis palabras? ¿Quién me dará que se graben en un libro con un estilo de hierro, y una lámina de plomo, o que se esculpan en la roca? Porque de ningún hombre pudo encontrar consuelo, se volvió a Dios, y profetiza la futura resurrección en espíritu, donde por estos males recibirá su recompensa, y desea que estas cosas se inscriban en piedras duras, para que las palabras de la profecía permanezcan más allá en las edades de los siglos.

Porque sé que mi redentor vive, y en el último día de la tierra resucitaré. Y de nuevo seré rodeado de mi piel, y en mi carne veré a Dios. Este escudo, por lo tanto, la Iglesia, que confiesa la verdadera Encarnación del Unigénito de Dios, y cree muy verdaderamente en la futura resurrección de los muertos, se protege y defiende, y vence a sus enemigos, y los derrota. ¿Dónde están aquellos que dicen que tendremos otros cuerpos en la resurrección? que escuchen a este hombre; alabado por la boca de Dios, diciendo:

A quien veré yo mismo. Yo mismo, Job, que yago en el estiércol, y todo me pudro en las llagas: yo, digo Job, ya corrompido, y disuelto por las llagas, en esta carne mortal, glorificado en la futura resurrección incorrupta veré a Dios: y para expresar la restauración de su propio cuerpo, por eso dice:

Y mis ojos lo verán, y no otro. Esta esperanza está guardada en mi seno. Todo está consumado en mi seno.

¿Por qué entonces decís ahora: lo perseguiremos? ¿Por qué ahora actuáis, como si creyera en vano, y no temiera a Dios: o porque por la religión divina soy ajeno, queréis perseguirme, perforándome con vuestros punzantes discursos?

Y encontraremos la raíz de la palabra contra él. Veis, por lo tanto, que no actuáis conmigo como verdaderos amigos fieles: sino que como engañosos de mis palabras me preparáis trampas: ya que de mis propias palabras queréis encontrar ocasión, como una raíz de reprensión.

Huid, por lo tanto, de la cara de la espada: porque la espada es vengadora de las iniquidades. Esto dice: si os apartáis de mi opresión, podréis escapar de la espada de la justa sentencia de Dios. Porque la espada es la lengua del rey, y no carnal, como dice Salomón.

Y sabed que hay juicio. Por el juicio del justo juez de Dios podré ser juzgado de los burladores.

CAPÍTULO XX.

Respondiendo Sofar el Naamatita, dijo: Por eso mis pensamientos variados se suceden, y mi mente es llevada a diversas cosas. Por eso, dice, estoy agitado, y perturbado en pensamiento:

porque dices que sufres estos males sin causa del juez Dios, cuando de Dios no se debe sospechar nada siniestro.

Escucharé la doctrina con la que me acusas, y el espíritu de mi inteligencia me responderá. Escucharé ciertamente tu increpación y reproche: porque tal vez no debo reprenderte en tus dolores: me conviene responder de Dios, que es lo más justo: porque no podrías ser castigado por él de esta manera, si no fueras consciente de males, y culpable de muchos crímenes.

Esto sé desde el principio, desde que el hombre fue puesto sobre la tierra: que la alabanza de los impíos es breve, y el gozo del hipócrita es como un punto. Ahora se ha comenzado a atacar con maldiciones al santo Job: a quien abiertamente se le acusa de impío e hipócrita, porque fingió ser justo, y ahora se ha rebelado contra Dios. Si su soberbia subiera hasta el cielo, y su cabeza tocara las nubes. Manifiesta y cierta hipérbole, se dice de un hombre extremadamente altivo y engreído.

Como estiércol al final será destruido, y quienes lo vieron dirán ¿dónde está? A quien te has asemejado en todo al estiércol, y ahora te ves a ti mismo descompuesto. Y quienes alguna vez te vieron reinando en gloria, ahora dicen con voz insultante: ¿Dónde está aquel hombre sapientísimo y potentísimo de los reyes?

Como un sueño que vuela no se encontrará: pasará como una visión nocturna. Es manifiesto como dice: Se desvaneció como el sueño del que despierta.

El ojo que lo vio, no lo verá: ni su lugar lo contemplará más. Es decir, el honor del impío no podrá ser restaurado.

Sus hijos serán abatidos por la pobreza. Ya sea que se refiera a sus hijos carnales, o a las obras que a veces se llaman hijos, o a aquellos que lo imitaron como a un padre, por el juicio de Dios serán reducidos a nada, lo cual ya ves que se ha cumplido en parte en tus hijos, y también en tus obras carnales.

Y sus manos le devolverán su dolor. Pues esto es lo que ha obrado, por lo cual mereció recibir el mal de la venganza, operando la justicia de Dios.

Sus huesos se llenarán de los vicios de su juventud. Esto dice, que desde su juventud, desde que comenzó a cometer pecados más graves: permaneció en esos mismos pecados hasta la vejez: por los cuales nunca quiso arrepentirse. Y por eso sigue.

Y con él dormirán en el polvo. Es decir, después de la muerte de los vicios que están en el alma: o hasta la muerte, que ocurre por la disolución de este cuerpo. Por lo tanto, no es absurdo entender que los huesos en este lugar representan la misma vejez: en los cuales la vejez de los años y la dureza de la senectud ya se significan prematuramente. O sus huesos se llenarán de los vicios de la juventud, etc. Si, por tanto, hay virtudes del alma en el hombre impío que son naturales, desde su juventud se arraigan en sus vicios, y se disuelven, o fluyen, de modo que nada sólido y fuerte permanece en ellas: porque ya están cubiertas y ocultas por esos mismos vicios como si fueran carnes fluidas, donde más bien deberían las virtudes, como huesos sólidos y firmísimos, restringir, contener y gobernar los vicios como carnes fluidas y sueltas, y por eso duermen en el polvo de su carne: porque al ser vencidas por los vicios que se oponen, perderán el rigor de su buena naturaleza.

Pues cuando el mal fue dulce en su boca: lo esconderá bajo su lengua. Los males son dulces para el impío, la blasfemia y otros pecados de la boca. Lo esconderá bajo su lengua, diciendo: ¿dónde está su trabajo y dolor?, y lo defenderá y ocultará, como dice la Escritura: Quien cubre su iniquidad, no prosperará.

Le perdonará, y no lo abandonará. Es decir, acaricia, fomenta y nutre su mal, y deleitándose en él, nunca se arrepiente para apartarse de él.

Y lo ocultará en su garganta. Me parece que dice esto, que siempre está listo para blasfemar, y no piensa al menos por un momento lo que va a decir: porque ya tiene preparada la blasfemia, que con la maldición del corazón derrama.

Su pan en su vientre se convertirá en hiel de áspides en su interior. El pan, es decir, toda la vida de este tipo de hombre, es el deleite de los pecados, la dulzura de las seducciones, y la suavidad, que le será amarga y mortal después. Pero lo que dijo en su vientre, esto dice, que incluso en su corazón por sus iniquidades, sufrirá dolores amargos, agudos y excesivos con la conciencia atormentándolo.

Las riquezas que devoró vomitará, y Dios las extraerá de su vientre. La cabeza de áspides se levantará, y lo matará la lengua de la víbora. Lo que injusta y violentamente arrebató e invadió, con razón Dios le devolvió las penas por los crímenes cometidos: y así se le extorsionará al impío lo que injustamente había quitado. Aquel ángel que mató a ciento ochenta y cinco mil parece haber sido un buen ángel: porque los ángeles son segadores: la cizaña será quemada en fuegos eternos.

No verá los arroyos del río, el torrente de miel y mantequilla. Sepamos que la amenidad o delicias del paraíso, así como su abundancia, se significan con estos nombres: y no es absurdo entender que estos reyes que no eran adversarios de la verdad, sean aquellos ímpetus del río, que alegran la ciudad, manando ciertamente de la fuente, o del río de las Escrituras: o sentimos correctamente que estos mismos apóstoles son estos ímpetus, saliendo de la fuente del Evangelio para regar las tierras estériles de los pueblos: que también debemos entender como torrentes por la doctrina que se derramó rápidamente sobre toda su enseñanza: la cual doctrina divina, se compara muy verdaderamente con la miel por la dulzura de los discursos de Dios, y con la mantequilla por el alimento simple e inocente de la misma doctrina: que incluso en el salmo no dice que el impío tendrá esta dulzura.

Pagará por todo lo que hizo: sin embargo, no será consumido. Esto es, porque el infierno es una cierta perpetua corrupción, y eterna perseverancia de tormentos.

Según la multitud de sus invenciones, así también soportará: porque rompiendo desnudó la casa del pobre: la arrebató, y no la edificó. Según aquello que el profeta dice a Dios: porque tú darás a cada uno según sus obras.

Y no se saciará su vientre. Creo que el vientre aquí se llama un cierto receptáculo del alma, donde sus pensamientos se contienen como alimentos de comidas, que dice inexplicable.

Y cuando haya tenido lo que deseaba, no podrá poseerlo. Así como tú mismo, que por el justo juicio de Dios perdiste todo tu patrimonio.

No quedó nada de su comida, y por eso nada permanecerá de sus bienes. Le marca la nota de inhumanidad, porque de la abundancia de su mesa no ofreció alimento a ningún peregrino o

huésped: pero Sofar se equivoca: porque el santo Job dice: Si comí mi bocado solo. No quedará nada de sus comidas, porque sus bienes no florecerán.

Cuando esté saciado, se estrechará, arderá, y todo el dolor caerá sobre él. Cuando esté lleno de riquezas y de toda abundancia de cosas, le vendrá una destrucción repentina: estrechado por la miseria que irrumpe y lo encierra, arderá con las calamidades de los desastres.

Ojalá se llene su vientre, para que descargue sobre él la ira de su furor. Entendimos anteriormente cierta capacidad, o seno espacioso del vientre del alma. Esto dice, porque ya está lleno de pensamientos iniquísimos, hasta que se colme de blasfemia hasta el extremo de su boca: o no es absurdo sentir la ira del furor del mismo diablo, por quien los santos son probados.

Y llueva sobre él su guerra. La guerra por su multitud, pueden entenderse como potestades adversarias. Estas, por tanto, hacen guerra a Dios, cuando atacan a sus santos. Pero lo que dice: Llueva sobre él abundantemente, desea que se derrame sobre él la miseria de la calamidad: o el hombre impío que hace guerra de blasfemia a Dios, recibirá su obra.

Huirá de las armas de hierro, y caerá en el arco de bronce. Como si dijera: Cuando piense que puede huir de calamidades más leves, caerá en otras más atroces. O de otra manera: Si huye de los socios y ministros del diablo, caerá en el mismo príncipe de las tinieblas, y aunque ellos sean rebeldes en malicia, fuertes y duros de corazón como armas de hierro, sin embargo, chocará con el peor autor de todo mal, como en un arco de bronce: que creo que por eso se llama arco en este lugar: porque principalmente en emboscadas y engaños no deja de matar a los hombres desprevenidos. Pues con el arco a menudo se lanzan flechas a los desprevenidos. Y no se librará de la mano de la espada. Esto dice: porque el diablo no escapará de la muerte perpetua.

La espada desenvainada, y saliendo de su vaina, y fulgurando en su amargura. Porque dijimos que el arco, con nombre trasladado, puede entenderse como el diablo: que al transgredir los límites en desobediencia, y elevado en soberbia trasciende las metas de la santa humildad: como si por el justo juicio de Dios fuera desenvainado y expulsado de la morada bienaventurada. O sepamos que desenvainado de la vaina, significa que siempre está preparado para matar al que huye de él. Lo herirá una flecha de bronce. El bronce es duradero: a este metal se compara el diablo, porque nunca deja de matar, ni se consume por alguna vejez, que incluso fulgura, es decir, se transfigura en ángel de luz.

Irán, y vendrán sobre él los horribles. Es decir, sus compañeros.

Todas las tinieblas están escondidas en sus ojos. Las tinieblas en este lugar deben entenderse como pecados, ya sean los cometidos por el impío, o los que están por cometerse en su corazón, y en su afecto, y en sus pensamientos están ocultos: que por eso se dice que están escondidos en los secretos de su mente, porque los favorece, y se deleita mucho en ellos.

Lo devorará un fuego que no se enciende. No es absurdo entender que este fuego es el infierno, que no vive de ciertas materias y combustibles para arder, sino que como fue creado, arde por sí mismo, y consume todo lo que se le arroje. Por lo tanto, este fuego devorará al impío que como si fuera racional lo tragará y absorberá, para que en él sea atormentado con castigos eternos.

Será afligido dejado en su tabernáculo. Por su impiedad, el impío será abandonado por Dios, para que en el tabernáculo de su cuerpo sea atormentado con penas perpetuas.

Revelarán los cielos su iniquidad, y la tierra se levantará contra él. Serán testimonio ciertamente los ángeles, y los hombres santos, para que sepan que justamente padece las penas.

Será descubierto el germen de su casa. En el juicio de Dios, cuando el impío va a ser condenado, no solo todos los pensamientos de su corazón: sino también los principios de los pensamientos asesinados, deben ser revelados a Dios, y manifestados más claramente que la luz.

Será arrastrado en el día de la ira de Dios. En el día del juicio será enviado a las tinieblas exteriores. Podría haber sido también el día impío de Job, cuando fue golpeado por la plaga, y concluyó su discurso, para decir:

¿Es esta la parte del hombre impío de Dios? Aquí muestra abruptamente, que dijo todo esto sobre el santo Job. Pero lo que sigue:

Y la herencia de sus palabras de parte del Señor. Es decir, la retribución de sus obras: otros lo han traducido así, Y la herencia de sus palabras de parte del obispo, porque así como el Señor se sabe que es de la dominación de todas las cosas: así el obispo porque supervisa toda la creación, se dice muy verdaderamente. Pues Dios no castigará a los pecadores con una mente perturbada y conmovida, siendo inmutable, como dice a Moisés: Yo soy el que soy, no solo eterno, sino también eternamente benigno. Luego entendamos que estas cosas se dicen de Dios antropopáticamente, no propiamente según su sustancia inconvertible, sino con nombres trasladados de la criatura pasible a la criatura no creada, ni creada, sino más bien creadora de todas las cosas.

CAPÍTULO XXI.

Respondiendo Job, dijo: Escuchen, por favor, mis palabras, y hagan penitencia. Sosténganme, para que yo también hable, y después de mis palabras, si les parece, ríanse. Después de tantas injurias no se conmovió para responder con dureza: sino que más bien suplicándoles les habla, y dice, que presten atención a sus palabras, para que al percibirlas y conocerlas, sepan que deben arrepentirse de tanta amargura de su boca.

¿Acaso mi disputa es contra el hombre: para que con razón no deba estar triste? Primero me es una carga, y muy molesto, y horrible: porque no con el hombre, sino con Dios tengo causa de hablar: a quien le presentaba una justicia purificada, para que me recompensara con la recompensa de esta obra: He aquí ahora como reo de crímenes soy afligido con todas las miserias. Aquí dice que está triste, porque sabe que Dios no obra nada injustamente.

Atiéndanme, y asómbrense, y pongan el dedo sobre su boca. ¿Cuál es este secreto, para que Dios bueno y justo obre así conmigo: especialmente cuando tengo su buen testimonio sobre mí?

Y yo cuando lo recuerde, temo: y un temblor sacude mi carne. Pues cuando pienso en esta plaga, que sufro viviendo justamente: y recuerdo el juicio de Dios, que no aflige a nadie inocente, temo mucho, esto lo sé muy bien, nadie sufre algún mal, a menos que él mismo lo permita. No inflige mal a nadie, a menos que él mismo lo juzgue justísimo. Pero estas cosas le sucedieron a Job, para que apareciera externamente a los hombres lo que internamente era ante Dios.

¿Por qué entonces viven los impíos, son elevados, y fortalecidos con riquezas? Su descendencia permanece ante ellos: la multitud de sus parientes y nietos en su presencia. Sus casas están seguras, y en paz: y no hay vara de Dios sobre ellos. Su buey concibió, y no abortó: la vaca parió, y no fue privada de su cría. Salen como rebaños sus pequeños, y sus niños se regocijan en juegos. Toman el pandero y la cítara, y se alegran al sonido del órgano. Pasan sus días en bienes: y en un instante descienden al infierno. Que dijeron a Dios: apártate de nosotros, y no queremos el conocimiento de tus caminos. ¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos? ¿Y qué nos aprovecha si le oramos? Y otro dijo así: ¿Por qué prospera la vida de los impíos? Y otro dijo: ¿Por qué no miras a los que hacen iniquidad? Respóndanme, les ruego: Si yo soy impío, y olvidadizo de las buenas obras según la justicia, como ustedes afirman, ¿por qué sufro estas cosas: por qué viven los impíos, y son elevados, y fortalecidos con riquezas? Esto, pues, les ruego, respondan: ¿Acaso ustedes, que defienden a Dios contra mí como justo en este lugar, lo notan como injusto: para que sea un vengador iniquo en mí, y clemente en los que son como yo? Por tanto, el fin y la destrucción de estos de los que ahora habla, será la muerte eterna, y la perdición de los infiernos.

Sin embargo, porque no están en su mano sus bienes: el consejo de los impíos esté lejos de mí. Porque por esta gloria suya, y el florecimiento temporal, se vestirán de perpetua ignominia ante los ángeles.

¿Cuántas veces se apagará la lámpara de los impíos, y les sobrevendrá una inundación, y los dolores dividirán su furor? Serán como paja ante el viento, y como ceniza que el torbellino dispersa. La luz del justo siempre: porque en esta noche del mundo, la lámpara de la fe no se apaga con ningún viento de tentación, y allí se prepara para la gloria de la luz eterna. Pero la luz del pecador se apaga dentro del breve tiempo de la vida: porque pasará como sombra. No será, y vendrá a los impíos, como dice Job, una inundación: es decir, abundancia de tormentos. A quienes dolores divide su furor. Sin duda Dios divide los dolores, dijo, por esto que dará a cada uno las penas como merece.

Dios guardará para sus hijos el dolor del padre, y cuando lo devuelva, entonces lo sabrá. Guarda el castigo de las gehennas para el diablo, para que con él aquellos que hizo hijos suyos por el ejemplo de su malicia, sean castigados juntos: lo cual al devolverlo Dios, su padre el diablo entonces lo sabrá, es decir, entonces lo sentirá: cuando con sus hijos sufra penas eternas.

Verán sus ojos su propia destrucción. O su muerte, como dijeron otros. Pues es un doble tormento, ver las penas que sufres.

Y beberá del furor del Todopoderoso. Este es el cáliz dorado del Señor en la mano de Babilonia.

¿Qué le importa de su casa después de él? Y si el número de sus meses se reduce a la mitad. Del mismo diablo dice, de quien Salomón dice: El impío cuando ha llegado al fondo de sus males, y crímenes, por desesperación desprecia. Pues ya sabe que él con los suyos, que son su casa, y su reino, será condenado perpetuamente: porque no hay en él voluntad de hacer penitencia.

¿Acaso alguien enseñará a Dios conocimiento: que juzga a los excelsos? Pues quien tiene justo juicio sobre las potestades excelsas y sublimes de los ángeles: ¿cómo podrá ser enseñado por alguien, para que en estas cosas que hemos dicho antes, pueda ser reprendido su juicio?

Este muere robusto, y sano, rico y feliz: sus entrañas están llenas de grasa, y sus huesos están irrigados con médula. Otro muere en la amargura de su alma sin ninguna riqueza, y sin embargo juntos dormirán en el polvo, y los gusanos los cubrirán. Dice que la condición común de los bienaventurados en este mundo, y de los infelices en esta vida, es: Sus entrañas, o intestinos, como dijeron otros, llenos de grasa, y sus huesos están irrigados con médula. Otro muere en la amargura de su alma sin ninguna riqueza: y sin embargo juntos dormirán en el polvo, y los gusanos los cubrirán. En esta, por tanto, continuidad de este discurso, este es el sentido: que en este mundo justos y pecadores viven indistintamente: pero esta diversidad se cambiará en el futuro: como se hizo en aquel rico, y en el pobre Lázaro.

Ciertamente conozco sus pensamientos, y sus sentencias injustas contra mí. Por tanto, defino correctamente, dice, lo que perciben: que en este siglo, y la condición de morir del pecador, y del santo, es una. Que sin embargo después serán separados, para que los justos sean transformados a la recompensa: y los pecadores sean llevados al castigo. Ustedes, sin embargo, dan una sentencia injusta contra el inocente.

Y dicen. Burlándose de mí, y riéndose de mí.

¿Dónde está la casa del príncipe, y dónde las tiendas de los impíos? Pregunten a cualquiera de los viajeros, y conocerán que entiende estas mismas cosas. Porque, por tanto, piensan de mí, que ha llegado el tiempo de mi condenación: no es así, como piensan haber definido: porque este castigo temporal de Dios, no es condenación eterna.

Porque el malvado se guarda para el día de la perdición, y será llevado al día de la ira. Que también será llevado al día de la ira de Dios, para recibir la sentencia de muerte eterna. Todos los santos se dicen correctamente ser viajeros, porque como expeditos, y ágiles pasando por el mundo, con ánimo viril pisan su tierra, avanzando apresuradamente hacia la patria bienaventurada, completan el camino laborioso de este mundo. Estos, por tanto, que ascienden al pueblo peregrino, o ceñido, ciertamente con el cinturón de la fe, contra la disolución de los vicios ciñen los lomos de la mente.

¿Quién podrá acusar ante ellos sus caminos, y quién le devolverá lo que ha hecho? Me parece que Job propiamente habló del diablo, aunque también puede entenderse en general de todos los pecadores. ¿Quién de los hombres puede acusarlo por su camino tan impuro, por el cual hizo entrar a todo el mundo, o qué criatura podrá devolverle lo que merece, sino solo aquel Cordero de Dios, que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca? Él será llevado a las tumbas. A la muerte, es decir, de tormentos; la cual él mismo infligió a los hombres en Adán, y él mismo será llevado al infierno, para ser castigado allí perpetuamente.

Y en el montón de los muertos vigilará. Y aunque será llevado a las penas para ser condenado, sin embargo, gozándose de la muerte de los hombres, vigilará con toda diligencia en la contemplación del montón de esos mismos muertos, o ciertamente vivirá siempre en la muerte.

Dulce fue el resplandor del Cocito. Dicen que el Cocito es un río del infierno. Nosotros, sin embargo, en las Escrituras divinas leemos que ese mismo río es un torrente, un pozo, un horno, un fuego eterno, un lago, un estanque, y el infierno. Con el nombre de resplandores creo que se significan los mismos oficios de los tártaros, también los ministros de las penas infernales atados en lugares de tormento, y se dice casi por ironía, porque los habitantes del

infierno lo desean y anhelan para que castigue y se sacien de su destrucción. O ciertamente fue dulce para la muerte, porque adquirió para él tantos pueblos innumerables.

Y arrastrará tras de sí a todo hombre. Aquellos que siguen su ejemplo por imitación: o arrastra tras de sí a todo hombre, según la transgresión del género humano en Adán.

Y delante de él innumerables. Que engañó, y los envía adelante para seguirlo hacia las penas.

¿Cómo, pues, me consuelan en vano, cuando su respuesta se ha mostrado contraria a la verdad? En este versículo concluyó toda la disputa de su discusión: convence a sus amigos de que luchan contra él sin razón por la causa antes mencionada: mientras ellos desconfían de que los impíos y pecadores sean castigados en este mundo, entre los cuales también lo condenan a él; él los convence de que más bien se glorían en este siglo, quienes han de ser llevados al juicio de condenación.

CAPÍTULO XXII.

Pero respondiendo Elifaz el Temanita, dijo: ¿Acaso puede compararse el hombre con Dios, incluso cuando haya alcanzado la ciencia perfecta? Estas cosas se dicen en burla de Job: quien se atribuye a sí mismo hablar con la sabiduría propia de su corazón.

¿Qué le aprovecha a Dios si fueres justo, o qué le das si tu vida fuera inmaculada? Nadie con su justicia y santidad ha hecho a Dios mejor, ya que la fuente y origen de todo bien no necesita de ningún bien, según el profeta que dice: Porque de mis bienes no tienes necesidad.

¿Acaso te reprenderá por temor, y vendrá contigo a juicio? ¿Es acaso por temor a Dios que esto es, para que Dios te tema? ¿Quizás alguna vez te hagas poderoso, y hecho igual a él, le resistas? Estas cosas se dicen más bien con sentido de burla y mofa.

¿Y no por tu mucha malicia, y tus infinitas iniquidades? No temiendo esto te reprende, dice, con las correcciones de esta grave plaga: sino por todos tus males, a los cuales dedicabas tu empeño. Porque, por tanto, el principal mal, es decir, la malicia de Job, tiene mucho, de donde los demás males cuelgan como en un racimo: añade y los narra como por especies singulares, diciendo así.

Porque quitaste el empeño de tus hermanos sin causa. Esto dice, que violentamente, y al modo de un enemigo, arrebató lo ajeno, o extorsionó injustamente los empeños: o bien, bajo la apariencia de justicia, despojó por calumnia: y el crimen se agrava cuando se dice que ni a su propia sangre perdonó.

Y despojaste a los desnudos de sus vestiduras. Lo que hiciste a los vestidos, aquí aparece: en quien ni el desnudo fue hallado inmune de tus robos.

No diste agua al cansado. Es manifiesto.

Y al hambriento le quitaste el pan. Es grave no haber dado, más grave haber quitado. Gran pecado, pues, no ofrecer hospitalidad a los necesitados. Sabemos claramente que Elifaz mintió, cuando leemos más adelante cuántos bienes hizo Job.

Con la fuerza de tu brazo poseías la tierra, y siendo el más poderoso la dominabas. Lo acusa, no obstante, como soberbio y tirano, que no gobernaba a los pueblos de su reino con justicia

y equidad: sino que con costumbres crueles, como con la fuerza de su brazo, los sometía a la dura carga de la servidumbre, y nadie vivía sino sometido a su durísimo imperio.

Dejaste vacías a las viudas. Que a ellas, desamparadas, afligidas y humilladas por tribulaciones, no quisiste escuchar para socorrerlas: a cada una de ellas dejaste vacía: cuando lo que te pedía no pudo obtener.

Y quebraste los brazos de los huérfanos. Si tuvieron alguna fuerza de la cual pudieran sustentarse, la quitaste, y quebraste sus almas con la desesperación de la vida, o no defendiéndolos de los hombres malos; quebraste la fuerza de su esperanza, que hacia ti miraban, al permitir que fueran oprimidos.

Por eso estás rodeado de lazos, y te turba el miedo repentino. Esto decía Elifaz, que el bienaventurado Job se turbaba por el miedo de una mala conciencia, y con ese mismo miedo que le venía de repente, consternado por todas partes, perdía el consejo de la paciencia contra las adversidades.

Y pensabas que no verías las tinieblas, y que no serías oprimido por el ímpetu de las aguas inundantes. En tanta seguridad de iniquidades vivías, que no creías que estos males recíprocos de tus méritos te vendrían. Con las cuales tinieblas de miseria, ciertamente, y calamidad, como por el ímpetu de las aguas inundantes, de repente fuiste abatido, para que con el corazón oscurecido no veas lo que la paciencia enseña que es recto. De muchas maneras en las Escrituras divinas, las tinieblas se llaman pecados, ignorancia, o tribulación, o incluso la oscuridad de los volúmenes divinos se pone con el nombre de tinieblas.

¿Acaso piensas que Dios es más alto que el cielo, y que se eleva sobre la cima de las estrellas? Y dices: ¿Qué sabe Dios? Y juzga como por oscuridad. Primero, pues, Elifaz acusa al santo Job de afirmar que en Dios cae la ignorancia, y que hay muchas cosas en sus criaturas que no sabe. Luego, que afirma que su juicio es incierto y dudoso. Y por eso juzga como por oscuridad, es decir, como algo verosímil.

Las nubes son su escondite: no considera nuestras cosas, y alrededor de los polos del cielo pasea. Por eso, pues, finge que todas estas cosas son como de los sentidos del bienaventurado Job: para que no solo lo llame blasfemo, sino también que diga que ignora a Dios, y que lo afirma contenido en lugares: lo cual ciertamente es un gran sacrilegio pensar de Dios.

¿Acaso deseas guardar el camino de los siglos, que pisaron los hombres inicuos? Guardar deseas, dijo por observar: esto es, ¿acaso deseas seguir los actos y la vida perdida de aquellos que perecieron en el diluvio, y en Sodoma, y en el desierto, o de aquellos que no creen que Dios se ocupa de los asuntos humanos?

Que fueron arrebatados antes de su tiempo. Como Datán y Abirón: o aquellos que perecieron por muerte repentina.

Y el río subvirtió su fundamento. Con la ira de Dios inminente sobre ellos, como el ímpetu de un río, la estabilidad de su vida presente fue subvertida: o como un río con la presión sobrevenida, el fundamento de sus cuerpos fue demolido, para que las paredes de sus vidas se derrumbaran.

Que decían a Dios: apártate de nosotros. Por su apostasía, pues, fueron condenados. Pero no es así Job, quien dice, aunque me mate, en él esperaré.

Y como si el Omnipotente no pudiera hacer nada, lo consideraban, cuando él había llenado sus casas de bienes. No temieron, pues, los impíos, que por el pecado la ofensa de Dios, y los bienes que él mismo había otorgado, incurrirían en la venganza de los castigos.

Que su sentencia esté lejos de mí. Y pone al santo en el número de los blasfemos, a quien así como a ellos detesta.

Verán los justos, y se alegrarán. O como otros dijeron, se reirán: habla de la abyección del pueblo infiel.

Y el inocente se burlará de ellos. ¿Cómo esto no puede decirse también de sus santos? cuando ven a los pecadores ser condenados por el justo juicio de Dios: verán y se alegrarán. Pues les agrada la justicia de Dios, así como a él mismo. Pero Elifaz, aunque aquí quizás haya dicho correctamente, pensó mal al comparar al bienaventurado Job con los impíos y pecadores.

¿No ha sido cortada su altivez? Ciertamente su soberbia y contumacia, con los ejemplos de las penas antes mencionadas, ha sido cortada y entregada a la perdición perpetua.

¿Y el fuego devoró sus restos? También dijo restos, las últimas cosas de los pecados que han de ser castigadas en el día del juicio: porque en este siglo, ningún castigo condena a los pecadores gravísimos como merecen. O podemos entender por restos la posteridad de los hombres malos: que imitándolos a ellos como padres, se llaman restos. O se ponen en buena parte: según aquello: Porque la meditación del hombre te confesará: y los restos de la meditación celebrarán fiesta para ti, para que la meditación del hombre pertenezca a la confesión de los pecados: y los restos sean la recompensa eterna de esa misma confesión: para que, con los pecados perdonados, disfrute como en un día festivo de alegría espiritual. También pueden entenderse los restos como los últimos: según aquello, Los restos de los impíos perecerán.

Consiente, pues, con él, y ten paz, y por esto tendrás los mejores frutos. Exhorta al santo Job a que ya piense en enmendarse, y da consejo a quien no lo busca, para que por la paciencia se convierta a Dios. Y así, después de la guerra de la horrible plaga que le asedia, pueda tener la paz de la integridad.

Recibe de su boca la ley, y pon sus palabras en tu corazón. O dicho: es decir, escucha lo que ha mandado, y consévalo.

Si te vuelves al Omnipotente, serás edificado. Si te arrepientes de tus hechos, serás edificado: es decir, diariamente serás protegido por la custodia divina. A los que disimulan hacer penitencia, este ejemplo egregio debe proponerse: pues esta exhortación es necesaria, por la cual los pecadores pueden reparar la gloria perdida.

Y alejarás la iniquidad de tu tienda. Si deseas enmendarte y corregirte, Dios te atribuirá que alejes de ti tu iniquidad: cuando más bien él mismo la aleje de ti. O se dice que el mismo diablo es la iniquidad: esto es, quien te toma en su poder, será alejado.

Dará por tierra pedernal, y por pedernal torrentes de oro. Esto dice: que si la propiciación de Dios en sus preceptos te ha establecido firmemente, no te dedicarás a las cosas terrenales y a los placeres de la carne: sino que más bien progresarás en la fortaleza de las virtudes, por la cual puedas llegar a las riquezas celestiales abundantes: pues esto es lo que metafóricamente Elifaz dice al santo Job: que si te has colocado en la roca de la fortaleza de la buena conciencia, el sentido de la sabiduría divina te abundará como un torrente de oro.

Y el Omnipotente será contra tus enemigos. Cuando hagas, dice, su voluntad, lo tendrás como tu defensor.

Y se te acumulará plata. Dijimos que el oro se toma por el sentido, y la plata por el discurso de la justificación. Por tanto, los mandamientos de Dios y sus juicios, son las palabras divinas. Cuando, pues, convertido, en ellos te hayas detenido con meditación asidua, discurriendo las inteligencias de diversos sentidos, se te acumulará un discurso múltiple y copiosamente abundante.

Entonces sobre el Omnipotente fluirás en delicias. Ciertamente serás llenado de las delicias espirituales antes mencionadas, cuando veas que las peticiones de tu corazón, por la gracia del Espíritu Santo, se cumplen y sientas que se llenan en el gozo de tu mente.

Y elevarás tu rostro a Dios. Levantarás tu frente libre para suplicar a Dios: o ya no culpable, ni inclinada hacia abajo por mala conciencia, elevarás tu alma a Dios.

Le rogarás, y te escuchará, y cumplirás tus votos. No puede escucharte como pecador, a menos que primero le hayas suplicado por tus pecados.

Decidirás un asunto, y te vendrá. El asunto, en todo caso justo, santo y honesto que hayas pedido a Dios, lo obtendrás.

Y en tus caminos brillará la luz. Tus caminos serán actos buenos, y la luz será para ti el conocimiento de Dios, y la visita de Dios, y su protección, para que los actos de tus caminos corregidos sean iluminados: no sea que por error de ignorancia tropieces en montes tenebrosos.

Porque el que se humille, será en gloria, y el que incline sus ojos, él mismo será salvado. Y el Señor en el Evangelio: El que se humilla, será exaltado.

Será salvado el inocente, será salvado por la limpieza de sus manos. Es decir, por la gracia de las buenas obras, o por el brillo. Los antiguos dijeron así: Rescata al inocente, y serás salvado por la limpieza de tus manos: donde parece sonar retribución, lo que dice, rescata al inocente: para que puedas ser salvado por la inocencia de tus manos.

CAPÍTULO XXIII.

Pero respondiendo Job, dijo: Ahora también en amargura está mi palabra, y la mano de mi plaga se ha agravado sobre mi gemido. Dejando a los amigos infieles, que definen que sufro justamente la miseria de esta calamidad, y añaden a mi amargura, me convertiré totalmente a Dios, y le diré por la confianza de mi conciencia lo que sigue:

¿Quién me dará que lo conozca, y lo encuentre, y llegue hasta su trono? Dijo que conocer a Dios por el entendimiento: también encontrarlo por las buenas obras, y llegar hasta su trono, y con el conocimiento del futuro, y con el pensamiento del juicio, progresando, acercarse hasta la misma contemplación del poder divino: que ciertamente los de corazón puro verán. Ese corazón, con muchas purificaciones de costumbres, dice aquí el santo Job que lo tenía purificado.

Pondré ante él mi juicio. El juicio, dice, de tu justicia lo pondré ante mi Dios, según aquello: De él mismo requeriré la equidad de su juicio. Sin embargo, antes de que sea su sentencia

definitiva sobre mí, le presentaré muchas increpaciones, porque conociendo su singular justicia, ¿por qué siendo justo sufro tormentos, que más bien deben ser para los inicuos e impíos? Esto, pues, que sigue, dice:

Y mi boca la llenaré de increpaciones: para que sepa las palabras que me responda, y entienda lo que me diga. Es decir, con las quejas del justo dolor.

No quiero que contienda conmigo con mucha fortaleza: ni que me oprima con la mole de su grandeza. Proponga la equidad contra mí, y mi juicio llegará a la victoria. En la mole de su majestad, entendamos el horror, no algo corpóreo: porque Dios es espíritu. Estoy seguro, dice, que estas miserias de aflicciones, juzgando él mismo, se verá que no las sufro por ningún mérito de pecados; de ahí dice: Mi juicio llegará a la victoria.

Si voy al oriente, no aparece: si al occidente, no lo entenderé: si a la izquierda, ¿qué haré? No lo aprehenderé. Si me vuelvo a la derecha: no lo verá. Él mismo, sin embargo, conoce mi camino, y me probará como el oro que pasa por el fuego. Mientras enumera las partes del mundo, dice que habita en todo él; sin embargo, confiesa que para él es completamente invisible, porque su divinidad no está sujeta a los ojos de la criatura. Dice que Dios conoce todo el camino de su conversación, porque lo conocía perfectamente.

Mis pies siguieron sus huellas: guardé su camino, y no me aparté de él. De los mandamientos de sus labios no me aparté, y en mi seno no escondí las palabras de su boca. Esto es, lo que quiso que se guardara, lo guardé.

Porque él solo es, y nadie puede apartar su pensamiento, y su alma hizo lo que quiso. Esto es, porque sus juicios son inescrutables, y sus caminos son ininvestigables.

Y cuando haya cumplido en mí su voluntad, y otras muchas cosas semejantes están a su disposición. Cuando ya me haya afligido con los tormentos que quiso, y aún podrá infligirme otros tantos como quiera, a quien las cosas insensibles como las sensibles tiemblan.

Y por eso estoy turbado ante su presencia. Sintiendo con la mente, y entendiendo en parte.

Y considerándolo, me inquieto con temor. Es decir, con horror temo su majestad.

Dios ablandó mi corazón, y el Omnipotente me turbó. Sepamos que el corazón resuelto por el excesivo temor y miedo, se dice aquí, no que haya sido ablandado de la dureza de la incredulidad para recibir la fe, ya que más bien el mismo Job permaneció fuerte en Dios por la fe. De donde sigue: El Omnipotente me turbó; esto que arriba.

Porque no perecí por las tinieblas inminentes, ni la oscuridad cubrió mi rostro. A las mismas miserias de su calamidad, llamó tinieblas, que como ruinas inminentes de repente, quiso decir que para él, insistiendo en ellas, dice, no perecí por desesperación: ni la oscuridad de la infidelidad cegó el rostro de mi mente, o la negación de Dios.

CAPÍTULO XXIV.

Del Omnipotente no están ocultos los tiempos; pero los que lo conocen, ignoran sus días. Pero aquellos que sienten e entienden a Dios, ignoran los días de su eternidad. En la cual eternidad no se encuentran ni tiempos, ni días, que están en los tiempos, donde hay un solo día eterno. O de otra manera: Él conoce todo lo que ahora hablo, o sufro.

Otros trasladaron los límites, saquearon rebaños, y los apacentaron. Es decir, trasladaron los rebaños, y los comieron. Es manifiesto según la letra. Veamos ahora según el entendimiento místico qué significa. Los que trasladan los límites: es decir, los que derriban los estatutos de la Iglesia, significó que son herejes, que con la novedad de la doctrina perversa, exceden los límites prefijados de la ley evangélica y de los apóstoles, y así con persuasión engañosa saquean los rebaños del Señor: es decir, los pueblos creyentes en Cristo.

Expulsaron al asno de los huérfanos y se llevaron como prenda el buey de la viuda. Destrozaron el camino de los pobres y oprimieron igualmente a los mansos de la tierra. Los huérfanos son ciertamente tiernos, ya sean infantes en la fe o aquellos que no tienen a Dios como Padre para ser defendidos por Él contra los adversarios. Su ánimo, como un animal fuerte y necesario, para llevar a Dios en sí a través de la fe, los herejes lo alejan de ellos al estilo de los ladrones, mientras los despojan de la virtud del alma con sus engaños, o les quitan el sentido gentil, llamado con el nombre de animal impuro, al llevarlos a la perfidia bajo el pretexto de la verdadera religión. Las viudas son también aquellas almas que han perdido a su esposo, su Dios y Señor: de quienes los herejes intentan quitar, como prenda de perfidia, es decir, la confesión por la cual son iniciados en sus falsas invenciones y se convierten en sus deudores, la pureza de las santas virtudes y las obras útiles del alma. Los pobres en este lugar deben entenderse como aquellos que están desprovistos del testimonio de la fe. Otros son ricos en fe: el camino de su religión, por el cual podían regresar a Dios, los herejes lo han subvertido con sus errores. Consideremos aquí a los mansos como aquellos que no tienen la constancia para resistir a sus enemigos y, debido a la cobardía de su alma, son fácilmente seducidos. Estos, por tanto, son oprimidos por muchos dogmas de error y diversas supersticiones de error. En un buen sentido, las viudas son aquellos que se mortifican con los vicios: los pobres son los apóstoles. De este número, los herejes intentan quitar: mientras persuaden a algunos de los pobres de los santos o rodean a los mansos, que no pueden resistirles, sino que también escuchan pacientemente por su simplicidad: ellos, sin embargo, se esfuerzan por extinguirlos.

Otros, como onagros en el desierto, salen a su obra, y vigilantes preparan el pan para sus hijos. Son violentos, los que roban públicamente. Son ladrones y salteadores, que salen de lo oculto a sus obras, ciertamente no de Dios.

Cosechan un campo que no es suyo, y vendimian la viña de aquel a quien han oprimido con violencia. El campo, o la viña, es un cierto modo de vida de cada hombre, que es cultivado por cada uno cuando se limpian las impurezas y ciertos arbustos de vicios, o incluso se arrancan. Porque, por tanto, la diligencia de esta cultura no sirve de nada, cuando todo bien de la naturaleza no se refiere a la fe: porque el justo vive por la fe: los mencionados adoradores de ídolos, oprimiendo a los fieles, aunque vivan honestamente, inducen sus corazones al error como con una cierta razón de seducción: mientras, como si fuera su campo o viña, disipan sus frutos y los arrebatan violentamente.

También dejan a los hombres desnudos, quitándoles las vestiduras. Mientras los despojan de buenas obras.

A quienes no les queda cobertura en el frío. Ciertamente despojan a aquellos que no tienen la vestidura de la caridad de Dios, y por eso se enfrían en la infidelidad: porque no merecen ser vestidos con la túnica del espíritu ferviente.

A quienes riegan las lluvias de los montes. A estos, por tanto, desprovistos de sus casas por la miseria, dice: cuando los cubra con las cavernas de los montes y los refugios, y describe cuánta necesidad tienen de habitar en esos montes. A quienes riegan las lluvias de los montes, es decir, son limpiados por las aguas que fluyen abundantemente de esos montes. A quienes riegan las lluvias de los montes. No son regados por las lluvias del cielo, sino por los montes que se levantan contra el conocimiento de Dios, que es del cielo.

Y no teniendo cobertura, abrazan las piedras. Otros lo han dicho más claramente: Quienes, al no tener cobertura, se cubren con la roca. Y no teniendo cobertura, abrazan las piedras. Esto es, sin la vestidura de las virtudes, se deleitan en sus pecados y errores.

Hicieron violencia despojando a los huérfanos. Donde se entiende lo que hicieron a los que tenían algo, ya que no tuvieron misericordia de los que eran de muy escasa capacidad. Hicieron violencia despojando a los huérfanos. También a aquellos que tienen algún conocimiento según el bien de la naturaleza, que no podían defender; viviendo con un ánimo frágil e infantil: con persuasiones perversas, les hicieron violencia y los despojaron.

Y despojaron al pueblo pobre. También a la multitud del pueblo, vil en actos y pobre en ignorancia: si acaso tenía algo de justicia, o incluso de inocencia natural, mientras los arrastran a un mayor mal de su error, los despojaron de los mencionados bienes.

A los desnudos y a los que andan sin vestidura, y a los hambrientos les quitaron las espigas. A los desnudos de fe, desprovistos de la custodia de Dios, y que no tienen las vestiduras de la esperanza y la caridad divina, y las vigiliat de las demás virtudes, con las que se adornan las almas: también les quitaron las espigas, en las que tienen cubierta la divina sabiduría, para que los hambrientos del conocimiento de Dios, cuando alguna vez se descubra el velo, puedan recibir la misma verdad desnuda como pan de alimento vital.

Entre sus montones se recostaron al mediodía, los que, pisando los lagares, tienen sed. Este es un gran mal e iniquísimo, que bajo el trabajo y el fruto de otros, otros descansan y se embriaguen con el vino de aquellos que, habiendo recogido sus vendimias, tienen sed. Entre sus montones se recostaron al mediodía, los que, pisando los lagares, tienen sed. Por lo tanto, habiendo quitado las espigas, que por figura contienen en sí el conocimiento del nombre divino, cuando de ellas los que las tenían con plena reflexión, confeccionaban alimento sólido: los seductores violentos descansan entre las buenas obras de ellos como entre montones, gloriándose y atribuyéndoselo a sí mismos. Si alguno de los gentiles ha seguido las virtudes naturales, de las cuales como semillas, constituye en sí montones de obras: sin embargo, seducidos, habiendo pisado y exprimido la vendimia de las virtudes, tienen sed: porque no encontraron el cáliz de la verdad entre aquellos de quienes fueron apartados en el error.

Hicieron gemir a los hombres de las ciudades. No solo, dice, despojan a aquellos que habitan sin protección, y los afligen con el dominio de una dura superstición: sino también a aquellos que habitan las ciudades de sus mentes fortificadas con buenas costumbres, los derriban combatiendo con los arietes de los errores. Lo cual es manifiesto que también les ha sucedido a muchos filósofos: quienes, aunque fueron grandes y claros en la continencia de sus cuerpos, sin embargo, con gemido y gran trabajo no pudieron llegar al conocimiento de la verdad.

Y el alma de los heridos clamó, y Dios no permite que quede sin venganza. Dios no permite que la voz de los que imploran quede sin venganza, sino que otorga venganza de los errores: para que, mientras los heridos por las heridas de los pecados se convierten a la verdad, la

falsedad convicta sea castigada. Porque castiga, cuando priva de la conversión a aquellos que habían sido seducidos. Pero lo que dice: El alma de los heridos: entendamos por el consenso de los que claman a Dios. La tribulación de los devastados llegaba hasta el gemido de los que habitaban en la ciudad. Los heridos, sin embargo, no solo deben entenderse como aquellos cuyos cuerpos son traspasados por otros, sino también aquellos cuyas almas son heridas por el excesivo temor de los enemigos, como por una espada.

Ellos fueron rebeldes a la luz, no conocieron sus caminos: ni volvieron por sus sendas. Deben entenderse los demonios, los herejes, los filósofos, o incluso todos los impíos, que intentan ir contra la doctrina de Dios, porque el mandamiento de vida es luz, porque en la naturaleza la luz es lo que es por sí misma: las tinieblas, sin embargo, son la ceguera del corazón. Y por tanto, si la ceguera del corazón son tinieblas, correctamente se entienden las tinieblas exteriores como el castigo. Así como los inicuos son arrojados de las tinieblas de sus pecados a las tinieblas de los tormentos: así dentro y fuera, la sentencia de Dios consumada ante los ángeles de Dios, se visten como con un manto de su confusión. Podemos entender a los onagros que habitan en el desierto como a los paganos en el error de la gentilidad, que están en el desierto de la verdadera religión, porque no están contenidos por el yugo de la religión cierta. Estos, por tanto, salen a su obra. Se dice que salen, cuando muestran sus afectos a través de doctrinas perversas a aquellos a quienes seducen. Así, con toda astucia, depredan las almas errantes en el error para dejar a la multitud de su posteridad perdida, como alimento del pan de la doctrina letal, la obstinación.

El homicida se levantará temprano: mata al necesitado y al pobre. Nuevamente se dice temprano, por lo que se comete el mal públicamente y a plena luz, para que el crimen sea como una gloria para los que lo cometen, y según el ejemplo de los sodomitas, no escondieron su pecado, sino que lo proclamaron. También pudo haber dicho esto de los jueces inicuos, que se levantan más temprano para prevaricar la causa del necesitado y del pobre, corrompidos por sobornos. O de otra manera: Este homicida, correctamente se siente como cualquier hereje, de aquellos que matan las almas de los hombres con nocivos y letales sentidos. Pero lo que dice, se levanta temprano: eso es: porque cuando aquellos que han sido recién iniciados en la fe, tienen la mañana, es decir, como principio de la santa religión: o ellos mismos se han convertido en la mañana, cuando de las tinieblas y los hijos de la noche se han convertido en el Señor en hijos de Dios; ellos se apresuran a ofrecer el veneno de su perfidia, para engañarlos. O de otra manera: La mañana, Cristo debe entenderse, en cuya resurrección comenzaron a existir las herejías en la Iglesia.

Por la noche será como un ladrón. Todos los sentidos de los herejes deben compararse con la noche y las tinieblas, porque no tienen la luz de la verdad. Ellos mismos también son adúlteros, porque corrompen las palabras de Dios, que son castas, con una interpretación adulterina. Creo que la noche se dice así porque los prevaricadores de los negocios buscan un cierto secreto como tiempo nocturno, cuando reciben sobornos por causas prevaricadas.

El ojo del adúltero observa la oscuridad, diciendo, No me verá el ojo, y cubrirá su rostro. O como dijeron otros: Y puso escondite a su rostro. Es decir, el ojo de su corazón, cegado por el olvido, para que no subiera a su memoria que Dios es el inspector y conocedor de todos los pensamientos y obras humanas malas.

Perfora en las tinieblas las casas, como en el día se habían concertado, y no conocieron la luz. Es manifiesto que durante el día disponen este robo con su pensamiento, antes de que lleguen a las mismas tinieblas de los crímenes. Perfora en las tinieblas las casas, como en el día se habían concertado. Cada hereje, permaneciendo en la perversidad de la doctrina, no

desciende a las almas de los fieles con el dulce y suave discurso del Evangelio, como lluvia placentera y como rocío en silencio; sino más bien con un discurso áspero y muy agudo para herir, perfora las casas de las almas. Esto es lo que los herejes se concertaron como en el día, para perforar a todos los mortales con los dardos de la doctrina nociva, cuando aún en la Iglesia, es decir, en el día de la verdad, se concertaron para hacer herejías.

Si de repente apareciera la aurora: consideran la sombra de la muerte, y así en las tinieblas como en la luz caminan. Tan pronto como la justicia y la honestidad comienzan a aparecer y a ser introducidas en su conciencia, ya consideran que están sufriendo las penas de la muerte: porque la justicia y la santidad, como dice la Escritura divina, son odiosas para el iniquo. Si de repente apareciera la aurora, consideran la sombra de la muerte, y así en las tinieblas como en la luz caminan. Si algún disputador se levantara, que contra ellos declare la luz de la verdad manifiesta, convictos consideran que han incurrido en la sombra de la muerte, y sin embargo en las tinieblas de su necedad, como en la luz de la sabiduría se glorían. También puede entenderse al diablo como homicida, ladrón y adúltero: porque fue hecho homicida para engañar al hombre, como dice el Señor: Él fue homicida desde el principio. También al arrogarse la divinidad por soberbia, que intentó invadir con la presunción de su ánimo, fue hallado como ladrón, que intenta llevarse lo ajeno. Quien también perdió aquel amor virginal y casto de Dios, al hacer intentos adulterinos contra el amor de su Dios y Señor, buscó por su propia voluntad. Este, por tanto, temprano en la mañana, es decir, alrededor del mismo nacimiento del primer hombre, se levantó para seducirlo a través de su mujer, y lo mató con la insidiosa persuasión de la decepción, como necesitado de consejo y pobre, que era menos cauteloso por falta de experiencia. Él mismo se hizo la noche del pecado: cuando quiso irrumpir como ladrón para invadir la divinidad, diciendo; Pondré mi trono sobre las estrellas del cielo, y seré semejante al Altísimo: y desde entonces con sus seguidores, a quienes llamó estrellas del cielo, fue llamado noche y tinieblas, y príncipe de las tinieblas. Y correctamente, porque había perdido la luz del Señor. Ya constituido en las tinieblas de sus pecados, cubrió el rostro de su mala conciencia con la obduración, no dispuesto a hacer penitencia: y por eso privado de la luz divina, se esfuerza y observa para cometer cosas dignas de tinieblas y oscuridad. Por lo cual, viviendo en estas obras, cava para sí mismo casas de habitación en los infiernos, con aquellos sus ministros, con quienes intentó erigirse contra Dios y el creador. Estos, por tanto, sus ministros, cuando aún eran bienaventurados en aquella eterna felicidad, en ese día ciertamente sempiterno, que no tiene principio ni fin, se concertaron en este sacrilegio de tiranía con su príncipe, y pensaron que Dios, que es la luz verdadera, sabia e inteligible, dejaría impune este mal de su contumacia, para que no los arrojara de aquella sede bienaventurada y gloriosa. Y creo que dijo esto, ignoraron la luz: porque pensaron que Dios no les haría esto, por lo cual con mentes cegadas, se convirtieron en tinieblas eternas: que también se llamaron potestades de las tinieblas: es decir, de los pecados de los hombres. Y de aquí es que cuando oyen el nombre de Dios, tiemblan: lo cual creemos que se significa con el vocablo aurora. Por tanto, su pensamiento, es decir, del diablo, pudo llegar solo hasta el discurso, no también al efecto: porque no reinó allí, y así fue arrojado inmediatamente, donde pronunció con voz lo que había pensado, y fue precipitado hacia abajo. Por lo cual vio consecuentemente, que los maquinamientos de su corazón, con los cuales planeaba contra Dios, los habló para persuadir a los demás ángeles, y así, consintiendo muchos, se hiciera de algún modo una conspiración contra Dios, si así pareciera. Sin embargo, debe mantenerse firmemente que de ningún modo se realizan en silencio los oficios de la milicia celestial, cuando leemos que las potestades angélicas, ante el trono del Señor, resuenan con voces incansables en alabanza de su gloria, ni de ningún modo habría dicho el Apóstol: Si hablo en lenguas de hombres y de ángeles, a menos que así fueran, y las lenguas de los ángeles como las de los hombres: aunque las angélicas sean diferentes de las humanas. Por tanto, hay

alguna y muy grande diferencia sobre la diversidad de lenguas entre los terrígenas y los ministerios celestiales. Sobre lo cual el libro canónico del Nuevo Testamento, que contiene los hechos apostólicos, nos ha instruido suficientemente.

Es ligero sobre la faz del agua. Porque no son de la gran Iglesia, es decir, del pueblo grave y santo, que se compara con los granos de trigo fecundo y óptimo, y que debe ser almacenado en el granero de las moradas eternas, como paja ligera que no tiene peso, que para gravar los frutos de las virtudes, flotará sobre el elemento del agua: para que sea arrastrado por el soplo de una brisa ligera. O de otra manera: Estas aguas tienen la figura de los hombres que aman este mundo: porque siempre están inclinados hacia lo inferior, arrastrando consigo mucho lodo, que se deposita en el caos de los infiernos, con un peso turbio.

Sea maldita su parte en la tierra. Porque quien no esté en la tierra de los santos, que es la tierra de los vivientes, será maldito: o sea maldita su parte en la tierra, es decir, en la masa del género humano.

Ni ande por el camino de las viñas. Es decir, que su conversación sea tan maldita en esta tierra, que no imite al pueblo de Dios o a las almas santas, que son como viñas llenas de frutos fructíferos: ni ande por ellas. Porque estas viñas son cultivadas por los doctores como cultivadores, con doctrinas como azadas, para que vendimien el vino de las buenas obras, que en la fe, es decir, en el lagar de la Iglesia, exprimido por el peso de la tribulación, ardiente por la gracia de Cristo, con el más suave olor y con el mérito de las virtudes, sea almacenado en las bodegas de las casas celestiales.

Pase del excesivo calor a las aguas de la nieve. Me parece que el santo Job dice dos infiernos, de fuego y de frío, por los cuales el diablo, el hereje y el hombre impío son cambiados. Tal vez en el mismo infierno se hará tal tormento de los sentidos para aquellos que serán torturados en él, que ahora sientan como un fuego ardiente, ahora un excesivo incendio de frío, y el cambio penal, ahora para los que sienten frío, ahora sea calor, para que se considere como un paso de un lugar a otro. Y tal vez de ahí el Señor dice en el Evangelio: Echadlo en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Para que este crujir de dientes surja del rigor del frío. Donde también podemos encontrar una cierta similitud en nuestros cuerpos: en los cuales la abundancia de bilis, que es lo más caliente, en movimientos típicos precede con un rigor intolerable al fuego de las fiebres más ardientes que seguirán, y se dice por los médicos que estas dos cosas que se reconocen como contrarias, se generan en el hombre de una misma materia de bilis.

Y hasta el infierno su pecado. El pecado del impío y del iniquo es tan grande y tan grave, que lo hunde en el infierno como plomo en agua muy fuerte.

Olvídese de él la misericordia. Es decir, quien no solo es misericordioso, sino también misericordia se dice: porque misericordioso de misericordia, y por eso como nombre prototipo, es mayor que la deducción nombrada. Por tanto, cualquiera de los santos puede decirse misericordioso, veraz y justo: sin embargo, ninguno de ellos se dice correctamente misericordia, y verdad, y justicia.

Su dulzura gusanos. Dicho por antífrasis, que es, muriendo lleno de gusanos. Y en el Evangelio: Su gusano no morirá. Tal será la dulzura para los inicuos y los que odian a Dios.

No esté en memoria. Es decir, que no llegue al perdón de la misericordia, lo cual hemos aprendido de las Escrituras sagradas que será para el diablo, y sus herejes e impíos.

Sino que sea quebrantado como un árbol infructuoso. Según aquello: Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego. O entendamos el árbol como el pecado que ocurrió por el árbol: por el cual el diablo añadió al cúmulo del crimen, que se rebeló contra Dios, para que también precipitara al hombre en la muerte: por lo cual ya está condenado a la destrucción eterna: por lo cual el mismo diablo puede llamarse árbol incurable e infructuoso: porque nunca será sanado por la medicación de la penitencia. Pero del árbol de la vida, es decir, de la cruz, o de Cristo se dice: Según los días del árbol, serán los días de mi pueblo.

Porque alimentó a la estéril. Es decir, nutrió y alimentó a las almas estériles e infructuosas en virtudes.

Y la que no da a luz. También alimentó con los deleites de su consentimiento a aquellas almas que, pudiendo dar a luz cosas buenas del útero del corazón, no quisieron, como dice David de tales: No quiso entender, para hacer el bien.

Y no hizo bien a la viuda. A la viuda, el alma desprovista de las fuerzas de la santidad, que había tenido a Dios como esposo, no quiso consolarla con exhortación, para que actuara de manera que pudiera volver a su esposo anterior.

Detrajo a los fuertes en su fortaleza. Otros dijeron. Y en su ira derribó a los débiles: es decir, postró y derribó a los hombres fuertes y virtuosos.

Y cuando esté de pie, no creará en su vida. Dios le dio un lugar para el arrepentimiento, y él lo malgasta en soberbia: pero sus ojos están en sus caminos. Y aunque esté en prosperidad, ni siquiera entonces, con la conciencia mordiendo, cree que pueda disfrutar de la misma felicidad perpetuamente, siendo de tal ánimo pertinaz y duro, creyendo que en esa vida suya tan perdida puede permanecer.

Fueron elevados por un momento, y no subsistirán, y serán humillados como todo, y serán llevados. Sin embargo, se dice por un momento, por la brevedad de la vida presente, en la cual por un tiempo los inicuos son exaltados. Serán llevados como todo, es decir, como aquellas cosas que son de la parte adversa, ya sea cuando al final del mundo todas las cosas temporales hayan sido llevadas.

Y como las cimas de las espigas serán trituradas. Pues así como las cimas de las espigas, cosas ciertamente muy frágiles, se desmenuzan con tanta facilidad que se reducen a nada: así también aquellos de quienes he hablado serán como polvo finísimo, o como pelusa de ceniza ante el rostro de Dios, cuando hayan sido desgastados por la afrenta de la confusión.

Si no es así: ¿quién puede acusarme de haber mentido, y poner mis palabras ante Dios? ¿Quién de vosotros puede acusarme de que no será así como dije: y convencerme de falsedad, vosotros que afirmáis que Dios da a los pecadores en este tiempo todo lo que merecen, lo cual introducís más bien para mi reproche por el afán de contienda?

CAPÍTULO XXV.

Pero respondiendo Baldad el Suhita, dijo: El poder y el terror están con él, quien hace la concordia en sus alturas. ¿Acaso hay número de sus ejércitos? Convencido Baldad por el bienaventurado Job diciendo, que el juicio de Dios es más en el futuro, se volvió a esto para decir, que con él está el poder y el terror, es decir, ya no ejerce juicio, sino que lo tiene reservado para el futuro. Sin embargo, él hace la concordia de la paz perpetua en las alturas,

es decir, con sus ángeles, o con sus santos hombres, guardándolos para que no incurran en enemistades de ofensa celestial por alguna caída de pecado.

¿Y sobre quién no se levantará su luz? Pues él ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

¿Puede justificarse el hombre comparado con Dios, o aparecer puro el nacido de mujer? Es evidente que, por falta de respuesta, repiten con frecuencia lo que ya han dicho.

He aquí que la luna tampoco resplandece, y las estrellas no son puras a sus ojos. Bajo el nombre de la luna, o de las estrellas, podemos entender a los ángeles y las potestades celestiales, que en comparación con la reverencia divina, pueden parecer impuros y oscuros: ciertamente porque, siendo criaturas creadas por naturaleza, aunque no pequen, son capaces de pecado: como se mostró en otros ángeles de la misma naturaleza que pecaron. Pero después de ellos, se debe creer que ningún ángel ha pecado, porque todo su libre albedrío lo han vuelto hacia el amor de Dios solamente: y así se han hecho inamovibles, permaneciendo en la verdad, en la cual el ángel mencionado con los suyos no quiso permanecer. Por lo tanto, la voluntad de los ángeles se ha hecho inconvertible por el amor de Dios, que en Dios es por naturaleza. Por eso, a él solo, incorrupto, honor y gloria. También puede decirse de estos elementos, que por eso se dicen impuros, porque no siempre brillan, o porque solo iluminan los cuerpos, y no las mentes, como Dios, que acostumbra a hacer ambas cosas.

¿Cuánto más el hombre, podredumbre, y el hijo del hombre, gusano? Si incluso los ángeles, dice, y los cuerpos celestiales se dicen impuros en comparación con Dios, ¿qué piensas que debe considerarse el hombre, siendo él mismo podredumbre: y el hijo del hombre, gusano, naciendo ciertamente de la misma corrupción de la que nace el gusano?

CAPÍTULO XXVI.

Pero respondiendo Job, dijo: ¿De quién eres ayudante? ¿Acaso del débil, y sostienes el brazo de quien no es fuerte? ¿A quién diste consejo? Quizás a aquel que no tiene sabiduría, y mostraste tu gran prudencia. ¿A quién quisiste enseñar? ¿No a aquel que hizo el aliento? Viendo que se hacía injuria a Dios, movido por justa indignación, en el mismo inicio de su discurso, Job reprende a Baldad el Suhita con palabras más duras, porque hablaba como si Dios fuera débil y no tuviera ninguna fortaleza de brazo, necesitando su ayuda. Advirtiéndolo, pues, que la participación es menor en comparación con el todo: una gota de agua, con una fuente perenne: una chispa oculta en las cenizas, con el fuego divino, que todo lo calienta: la lámpara del cuerpo, con el sol de justicia: la vasija, con el alfarero: el alma, con Dios: de donde Job, maravillado, habla, preguntando por qué se atrevió a querer enseñar a aquel de quien le viene el ser.

He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas, y los que habitan con ellos. La Escritura divina llama gigantes a los hombres soberbios, rebeldes y contumaces. También el diablo y los suyos, por su soberbia, son llamados gigantes con un nombre trasladado. Pero lo que dice, que los gigantes gimen bajo las aguas: lo dice como si dijera, bajo la tierra: es decir, en las partes inferiores de la tierra: donde se dice que están los infiernos, de donde también se llaman infiernos. Pues las aguas son de tal naturaleza que no pueden existir sin la tierra. He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas. Estos gemidos ciertamente nacen de los dolores y la miseria de la morada tartárea.

El infierno está desnudo ante él, y no hay cobertura para la perdición. Esto dice, que nada puede estar oculto al conocimiento de Dios. Y que la perdición, que no absurdamente entendemos como el diablo, no puede prevalecer para esconderse de su omnipotencia.

Él extiende el norte sobre el vacío, y cuelga la tierra sobre la nada. Esto debe entenderse así: ya sea que la tierra fue hecha de la nada, o que no hay nada debajo de la tierra que la sostenga, mientras ella misma sostiene todo, y ella misma es sostenida innumerablemente por la virtud de Dios, porque en él están todas las cosas, y por él todas son contenidas. De quien el Apóstol dice: Sosteniendo todas las cosas con la palabra de su poder. Y porque a veces en las Escrituras, por figura, el viento del norte significa al diablo: pues por Salomón el viento del norte es llamado viento duro: pero con el nombre de derecho es llamado. Por sus seguidores, ciertamente es llamado derecho, pero es todo autor de obra siniestra. Este, pues, se extiende sobre el vacío, es decir, sobre los fríos en la fe y los incrédulos, que son vacíos de la verdadera religión, y vacíos; y para que él, como rey, los domine, se extiende sobre ellos. Nuevamente, esos mismos incrédulos, a quienes el santo Job llamó tierra: están colgados sobre el diablo, que fue hecho nada por Dios, para que siempre estén inciertos, e imiten a su cabeza, como miembros, para que, como la cabeza que fue llamada nada, estén colgados sobre el vacío y la nada.

Él ata las aguas en sus nubes, para que no se derramen juntas hacia abajo. Por estas nubes en la misma altitud del aire espacioso se recogen las aguas, como también en otro lugar leemos de Dios: Cribando las aguas de sus nubes. Por lo tanto, se dice que están atadas, porque no se derraman juntas sobre la tierra, como leemos que sucedió en el diluvio. Este es el entendimiento espiritual, para que interpretemos las nubes como los santos doctores de la Iglesia, que llevan las aguas del Evangelio para ser derramadas sobre los pueblos, y las llevan gobernadas por el Espíritu Santo: para que las tierras de los pueblos sean regadas: y de esta lluvia celestial, los frutos de las virtudes se multipliquen en operación espiritual. Estas aguas que fluyen de la abundancia celestial, Dios las ata en sus nubes: para que a cada uno, según la capacidad de su corazón, derrame tanta doctrina, como agua, cuanto la posibilidad del receptor lo permita: no sea que, derramadas todas a la vez, perjudiquen a los corazones, menos capaces de recibir una doctrina más abundante.

Él sostiene el rostro de su trono. Reserva la sentencia de su juicio para el futuro. Se dice que Dios sostiene el trono de su justicia y piedad en toda su creación, resplandeciente con la gloria de la verdad, lo que es ocultar y esconder la manifestación de sus juicios secretos, para que el Evangelio de Cristo en aquellos que perecen.

Y extiende sobre él su nube. Según lo que el Señor dijo a los discípulos en el Evangelio: A vosotros os es dado conocer el misterio del reino de los cielos. También en protección de su custodia divina, extiende sobre él la buena nueva del Evangelio, en la nube de su defensa, para que ningún adversario, por más feroz que sea, pueda prevalecer contra él: de la cual el Apóstol dice: Nuestros padres todos estuvieron bajo la nube.

Puso un límite a las aguas: hasta que se acaben la luz y las tinieblas. Bajo el nombre de las aguas, κατὰ συνεκδοχὴν, que es de una parte al todo, parece que dijo el fin del mundo, porque la sucesión de la noche y el día pasará. O de los pueblos impíos, o de las tribulaciones de los santos, que a menudo se llaman aguas en las Escrituras. Estas aguas, pues, han recibido un límite de Dios, ya sea para que siempre sean inicuos y pecadores, o para que Dios fiel no permita que sus santos sufran tribulaciones más allá de lo que pueden soportar. Estas cosas, pues, sucederán hasta que la prosperidad y la iniquidad de los impíos pasen, que en este lugar se han significado con el nombre de luz y tinieblas.

Las columnas del cielo tiemblan, y se estremecen a su mandato. Por lo tanto, entendamos que la estabilidad solo permanece en la naturaleza de los ángeles, bajo el nombre de columnas, porque no solo son inamovibles en la santidad perseverante: sino también hermosos en la gloria de la bienaventuranza eterna. Pues sobre la futura inamovilidad de los hombres, así dice el Hijo de Dios: Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios. Pero también la misma Iglesia, que es la congregación de todos los santos, por su estabilidad eterna en el Señor, se dice columna y fundamento de la verdad. También puede entenderse de los santos ángeles: que por su amor y mirada de caridad, se les llama columnas, porque cuidan de la salvación de los hombres, por quienes son solícitos con afecto piadoso, lo que parece añadirse a ellos como un peso de pensamientos. Y según el entendimiento tropológico, sepamos que bajo el nombre de cielo se significa la Iglesia, en la cual se celebran los misterios celestiales. De este cielo, es decir, de la Iglesia, las columnas son los apóstoles, y los demás que son de gracia similar, que llevan y sostienen los peligros de las diversas persecuciones que se les presentan. Y a veces las almas de los hombres se entienden como cielos. De estas almas que por metáfora llamamos cielos: las columnas son sus pensamientos: pues por ellos el alma es sostenida y gobernada: y para que no vacile ni titubee por la herrumbre del pecado, se fortalece con la estabilidad del consejo. Porque esto sucede a menudo a la fragilidad humana, que donde la precaución de los que miran es menor, por el impulso del pecado las columnas, es decir, los buenos pensamientos, se fijan en la otra parte. Y por eso tiemblan y se estremecen al mandato del Dios amenazante: proclamando su juicio terrible. Pues estos pensamientos del alma no son propios, como si fueran inherentes por naturaleza, que ciertamente están en la naturaleza existente, y son ministerio de la naturaleza existente, sin los cuales la naturaleza racional no es: porque, como dije, no son por sí mismos, sino que son movimientos invisibles de la naturaleza subsistente.

En su fortaleza, de repente los mares se congregaron. Lo que leemos que sucedió al principio del Génesis.

Y con su prudencia hirió al soberbio. ¿Quién duda de que principalmente el diablo es aquí el soberbio: que entonces primero fue herido por Dios, cuando lo depuso de aquella sede celestial bienaventurada y sublime, de la cual el profeta dice: Tú humillaste como herido al soberbio. Espiritualmente, correctamente sentimos que estos mares son los pueblos de los judíos y de las naciones, sobre los cuales el verdadero Salomón, David el profeta, así pronuncia, diciendo: Y dominará de mar a mar. Pues del mar, es decir, del pueblo de los judíos comenzó el Evangelio de Cristo, porque de Sion salió la ley, y llegó al mar de las naciones. Hasta aquí, pues, estos mares de los pueblos, por la fortaleza y virtud de la resurrección de Cristo, por el ministerio de los apóstoles y evangelistas y de los demás predicadores, de repente congregados en un solo cuerpo de la Iglesia, y unidos en un solo vínculo de fe por el amor de Cristo.

Su espíritu adornó los cielos. Leemos en el principio del Génesis, que el cuarto día Dios puso las estrellas en el cielo, o en el firmamento. También por el Espíritu Santo, adornó los cielos racionales: que entendemos como los apóstoles y hombres apostólicos: que en muchos lugares de las Escrituras, obtienen el nombre de cielos, según aquello del profeta: Cubrió los cielos su virtud, y con su prudencia hirió al soberbio. Cristo, la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios hirió al soberbio diablo. Estos santos, pues, han sido así distinguidos por el Espíritu Santo con los dones de las gracias, como con luminarias estelares.

Y con su mano de partera, fue traído el dragón tortuoso. Los santos, pues, adornados con la palabra de Dios, siembran como semilla a los pueblos. De donde por el temor del Señor

concibieron en el vientre el espíritu de salvación, y así la mano y sabiduría del Padre, Jesucristo, se dice que asiste a las almas fecundas en virtud múltiple, con su dignación, para que a las que están en dolores de persecución, las consuele: y con su ministerio operando invisiblemente desde dentro, ayude a las parturientas. Porque sin él, ningún efecto de buenas obras, que llamamos hijos anteriormente, las seguirá. Por lo tanto, con él observando con la caridad de su misericordia, con la cual nos amó mucho, y con su piedad asistiendo como partera, para que las almas santas den a luz tales frutos, es sacado de ellas, y excluido de sus corazones aquel en quien no hay nada recto, el dragón tortuoso.

He aquí que estas cosas son dichas en parte de sus caminos. Estos son los caminos del Señor, de los cuales el mismo Salvador dice por Salomón, cuando predijo sobre su nacimiento: El Señor me creó en el principio de sus caminos en sus obras. Por lo tanto, el mismo Señor Jesucristo fue creado por Dios Padre, de María virgen, para mostrar y manifestar los caminos de los mandamientos, de los cuales la obra de Dios, es decir, el hombre, se había desviado.

Y cuando apenas hemos oído una pequeña gota de su palabra. Entendamos por pequeña gota al hombre asumido, que en el salmo de Hermón es llamado monte pequeño. Y en Daniel, piedra cortada, y racimo de gotas en el Cantar de los Cantares.

¿Quién podrá contemplar el trueno de su grandeza? Esto dice: si la asunción de la forma de siervo está contenida en misterios casi inefables, y en comparación con el Dios que asume, es una gota muy pequeña: ¿cuánto más no podrá nadie contemplar el trueno de su grandeza: es decir, la misma divinidad, que por eso se dice con el nombre de trueno: porque cuando desde lo alto la fama de su nombre resonó en Cristo Jesús su Hijo en la tierra, y a los hombres se les dio a conocer con este fragor terrible: sin embargo, nadie de ellos podrá contemplar con inteligencia toda la magnitud de su divinidad: es decir, aquello, En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

CAPÍTULO XXVII.

Añadió también Job, tomando su parábola, y dijo: Vive Dios, que quitó mi juicio, y el Omnipotente que llevó mi alma a la amargura. Mientras permite que él, siendo inocente, sufra las penas de los inicuos: también llenó de amargura su alma con la miseria presente. Vive Dios que quitó mi juicio. Según la forma de siervo que asumió, el juicio de la voluntad humana: y dicho desde la persona del hombre asumido: quien orando decía al Padre: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. Y por eso dijo mi juicio, porque en sí mismo mostraba la debilidad del género humano, en la verdad del hombre asumido. Y el Omnipotente que llevó mi alma a la amargura. Amargo era el cáliz de la muerte, al cual nuestro Salvador había venido a beber: pues de la amargura de ese mismo cáliz era, que dijo a sus discípulos: Mi alma está triste hasta la muerte. Pero la palabra llevó, según el Apóstol debe entenderse: quien así dice de Dios Padre: Quien no escatimó a su propio Hijo: sino que lo entregó por todos nosotros. Pues no fue entregado a la muerte contra su voluntad. En otro lugar del Salvador, el mismo Apóstol dice: Quien se entregó por nuestros pecados.

Porque mientras quede aliento en mí, y el espíritu de Dios en mis narices, no hablarán mis labios iniquidad: ni mi lengua meditará mentira. Lejos de mí juzgaros justos. A esto también pertenece lo que está escrito del Señor en Isaías: Deja al hombre, cuyo espíritu está en sus narices, porque él mismo es considerado excelso. Pero el adverbio mientras, según este entendimiento en el que hemos tejido la serie de esta inteligencia sobre nuestro Salvador, no lo consideremos dicho como suena, como si dijera, Mientras haya aliento de esta vida en mí: es decir, antes de que muera; sino que mientras, en este lugar, sepamos que se dice por

siempre y perpetuamente. Como dice el mismo Señor al pueblo por el profeta: Yo soy, dice el Señor, y mientras envejecáis yo soy. Pues no porque los hombres envejezcan, Dios no será, sino que más bien, mientras ellos envejecen, Dios permanece perpetuamente. ¿Y qué decimos de aquello que el Salmista dice: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha. Hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies; ¿qué decimos? ¿que después de que los enemigos sean sometidos, Cristo no se sentará a la derecha de Dios Padre? ¿y dónde estará aquello que dice el ángel: Y su reino no tendrá fin? Por lo tanto, mientras, en tales lugares, como dije, debe entenderse por perpetuo. También aquello que el evangelista dice de José y la bienaventurada María, No la conoció hasta que dio a luz a su hijo. ¿Quién es tan blasfemo sobre la venerable virginidad de la bienaventurada María, que se atreva a pensar siquiera esto, que después de Dios Salvador, su hijo, ella conoció varón? Por lo tanto, según la verdad de la fe católica, mientras aquí, como se dijo anteriormente, entendamos por siempre. Dice, pues, el Señor Jesús, que siempre el aliento de la divinidad está en mí, porque según lo que soy hombre, y en Dios fui creado y hecho: tengo en mí el espíritu de mi Padre, y mío sustancialmente: sigue, pues, diciendo así: Mientras no desfallezca no me apartaré de mi inocencia. Porque, por lo tanto, no adquirí la inocencia por la industria de las costumbres, sino que en ella como nací, así soy justo e inocente.

Hasta que desfallezca, no me apartaré de mi inocencia. Pues aunque muera en estos tormentos, no me apartaré de mi inocencia, que vosotros, como si fuera blasfemo, afirmáis que he perdido en ellos. No abandonaré la justificación que he comenzado a mantener. Esto pudo decirlo el Salvador, como hombre asumido en Dios, cuyo inicio según la carne es de la Virgen María: pero el pecado del hombre, ni lo tuvo al nacer, ni lo contrajo al obrar: y por eso solo él dice verdaderamente:

Ni siquiera me reprende mi corazón en toda mi vida. Como el impío, mi enemigo, y mi adversario, como si fuera injusto. En este lugar, toda la vida debe entenderse como la vida presente, en el tiempo en que decía estas cosas: como si dijera: Toda mi conducta ahora es irreproachable. Pues no me reprende mi corazón en toda mi vida: es decir, no he consentido a los que mal aconsejan, como vosotros que incitáis a la blasfemia: lo cual también mi esposa me aconsejaba hacer. Pues no me reprende mi corazón en toda mi vida. Como el impío, mi enemigo, y mi adversario, como si fuera injusto. No maldice con deseo, sino que predice proféticamente, y habla según el mérito de los pecadores: prediciendo lo que cada uno, permaneciendo en sus pecados, recibirá de él. Ahora volvamos a ese lugar:

¿Cuál es la esperanza del hipócrita si avaramente arrebató, y Dios no libera su alma? El hipócrita se entiende como falso en la amistad o engañoso. ¿Cuánta codicia y sed de avaricia sufrís, dice, en mi destrucción, que ya con deseos me arrastráis al tártaro? Sobre esta nefanda voluntad: ¿qué esperanza de perdón tendréis ante Dios, si no os sometéis a Dios para que os corrija en esta vida?

¿Acaso Dios escuchará su clamor cuando venga sobre él la angustia? En el tiempo de la retribución, cuando al impío le venga la angustia, no habrá remedio para los pecadores: porque el Señor no recibirá sus oraciones en el día de la venganza.

¿O podrá deleitarse en el Omnipotente e invocar a Dios en todo tiempo? Aquel que está bien consciente de sí mismo presume rectamente en Dios y puede deleitarse en él e invocarlo, y quien se haya mostrado tal que merezca ser escuchado en cualquier momento.

Os enseñaré por la mano de Dios lo que el Omnipotente tiene, y no lo ocultaré. He aquí que todos vosotros lo sabéis, ¿y por qué habláis vanamente sin razón? Esta es la parte del hombre impío ante Dios, y la herencia de los violentos, que recibirán del Omnipotente. Dice lo que Dios tiene en su mano y poder, y en sus juicios secretos.

Si sus hijos se multiplican, serán para la espada, y sus descendientes no se saciarán de pan. En los hijos y descendientes señaló toda la posteridad restante de una generación mala. A veces en las Escrituras, no solo se llaman hijos a la progenie carnal, sino también a la similitud de costumbres.

Los que queden de él serán sepultados en la destrucción, y sus viudas no llorarán. Esto parece significar que, a través del tiempo, la prole del hombre impío, o su generación, será llevada a la extrema pobreza o miseria, y sus viudas, por el gran mal que les sobreviene, no podrán llorar.

Si acumula plata como tierra, y prepara vestiduras como barro. Habla de la insaciable codicia y voracidad de este impío.

Ciertamente las preparó, pero el justo se vestirá con ellas, y el inocente repartirá la plata. Y Salomón dice: El que aumenta sus riquezas con usura abundante, el que se compadece de los pobres las reúne.

Construyó su casa como la polilla, y como el guarda hizo un cobertizo. Con estas palabras dice que el hombre impío trabajó en vano: ya que, o bien por el rápido paso de las cosas, o por las polillas que destruyen, el estado de esa casa se compara. De otra manera: Si acumula plata como tierra, y prepara vestiduras como barro: ciertamente las preparará, pero el justo se vestirá con ellas, y el inocente repartirá la plata. Construyó su casa como la polilla, y como el guarda hizo un cobertizo. Este impío, que antes dijimos que es el diablo, en la transgresión de Adán, constituyó a los hombres preciosos y claros como tierra y barro, de quienes también despojó las virtudes y los bienes de la naturaleza como vestiduras, y su oro, con el que se significan las riquezas de la mente. Pues estos fueron hechos hermosos y compuestos a imagen y semejanza de su Creador: quien al quitárselas, los llevó a la extrema indigencia y vileza. Por estas cosas, los hombres son comparados, en Adán, como dije, seducidos por el diablo, que en la creación del mundo parecen más viles. Pero el justo Señor, y nuestro Dios, al quitarle al diablo los despojos de los cautivos mencionados: liberando también a los cautivos que el enemigo había preparado para la destrucción, se exhibió a sí mismo la santa Iglesia de ellos: limpiándola con el lavacro del agua en la palabra, y haciéndola sin mancha ni arruga: es decir, pura de pecado, y simple en la confesión de la fe, la vistió con una vestidura preciosa. También la plata, por la cual se entienden los claros y brillantes de este mundo, como ya he dicho, el inocente Cordero de Dios, y sin mancha, la divide, cuando envía a los creyentes a la vida bienaventurada y a la gloria eterna, y a los incrédulos los envía a la perdición. O bien la plata, la clara y brillante elocuencia secular, es quitada del mundo por Cristo: para que la elocuencia de los creyentes, con un discurso brillante y puro, vista su Evangelio; porque así como las almas de los hombres son vestidas con las vestiduras de las virtudes: así también los sentidos, mientras se enuncian en la predicación de los evangelizadores, de alguna manera son vestidos con palabras. Construyó su casa como la polilla, y como el guarda hizo un cobertizo. Así como la polilla consume y destruye su morada: así también el diablo construye la casa de su pueblo perdido para su destrucción: quien preparó para sí una morada temporal y poco a poco disoluble, para poseer castigos eternos. Este es, por tanto, el impío hipócrita que avaramente arrebató. En el que no se convierte no habrá esperanza de perdón, cuando incluso sobre esto, con una cierta avaricia

furiosa, arrebató a los hombres a la destrucción. Por eso se le llama hipócrita: porque se transforma en ángel de luz: cuyo clamor de súplica tardía no será escuchado por el Señor: cuando esté constreñido dentro de las angustias de los castigos. En Dios tampoco tendrá alguna confianza de deleite por la buena conciencia: ni podrá provocarlo a la alabanza de la confesión, quien en la semejanza de sus innumerables hijos será herido por la sentencia divina con la espada de Dios. También los descendientes, en los que se entienden aquellos que son seducidos por aquellos a quienes primero el diablo mismo había engañado: los descendientes, digo, de él no se saciarán con el pan de la visión de Dios, ciertamente sufrirán hambre y escasez. Porque todos los santos contemplando a Dios, serán restaurados por él, y alimentados: con lo que ahora los ángeles se sacian. También podemos entender las reliquias del diablo, su última generación, que de manera similar, como el mismo diablo, y sus hijos y descendientes, con todo el cuerpo de su pueblo serán sepultados en la destrucción. También aquellas viudas, es decir, las almas que el diablo había debilitado con sus vicios y lascivias de placeres, y las había hecho blandas, para que perdieran toda fortaleza y virilidad: no llorarán con ninguna corrección y satisfacción, para que al menos alguna vez se arrepientan ante Dios, a quien habían perdido como esposo, adhiriéndose a los vicios como a adúlteros.

El rico cuando duerma, no llevará nada consigo: abrirá sus ojos, y no encontrará nada. De muchas maneras se entiende al rico en las Escrituras divinas. Hay un rico en bienes terrenales: pero si confía en esas riquezas, caerá. Este rico, por tanto, cuando esté en el sueño de la muerte, no llevará nada de sus bienes consigo: porque vino desnudo al nacer: desnudo volverá a la tierra al morir. Este en la resurrección abrirá sus ojos, y no encontrará ningún mérito de buena obra. También el pueblo judío, por los innumerables beneficios divinos: los oráculos de los profetas, o las muchas promesas, y la frecuente comunicación de Dios mismo, se dice que es rico. Por eso el Señor les dice a los mismos judíos en el Evangelio: Ay de vosotros, ricos. También los soberbios que no tienen la pobreza de espíritu, son llamados ricos. También los filósofos, que tienen elocuencia y conocimiento mundano, son llamados ricos. Estos, cuando sean resucitados en el día de la resurrección, no encontrarán ningún remedio por el cual puedan salvarse. También cualquier hereje puede ser llamado rico: porque presume tener muchas, incluso todas, las recompensas de la santa Iglesia: el perdón de los pecados, la señal del espíritu, la prenda del cuerpo del Señor, y la herencia con los santos ángeles del reino celestial. Todos estos, por tanto, ya sea porque sufren el escándalo de la cruz, o por la presunción de su corazón, para que caminen en el error, han dejado el camino de la verdad. O porque tienen oscurecido el entendimiento, el libre albedrío de su voluntad: permanecen en la infidelidad. O porque se han hecho abominables: alzando su corazón después del sueño de la muerte, en la resurrección abrirán sus ojos, y no encontrarán nada.

Lo alcanzará como la escasez de agua: de noche lo oprimirá la tempestad. Significa que la repentina escasez vendrá sobre estos ricos, como agua, que serán oprimidos por la miseria y la angustia inesperada, que se llama tempestad, de noche, es decir, de repente mientras no lo saben: según aquello del Apóstol: Cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrevendrá repentina destrucción.

Lo llevará el viento abrasador, y lo arrebatará, y como un torbellino lo arrancará de su lugar. Con el nombre de viento, dijo la sentencia, por la cual como polvo cada uno de ellos será arrojado de la faz de la tierra. Y este viento se llama abrasador de la sentencia divina, porque conduce o empuja al ardor del infierno.

Lo enviará sobre él, y no perdonará. El viento ciertamente de la sentencia de Dios, o el mismo Dios por la sentencia de su justicia, enviará sobre él castigos: es decir, recibirá el mérito de sus crímenes. Pues no perdonará, cuando le retribuya según sus obras.

Huyendo huirá de su mano. Y no será sostenido, dice, por la mano de Dios para ser salvado, de la cual como en modo de fuga, con rápido deslizamiento caerá en la ruina. Pero lo que dice, huyendo huirá, o como otros dijeron, huirá la fuga: significa al pecador que perece para siempre, porque nunca será llamado a la vida, y allí no habrá lugar para el arrepentimiento.

Apretará sobre él sus manos, y silbará sobre él, mirando su lugar. Otros dijeron, Llorará sobre él con sus manos, y lo arrastrará de su lugar. Con ciertos gestos de los cuerpos humanos, describe la censura de Dios indignado, y airado contra el pecador rico, con este discurso: donde ya como silbando indica qué atroz lugar de castigos le está reservado. A tal lugar también fue Judas Iscariote.

CAPÍTULO XXVIII.

La plata tiene sus principios en sus venas, y el oro tiene un lugar donde se funde. El hierro se extrae de la tierra, y la piedra, disuelta por el calor, se convierte en bronce. Me parece que a través de un enigma y parábola, bajo estos nombres de metales, describe las costumbres de los hombres y las virtudes de las almas, sin observar el orden, al modo de los profetas. El término de la plata y el oro, según la autoridad de las Escrituras, quiso indicar el discurso de la palabra y el sentido del alma. Al discutir esto, digamos así: La plata tiene sus principios en sus venas, y el oro tiene un lugar donde se funde. Las venas de la plata: es decir, el inicio del discurso surge de los sentidos del alma: el sentido dorado, se fabrica con el juicio de la razón y la sabiduría, y para que sea óptimo, se funde con la prueba del fuego de la divina examinación. La fortaleza, que se llama con el nombre de hierro, es con la que quitamos de nosotros la malicia de la carne, es decir, de nuestra tierra: resistiendo con rigor de ánimo y virtud contra ella que milita contra nosotros, y se opone a la ley del espíritu. También con el nombre de piedra se figura la dureza del corazón, que al ser disuelta por el calor y fervor de la fe se ablanda: para que primero pueda recibir en sí las palabras del que escribe. Luego, como en bronce que es sonoro, progresando en mérito de santidad, llegará a ofrecer alabanzas y gracias a Dios, con la solidez de la fe.

Puso tiempo a las tinieblas, y él considera el fin de todas las cosas. En las Escrituras divinas, los hombres pecadores, los demonios y las ignorancias y tribulaciones, o pecados, según el modo y los lugares, se llaman tinieblas.

También la piedra de la oscuridad, y la sombra de la muerte. Esta piedra podemos entenderla metafóricamente como el diablo en este lugar: que por sus errores con los que había envuelto al mundo entero, se le llamó piedra de oscuridad. Que aunque es fuerte y poderoso, por la naturaleza con la que fue creado por Dios: confiando por soberbia en su propia virtud, y no en el Señor, y Dios su creador, perdió la luz de la sabiduría, convertido en necedad y tinieblas, y por eso pudo ser llamado piedra de oscuridad: según aquello, El necio anda en tinieblas. Así como la piedra de oscuridad se llama al diablo: también se le llama sombra de muerte. Porque aquellos que creen ser defendidos y protegidos por él: serán entregados a los fuegos eternos del infierno como el mismo diablo.

El torrente separa a los que peregrinan, a aquellos que el pie del hombre necesitado ha olvidado, y a los sin camino. Esto dice: sin camino, es decir, errantes, y aquellos que el pie del hombre necesitado ha olvidado, los separará el torrente del pueblo peregrino, porque el paso los ha olvidado. O bien la presente conversación del hombre necesitado se significó con el nombre de pie. Dijo olvidado, por lo que el necesitado enviado, no ha rogado a Dios por estos, aunque la limosna ruega a Dios, es decir, la misma buena obra que el hombre ha hecho,

de alguna manera habla a Dios con su manifestación. Por tanto, dice el santo Job, que a los sin camino, viviendo sin el camino de la verdadera religión, y que no hicieron misericordia a los pobres, que son los hermanos de Cristo, el torrente de fuego los separará, y también los dividirá de la compañía de los santos. O bien aquí se entiende propiamente a nuestro Salvador como el necesitado, que por nosotros se hizo necesitado y pobre cuando era rico. También en su pie, observa la dispensación, ya sea asumiendo al hombre, o entrando al mundo. Por eso el profeta dice: Saliste para la salvación de tu pueblo. Aquellos, por tanto, que no recibieron la dispensación de su salvación en el Evangelio, fueron entregados al olvido, que por la dureza de su propia voluntad no quisieron creer. Y por eso se les llama sin camino, porque no recibieron a Cristo, que es el camino.

La tierra de la que salía el pan, en su lugar, fue subvertida por el fuego. Conecta diversas cosas y oscuras, para que las inferiores no se adhieran a las superiores. Por lo tanto, me parece que en este lugar describe la tierra de Sodoma, cuya abundancia y amenidad alaba con admiración. La tierra de la que salía el pan en su lugar, fue subvertida por el fuego. Esta tierra también puede entenderse como Judea, en la que el pan de la ley de Dios, a través de la doctrina de los profetas, nacía para los pueblos, que por amor a Dios a través de la fe en Cristo, la inteligencia carnal de la ley fue subvertida, y establecida en caminos rectos y sentidos espirituales, para que ya no siga la letra que mata.

El lugar de sus piedras es zafiro, y sus terrones son oro. A través de una metáfora dice que en Sodoma todo era muy abundante y óptimo, que incluso se comparan con oro y piedras preciosas. El lugar de sus piedras es zafiro. Así le dice el Señor a través del profeta: He aquí que yo pondré en orden tus piedras, y te fundaré en zafiros, y lo demás. Pues con este adorno de piedras preciosas, es decir, de todos los que creen en Cristo por Dios Padre, entonces fue adornada Judea, cuando el pueblo de las naciones le fue unido por la fe en Cristo. El lugar de sus piedras es zafiro, y sus terrones son oro. Las piedras preciosas y el oro no se encuentran en la mejor tierra, sino en lugares remotos y desolados. Por lo tanto, según este modo, Judea estéril en fe, e infecunda en virtudes, tuvo en sí estas piedras preciosas: es decir, los patriarcas y profetas, y toda la multitud de los santos. El lugar de sus piedras es zafiro, y sus terrones son oro. Llamó terrones de la santa tierra de la Iglesia a sus santos por la fecundidad de las buenas obras, a quienes también por las divisiones de las gracias, el Espíritu Santo quiso llamar terrones: por lo que se consideraran con el mérito del oro, en cuyas venas ocultas, como semillas de almas, nacen grandes y preciosos sentidos.

El ave no conoció el camino. La multitud de habitantes había hecho muchas salidas en la misma región, y por eso quizás dijo que las aves, por la frecuente multitud de hombres, no tuvieron la facultad de mirar los caminos, o de responder o de andar por allí.

Ni lo vio el ojo del buitre. Porque estaba plantada con matorrales tan densos y árboles contiguos: que las aves que volaban sobre ella no podían pastar. El ave no conoció el camino: ni lo vio el ojo del buitre. Podemos decir que el ave y el buitre son el mismo diablo con los suyos, que no pudieron conocer el camino de la inteligencia espiritual en la Ley y los profetas: es decir, lo que se predijo ocultamente en Judea, no pudieron conocerlo. Ni pudieron ver con algún vestigio de conocimiento los misterios de la futura dispensación ocultos desde los siglos. De los cuales dice el Apóstol: Hablamos la sabiduría de Dios en misterio, que está oculta: que ninguno de los príncipes de este siglo conoció. El ave no conoció el camino: ni lo vio el ojo del buitre. Aquí se pueden entender dos pueblos sin absurdo, es decir, los judíos y los gentiles. Por tanto, la carnal Judea, no teniendo fe en Cristo: sino más bien viviendo en las obras de la ley, ignoró a ese mismo Cristo hecho camino por nosotros, por su incredulidad: por su altivez, por la cual pensaba que podía justificarse por las

obras de la ley. Se le llamó ave, ciertamente ligera y vaga: e inestable en las mismas obras de la ley. Al buitre parece que se le asimila al pueblo de los gentiles: porque corría por los errores de los hombres muertos, y se alimentaba de cosas muertas. Estos, por tanto, a Cristo cubierto por la letra de la ley, y la tierra de la promesa futura a través de Cristo, no pudieron en absoluto percibirla por las sombras de las significaciones opacas. El ave no conoció el camino: ni lo vio el ojo del buitre. Bajo estos nombres, del ave y del buitre, entendamos a los enemigos de la Iglesia, que teniendo oscurecido el entendimiento, no conocieron el camino de su vocación, por el cual caminando por la fe regresa a Dios. Y que arrebatados por diversos errores de hombres muertos, se les podría considerar como si volaran.

No la pisaron los hijos de los mercaderes. Esto dice, porque la tierra de los sodomitas estaba tan llena de todos los bienes, que no necesitaba de los productos de ninguna otra patria. No la pisaron los hijos de los mercaderes. Se entiende que los mercaderes o negociantes mencionados son malos y soberbios, lo cual también se refiere al mismo diablo, quien inventó el pecado máximo de la soberbia. Y el mercader es llamado así por la multitud de pecados que buscó, ya sea para sí mismo o para perder al hombre. Estos, por tanto, no podrán pisar la tierra de la promesa, que está reservada para los mansos y humildes de corazón, para que habiten en ella, porque ni siquiera como extranjeros tendrán permiso para pasar por ella. De otra manera: Esta Judea, a la que se le ofrecía el pan de la doctrina por medio de los profetas y sacerdotes en su lugar, ciertamente en su lugar y no en el de Dios, es decir, en el lugar de su deleite, donde ardía en placeres y seducciones, fue subvertida por el fuego de sus vicios, como dice el Profeta: Todos son adúlteros, como un horno sus corazones; y en el salmo se dice de ella: Quemada por el fuego y excavada por la mano de su obra, fue completamente extirpada y desenterrada. Aunque este fuego también puede entenderse como la venganza de los pecados, como dice el Apóstol: La tierra que produce espinas y abrojos es reprobada y cercana a la maldición, cuyo fin es ser quemada. De este fuego de ira dice David: El fuego devoró a sus jóvenes. No la pisaron los hijos de los mercaderes. Los hijos de los mercaderes, los discípulos de los apóstoles y los hombres apostólicos deben entenderse, quienes predicaron el Evangelio a las naciones. Estos, por tanto, no pisaron Judea, la tierra de los infieles, para anunciarle el Evangelio. De ellos se dice en los Hechos de los Apóstoles: A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios, pero ya que os juzgasteis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles. Así, pues, sucedió que, al predicar la palabra, el monte Cristo fue trasladado al mar de las naciones. Por eso también en el salmo dice: Y se trasladarán los montes al corazón del mar: es decir, los oráculos de los profetas o evangelistas serán trasladados a los pueblos gentiles que creerán. No la pisaron los hijos de los mercaderes. Estos mercaderes o negociantes son reprobados e indignos de alabanza, que acumulan pecados sobre pecados como si fueran riquezas: de los cuales dice el Apocalipsis: Todo lo brillante y gordo ha perecido de ti. Estos, por tanto, negociantes en torno a las riquezas de los pecados, no pisarán la Iglesia, es decir, no habitarán en ella, porque el Señor la poseerá santa e inmaculada.

Ni la atravesó la leona. Debido a la multitud de innumerables pueblos que habitaban en Sodoma, las bestias no podían atravesar el medio de esa región. Ni la atravesó la leona. La leona puede entenderse como la dominación del diablo o la soberbia de los judíos. Pero lo que dice, no la atravesó: esto dice: no se apartó de Judea, sino que allí permaneció la soberbia infiel. De otra manera, también puede entenderse de la Iglesia. En ella, ciertamente, la gloria de sus virtudes en el lugar necesario de su redención, en el que permanece por la fe, fue subvertida por el fuego: ciertamente por ese fuego, del cual el mismo Señor dice: Fuego vine a traer a la tierra. Por este fuego, por tanto, la Iglesia, es decir, la tierra de los santos, ardiendo en el deseo del amor de Dios, es subvertida: para que la concupiscencia carnal no la posea.

De esta manera, por tanto, es subvertida, para que viviendo en la tierra de su carne, los vicios de la carne en ella mueran, como dice el Apóstol: Porque los que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias. Ni la atravesó la leona. O el león, como dijeron otros. Este león no absurdamente se entiende como el diablo, que no pudo atravesar la tierra de la santa Iglesia, ya que no pudo vencerla con graves persecuciones.

Extendió su mano hacia la roca. Me parece que el santo Job presentó otro enigma, y por su solidez y fortaleza, Cristo según el hombre, a quien asumió, puede significar la roca, quien también es llamado piedra y roca por los profetas y apóstoles. Dios Padre, por tanto, extendió su mano hacia la roca, es decir, su Hijo: por quien creó todas las cosas: a quien también llama su diestra y brazo, y lo envió para asumir al hombre, como dijo el Apóstol: Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado. Y por eso en la extensión de la mano, del Padre de Dios y de su Hijo, debemos conocer que se significa su venida a nosotros, y por él como sigue:

Subvirtió desde las raíces los montes. Que por metáfora entendemos que son demonios o hombres soberbios: porque principados y potestades abiertamente triunfó en sí mismo.

En las rocas cortó ríos. A corazones duros, ciertamente, de las naciones, y constreñidos por una gran infidelidad: les otorgó la abundancia de sus gracias, y como ríos de agua fluyendo, les concedió una abundante cantidad de doctrinas. Esto mismo se entiende que distribuyó, lo que se recuerda que cortó, como dice el Apóstol: A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia. Otros dijeron: Rompió las riberas de los ríos: para que aquella doctrina espiritual de la Ley y de los profetas de la que Isaías dice: Los que tienen sed, vayan al agua, que en una sola nación fluía como dentro de ciertas estrecheces, que también estaba cerrada por los preceptos de la ley mosaica, como por ciertos obstáculos de riberas. Al romper estos obstáculos, como desde el cauce de la ley, difundió abundantemente el Evangelio sobre toda la tierra. De otra manera podemos llamar a esta tierra la Iglesia. Por eso dice el profeta: La tierra será dividida por ríos. Sepamos que se divide y se rompe de esta manera, cuando se ofrece capaz de recibir la palabra de Dios. Esta apertura de capacidad, que se realiza por la obediencia de la tierra que tiene razón, la operan los mismos ímpetus de los ríos.

Y todo lo precioso vio su ojo. Sacados, por tanto, los ríos de las gracias de Dios, vio Dios cuán inmensos e innumerables eran los beneficios de su piedad. Pero dijo vio: porque ante su vista estuvo la realización o efecto de su voluntad en su Iglesia.

También escudriñó las profundidades de los ríos, y sacó a la luz lo escondido. Estos ríos, por tanto, no absurdamente sentimos que son cada uno de los libros del Antiguo Testamento: en cuyos grandes escondites estaban los sacramentos de la Iglesia, que en los tiempos del Salvador Dios Padre escudriñó: manifestando todo lo que fue predicho para su cumplimiento. O porque por el nombre de ríos, a veces se entienden las multitudes de pueblos: como dice el profeta Nahum: Las puertas de los ríos están abiertas: Las profundidades de los ríos en este lugar, advertimos los secretos de la conciencia de los hombres: de los cuales Dios es el escudriñador y conocedor, quien en el día del juicio sacando a la luz todos los secretos de los corazones, dará a cada uno según sus obras.

¿Pero dónde se encuentra la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? Lo que dice como inquiriendo, quiso indicar que es una cosa difícil, y que apenas se encuentra, más bien que si no fuera por Dios mostrándola, no podría ser encontrada por el hombre, ni poseída. Lo que el

mismo Job declaró en lo siguiente, diciendo así: Y dijo al hombre, ciertamente Dios: He aquí, el temor del Señor es la sabiduría, y apartarse del mal es inteligencia.

El hombre no conoce su precio. Al decir esto, significó que la sabiduría del temor de Dios es inestimable.

Ni se encuentra en la tierra de los que viven placenteramente. Esta sabiduría del temor de Dios, por tanto, no la tiene nadie, a menos que haya crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias, a menos que haya vivido como el apóstol Pablo y todos los santos, en tribulaciones, persecuciones, angustias y presiones. Y por eso se dice que viven placenteramente aquellos que no están sujetos a ningún yugo de disciplina, y desenfrenados y precipitadamente se lanzan a la caída de los vicios.

El abismo dice, no está en mí, y el mar dice, no está conmigo. Entendamos el abismo en este lugar como el infierno, como dice el Apóstol: ¿O quién descendió al abismo? Y el mar este siglo, como hemos conocido por el salmista que canta: Este mar grande y espacioso. El infierno, por tanto, y este mundo testifican que no tienen la sabiduría del temor de Dios. Se dice que los lugares hablan, por aquellos que están en los lugares, ya sea del mundo o del infierno. Aquí habla de aquellos que son poseídos por la conversación carnal de las seducciones del mundo: esta expresión se llama prosopopeya, donde se asume la persona que habla cuando no puede hablar, y lo que contiene, por lo que se contiene. Contiene ciertamente este mundo, o el infierno: pero se contiene el hombre. Esta sabiduría, por tanto, no la tiene el mar de este mundo, excepto solo la Iglesia, que debido a las olas furiosas de los enemigos, se dice en las Escrituras que es una isla, así como también se nombra en el Evangelio por figura como una barca.

No se dará oro fino por ella: ni se pesará plata en cambio de ella. Esto dice, que ninguna cosa, por preciosa que sea, puede compararse con esta sabiduría. O porque el oro en las Escrituras, o la plata, se entiende como el sentido tropológico y el discurso, esto dice, que nadie podría sentir o expresar esta sabiduría por mérito.

No se comparará con los colores teñidos de la India, ni con la piedra sardonix más preciosa, o el zafiro. Esta sabiduría divina se prefiere a diversas cosas y nombres de objetos preciosos. Sin embargo, debe saberse que principalmente en el clima meridional se producen estos metales preciosos. Y porque en la India se significan todos los adoradores de ídolos: en la que los colores, como dije, preciosos, o nacen o se hacen: creo que puede entenderse que en las naciones donde no hay temor del verdadero Dios, hay una religión falsa y de alguna manera terrenal: que bajo el pretexto del nombre de Dios en el engaño de los errores, se compone como una pintura con diverso y variado color de discursos, y como una piedra preciosa brilla en el discurso, o resplandece en el nombre de la deidad, y la India o incluso Etiopía, significan la negrura o las tinieblas de los pecados: que se encuentran especialmente en los cultos de ídolos.

No se igualará a ella el oro, ni el vidrio, ni se cambiarán por ella vasos de oro. El oro o el vidrio, y también los vasos de oro, se entienden como los preciosos y claros: que en este siglo resplandecen con el nombre de dignidad y la gloria de las riquezas: estos ciertamente, no teniendo el temor de la verdadera religión, serán tenidos por nada: porque no pueden, como por mérito de su gloria, acceder al cambio de la sabiduría singular.

Las cosas altas y eminentes no se recordarán en comparación con ella. Aunque sean altas y muy eminentes cualesquiera que sean en las criaturas: como también son las potestades

angélicas, todas serán mínimas, más bien indignas de memoria, en comparación con aquella que hizo que toda criatura racional agradara a Dios y se uniera a él con santo amor. Y por eso se prefiere a aquellas eminencias excelsas la sabiduría de este tipo de temor: porque sin ella nada son ante Dios, como también el mismo diablo que al perder el temor de la reverencia divina, se perdió a sí mismo.

Sin embargo, la sabiduría se extrae de lo oculto. Esta, por tanto, no puede ser asumida de otro lugar sino de lo alto, o de los íntimos afectos del corazón, se extrae por el don del Espíritu Santo, como dice el profeta: Abrí mi boca y atraje el espíritu, para que el hombre sepa a Dios y lo tema, y entienda apartarse del mal.

No se igualará a ella el topacio de Etiopía, ni se compondrán las tinturas más puras. De diversas maneras y con diversos nombres de oro y de utensilios preciosos, el santo Job dice que el temor del Señor no puede compararse de ninguna manera con ellos.

¿De dónde, pues, viene la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? Preguntando inquiere, y dice: que toda criatura o al menos ignora esta sabiduría.

Está oculta a los ojos de todos los vivientes: también a las aves del cielo les está oculta. Se entiende que los vivientes del mundo, de los cuales dijo anteriormente, cuando hablaba de esta sabiduría, ni se encuentra en la tierra de los que viven placenteramente. Pero lo que dijo, que esta sabiduría está oculta a las aves del cielo, se entienden los soberbios y ligeros, o los que piensan en lo alto, lo que pertenece al tumor de la arrogancia, o los espíritus malignos, que según la parábola del Evangelio, comen la semilla del Señor sembrada junto al camino. A estos, por tanto, dice que les está oculta la buena sabiduría del temor de Dios.

La perdición y la muerte dijeron, hemos oído con nuestros oídos su fama. Puede llamarse con ambos nombres al diablo, o él puede ser llamado muerte, para que sus secuaces sean llamados perdición. Estos, por tanto, dijeron que han oído la fama del temor de Dios: no pueden negar que no la han oído, ya que en el bien de su naturaleza la percibieron: pero por el mal de la desobediencia, no quisieron tenerla.

Dios entiende su camino, y él conoce su lugar. Ciertamente sabe Dios que esta sabiduría se dirige a un lugar de descanso y paz perpetua: donde por esta misma sabiduría de su temor, se deleita en descansar sobre el tranquilo y humilde, y el que tiembla ante sus palabras. O Dios entiende su camino, que por la predicación del Evangelio ha sido proclamado por todas las tierras. Por eso también sigue diciendo de Dios:

Porque él contempla los confines del mundo, y observa todo lo que hay bajo el cielo. ¿Quién duda que Dios conoce incluso lo que está por venir? pero aquí más bien Dios, conocedor de lo futuro, vio aquello que después dijo su Apóstol: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo. De esta manera, por tanto, al visitarnos con su venida, contempló los confines del mundo. En estos, digo, nuestros tiempos, en los que han llegado los fines de los siglos.

Él hizo peso a los vientos, y midió las aguas. Cuando ponía ley a las lluvias, y camino a las tormentas sonoras. Es manifiesto que toda criatura está sostenida en la mano y el poder de su potencia. De otra manera: Las mismas gracias del Espíritu Santo, como en el mismo principio, la Iglesia las recibió por los apóstoles: cuando se hizo un sonido del cielo como de un viento impetuoso que venía. Los vientos, o espíritus, menciona la Escritura, que Dios al dar de los secretos arcanos celestiales está por otorgar a los hombres, según el profeta que

dice: Él saca los vientos de sus tesoros. A veces estas diversidades de gracias se consideran con el nombre del Espíritu Santo, que da estas gracias, según aquello del Apóstol: Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas: que también por la operación y efecto de su divina santificación, se dice que tienen peso, para que según las fuerzas de cada uno los predicadores de la palabra de Dios den leche a unos, y alimento sólido a otros, donde digan, o a quienes digan. De ahí dice el profeta: Os daré lluvia temprana y tardía: esto es, el Nuevo y el Antiguo Testamento.

Entonces la vio, y la declaró, y la preparó, y la investigó, y dijo al hombre. Es decir, en su Iglesia, Dios previó esta futura sabiduría, que todo el mundo habría de tener su temor.

He aquí, el temor del Señor, esa es la sabiduría, y apartarse del mal, es inteligencia. Hay un temor, para que nadie ofenda a Dios: otro si ofende. Aquel primero es santo y laudable, este otro no tiene caridad sino pena. Por tanto, de este temor digno de alabanza dice el salmista: El temor del Señor es santo, permanece para siempre. Del otro temor habla el evangelista Juan en su Epístola diciendo: El temor no está en la caridad, sino que la caridad perfecta echa fuera el temor. Este temor ciertamente tiene pena, porque no tiene el mérito de la caridad:

CAPÍTULO XXIX.

Añadió también Job tomando su parábola, y dijo. Según la regla superior también aquí trazamos la línea de la inteligencia, para que cuando no convenga referir lo que sigue al Salvador, intentemos inclinar el sentido de la exposición a la estructura de sus miembros. Y esto se podrá hacer correctamente, para que lo que el mismo Señor, cabeza de su Iglesia, no puede recibir en sí mismo, se sienta de su cuerpo, que es la Iglesia.

¿Quién me dará que sea como en los meses pasados, según los días en que Dios me guardaba? Por tanto, el santo Job desea y anhela ser liberado ya de esa miseria y tormentos, y volver a aquella gloria de la felicidad pasada, en la que alguna vez, con la prosperidad del Señor, vivió.

Cuando resplandecía su lámpara sobre mi cabeza. De muchas maneras en las Escrituras divinas se llama lámpara. Aquí, sin embargo, pudo haberla llamado Job por la gloria temporal que recibió de Dios, y que poseía en el poder del honor y las riquezas.

Y a su luz caminaba en las tinieblas. Entre los pecados ciertamente, y lo que ignoraba, como entre las asperezas y oscuridades de esta vida, caminaba a la luz de sus virtudes o consuelo.

Como fui en los días de mi juventud, y cuando en secreto Dios estaba en mi tabernáculo. Quiso decir su secreto, su mente, porque allí no resonaban tumultuosas turbas de vicios.

Cuando el Omnipotente estaba conmigo, y alrededor de mí mis jóvenes. Cuando tenía a Dios en su tabernáculo: las virtudes se dice que estaban ante él como jóvenes, que por eso se llaman varones, por el vigor para resistir a los vicios: con tales ministros el bienaventurado Job estaba rodeado.

Cuando lavaba mis pies con mantequilla. Con el término pies en las Escrituras divinas, a menudo se debe entender un cierto modo de la conversación humana. Lavaba, dice, de toda mancha de pecado mis acciones, y con inocencia y simplicidad me comportaba.

Y la roca me vertía ríos de aceite. Según este sentido Moisés dice: Chuparon miel de la roca, y aceite de la roca más firme: según el deleite de los que querían, saboreaba en la boca. Y

aunque aquella roca figuraba a Cristo según el Apóstol, sin embargo, con este aceite el santo Job quiso demostrar que las dádivas del Espíritu Santo le eran abundantemente derramadas. Este es, por tanto, el aceite vivo y verdadero, que es el Espíritu Santo consustancial al Padre y al Hijo. Con este aceite, por tanto, abundaba el santo Job, con el cual también se llenaba de la unción de la caridad.

Cuando salía a la puerta de la ciudad, y en la plaza preparaba mi cátedra. Es manifiesto que los jueces de los judíos se sentaban en las puertas, para vindicar al pueblo.

Me veían los jóvenes, y se escondían, y los ancianos se levantaban y permanecían de pie. Los príncipes cesaban de hablar, y ponían su dedo sobre su boca. Conténían su voz los líderes, y su lengua se adhería a su garganta. La reverencia del piadoso y santo temor, que no solo toda edad, sino también todas las potestades le rendían con razón, lo demostró con estos versículos.

El oído que escuchaba me bendecía, y el ojo que veía daba testimonio de mí, porque había liberado al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía ayudador. Tan santa era, dice, su presente conversación, como la fama lo refería.

La bendición del que iba a perecer venía sobre mí, y el corazón de la viuda he consolado. El huérfano, el pobre y la viuda, significan todo tipo de humildes y afligidos, de los cuales ninguno el santo Job pasó por alto o despreció.

Me he revestido de justicia, y me ha vestido como un manto, y con un diadema mi juicio. Justicia, juicio recto, misericordia, estos eran los vestidos de su alma.

Fui ojos para el ciego, y pies para el cojo. El afecto de su piedad y misericordia se demuestra en estas palabras, ya sea que proporcioné luz de verdad a las tinieblas de la ignorancia, y al que cojeaba en los caminos del Señor, le mostré el camino recto.

Era padre de los pobres, y la causa que no conocía, la investigaba diligentemente. Al asumir los negocios y causas de los pobres contra los poderosos, se convirtió en su defensor y juez. Y por eso, para que no fueran oprimidos por alguna parte de los adversarios, decía que investigaba sus fraudes descubiertos.

Trituraba las muelas del iniquo, y le arrebatava la presa de sus dientes. Aquí describe al hombre iniquo como una bestia rapaz y violenta: de cuya boca había arrebatado con violencia la sustancia de los pobres.

Y decía: En mi nido moriré, y como la palma multiplicaré mis días. Su nido, se entiende el hombre exterior, que había sido compuesto por Dios de la hierba de su carne, y constreñido. Porque toda carne es hierba. En este nido, por tanto, siempre decía que moría bajo testimonio, mientras no vivía para los vicios del mundo y sus concupiscencias, y por esto en la resurrección, como la palma, tendrá días múltiples y eternos.

Mi raíz está abierta junto a las aguas, y el rocío permanecerá en mi cosecha. Mi esperanza y la fe que de esta expectativa mía son, se abren a las palabras divinas, cuya consolación se infunde para que no se marchite el verdor de mi mente en la infidelidad.

Mi gloria siempre se renovará, y mi arco en mi mano se restaurará. Los que me escuchaban, esperaban la sentencia, y atentos guardaban silencio ante mi consejo. Mi gloria y lo demás

puede entenderse como los frutos de la buena conciencia en virtudes crecientes y siempre nuevo progreso. En el arco creo que se significa el vigor del que resiste y se opone, que se prepara en las manos de la obra santa contra todos los que se oponen y los hostiles impulsos de los vicios. Como dice David en el salmo: Y pusiste como arco de bronce mis brazos, lo que significa, hiciste infatigable la intención de mis buenas obras.

No se atrevían a añadir nada a mis palabras, y sobre ellos destilaba mi elocuencia. Porque ya la autoridad de la sabiduría había sido divulgada por todas partes: nadie, como despreciando, se atrevía a añadir algo a sus palabras, sino que destilaba sobre ellos su elocuencia: es decir, el sentido penetraba las entrañas interiores, para que infundidos en sus corazones, se convirtieran en discípulos perfectos y óptimos de tal maestro.

Me esperaban como la lluvia, y abrían su boca como al aguacero tardío. Con el nombre de lluvia, demuestra la copiosa erudición de su ciencia, y alaba a sus oyentes, que mientras él discutía, lo esperaban con gran deseo.

Si alguna vez les sonreía, no lo creían. Tal, dice, era la reverencia y el honor que me tenían los mencionados, que a mi sabiduría y gravedad no podía corresponderles ninguna indulgencia o remisión, que más bien pertenecían al temperamento de las costumbres. Y por eso mismo, por el estudio de la piedad que hacía de mí, el afecto de su amor y admiración por mí progresaba.

Y la luz de mi rostro no caía en tierra. La gracia de la reverencia, que contemplaban resplandeciente en su rostro, no era tenida por nada entre los mencionados. No creían que algo de sus gestos se hiciera en vano, y por eso, como algo grande y principal, los mencionados asumían en sí mismos todo lo que contemplaban en la serenidad de su rostro.

Si quería ir a ellos, me sentaba primero. Y cuando me sentaba, como un rey rodeado de su ejército, era sin embargo el consolador de los afligidos. Manifiesta su dignidad y santa humildad en estas palabras, con las que se acercaba a sus inferiores, como a amigos y semejantes, y se mostraba en el poder del reino a los miserables y afligidos.

CAPÍTULO XXX.

Ahora, sin embargo, se burlan de mí los más jóvenes en tiempo. Es evidente.

Cuyos padres no me dignaba poner con los perros de mi rebaño. No lo hacía por soberbia o jactancia de riquezas, sino por la utilidad de los impíos y de los que se burlaban de él, cuyos padres ni siquiera eran dignos de ser comparados con sus perros.

Cuyo poder de manos era para mí nada, y se consideraban indignos de la vida misma. Estériles por la indigencia y el hambre. Es decir, despreciados por la vileza de la ignominia.

Que roían en la soledad, cubiertos de calamidad y miseria. Y comían hierbas y cortezas de árboles, y la raíz de los enebros era su alimento. Que al saquear estas cosas de los valles, cuando encontraban algo, corrían hacia ello con clamor. Por la miseria y la avidez, invadían incluso estas cosas que estaban fuera del alimento, ya sea de hombres o de bestias, como si fueran banquetes y delicias, chupando los valles húmedos por la extrema indigencia.

Habitaban en desiertos de torrentes, y en cavernas de la tierra, o sobre grava. Que se alegraban entre tales cosas. Que también, como dice, en lugares estériles y sin agua, o en

matorrales, como reptiles de la tierra, moraban en agujeros: a los que riegan las lluvias de los montes.

Y consideraban delicias estar bajo los espinos. Si en su calor, se cubrían con las hojas de las plantas más viles.

Hijos de necios e innobles, y en la tierra completamente sin padres. Ahora me he convertido en su canción, y me he hecho un proverbio para ellos. Me abominan, y huyen lejos de mí, y no temen escupir en mi rostro. Oscuros, e indignos completamente de memoria.

Porque abrió su aljaba, y me afligió, y puso un freno en mi boca. Creo que la aljaba debe entenderse aquí como la multitud de plagas, o el mismo diablo, o su poder. Que como dice Job, Dios abrió, mientras el diablo ejercía su poder sobre él, de donde lo afligió con dardos de tormentos. Además, también le impuso un freno de silencio en la boca para que no hablara.

A la derecha del oriente se levantaron de inmediato mis calamidades. Es decir, o en el mismo tiempo de felicidad, lo que se considera gravísimo, surgieron, o fueron impuestas por el permiso del poder divino. Porque él es el oriente desde lo alto, él es la diestra y el poder del Altísimo.

Mis pies fueron trastornados, y me oprimieron como con olas en sus caminos. Es decir, mis calamidades, afligiéndome con repetición frecuente, como con olas, trastornaron todos los caminos rectos de mi conducta.

Derrumbaron mis caminos, me tendieron emboscadas, y prevalecieron, y no hubo quien brindara ayuda. Es decir, mis caminos, por los que avanzaba diariamente por el camino de la justicia, mis enemigos los perturbaron, irrumpiendo inesperadamente, como desde emboscadas, negándome mis prójimos el auxilio de la consolación.

Como un muro roto, y una puerta abierta irrumpieron sobre mí, y se precipitaron sobre mis miserias. Con tal rapidez, dice, las mencionadas desgracias irrumpieron sobre mí, que sin ningún obstáculo que resistiera, se volcaron sobre mí desde arriba.

He sido reducido a la nada. El viento ha arrebatado mi deseo, y como una nube ha pasado mi salvación. Donde esperaba tus recompensas por la custodia de tus mandamientos, junto con la salvación, como por el ímpetu del viento, y como por la rapidez de una nube que pasa, las arrebataste, porque permitiste que fueran arrebatadas.

Entonces mi alma se marchita en mí, y me poseen los días de aflicción. Se marchita, es decir, se disuelve del vigor de su intención.

De noche mi boca es perforada por dolores, y los que me devoran no duermen. Es evidente, porque los gusanos que devoraban su carne pasaban las noches en vela.

En su multitud se consume mi vestimenta, y como el borde de una túnica me han ceñido. La multitud de gusanos que se movían constantemente, y corrían por los diversos pliegues de mis heridas, también desgastó mi vestimenta, mientras no cesaban de reptar por mí: que todo y por todas partes me rodeaba, y como en una sola herida me torturaba con su incesante mordedura y succión.

He sido comparado al lodo, y me he asimilado a la ceniza y al polvo. Dice que ha sido llevado a la suma vileza, que con sus heridas y pus, como lodo se pudría y apestaba: secando nuevamente la putrefacción de su carne, con las suciedades del polvo.

Clamo a ti, y no me escuchas: estoy de pie, y no me miras. En el clamor está la intención del que ora a Dios. En lo que dice que está de pie, dijo que tiene perseverancia hacia Dios indeclinable. Con la confianza de sus justicias hacia Dios: esto lo dice libremente el santo Job.

Te has vuelto para mí cruel, y en la dureza de tu mano te opones a mí. Me has elevado, y como poniéndome sobre el viento me has golpeado fuertemente. Dice que Dios, piadoso y misericordioso en sus prosperidades, se ha vuelto duro y cruel, cuando soporta la dureza de la mano y graves y atroces penas.

Sé que me entregarás a la muerte, donde está establecida la casa para todo viviente. Después del pecado del padre, dice, se ha establecido la casa de los inferiores, es decir, la misma muerte, no creada por su condición. Allí, por tanto, también a mí como hijo del pecador Adán, según la justa sentencia, has querido enviarme.

Sin embargo, no para su consumo. Profetiza la reconciliación del mundo en Cristo, diciendo que los hombres no serán llevados a un consumo perpetuo, sino que alguna vez serán llamados de los infiernos.

Extiendes tu mano: y si caen, tú mismo los salvarás. Si después de la redención, por la cual somos salvados por la fe en Cristo, los hombres caen nuevamente por el pecado, con la mano de la piedad levantándolos, él mismo los salvará por el arrepentimiento.

Lloraba una vez por el que estaba afligido: y mi alma se compadecía del pobre. Esperaba el bien, y me vinieron males, esperaba la luz, y estallaron las tinieblas. Sucedió que por la expectativa de los bienes, con la que consolaba a los miserables, ahora soportaba todos los males, y en lugar de la luz de la prosperidad, caía en las tinieblas de los tormentos.

Mis entrañas hervían sin descanso: me anticiparon los días de aflicción. Donde dice que los días de aflicción lo anticiparon, creo que quiso indicar el tiempo del juicio: donde parece haber dicho que fue anticipado, porque cuando aún no lo esperaba que viniera: donde también significa el gran dolor de las penas del infierno, al comparar sus penas con ellas.

Andaba afligido, sin furia levantándome, clamaba en la multitud. Triste y afectado por la tristeza, porque no conocía el mérito de la pena, y sin furia de ira, me levantaba en la esperanza de la virtud del alma: porque Dios me había enseñado la paciencia, para que soportara con ecuanimidad, clamando y suplicando con satisfacción pública.

Fui hermano de los dragones, y compañero de los avestruces. Afectado por el tormento de las penas, templaba mis dolores con silbidos: como se dice que hacen los dragones, cuando son capturados por los elefantes: como dice el profeta: Haré lamento como de dragones: que hacen, como dije, cuando son matados por los elefantes. Y compañero de los avestruces: me volví tonto e insensato, como el avestruz, el ave más estúpida, para que por el dolor pensaran que había trabajado en vano.

Mi piel se ha ennegrecido sobre mí, y mis huesos se han secado por el calor. Y esto pertenecía al cúmulo de sus penas, para que estando en el estiércol, durante mucho tiempo, sufriera los rayos más ardientes del sol hasta los huesos.

Mi cítara se ha convertido en luto, y mi órgano en voz de llorones. Con estas cosas, dice que la alegría y el júbilo de sus días felices y de prosperidad se han convertido en luto.

TAMBIÉN. La exposición se vuelve hacia la persona de Cristo.

¿Quién me dará, para que sea como en los meses pasados, etc. En el hombre asumido Jesucristo, es decir, en el segundo Adán, o el último: es la voz de Adán el primogénito recordando lo que ha perdido, y a qué bien desea regresar. Había perdido, por el mal de la desobediencia, el bien de la inmortalidad y las delicias del paraíso: desea que esto le sea restaurado por Jesucristo nuestro Señor. Porque al asumir en sí el Hijo de Dios al hijo del hombre, asumió en él también las súplicas del género humano.

Cuando brillaba su lámpara sobre mi cabeza, y a su luz caminaba en las tinieblas. La gloria de la gracia divina, con el nombre de lámpara con la que floreció en el paraíso, la significó.

Como fui en los días de mi juventud, cuando en secreto Dios estaba en mi tabernáculo. Con el nombre de juventud pueden entenderse los primeros tiempos de Adán, o la misma felicidad: donde antes del pecado, con vigor juvenil, sin ningún defecto de edad siempre floreciente, se dice que fue como en los días de su juventud.

Cuando el Todopoderoso estaba conmigo, y alrededor de mí estaban mis jóvenes. Los jóvenes de Adán, deben entenderse como las virtudes del alma. Pero los jóvenes de Cristo, los ángeles, que le ministraron en los días de su carne, o los apóstoles, o todos los santos, no es absurdo entender.

Cuando lavaba mis pies con mantequilla, y la roca me vertía ríos de aceite. Los pies del Salvador, los predicadores de la verdad: que anuncian el Evangelio en todo el mundo, deben entenderse: Estos pies suyos, Jesucristo, nuestro Job, los lavó y limpió con leche o mantequilla, cuando los hizo sinceros y purísimos de las presiones de las tribulaciones: enseñándoles por su espíritu, la vida de simple inocencia. De este modo, los pies del que anuncia la paz del Evangelio serán limpiados. Para que no se ensuciaran con el lodo de la sabiduría carnal: La roca, dice, me vertía ríos de aceite. Por tanto, la roca es la Iglesia, fundada sobre Cristo, la roca firmísima, de la que derrama la gracia del Espíritu Santo, como ríos: lo que se declaró en Pentecostés, y en la casa de Cornelio, y en aquellos doce, o en toda la Iglesia, y hasta hoy se declara.

Cuando salía a la puerta de la ciudad, y en la plaza me ponían la cátedra. Como rey, por tanto, y Señor primero de su ciudad, la Iglesia, Cristo sale a su puerta; es decir, bajo el tiempo de sus inicios: cuando preparando la entrada decía a todos: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados. La cátedra eminente debe entenderse como la ciencia de Cristo: pero la plaza de la ciudad, o porque predicó públicamente, o según el sentido del salmista debe entenderse: tu mandamiento es muy amplio. Que no solo se extiende en triple exposición, sino también en disputa.

Los jóvenes me veían, y se escondían, y los ancianos levantándose se mantenían de pie. A estos escribe Juan diciendo, Os escribo, jóvenes, porque sois fuertes, y habéis vencido al maligno. Estos por la fe del Señor, ven al Salvador en espíritu, y en la tierra de su cuerpo se esconden: reprimiendo y conteniendo en sí mismos los vicios luchando: mortificándose a sí mismos de los pecados y concupiscencias del mundo: de ahí dice el profeta: Subid vosotros a la tierra. Pero los ancianos son los hijos consumados y perfectos, que diariamente se elevan con la mente al cielo, y permanecen en el Señor, con fe de vida inamovible.

Los príncipes cesaban de hablar, y ponían el dedo sobre su boca: los duques contenían su voz, y su lengua se adhería a su garganta. En mi venida, dice, la profecía de todos mis santos fue cerrada y sellada, lo que fue prefigurado en el silencio de Zacarías. La profecía fue ciertamente cerrada en el misterio de los anunciados, pero en los misterios de los sacramentos fue revelada. Los príncipes y duques de aquel pueblo de los judíos fueron reyes, sacerdotes y profetas. O príncipes y duques, pueden entenderse como los poderosos de este mundo y elocuentes, que por las mentiras de la seducción, tenían el principado entre los pueblos. Estos en la venida de Cristo guardaron silencio.

El oído que escuchaba me bendecía. Sin duda el pueblo de las naciones, al que mi Evangelio, anunciado por la predicación, llegó. Que por su redención, llevando alabanza, me bendecía dando gracias.

Y el ojo que veía, daba testimonio de mí. El pueblo de los judíos, al que por mis profetas había sido anunciado, en la presencia de mi venida daba testimonio de mí.

Porque había liberado al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía ayudador. Este pobre y huérfano, debe entenderse como el pueblo de los santos: que por la humildad del espíritu atribulado, es llamado pobre. Huérfano, sin embargo, se le llama porque su padre está ausente por un tiempo: que así habla: No os dejaré huérfanos.

La bendición del niño, o como otros dijeron, del que iba a perecer, venía sobre mí, y consolaba el corazón de la viuda. El huérfano fiel y santo, se le llama niño, por la inocencia recíproca. Sin embargo, se le llama perdido porque ha sido adquirido por la sangre del Señor.

Me he revestido de justicia, y me ha vestido como con un diadema mi juicio. Esta justicia, dice el Señor, de mi piedad, me ha vestido como un manto. Y con un diadema mi juicio. Este, digo, manto, en el que por el Evangelio se revela la justicia del padre: en la Iglesia dice que está rodeado: cuya figura tuvo su vestidura en el monte de la transfiguración.

Fui ojos para el ciego, y pies para el cojo. Luz, dice, soy para el pecador que camina en las tinieblas de sus vicios, y en los caminos de mis preceptos al que cojea me he hecho paso. De donde él mismo dice: Yo soy el camino.

Era padre de los pobres, es decir, de los humildes de corazón.

Y la causa que no conocía, la investigaba diligentemente. Esta causa de los pecados, por tanto, que mi misericordia de piedad iba a perdonar, la investigaba diligentemente, para buscar la raíz de las heridas curando: para que al pecador, investigándome, confesando sus culpas, lo liberara de todo pecado de crimen. O de otra manera: Nuestro Señor Jesucristo no conocía las causas del pecado: que los judíos le preguntaban.

Trituraba las muelas del iniquo, y le arrebatava la presa de sus dientes. Este iniquo creemos que es el diablo, cuyos dientes y muelas son movimientos de ánimo crueles y feroces para destruir. De estos dientes, dice, como presa cautiva, arrebató al género humano, liberándolo de la muerte. Todos los impíos son dientes del diablo. También puede entenderse cualquier hereje, en cuyos dientes se siente la doctrina clara. En las muelas, sin embargo, se ocultan los misterios remotos, secretos y nefandos.

Y decía: En mi nido moriré, y como la palma multiplicaré mis días. El nido del Señor Salvador, su Iglesia, puede ser entendido. Aquí, pues, el Señor, en la Iglesia como en su nido, que se ha construido con el heno de la carne humana, y en la cual procrea y cría hijos, se dice que muere, mientras sus miembros, de los cuales Él es la cabeza, mueren a los vicios y concupiscencias de este siglo. Sigue: Y como la palma multiplicaré sus días. Así, después de la humildad de la Iglesia, que el Señor indicó anteriormente en el nido, quiso mostrar su gloria y altura en el árbol de la palma: cuya raíz parece áspera en la tierra, de donde también se llama nido: pero su copa es hermosa bajo el cielo, cuando por la resurrección sea glorificada, alcanzará la altura de la palma, es decir, conseguirá los méritos de sus virtudes, que se significan en la palma. O bien, este nido puede entenderse como el pueblo de los judíos. En este nido, quiso padecer y morir por nosotros, como dijo a los judíos: Moriré, y en sus mentes será crucificado: donde según el hombre, he vivido y nacido, y en las naciones, donde la palma de mi victoria y el estandarte de la cruz se erigió, multiplicaré los días, diciéndoles: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo. Mi raíz está abierta junto a las aguas, y el rocío permanecerá en mi cosecha. Así será en las naciones la raíz, es decir, la fe con la que quise ser complacido: para que todos los santos en el pasado complacieran: para que se abra a las aguas de las naciones, es decir, al pueblo, para que crean en mí, a quienes ciertamente en la retribución eterna, el rocío de la gracia y del don será abundante por mi generosidad. O bien, la raíz de mi caridad y amor, que está fija en los corazones de los que me aman: está abierta en ellos a las aguas de mis palabras.

Mi gloria siempre se renovará. Aquí podemos entender la gloria como la Iglesia: La gloria del Padre es el Hijo, a quien el Padre dice: Levántate, mi gloria, levántate. Pero de otra manera, la Iglesia es la gloria, que ha sido justificada por la gracia.

Y mi arco se renovará en mi mano. Este arco podemos entenderlo como la virtud, con la que por su Iglesia no deja de luchar hasta el fin del siglo.

Los que me escuchaban, esperaban la sentencia, y atentos guardaban silencio ante mi consejo. Cada día clama Cristo por medio de los dispensadores de su palabra, y los que le obedecen, esperan la sentencia de su definición. Y atentos guardaban silencio ante mi consejo. Con esta palabra de silencio, se significa la obediencia de los santos, que son lentos para hablar, pero rápidos para actuar: o bien, porque en la misma búsqueda de la ley, se dice que los santos están atentos.

No se atrevían a añadir nada a mis palabras. Sin alterar los estatutos y decretos de la Iglesia: en la cual está el fundamento de la verdad, los establecen. Pero los herejes y cismáticos, por la presunción de soberbia, con la que se destacan de los demás, intentan añadir a las palabras del Señor, dogmas inventados de su corazón y superfluos.

Y sobre ellos destilaba mi elocuencia. Sin duda, la palabra de mi doctrina, mi diligencia, penetraba las entrañas de los que me aman: en lo cual se debe entender el progreso de las almas cada día en las virtudes. Donde, como de una pequeña gota de principios, se llega a una vida plena de perfección, como a una lluvia que sacia abundantemente su tierra.

Me esperaban como la lluvia, y abrían su boca como al aguacero tardío. Todos los santos antiguos esperaron al Salvador que vendría en la carne, y todos ahora igualmente esperan sin dudar que vendrá al juicio: al cual, como al aguacero tardío, es decir, al Evangelio, abren ahora sedientos las bocas de sus corazones; porque como dice el Eclesiastés, mejores son los últimos dichos que su principio.

Si alguna vez les sonreía, no lo creían. Es decir, los judíos no me creerán cuando con alegre piedad les prometa la alegría de la futura bienaventuranza y los gozos eternos: y los pecadores, por la culpa de su conciencia, apenas creerán en mi misericordia, y desesperarán de poder recibir la salvación por la magnitud de sus crímenes: cuando yo, a los que se conviertan a mí, les daré más de lo que puedan esperar.

Y la luz de mi rostro no caía en la tierra. La gracia, dice, de mi presencia, con la que me he dado a conocer al mundo entero, ilumino los corazones de los fieles, porque yo soy la luz del mundo, y lo que prometo a los que guardan mi pacto, no será en vano: sino que todo se cumplirá en el tiempo de la retribución.

Si hubiera querido ir a ellos, me sentaba el primero. Y cuando me sentaba como un rey rodeado de un ejército, era sin embargo el consolador de los afligidos. Así debe entenderse, que aunque entre sus santos es grande, y habita en las alturas, que también se llaman ángeles, y de los cuales en otra edición dice: Era como un rey ceñido de fuertes: sin embargo, no despreció a los compungidos y contritos de corazón.

Ahora, sin embargo, se burlan de mí los más jóvenes en el tiempo. Leemos en el Evangelio, cómo fue burlado y escarnecido.

Cuyos padres no me dignaba poner con los perros de mi rebaño. Yo creo que los perros se dicen en buen sentido, que vigilan y defienden el rebaño del Señor de las bestias espirituales. De los cuales dice el profeta: Perros mudos, que no pueden ladrar. También los padres de los judíos, que son ciertamente sacerdotes, príncipes, despojados de la dignidad pastoral, no los puse, dice el Señor, con los santos guardianes de las ovejas de mi rebaño, por la malicia de su infidelidad: para que no ejerzan el sacerdocio para mí, los rechacé. Lo que también dice en el Evangelio: Se os quitará el reino de Dios, y lo demás. Donde ya comienza a quitar el pan de los hijos, y a dárselo a los perros, como se le dice en el Evangelio bajo el tipo de la Iglesia: Porque también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.

Cuyo poder de sus manos era para mí nada. Este poder de las manos era de los judíos, para servir a los mandamientos de los ancianos y a las observancias. O bien, en el tiempo de la pasión del Señor, este lugar puede entenderse, de modo que el poder de las obras mencionadas llegó hasta la muerte del Salvador. O bien, debe entenderse así: cuando lloraban por él, que su vida había terminado por la cruz, con el triunfo del que resucitó de entre los muertos, el poder de sus esfuerzos malvados fue reducido a nada.

Y se consideraban indignos de la vida misma, estériles por la indigencia y el hambre. Hechos estériles por la vergonzosa indigencia de sus vicios y crímenes, y por el hambre de las palabras de Dios, y mendigos, además, son considerados indignos de la vida presente, como dice el profeta a Dios: Dispérsalos con tu poder. Por lo cual ahora están en medio de las naciones como cautivos, llevando una vida degenerada.

Que roían en la soledad, desolados por la calamidad y la miseria, y comían hierbas, y cortezas de árboles, y la raíz de los enebros era su alimento. A menudo donde Dios no habita, es decir, no se le cultiva, se llama soledad o desierto: en el cual, según el Apocalipsis, se dice que la mujer, es decir, la corrupción, se sienta. Roer o masticar es obra de los dientes, ya que la voz articulada se produce con los dientes y el plectro de la lengua, por eso con estas palabras se significa la doctrina de los mencionados, que devorando y royendo a los pueblos como hierbas y raíces de árboles infructuosos, los trasladan a sus múltiples errores, como a su propio cuerpo. Pues se creen alimentados, si de los hombres, a quienes la Escritura suele

llamar árboles, les han sustraído todo lo que tienen de vital. No obstante, se alimentan de las raíces de los enebros: de árboles ciertamente que viven mucho tiempo, y en cuyos maderos el fuego dura mucho más que en los demás. Estos son los maderos que se llaman arceutinas. Bajo el nombre de estos árboles, podemos entender a los grandes en el pueblo judío, de cuyos interiores se alimentan los mencionados doctores, robándole con la predicación de la ley pasada, el bien de la gracia de Cristo.

Que de los valles arrebatan estas cosas, y cuando encontraban algo, corrían hacia ello con clamor. De los valles ciertamente arrebatan las hierbas, como ladrones, lo que otros traductores han dicho, y las cortezas de los árboles. Pues no pudieron encontrar a aquellos que entendimos como hierbas, cortezas y raíces de árboles por la similitud del enigma, en lugares altos y similares: sino en los valles, es decir, en lugares humildes y bajos, donde se significan los pueblos carnales de los judíos: cuyo entendimiento mora en el sentido de la letra que se oculta, como en los lugares inferiores. De aquí los saquean sus principales, mientras ciegos guían a ciegos.

Habitaban en los desiertos de los torrentes, y en las cavernas de la tierra; o sobre la grava, que entre tales cosas se alegraban, y consideraban un deleite estar bajo los espinos. No solo moraban en los desiertos de los mencionados, donde no había culto a Dios, sino también en las cavernas de la tierra, y sobre la grava, por la cual creo que debe entenderse la ley carnalmente, donde nada se mezcla con el sentido espiritual, que pueda con la fecundidad de la fertilidad, por la fe, procrear hijos de santidad, con la madre gracia: y por esto se dice que están en las cavernas de la tierra, adheridos a los sentidos terrenales. De los cuales el Apóstol dice llorando, enemigos de la cruz de Cristo. De otra manera: Los torrentes son los pecadores, que en este mar del siglo fluyen por los desiertos del conocimiento; por tanto, habitan en las cavernas de los sentidos, y se deleitan en sus oficios para pecar: ellos son las ventanas de la casa, por las cuales entra la muerte. O bien, la caverna de la serpiente es nuestro pecho, cuando en él guardamos consejos venenosos y actos mortíferos. Ellos, de igual manera, habitan sobre la grava, que no cultivan su tierra con ninguna diligencia de las palabras de Dios, para que, recibiendo la fertilidad de la abundancia, puedan dar frutos de santidad.

Que entre tales cosas se alegraban; y consideraban un deleite estar bajo los espinos. Entre estos males que se han dicho anteriormente, así viven exultantes de alegría, como si buscaran virtudes.

Hijos de necios, e innobles, y en la tierra completamente sin padres. Así también de sus padres, el profeta ya había predicho: Generación perversa y torcida, pueblo necio, y no sabio, alejados de la tierra de los vivientes.

Ahora me he convertido en su canción, y me he hecho un proverbio. Es decir, en el primer discurso, y en su boca estoy, y por ellos soy tomado con deleite de detracción.

Me abominan, y huyen de mí, y no temen escupir en mi rostro. El rostro escupido del Señor Salvador, su pasión nos lo muestra claramente en el Evangelio.

Porque abrió su aljaba, y me afligió. Aquí, la aljaba puede entenderse como el diablo. Y puesto que creemos que el Salvador asumió un verdadero hombre: no es absurdo creer que también quiso sentir los dolores del cuerpo en la pasión: según el profeta: Él tomó nuestras enfermedades, y dolió por nosotros.

Y puso un freno en mi boca. Demostró las injurias recibidas con paciencia: como el mismo Hijo dice en el salmo al Padre: Porque tú eres mi paciencia, Señor. Y en el Evangelio, Jesús interrogado no respondió.

A la derecha del oriente se levantaron mis calamidades. Es decir, por la voluntad del Padre, a cuya derecha se sienta el Hijo. O bien, dice esto, que a la parte del Hijo de Dios, incluso a la que es imposible, llegó la afrenta del hombre asumido que sufrió, según el Apóstol diciendo: Si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la majestad. Porque él es la diestra del Padre, la mano y el brazo, por quien todas las cosas son hechas y gobernadas: y los discípulos estaban más a su derecha, a quien en el tiempo de la pasión abandonaron. De los cuales dice: Miraba a la derecha, y no había quien me conociera.

Mis pies fueron subvertidos, y oprimidos. Como por olas, con sus caminos disiparon mis sendas. Me acecharon, y prevalecieron, y no hubo quien trajera ayuda, como muro roto, y puerta abierta, y se precipitaron sobre mis miserias. Los pies, la sustancia humana, que crucificaron, puede entenderse, o ciertamente el oficio de evangelizar. En las olas, se demuestra que los judíos amargos e inquietos son hacia los predicadores del Evangelio.

También disiparon mis caminos. Por los oráculos de mis profetas, prometía mi presencia en la carne, y en las visiones de las revelaciones a menudo venía a ellos. Estos ciertamente mis caminos los disiparon con la incredulidad y el crimen de su impiedad. También pueden entenderse sus pies como sus predicadores o apóstoles. Y no hubo quien trajera ayuda, porque también los mismos discípulos, dejándolo, huyeron. Como muro roto, y puerta abierta irrumpieron sobre mí, y se precipitaron sobre mis miserias, es decir, por mi muerte cayeron en su ruina, para que como los más feroces enemigos y los más feroces, irrumpiendo las fortificaciones de las ciudades, y las casas destruidas, todos juntos se precipitaran sobre mi muerte. Las miserias, sin embargo, son las pasiones, los azotes, la burla, los insultos, las bofetadas, los escupitajos, los golpes, las espinas y la ignominia de la cruz.

He sido reducido a nada. Los judíos, despreciándolo, lo tuvieron por nada.

Has quitado como el viento mi deseo, y como una nube ha pasado mi salvación. El viento puede entenderse como esta vida presente, que a menudo se llama viento o espíritu. Desde la persona del hombre viejo asumido en Dios, el hombre Jesucristo dice estas cosas. El deseo del hombre viejo era no perder esta vida temporal, lo que el mismo Señor, próximo a la pasión, demuestra, diciendo al Padre: Pase de mí este cáliz. Pero, dice, no lo que yo quiero, sino lo que tú.

Ahora, sin embargo, en mí mismo se seca mi alma, y me poseen los días de aflicción. Los días de su aflicción son los días de la pasión. De ahí que el Salvador en el Evangelio dice, Mi alma está triste hasta la muerte.

De noche mi boca se perfora con dolores, y los que me comen no duermen. De noche, porque al atardecer fue capturado, durante toda la noche fue escuchado bajo interrogatorio por los escribas y príncipes. O bien, la noche de tristeza y pasión, dice el Señor a los apóstoles, que por la fortaleza de mi amor y caridad se llaman huesos: perforados por los aguijones del dolor y del miedo, hasta la negación fueron perforados: es decir, la vacilación de la fe penetró la virtud de su ánimo, para que en la hora de la tentación vacilaran en la solidez de la caridad. Aquellos, sin embargo, que me persiguen hasta la muerte, parecen consumirme, no duermen: es decir, con toda vigilancia de mente insisten, para llegar a devorarme.

En su multitud se consume mi vestidura. Reuniéndose en uno los judíos, mi carne fue consumida por las injurias, los clavos, la cruz, la muerte.

Y como el borde de una túnica me ciñeron. En mi muerte todos me rodearon como estrangulándome, y para asfixiarme en la muerte, como el borde de una túnica, con fuertes lazos, me ciñeron con falsos testimonios, y dentro de mi pasión y cruz, como dentro de una túnica me encerraron.

He sido comparado al lodo, y asimilado a la ceniza y al polvo. Por la muerte que voluntariamente asumí, he sido comparado a los viles, y a los sujetos al pecado, y condenados en Adán por la sentencia de Dios, aunque yo no soy pecador, ni he sido nacido como todos los pecadores.

Clamo a ti, y no me escuchas: estoy de pie, y no me miras. Así también en el salmo veintiuno, en la cruz clamó al Padre: Dios mío, y lo demás: Y clamaré de día, y no escucharás, y lo demás. Estas palabras se dicen desde la persona del Crucificado: como también otras que ya he dicho anteriormente. Clamaré, dice, de día a ti: es decir, en las cosas prósperas de esta vida, para que no cambien: y no escuchas, en las palabras de los delitos. Clamaré también en la noche, es decir, en las adversidades de esta vida clamaré, para que prosperen, y de igual manera no escucharás. Ni esto es suficiente para mi insensatez, sino más bien para que sepa qué quieres que clame: no con palabras de delitos por el deseo de la vida temporal, sino con palabras de conversión a ti en la vida eterna.

Te has vuelto para mí cruel, y con la dureza de tu mano te opones a mí. Mientras el Padre no perdonó a su Hijo unigénito, sino que lo entregó por todos nosotros: parecía una especie de crueldad, lo que era un afecto de piadosa dispensación.

Me elevaste, y como poniéndome sobre el viento, me golpeaste fuertemente. Lo que es, me elevaste en la cruz, y a los judíos que no creen, me golpeaste.

Sé que me entregarás a la muerte: donde está establecida la casa para todo viviente. Porque antes de la resurrección del Señor, también se cree que los justos estaban en las partes del infierno.

Sin embargo, no extiendes tu mano para su consumo, y si caen, tú mismo los salvarás. A esto ciertamente me entregarás a la muerte, para que no se consuman en la pena debida, los que por la sentencia divina están destinados a la muerte eterna: sino que más bien por mi muerte sean salvados. Pero lo que dice: Si caen, tú mismo los salvarás: después de la gracia del bautismo, promete el remedio de la salvación a los que delinquen, por la penitencia.

Lloraba una vez por el que estaba afligido. Sin embargo, por dos razones el Salvador lloraba por Jerusalén. Una es, que llorando por los convertidos, oraba al Padre. La otra es, que dolido por los que no creían lloraba: previendo ciertamente como Dios la perdición de ellos por la dureza de su incredulidad.

Y mi alma se compadecía del pobre. Así como las almas santas en las Escrituras se llaman pobres, no teniendo el espíritu de soberbia, o los pecados como riquezas de este mundo. Así, por el contrario, todos los pecadores se llaman pobres: porque se hinchan con el espíritu de soberbia, y son pobres en santidad: de los cuales se canta en el salmo: Sentados en tinieblas y en sombra de muerte: atados con cadenas en mendicidad y hierro. Para llorar a estos pobres, como rico en misericordias Dios, por el afecto de misericordia soportaba tristeza.

Esperaba el bien, y me vinieron males. Esperaba, pues, con paciencia, que el bien de su conversión, gozoso, lo percibiera sobre los corregidos. Pero ellos, despreciando las riquezas de mi bondad y longanimidad por su contumacia, atesoraron para sí ira en el día de la ira, y de la revelación de mi justo juicio. Estos males de ellos, por tanto, vendrán a mi presencia, para que dé a cada uno según sus obras.

Esperaba la luz, y surgieron las tinieblas. Esperaba en ellos la luz de la fe y de las obras santas, y prevalecieron las tinieblas de su infidelidad y vicios.

Mis entrañas hirvieron sin descanso. O bien, porque tocado por el dolor, su ánimo interior hervía con solicitud y ansiedad, por su perdición: o bien, porque al hacerse el Verbo carne, y habitando en el nombre de Jesús nuestro Salvador, sus entrañas, es decir, los movimientos de su alma, sin cesar hervían con el fuego divino.

Me han precedido los días de aflicción. Los días de aflicción serán días de juicio: en los cuales juzgaré a la nación predicha. Sin embargo, ahora, y en este tiempo, me han precedido con sus excesivos crímenes, para que según mi justo juicio les retribuya: como sucedió después en la pasión, cuando Jerusalén y el templo fueron destruidos por los romanos. Caminaba afligido: sin furia, levantándome en la oscuridad clamaba. Sin duda, no había furia de ira: porque había venido a perdonar y conceder sus pecados, no a castigar. También dice el evangelista: Jesús estaba de pie y clamaba: Quien tenga sed, venga a mí y beba.

Fui hermano de dragones y compañero de avestruces. En el Evangelio, el Señor frecuentemente llama serpientes y víboras a los judíos: diciendo así: Serpientes, generación de víboras. Y el profeta dice: Rompieron huevos de áspides, al ver multiplicarse la generación de los malvados. También: La furia de los dragones es su vino, y la furia de las áspides es incurable. Pero por eso se llamó hermano de ellos, porque fue engendrado de su linaje según la carne: de los cuales dice en el salmo: Me hice huésped de mis hermanos, y huésped de los hijos de mi madre. Y porque según la vida presente, en la que mientras fue mortal aquí, convivió entre ellos, se dijo compañero de avestruces, es decir, habitó en su misma nación con los necios e insensatos; como el mismo Señor en el Evangelio: Necios y ciegos.

Mi piel se ha ennegrecido sobre mí. En la piel, su carne, es decir, su nación judía, de donde el Salvador asumió la carne, se debe entender que habló de la parte por el todo. Pero lo que dijo sobre mí, mi piel se ha ennegrecido, es como si dijera, por mí, es decir, en mi persona, por el odio, la persecución y el crimen de la blasfemia, por los crímenes también de pecados innombrables, la carne de mi linaje se ha vuelto horrible y negra, y como una etíope que no pierde el color de la negrura, y es más infeliz porque esta negrura de la noche y las tinieblas no la contrajo en la superficie del cuerpo, sino en el corazón. Por eso dice el Señor por el profeta: A la noche he asimilado a vuestra madre.

Y mis huesos se han secado por el calor. Los huesos del cuerpo de la Iglesia, de la cual Cristo es la cabeza, deben entenderse como todos los santos, pero especialmente los apóstoles: por cuya fortaleza y virtud de santidad, todos los miembros más débiles de la Iglesia son sostenidos. Por lo tanto, la grasa más rica de su caridad se evaporó por el excesivo calor de la persecución en la pasión del Salvador. De los cuales el mismo Señor en el salmo: Y mis huesos se han secado como leña. También en otro salmo: Como agua he sido derramado, y todos mis huesos se han dispersado; como dice el evangelista: Y dejando a Jesús, huyeron los discípulos. Pero nuevamente, por la confesión de su nombre, fueron enriquecidos con la

caridad más abundante de él: para que después, por más ardiente que fuera el calor de las persecuciones, la fe de Cristo en ellos y el bien de la caridad no se secaran.

Mi cítara se ha convertido en luto, y mi órgano en voz de los que lloran. En la cítara y el órgano, se entiende la alegría y la exaltación. Que Cristo demuestra tener, cuando se deleita por la salvación de los creyentes, como él mismo dice en el Evangelio, donde pone la parábola de las cien ovejas, de las cuales una dice que se perdió, y al encontrarla, dice: En verdad os digo, que se alegrará más por ella, que por las otras noventa y nueve. Asimismo, cuando los apóstoles le informaron al Señor que en su nombre se habían realizado muchas curaciones por ellos, dice el evangelista: En aquella hora Jesús se regocijó en el espíritu. Estos nombres de músicos significan la alegría del corazón, que sobre la obstinación de los infieles, se ha convertido en tristeza: como el mismo evangelista dice del Señor: Y se entristeció por la dureza de sus corazones. Lo que sigue hasta el final de la parábola, que según la virtud del santo Job expusimos anteriormente, ya confesamos que no podemos discutir según los entendimientos místicos. Pero si alguien puede razonablemente adaptarlo a una interpretación alegórica, confesaré que le daré mi consentimiento.

CAPÍTULO XXXI.

Hice un pacto con mis ojos, para no pensar siquiera en una virgen. ¿Qué parte tendría en mí Dios desde lo alto, y la herencia del Todopoderoso desde las alturas? ¿No es acaso perdición para el iniquo, y alienación para los que obran injusticia? ¿No considera él mis caminos, y cuenta todos mis pasos? Desde aquí hasta el final, narra sus justicias, o más bien sus misericordias y virtudes, que enumera hasta quince números, como un hombre perfecto, que disponiendo ascensos en su corazón, llega ascendiendo por ciertos grados de progreso hasta la casa de Dios. Yo, dice, con estos ojos de mi carne, he definido y establecido, para que no me anuncien nada turbio y obscuro internamente, que con el deleite de la voluptuosidad, dentro de mí, revolviera en pensamientos inicuos. Creo que alguna vez sintió su carne deleitarse y ser estimulada por las voluptuosidades de las tentaciones, y por eso se había ceñido con la virtud de la continencia, temiendo el ojo de Dios, siendo él el escudriñador del corazón, y conociendo todos los caminos de la conversación humana, y todos los pasos de los actos mortales.

Si he caminado en vanidad, y mi pie se apresuró en el engaño, que me pese en una balanza justa, y Dios conozca mi simplicidad. El santo Job, seguro de la equidad de la justicia de Dios, desea manifestarse a los hombres. Pues Dios no ignora nada, para que examinando lo conozca: pero dijo que Dios lo sepa, para que haga saber a otros, según aquello: El Señor vuestro Dios os prueba, para que sepa si lo amáis: es decir, para que haga saber a los demás.

Si he desviado mis pasos del camino, y si mi ojo ha seguido a mi corazón, y si en mis manos ha quedado alguna mancha: que siembro, y otro coma, y mi descendencia sea arrancada. No he pasado por alto ningún mandamiento de Dios, dice: porque ni mi corazón, al consentir, ha seguido a mis ojos, cuando le ofrecía imágenes de concupiscencia, antes de que tuviera un pacto con ellos, para que no transmitieran nada turbio internamente. Por lo cual, tampoco en las obras de mis manos pudo adherirse alguna mancha de pecado, y esto mismo lo confirma con una especie de juramento de execración.

Si mi corazón se ha dejado seducir por una mujer, y si he acechado en la puerta de mi amigo, que la esposa de otro sea mi prostituta, y que otros se inclinen sobre ella. Pues esto es una abominación, y una gran iniquidad: es un fuego que devora hasta la perdición, y arranca todas las raíces. Habla según el bien de la naturaleza, lo que está escrito en Tobías: Lo que no

quieras que te hagan a ti, no lo hagas a otro. Por lo tanto, dice, es una cosa nefanda, y una gran iniquidad: pensar o hacer estas cosas funestas y detestables, es un fuego de lujuria incitante, que devora todos los bienes de las virtudes, y consume todos los incrementos de las cosas santas en el hombre.

Si he despreciado someterme a juicio con mi siervo y mi sierva, cuando discutían contra mí. O como otros han dicho, en mi presencia.

¿Qué haré cuando Dios se levante para juzgar, y cuando pregunte, qué le responderé? ¿No me hizo en el vientre el mismo que lo hizo a él, y nos formó en el útero uno solo? Gran humildad de este santo varón, y gran consideración del juicio futuro.

Si he negado lo que querían los pobres, y he hecho esperar a los ojos de la viuda. Es manifiesto.

Si he comido mi bocado solo, y no ha comido el huérfano de él, porque desde mi infancia creció conmigo la misericordia, y desde el vientre de mi madre salió conmigo. Es manifiesto.

Si he despreciado al que pasaba, porque no tenía vestido; y al pobre sin cobertura. Si no me han bendecido sus costados, y se ha calentado con la lana de mis ovejas. Con esta declaración muestra cómo debe hacerse la obra de misericordia, es decir, que no quites a unos para dar a otros lo que crees que debes dar correctamente. Por eso dice Salomón: Honra al Señor con tus justos trabajos. Y Isaías: Yo, el Señor, amo el juicio, y odio el robo en holocausto.

Si he levantado mi mano sobre el huérfano, incluso cuando me veía superior en la puerta, que mi hombro caiga de su articulación, y mi brazo con sus huesos se rompan. Siempre he temido a Dios como olas hinchadas sobre mí, y no pude soportar su peso. En el hombro, se puede entender las obras: en el brazo, la perseverancia de la virtud; y la constancia de las buenas obras. Si no es así, dice, que todos mis trabajos sean hallados vanos ante Dios.

Si he considerado el oro mi fortaleza, y he dicho al oro fino, mi confianza. Si me he alegrado por mis muchas riquezas, y porque mi mano ha encontrado muchas. Hombre de verdadera filosofía, no estaba atado por ningún vicio, como ahora, despreciador fortísimo de la avaricia y la soberbia, testifica que también tuvo el oro por nada.

Si he visto al sol cuando brillaba, o a la luna caminando clara, y mi corazón se ha alegrado en secreto, y he besado mi mano con mi boca, lo cual es una gran iniquidad, y negación contra el Dios altísimo. Tantas virtudes y tan destacadas no sirven de nada: aunque alguien sea sabio, grande y claro en perpetrarlas, si está atrapado por la necedad de los errores. No solo, dice, en los cultos de cualquier ídolo, sino que tampoco me he deleitado con la belleza y la apariencia de estos grandes luminares; ni como adorándolos, he besado mi mano entre su veneración: ni he venerado a la criatura en lugar del creador, lo que en la Epístola a los Romanos el santo Apóstol detesta.

Si me he alegrado por la ruina del que me odiaba, he exultado porque le ha sobrevenido el mal. No he dado mi boca al pecado, para maldecir su alma. Cuando es grande, si alguien de sus enemigos, cuando puede, no se esfuerza por vengarse, ¡cuánto más ante Dios es más diligente no deleitarse en su ruina ni en su corazón!

Si no han dicho los hombres de mi tienda, ¿quién nos dará de su carne para que nos saciemos? No ha permanecido fuera el extranjero, mi puerta ha estado abierta al viajero. Por

sus hospitalidades y virtud, con la que también los demás santos agradaron a Dios, había contraído el odio de los siervos.

Si he ocultado como hombre mi pecado, y he escondido en mi seno mi iniquidad. De estos pecados solamente, que se cometen en pensamientos, parece haber dicho en este lugar: porque ni siquiera quiso ocultarlos, ya que había manifestado a los hombres los secretos más íntimos de su alma, que no fue partícipe de la iniquidad de ningún pecado con consentimiento.

Si he temido a la multitud excesiva, y el desprecio de los parientes me ha aterrorizado, y no he callado más, ni he salido por la puerta. Este lugar se refiere a la persona de sus parientes que lo despreciaban, quienes, puesto en medio de las miserias de las calamidades, le infligían incesantemente injurias; contra quienes, al discutir, puso una guardia a su boca.

¿Quién me dará un oyente, para que mi deseo lo escuche el Omnipotente, y escriba un libro él mismo que juzga, para que lo lleve sobre mi hombro, y lo rodee como una corona para mí? Por cada uno de mis pasos lo pronunciaré, y como a un príncipe se lo ofreceré. Este libro que el santo Job mostrará a los demás, lo lleva sobre su hombro, en un lugar, por así decirlo, visible para todos; porque por el libro, por los méritos de su trabajo, como una corona de gloria coronado, por cada uno de los grados de virtudes, o los incrementos de sus progresos ante Dios, lo pronuncia.

Si contra mí clama mi tierra, y con ella lloran sus surcos. Si he comido sus frutos sin dinero, y he afligido el alma de sus labradores: que en lugar de trigo me nazca abrojo, y en lugar de cebada espina. La tierra, se entiende correctamente como la carne del hombre. Esta dice el santo Job que no le fue adversaria, necesariamente: porque bien la había hecho obediente a él en cuanto a los ornamentos de las virtudes. Cuyos surcos también llama metafóricos, que ya sea para cultivar buenos hábitos, o para contener el agua de la palabra de Dios, infundida divinamente en su tierra, se llaman surcos por él: según aquello del Salmista: Embriagando sus surcos, multiplica sus generaciones. A estos labradores de su tierra, el santo Job, creo, llama pensamientos santos: con los cuales el campo vivo de su mente era cultivado vigorosamente. De estos labradores, por eso se refiere un alma por él, para que advirtamos que era uno su consenso. No es notable ni reprochable en las costumbres de los santos, cuando se alaban a sí mismos. No están retenidos por el vicio de la jactancia, para buscar en sus alabanzas la gloria humana: sino que lo hacen con la intención de la verdad, con la que viven ante Dios simple y sinceramente.

CAPÍTULO XXXII.

Pero cesaron estos tres hombres de responder a Job, porque se consideraba justo a sí mismo. Cediendo los adversarios, Job después de muchos misterios de su profecía, él mismo termina su discurso. Pero lo que se dijo, cesaron estos tres hombres de responder a Job, porque se consideraba justo a sí mismo: el escritor de esta historia lo dijo desde el sentido de los que respondían, porque se consideraba justo a sí mismo, no desde su juicio: cuando refería o escribía, lo que en alabanza de tan gran hombre con su estilo lo recomendaba a la memoria de los posteriores.

Y se enojó e indignó Heliu, hijo de Baraquiél el Buzita, de la parentela de Ram. De la progenie y generación de Huz y Buz, hijos de Nacor y Melca, hermana de Sara, esposa de Abraham, nacen Job y Heliu. De Huz, nace Job, y de Buz, este Heliu: de donde también se le llama Buzita, que fue como aquí se escribe, hijo de Baraquiél. A este Heliu, los más doctos

de las Escrituras dicen que es el mismo Balaam el adivino, a quien en el libro de los Números Balac, rey de los moabitas, había contratado para maldecir a Israel: y esta Escritura refiere que este Heliu, era de la parentela de Ram, y entendamos que este Ram es Abraham: de cuya parentela y familia fue procreado Heliu. De aquí, sin duda, la descendencia de su hermano Nacor será la parentela de Abraham: donde quien escribe este libro, que los hebreos afirman que es Moisés, en los nombres de la generación de Heliu, quiso demostrar la nobleza de su nacimiento. Pero lo que en este libro se dice Ram, como nombre partido o dividido, se llama santo Abram: así también en diversos lugares de la Escritura de Dios, según los incrementos en él de la gracia divina se le nombra. Por lo cual cuando se dice Ram, se tiene por excelso: cuando se dice Abram, progresando en virtudes, se le llama padre excelso. También cuando su fe se antepone a las naciones para la dominación, se le llama Abraham, es decir, padre de muchas naciones. Este Heliu, por lo tanto, como parece, según el bien de la naturaleza, parece haber sido un hombre justo, que también tuvo el espíritu de profecía: pero creo que no de la misma manera, ni con la misma gracia, que los santos profetas. Por eso el mismo Señor habló al santo Job de él: ¿Quién es este que envuelve las sentencias con palabras ignorantes? lo cual es, con palabras de reproche y desordenadas se narra el sentido profético: donde el Señor no reprueba lo que Heliu dice, sino que lo que se dice precipitadamente, lo reprende. De este, digo, Heliu, y de los suyos semejantes, y al principio de este libro dijimos, que usaron del misterio de la profecía incluso, quienes se desviaron de la verdadera religión, porque también a ellos Dios les dio su palabra, para que anunciaran a los hombres los misterios futuros: donde principalmente pende la fe y admiración de los gentiles, para que quienes no quieren creer a nuestros profetas, crean al menos a sus propios adivinos y vates. A este Heliu, que es Balaam, dijimos que tiene la figura de las naciones, adversarias de Cristo, como también aquellos amigos del santo Job, tienen la figura de los herejes. Pero lo que dice, las palabras de Job han terminado: podemos entenderlo como si dijera, las palabras divinas están firmemente establecidas, y no pueden ser anuladas, que llevan fielmente a los creyentes hasta la promesa eterna. Estos, sin embargo, que se atreven a discutir con presunción de dogmas inventados al hombre justo y eterno, algún día callarán en silencio eterno. Pero lo que Heliu es llamado con dos nombres, no es de extrañar: es familiar en la Escritura divina, que Salomón es llamado Idida, y el cuñado de Moisés es llamado Jetro, y Raguel, y Pedro es llamado Simón. Por lo cual esta variedad de nombres suele ofrecer no poca oscuridad a los lectores.

Pero se enojó contra Job, porque decía ser justo ante Dios. Por otra parte, se indignó contra sus amigos, porque no habían encontrado una respuesta razonable, sino que solo habían condenado a Job. Por lo tanto, Heliu esperó a Job hablando: porque eran mayores los que hablaban. Pero cuando vio que los tres no podían responder, se enojó mucho. Y respondiendo Heliu, hijo de Baraquiel, el Buzita, dijo. Me parece que estos hechos que leemos aquí ocurrieron antes que aquellos que en Números se refieren de este mismo Heliu o Balaam. Este Heliu, por lo tanto, que dice que esperó a Job y a sus amigos hablando, muestra que lo hizo por causa de honor y reverencia: deferiendo a los mayores. Ahora estas son las palabras del mismo Heliu, diciendo así:

Soy joven en edad, pero ustedes son mayores: por eso, con la cabeza inclinada, temí expresarles mi opinión. Esperaba que la edad avanzada hablara, y la multitud de años enseñara sabiduría. Pero, como veo, el espíritu está en los hombres, y la inspiración del Todopoderoso da entendimiento. No son los ancianos sabios, ni los viejos entienden el juicio. Esto dice que le parece más, porque los hombres son guiados por el espíritu, a quienes Dios Todopoderoso ha otorgado la inspiración de su sabiduría, lo cual dice indirectamente como reproche a los mencionados, como si este bien de la sabiduría le hubiera sido concedido solo a él. Cabe señalar que aquí Eliú, a través de cuatro discursos, como enseña el texto de la

lectura, se sucede a sí mismo; en cada uno de los cuales intenta revisar más sabiamente las respuestas anteriores, o destruir en presencia de Job los lugares más ásperos que él había dicho. Pues después de una copiosa introducción, en su primer discurso, sobre las palabras de Job, dijo: Soy puro, sin delito, inmaculado, y no hay iniquidad en mí. Porque encontró quejas en mí, pensó que yo era su enemigo. Puso mis pies en el cepo, y vigiló todos mis caminos. En el segundo discurso, puso las palabras de Job diciendo: Soy justo, y Dios ha pervertido mi juicio. Al juzgarme, es mentira; mi flecha violenta es sin pecado. Su tercer discurso tiene, diciendo Eliú a Job: Dijo, no te agrada lo que es recto, es decir, dijo a Dios, ¿qué te aprovecha si peco? El cuarto discurso de Eliú contiene que, hablando por Dios, dispone probar que Dios es justo, lo cual prosigue con gran insistencia y no cesa hasta el final de este cuarto sermón suyo.

Por eso diré, escúchenme, les mostraré también mi sabiduría. Pues esperé sus palabras; escuché su prudencia, hasta que discutieran con sus palabras. Porque lo suyo ya me es manifiesto. No hay duda de que esto lo dice irónicamente, y por eso, porque antes había dicho con burla la prudencia de los amigos de Job, sigue diciendo abiertamente.

Y mientras pensaba que dirían algo, observaba. Pero, como veo, no hay quien pueda refutar a Job, y responder de ustedes a sus palabras. No sea que digan, encontramos sabiduría, Dios lo ha rechazado, no el hombre. No me ha hablado, y yo no le responderé según sus palabras. Temieron, y no respondieron más: y se quitaron la palabra. Ninguna disputa tuvo Job contra mí; ni yo lo agredo, como ustedes hacen, con maldiciones de vencedores y reproches.

Por tanto, como esperé, y no hablaron: se detuvieron, y no respondieron más, responderé también yo mi parte, y mostraré mi conocimiento. Por lo tanto, también yo, dice Eliú, intentaré responder según mis fuerzas, y les mostraré mi conocimiento y el de Job, lo cual parece decir por vanidad, cuando añade:

Porque estoy lleno de palabras, y el espíritu de mi vientre me constriñe. He aquí mi vientre es como vino sin respiradero, que rompe odres nuevos. Hablaré y respiraré un poco: abriré mis labios, y responderé. Según la anagogía, su vientre, o útero, lo llamó su memoria misma, porque casi todas las palabras de Job y sus amigos, discutiendo por algún tiempo, las había reunido como alimentos dentro de la capacidad de su memoria.

No aceptaré la persona de un hombre, y no igualaré a Dios con el hombre. Pues no sé cuánto tiempo subsistiré, y así después de un poco me quitará mi hacedor. Esta es, dice, la sentencia de mi justo juicio, que ni al hombre perdonaré, diciendo la verdad: ni haré injuria a Dios, para afirmar que hizo algo injustamente.

CAPÍTULO XXXIII.

Escucha, pues, Job, mis palabras, y todos mis discursos escucha. He aquí he abierto mi boca, mi lengua hablará en mi garganta. Con corazón sencillo mis palabras, y mis labios hablarán sentencia pura. Así es despreciado Eliú por el Señor, cuando dice de él, ¿quién es este? Pues era indigno y absurdo que un gran hombre, y agradable a Dios, aunque como hombre hubiera cometido algún error, fuera reprendido por él, que estaba lejos de la verdadera religión. Pero si acaso a alguien le mueve, porque este Eliú predijo muchas cosas sobre los tiempos del Salvador, que debemos aceptar como profecía: sepa quien sea, a quien esto le mueve, que aquellas cosas que fueron predichas por el espíritu de Dios, deben ser aceptadas y creídas por nosotros. Pero aquellas que fueron pronunciadas por la altivez de su corazón, deben ser rechazadas, porque habló de lo suyo propio, como el diablo, no de Dios.

El espíritu de Dios me hizo, y el aliento del Omnipotente me dio vida. Para dar autoridad a ser escuchado, así habló, cuando no puede no decir lo recto y verdadero, quien ha sido hecho por el Espíritu de Dios, y animado por el aliento del Omnipotente: donde debemos entender a Dios en la Trinidad. Pues en Dios nombra al Padre: en el Omnipotente al Hijo, en el espíritu al Espíritu Santo. Dios en la Trinidad creó todas las cosas; pero cuando hizo al hombre, quiso demostrarse con una significación propia y especial de nombres, por la diversa denominación de las obras, así dice el legislador: Y creó Dios al hombre, a imagen de Dios lo creó: varón y hembra los hizo. Y también: Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra. Y sopló en su rostro aliento de vida, y fue el hombre un alma viviente: donde en el que hace, y sopla, o incluso bendice, sin ninguna discreción, o disonancia de voluntad, debemos sentir la Trinidad operante. Pues no importa algo, ni hace entender diverso, el verbo creó, sopló y bendijo: donde según la unidad de naturaleza, una es la voluntad y la obra común.

Si puedes, respóndeme, y ponte frente a mí: he aquí que Dios me hizo a mí como a ti, y del mismo barro yo también fui formado. Sin embargo, mi milagro no te aterre, y mi elocuencia no te sea pesada. Al proferir sus palabras, exige respuesta, para que bajo cierto halago y consuelo simulado infundiera terror de amenazas, por lo cual perturbado Job cedería fácilmente a su verborrea.

Dijiste, pues, en mis oídos, y oí la voz de tus palabras: Soy puro, sin delito, inmaculado, y no hay iniquidad en mí. Lo que, pues, Eliú dice a Job: Esto es, pues, en lo que no has sido justificado, es decir, debiste acusarte, no alabarte: no decir eso: soy puro, sin pecado e inmaculado: tampoco hay iniquidad en mí. Esto es, digo, en lo que no has sido justificado, porque la justificación se adquiere por la humildad. La alabanza de la altivez merece condenación. Podía, en verdad, como hombre justo y bien consciente de sus obras santas, decir audazmente algunas cosas que son verdaderas a Dios: sin embargo, no pudo hablar como sacrílego lo que Eliú falsamente le imputa. Finalmente, aquellas cosas que dice que Job dijo, así diciendo:

Porque encontró quejas en mí, pensó que yo era su enemigo. Puso mis pies en el cepo: vigiló todos mis caminos. Esto es, pues, en lo que no has sido justificado. No leemos que Job haya dicho esto, que ciertamente de su sentido, como si fueran dichas por el santo Job, compuso aquí con sus palabras. Por lo cual debemos saber que él no dice correctamente las palabras, más bien que creamos que el mismo santo Job las dijo.

Te responderé, porque Dios es mayor que el hombre. Contienes contra él, porque no ha respondido a todas tus palabras. Dios habla una vez y no repite lo mismo una segunda vez. En sueño, en visión nocturna, cuando el sopor cae sobre los hombres, y duermen en su lecho: entonces abre los oídos de los hombres, y enseñándolos, los instruye con disciplina, para apartar al hombre de lo que ha hecho, y librarlo de la soberbia, rescatando su alma de la corrupción, y su vida, para que no pase al filo de la espada. Desde el principio del mundo, y siempre después, Dios ha hablado a los hombres, y una vez no obstante habla, pero donde se dice que Dios habla frecuentemente, se indica su ley múltiple, o la diversidad de sus profetas y mandamientos. Donde se significa que habla una vez, se demuestra su sentencia establecida y definida. Pues hablar de Dios se entiende su obra de eficacia. Dios habla una vez, y no repite lo mismo una segunda vez, es decir, Dios no cambia, a menos que lo exija el cambio de nuestra vida: en este lugar Eliú narra diligentemente dos ciertos grados de corrección, y dice que la erudición divina, o castigo, se hace en visiones nocturnas: también en el lecho: de donde dice: Hace que el hombre se consuma, hasta que llegue a los extremos de esta vida. Y cuando por algún santo haya sido intercedido por él, como hizo Isaías por el rey Ezequías, sea

restituido a su salud anterior. Y dice en lo siguiente, que estas cosas las obra Dios tres veces por cada uno, es decir, evidentemente, y probablemente, y de manera confirmativa, o por la perfección del número tres, o por la verdad de los tres testigos. Con lo cual también significa la paciencia de Dios, y su clemencia, que no castiga ni reprende al pecador inmediatamente, sino por partes y por turnos: donde no se le imputa juicio de verdad, ni remisión inútil, ni iniquidad de injusticia.

También reprende por el dolor en el lecho, y hace que todos sus huesos se consuman. Le es abominable en su vida el pan, y a su alma el alimento antes deseable. Se consumirá su carne, y los huesos que estaban cubiertos, se desnudarán. Su alma se acercará a la corrupción, y su vida a los que causan la muerte. Si hay por él un ángel que hable, uno de entre mil, para anunciar la rectitud del hombre: se apiadará de él, y dirá: Líbralo, para que no descienda a la corrupción. He hallado en qué serle propicio. O como otros dijeron: Se acercó hasta la muerte su alma, y hace que todo se consuma. Así pues, cuando el hombre corregido y consumido por estas cosas, se haya acercado a la muerte y a los ministros infernales, si hay alguno de los santos, que merezca tener el nombre de ángel santo: este podrá interceder por tal, que por sus pecados es así corregido por Dios, si de muchas obras buenas, que debió haber hecho, al menos una buena obra suya, que como sacrificio placentero ofrezca a Dios, ha podido encontrar. Oirá, dice, y ordenará, que el mencionado no descienda a la corrección de los tormentos infernales, porque fue un gran hombre, cuyas oraciones Dios no pudo no escuchar. Y cualquier ángel asistente en el cielo ante la faz de Dios, puede interceder por cualquier pecador puesto en los castigos de las correcciones: pues a ellos les ha sido encomendada por Dios la tarea, sobre todo, de llevar ayuda de defensa o custodia a diversos hombres o naciones. De los cuales el Apóstol dice: ¿No son todos espíritus administradores enviados para servicio, a favor de los que han de heredar la salvación? Ejemplo de las cosas presentes, de las que ahora hablamos, retenemos en las Escrituras del Señor, donde leemos que los hombres fueron corregidos en sueños, como el rey Nabucodonosor, y Labán, que planeaba la muerte de su pariente Jacob, y el rey Abimelec, que intentaba contaminar la casa del santo Abraham, y la esposa de Pilato, que le dijo a él sobre nuestro Señor Jesucristo: No tengas nada que ver con ese justo: porque he sufrido mucho en sueños por él. Y los magos en el Evangelio, advertidos en sueños, salen por otro camino. También los hombres fieles son instruidos por Dios en sueños, como leemos del patriarca Jacob, y otros fueron debilitados por sus pecados, de los cuales aprendemos que aquel paralítico fue, a quien el Señor dijo: Tus pecados te son perdonados. Leemos también que los santos estuvieron enfermos, como Trófilo y Epafrodito: a quienes ciertamente debemos creer que fueron examinados con tal corrección como justos: no como pecadores azotados por el castigo de la enfermedad. Sigue:

Su carne está consumida por los castigos: vuelva a los días de su juventud. Recibió, dice, males por sus méritos, y la medida de los castigos y penas: sean suficientes para él estos azotes de corrección, por los cuales ha sido llamado a la enmienda: ahora por la indulgencia de la piedad divina vuelva a los días de su juventud, es decir, sea nuevamente sano y salvo.

Rogará a Dios, y le será propicio, y verá su rostro con júbilo, y devolverá al hombre su justicia. Lo que se hace mientras tanto en el corazón, cuando se posee el bien de la conciencia por Dios. Verá el rostro de Dios, sintiendo su rostro propicio, devolviendo con digna satisfacción su justicia.

Mirará a los hombres, y dirá: Pequé, y verdaderamente delinquí, y no recibí como era digno. Es una gran cosa, y muy aceptable a Dios, que el hombre no se avergüence de confesar sus errores: especialmente si entiende que por ellos es castigado, y se humilla de tal manera, que cualquier castigo que haya sufrido, lo pronuncie poco para sus méritos.

Libró su alma para que no fuera al exterminio, sino que viva y vea la luz. He aquí, todas estas cosas obra Dios tres veces por cada uno, para que devuelva sus almas de la corrupción, y las ilumine con la luz de los vivientes. Es decir, que iluminado reconozca la luz del conocimiento de Dios y sus inmensos beneficios.

Atiende, Job, y escúchame, y calla mientras yo hablo. Pero si tienes algo que decir: respóndeme. Habla, pues quiero que aparezcas justo. Pero si no tienes, escúchame: calla, y te enseñaré sabiduría. Como si por esta razón Eliú hubiera convencido al santo Job, le dice: Escúchame, es decir, sé obediente al que te enseña, y presta consentimiento. Pero lo que dice, que calle: ordena al elocuente y como menos erudito, o impaciente, que guarde silencio.

CAPÍTULO XXXIV.

Pronunciando, pues, Eliú, también dijo estas cosas. Como si se dijera que Eliú pronuncia sentencia, y exhorta a los amigos presentes del santo Job a escucharle.

Escuchen, sabios, mis palabras, y eruditos escúchenme. Pues el oído prueba las palabras, y el paladar juzga el sabor de las comidas. Así pues, dice, como el sabor de los alimentos se distingue en la boca: y por eso, dice Eliú:

Elijamos juicio para nosotros, y veamos entre nosotros qué es mejor. Es decir, primero discutamos, antes de condenar al hombre.

Porque dijo Job: soy justo. No dijo Job esta palabra, sino que al hacer conocidas las virtudes de sus justicias, mostró sin duda que era justo, a quien el Señor ya había llamado justo. Lo que aquí se dice:

Y Dios ha pervertido mi juicio. Al juzgarme, es mentira, y mi flecha violenta es sin pecado. Igualmente, tampoco leemos esto mismo, sino que está escrito: Vive Dios, que ha quitado mi juicio. Pero pervertir el juicio, se refiere a la iniquidad del que juzga: haber quitado el juicio, es decir, haberlo diferido por un tiempo, pertenece a la dispensación del justo juez. Y multiplicó mis heridas incluso sin causa. Por lo tanto, en este lugar, afirmando Eliú, parece ser este el sentido, que cuando Job dijo así, engañó a Dios mi juicio, no juzgó recta y verdaderamente, y por eso se actúa con mentira hacia mí. Pero lo que habló Job, más bien debe creerse que lo dijo imprudentemente, y presumiendo de la justicia de Dios. Por lo tanto, justamente y con razón Dios le dice: Ciertamente el que reprende a Dios, debe responderle: en las cuales palabras de Dios ciertamente es reprendido. Esto resuena, que el bienaventurado Job no habló correctamente algunas cosas, pero quien conocía perfectamente, que había en él muchos bienes, por lo cual también le agradó, concede que lo que lo llevó a hablar desmedidamente en las más extremas angustias del dolor.

¿Quién es el hombre como Job, que bebe el escarnio como agua, que anda con los que obran iniquidad, y camina con hombres impíos? Cuyas entrañas están llenas como de agua abundante con el veneno de esta pasión.

Pues dijo: No agrada al hombre a Dios, aunque corra con él. Falsamente miente que el santo Job habló envidiosamente de él, porque no creemos que el bienaventurado Job haya pensado tan infeliz, pero tampoco recordamos que lo haya dicho en ninguna parte.

Por eso, hombres de corazón, escúchenme: lejos de Dios la impiedad, y del Omnipotente la iniquidad. Pues la obra del hombre le devolverá, y según los caminos de cada uno les

restituirá. Pues verdaderamente Dios no condenará en vano, ni el Omnipotente pervertirá el juicio. Como si expusiera la impiedad del santo Job, y en medio de los oyentes la pronunciara para su descrédito, como si hubiera hablado impíamente.

¿A quién constituyó otro sobre la tierra: o a quién puso sobre el orbe que fabricó? Es decir, ¿acaso puso a otro rector, que discrepara de la justicia del creador? Él mismo, pues, tan poderoso creador, es tan piadoso moderador, porque reconoce y ama su obra.

Si dirige su corazón hacia Él, atraerá hacia sí su espíritu y su aliento. Toda carne perecerá al mismo tiempo, y el hombre volverá al polvo. Esto se refiere al mundo: pues si Él quisiera observar todo lo que ocurre diariamente en él según la regla de su justicia, perecería y se extinguiría; pero lo gobierna y sostiene con piedad. Porque si observa la iniquidad, ¿quién podrá soportarlo? Llamó espíritu al alma, que da vida al hombre, y aliento, a la vida presente misma, que se administra a nuestros cuerpos a través de la respiración de este aire. Por lo tanto, Eliú dice que Dios atrae hacia sí esto cuando quita a los hombres la vida que les había dado al crearlos. Estos pasajes pueden ser vistos figurativamente a través del espíritu de profecía, de modo que ahora se cumplen en Cristo, cuando, en la dispensación de la carne asumida, el Padre dirigió a su mismo Hijo, por quien hizo todas las cosas, hacia este mundo, eructado de su corazón, para atraer hacia sí su espíritu y su aliento, es decir, para quitarle, a través de la humildad de la cruz, el espíritu, es decir, el orgullo del espíritu mundano: también el aliento del elocuente hinchado, que se jactaba en sus discursos. Así también el hombre, al reprimir su hinchazón, perecería: y al volver en sí mismo, reconocería que es tierra y ceniza: donde, según la inteligencia moral, sentimos aquello del salmo: Y quitarás su espíritu, y perecerán, y volverán a su tierra. Después de haber hablado de la virtud y justicia de Dios en los pasajes anteriores, Eliú, volviéndose de nuevo a Job, dice:

Si tienes, pues, entendimiento, escucha lo que se dice y atiende la voz de mi elocuencia. ¿Acaso puede ser sanado quien no ama el juicio? ¿Y cuándo condenas tanto al que es justo? El que dice al rey, apóstata: el que llama impíos a los líderes. Es evidente, dice, que quien no ama juzgar justa y rectamente: no puede sanar el alma de los vicios, ni corregir a nadie: ¿y cómo eres tú el sanador de nuestras dolencias, que presumes notar las iniquidades?

El que no acepta las personas de los príncipes, ni reconoce al tirano, mientras discute contra el pobre. Porque todos son obra de sus manos. Según los entendimientos místicos, estos príncipes pueden entenderse como los judíos, escribas y fariseos, y sacerdotes: a quienes increpa en el Evangelio. Y no sin razón consideramos que el mismo pueblo judío es el tirano, que hoy discute rechazando al conjunto de los santos de la Iglesia, pobre, humilde de espíritu, contrito de corazón: lo cual no cesaba de hacer en tiempos de los apóstoles, cuando en todas las ciudades libraba luchas y sediciones contra ellos. Por tanto, el Señor no reconocerá a estos como infieles e impíos: y también les dirá claramente: No os conozco: apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad. Continúa diciendo Eliú sobre estos, de quienes dice anteriormente:

Morirán de repente, y en medio de la noche. Según el sentido del Apóstol, esto se refiere a los hijos de las tinieblas. Pues cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrevendrá repentina destrucción. Creo que se llama medianoche porque, puestos en la profunda ceguera del corazón, mueren espiritualmente.

Los pueblos se turbarán, y pasarán, y quitarán al violento sin mano. Porque sus ojos están sobre los caminos de los hombres: y considera todos sus pasos. Según el salmista: Cuando vea, dice, el justo la venganza de los impíos, temiendo el ejemplo de los pecadores, lavará sus

manos en la sangre del pecador. Así, los pueblos se turbarán de esta manera, con la perturbación que leemos que la tierra sensible fue turbada: como dice el profeta a Dios: Has conmovido la tierra, y la has turbado: sana sus quebrantamientos porque se ha movido. Así, como buenos viajeros, pasarán al siglo futuro, donde no habrá lugar para el impío: de otro modo, el violento no tendrá ayuda, por la cual pueda ser defendido o rescatado de quienes lo arrastran al suplicio de la muerte.

No hay tinieblas, ni sombra de muerte: para que se escondan allí los que obran iniquidad. O como otros dijeron al final de este versículo, para que se oculten los que hacen iniquidad. Ambos sentidos son según el del salmista, que dice: ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia?

Porque ya no está en el poder del hombre venir a Dios en juicio. Es decir, si tuviera el poder de venir, podría tener el poder de no venir.

Aplastará a muchos, e innumerables, y hará que otros se levanten por ellos. Como de Helí sacerdote y Samuel, Saúl y David, el pueblo de los judíos y las naciones.

Porque conoce sus obras, y por eso traerá la noche, y serán aplastados. Como impíos los golpeó en el lugar de los videntes. Bajo estas palabras, Eliú pudo significar que los judíos serían cegados por la noche de la infidelidad debido a sus méritos, para que sean aplastados y humillados, como dice el profeta y el apóstol: Dios les dio un espíritu de compunción.

Que como de propósito se apartaron de Él, y no quisieron entender todos sus caminos, para que hicieran llegar a Él el clamor del necesitado, y escuchara la voz de los pobres. Porque todos los pecadores e impíos actúan contra el bien innato de su naturaleza: como dice el apóstol: Que habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios. ¿Dónde conocieron a Dios, sino por la inspiración y juicio de la mente? Donde, pues, tuvieron en desprecio su gloria ante Dios: donde se apartaron de ella contra su conciencia, y rehusaron conocer y entender todos los caminos de los mandamientos de Dios, que tienen innatos en sus corazones, también actuaron tan impiamente e injustamente con los hombres, que el clamor de los pobres oprimidos llegó a Dios. O Dios golpeó a los judíos impíos e incrédulos en el lugar de los videntes, es decir, en la ley mosaica: donde habitan los profetas, que son llamados videntes. En la misma esperanza de la ley, y en la composición de las promesas, como en un cierto lugar de los videntes, fueron justamente golpeados por Dios: tanto que la oración de aquel, que por nosotros se hizo pobre siendo rico, ascendió a Dios: Dispénsalos con tu poder. O todos los que viven en Cristo por la fe están vivos: pues en esta esperanza, contemplan con la mente la futura bienaventuranza. En este lugar, donde están como de pie en la fe, algunos bajo el nombre de esta fe, tienen apariencia de piedad: pero niegan su poder. Estos mismos, que se entienden como herejes, en el lugar de Dios mal parados, son golpeados por Dios, resistiendo contra ellos los apóstoles y los doctores de las Iglesias, es decir, los pobres de Cristo clamando a Dios.

Porque si Él concede la paz, ¿quién es el que condena? El profeta dice al pueblo: Orad por la vida de Nabucodonosor, para que en su paz haya paz para vosotros. O Él concede la paz y la tranquilidad a la Iglesia, cuando no se levantan contra ella luchas de persecuciones, o cuando cesan las disputas y escándalos de los herejes. También contra las guerras de los vicios, Él mismo otorga el silencio de la paz y la tranquilidad: cuando, vencidos ellos, y como enemigos acérrimos derrotados, hay paz en el hombre, la suma de las virtudes. Pero lo que dice:

Desde que escondió su rostro, ¿quién es el que lo contempla? Y sobre las naciones, y sobre todos los hombres. Esto es, que a menos que Él mismo se digne revelarse al hombre: ¿quién es el que puede contemplarlo con sus propias fuerzas, o acceder a su majestad investigando?

El que hace reinar al hombre hipócrita por los pecados del pueblo. Lo cual se manifestó claramente en el rey Saúl, y como dice el Señor: Quitaré de Jerusalén al juez, y al profeta, y al sabio, y al consejero: y daré a los niños como sus príncipes, y los afeminados los dominarán. Y Nabucodonosor, por justo juicio de Dios, recibió muchos reinos y numerosas naciones. Este hombre también puede entenderse como el diablo, que, perdida la dignidad angélica, obtuvo el nombre de hombre: de quien el Señor dice en el Evangelio: El enemigo hombre hizo esto. Se le llama hipócrita y simulador porque se transforma en ángel de luz: cuando él mismo es más bien el autor de las tinieblas, es decir, el inventor de todos los crímenes y pecados.

Porque yo he hablado a Dios: tampoco te prohibiré. Como si estuviera en juicio, le permite interponer, para que si tiene algo que decir, no calle.

Si he errado, enséñame. Si he hablado iniquidad, no añadiré más. Es decir, no hablaré.

¿Acaso Dios te exige eso, porque te desagrada? Porque tú comenzaste a hablar, y no yo. Si sabes algo mejor, dílo. Tú dijiste que Dios era injusto: porque te exigía iniquidad e injusticia de vida con una corrección injusta, a quien era necesario hablar injustamente contra Él, injustamente afligido, y por eso, dice, Dios te desagrada mientras no quieres que su justicia, con la que te castiga siendo inocente, sea verdadera justicia.

Que los hombres inteligentes hablen conmigo, y el hombre sabio me escuche. Eliú, despreciando al santo Job, se vuelve a los que estaban cerca, y así pronunciando definitivamente sobre el bienaventurado Job, les dice:

Pero Job ha hablado neciamente, y sus palabras no suenan a disciplina. Es evidente.

Padre mío. Porque de Él es creado y formado el hombre. Que Job sea probado, dice Eliú: no sea examinado, lo cual suele referirse a la prueba de la erudición.

Que Job sea probado. Es decir, que se manifieste: que sea probado ante todos, y que todos sepan cómo es Job: que sea probado ante ti, digo, Job.

Hasta el fin. No ceses del hombre de iniquidad. Es decir, que la plaga de este flagelo esté en él continuamente: ni dejes de infligir penas a los que obran iniquidad.

Que añadió sobre sus pecados la blasfemia. Es decir, sobre esto que es pecador, añade al cúmulo de pecados, para que estalle en el crimen de blasfemia, por lo cual soporta estos males de los tormentos.

Entre nosotros, mientras tanto, sea constreñido, y entonces provoque a Dios a juicio con sus palabras. Sea condenado entre nosotros, mientras tanto, para que no se nos impute a nosotros como injusticia: será sin nuestro crimen, si después intenta provocar a Dios.

CAPÍTULO XXXV.

Por tanto, Eliú habló de nuevo: ¿Acaso te parece justa tu idea, para que dijeras: soy más justo que Dios? Porque dijiste: No te agrada lo que es recto, o ¿qué te aprovechará si pecho? Puede

ser que de los discursos donde habló más ásperamente a Dios de lo que quizás debió, Eliú haya descrito algo de eso aquí, y haya querido decir envidiosamente los sentidos de sus palabras.

Por tanto, yo responderé a tus palabras, y a tus amigos contigo. Porque no pudieron responderle razonablemente.

Mira al cielo, y contempla, y observa el firmamento, que es más alto que tú. Es decir, ¿a quién te presumes igualar? Esto dice Eliú, quien pensaba que Dios estaba contenido corporalmente en lugares: que el Señor Dios habita solo en las alturas y en lo sublime.

Por tanto, si pecas, ¿qué le harás? Y si se multiplican tus iniquidades, ¿qué harás contra Él? Esto parece haber dicho, pues pecando tú, no se le inflige a Dios ningún daño: o si por la multitud de tus pecados quisiera vengarse de ti, ¿podrías oponerte a Él?

Por otro lado, si obras con justicia, ¿qué le darás, o qué recibirá de tu mano? De aquí dice David, que de mis bienes no tienes necesidad.

Al hombre que es como tú, le dañará tu impiedad, y al hijo del hombre le ayudará tu justicia. Es decir, al hombre le podrá dañar tu impiedad, si te imita obrando mal: así como al hijo del hombre le ayudará tu justicia, si imita tus caminos cuando andas rectamente.

Por la multitud de calumniadores clamarán, y gemirán por la violencia del brazo de los tiranos. Bajo esta cualidad de su disputa, Eliú mezcla tales cosas con el santo Job: y lo juzga semejante a ellos, mientras nombra calumniadores y tiranos, hombres inicuos, cuyas calumnias y poder oprimen al hombre y al hijo del hombre, que gimen y claman a Dios. Y ahora espiritualmente entendemos a este hombre y al hijo del hombre como el pueblo santo, que por la unidad de todo el cuerpo de la Iglesia, se dice un solo hombre, como dice el apóstol, y según el salmista se llama hijo del hombre, diciendo así: Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, y sobre el hijo del hombre que confirmaste para ti. Esto también puede decirse de los enemigos invisibles: que con la oculta impugnación de los vicios, dominan las mentes: por lo cual los fieles, gimiendo en oración a Dios, dicen: Líbrame de mis enemigos, Dios mío.

Y no dijo. Cuando ciertamente afligían a los mencionados, a quienes por su iniquo dominio, permitiéndolo Dios, habían sometido: de modo que estos, puestos bajo tanta necesidad de presiones, gemían y clamaban a Dios: aquellos no prestaron atención, ni miraron al cielo, para entender que todas estas cosas desagradaban a Dios su creador. No dijo, digo, tal multitud de inicuos o demonios en sí misma.

¿Dónde está Dios que me hizo? que dio cánticos en la noche. Esto dice Eliú. Pues cuando Dios permite que los justos y rectos sean atribulados por los mencionados, sin embargo, les concede consuelo en la noche de las tribulaciones. La noche misma se entiende como tribulación, según aquello del salmista: Probaste mi corazón y me visitaste en la noche; así como la prosperidad a veces se llama día, porque quien está en prosperidad, como con cierta felicidad, se ilumina. De donde dice en el salmo: De día el sol no te herirá, ni la luna de noche. Tanta, dice Eliú, es la tolerancia que los hombres justos reciben de Dios, que incluso en la noche de la tribulación, se deleitan con cánticos espirituales. Por tanto, el cántico pertenece principalmente a la exultación del corazón. Por tanto, esta exultación nace de la esperanza del gozo futuro en el corazón de los que cantan, y hacen como los viajeros, porque ellos, como viajeros y peregrinos, pasan por este mundo, que para llegar sin fatiga al lugar

destinado, consuelan y alivian la fatiga del camino con cántico. Y según los entendimientos místicos, entendamos la noche como un cierto secreto y silencio remoto de la divina disputa, que en otros siglos, como dice el apóstol: No fue revelado a los hijos de los hombres. Esta noche está dividida en cuatro vigili­as, de modo que desde el principio del mundo hasta Cristo nuestro Señor llamemos a esta noche, de modo que la primera vigilia de esta noche sea el mismo Adán, el primero y padre de los hombres: por cuya condición el ánimo humano despierte, para creer en el creador de todas las cosas, Dios. La segunda vigilia sea en el tiempo de Noé, cuando ocurrió el naufragio del mundo, para que los hombres despierten, no sea que también ellos perezcan. La tercera vigilia se tenga en los tiempos del santo Abraham, por quien el mundo conozca cómo se debe vivir por la fe y agradar a Dios. La cuarta vigilia sea alrededor de los tiempos de los profetas, que fueron más cercanos al amanecer y a la luz del día que se acercaba, y que casi con ojos elegidos de la fe miraban al mismo Cristo, el día próximo a ellos. En esta noche, por cada uno de los tiempos mencionados, ya sea por profecías o por significaciones, se anunciaron cosas alegres y llenas de gozo sobre Cristo. Asimismo, en comparación con aquella revelación futura de los hijos de Dios, donde percibirán la gloria de aquel día eterno, y poseerán en realidad la bienaventuranza, esta vida presente es noche, cuyos frutos están ocultos para el futuro, y por eso aún es noche, porque no ves lo que esperas. Por tanto, en esta noche de expectativa, se nos han dicho los himnos y cánticos de las Escrituras, hasta que, disipada la noche de la fe, lleguemos al día de la morada eterna.

El que nos enseña sobre los animales de la tierra, y nos instruye sobre las aves del cielo. Enseña en lo común al erudito, en lo más sutil: enseña no solo por los dones de la naturaleza, sino también por los dones de la gracia. Según el entendimiento tropológico, los animales a menudo se entienden como hombres carnales, que están entregados a la gula y al vientre, y a la lujuria. Otros se comparan con las aves, ya sea por la ligereza de sus costumbres, o por el orgullo, que hinchados se elevan como en lo alto. De donde dice el apóstol: No seas altivo. Y el Señor en el Evangelio: Porque lo que es alto en los hombres, es abominación ante Dios. Pues en griego, el soberbio se dice ὑπερηφάνης, que es super aparente, para significar la mente elevada y hinchada del hombre.

Allí clamarán y no serán escuchados, por la soberbia de los malos. Lo que dijo, allí clamarán, quizás quiso significar el lugar de los castigos, donde los pecadores no serán escuchados, por la soberbia de los malos: o como otros dijeron, por las injurias de los malos, porque los malos no cesan de infligir injurias de persecución a los buenos y justos.

Por tanto, Dios no escuchará en vano, y el Todopoderoso considerará las causas de cada uno. Esto dice, que a los pecadores persistentes en sus males, Dios no los escucha: porque ciertamente claman a Él sin causa, quienes no merecen ser escuchados.

Incluso cuando digas, no considera: juzga ante Él, y espéralo. Cuando ves, Job, que Dios no devuelve inmediatamente a los pecadores lo que merecen, no te dejes quebrantar por la pusilanimidad, para que estalles en blasfemia, y digas que Dios es injusto, o iniquo: sino que debes juzgar con Él, es decir, consentir en sus juicios, no lanzarte contra Él con tu juicio presuntuoso en injuria suya.

Porque ahora no inflige su furia: ni castiga el crimen en gran medida. Porque ha establecido un día en el que juzgará al mundo, por eso en este tiempo no ejerce la venganza de su justicia de manera general. Y todo esto lo dice en reproche al santo Job, a quien como reo de crímenes condena en esta maldad de los castigos, por parte de la sentencia de Dios. De donde escribe, que le quedan muchas cosas, que aún ha de recibir después.

Por tanto, Job abre su boca en vano, y multiplica palabras sin conocimiento. Según esto, Eliú considera al santo Job convencido, y de alguna manera concluido por la razón de las palabras.

CAPÍTULO XXXVI.

Añadiendo también Eliú, habló así: Espérame un poco y te lo mostraré. Porque aún tengo algo que hablar por Dios. Es decir, por la justicia y causa de Dios.

Repetiré mi conocimiento desde el principio, y probaré que mi obra es justa. En verdad, sin mentira en mi discurso, y se te probará un conocimiento perfecto. Y en este cuarto sermón suyo, sobre la singular justicia del Señor, prosigue con un discurso profundo y copioso: donde parece hablar de muchos secretos ocultos en el misterio de los sacramentos y de misterios lejanos. Dios no rechaza a los poderosos, siendo tú también poderoso: pero no salva a los impíos. Esta es la inmensidad de su justicia y la voluntad de su buena naturaleza, que no envidia a nadie, porque nadie, aunque sea poderoso, puede igualarse a Él.

Y otorga juicio a los pobres. Según el tenor de la equidad de su justicia. La Escritura divina suele llamar pobres a los hombres santos e inocentes.

No apartará sus ojos del justo. Esto lo dice también el bienaventurado David: Los ojos del Señor están sobre los justos, etc.

Y coloca a los reyes en el trono para siempre, y allí son exaltados. Aquí los reyes no solo pueden entenderse como los de este mundo, sino también como los reyes y prelados de la Iglesia. Y según el entendimiento figurado, los reyes son las almas de los hombres, que gobiernan rectamente sus cuerpos, a quienes en el salmo se dice. Y ahora, reyes, entended; sed instruidos, los que juzgáis la tierra. Así, estos reyes son exaltados por Dios, para que se sienten con los príncipes.

Y si estuvieran encadenados, y atados con cuerdas de pobreza: les indicará sus obras y sus crímenes, porque fueron violentos. Estos, por tanto, están atados con fuertes cadenas, a saber, del juicio de Dios, y con cuerdas de pobreza: es decir, al no tener la ayuda del auxilio divino, serán atados con penas temporales como con cadenas, quedando desprovistos de todo bien según la calidad de sus méritos.

También les revelará su oído, para corregirlos: y hablará, para que se aparten de la iniquidad. Dice que Dios abrirá el oído del corazón para obedecerle a través de castigos e inspiraciones secretas.

Si escuchan y observan, completarán sus días en bien, y sus años en gloria. Esto es lo que Salomón dice: La memoria del justo con alabanzas.

Pero si no escuchan: pasarán por la espada y perecerán en la necesidad. Es decir, si desprecian escuchar a Dios, quien enseña al hombre el conocimiento, pasarán de este mundo por la espada, es decir, por esta mortalidad, para que en la necesidad, es decir, en aquellos lugares donde serán contados los necios, que dicen en su corazón, no hay Dios, sean consumidos con tormentos eternos.

Los simuladores y astutos provocan la ira de Dios, ni clamarán cuando estén encadenados. El mismo santo Job parece ser golpeado más abiertamente en esto por Eliú, como si actuara

astutamente y con malicia: también simularía ser un hombre excelente. Y aunque estuviera encadenado con los grilletes de esta plaga, no se preocuparía por clamar a Dios e invocarlo para ser liberado de los lazos penales, lo que ciertamente haría por desesperación o desprecio. De los demás pecadores también puede entenderse esto mismo, que cuando caen en el abismo de los males, desprecian: y de los judíos, y de los herejes, que cubriendo dogmas ficticios con el velo de la verdad, persisten con un corazón obstinado y cerrado en la perfidia de la noche.

Morirá en la tempestad su alma, y su vida entre los afeminados. Sepamos que son viciosos y vicios, que como de las virtudes del alma no tienen en sí nada tranquilo, viril y sobrio, sino todo turbulento, relajado y frágil: así es necesario que con sus seducciones inquieten siempre el alma como en una tempestad, y no permitan al hombre alcanzar el puerto de las virtudes, y sucede a estos tales con las olas, lo que Salomón dice, que el alma yace como en el corazón del mar, y como un piloto en gran tempestad. O de otro modo, la tempestad es la venida y el juicio de Dios, de quien dice, en su entorno hay una tempestad poderosa.

Rescatará de su angustia al pobre. Entendemos a nuestro Salvador pobre, que por nosotros se hizo pobre, quien en los días de su carne, ofreció oraciones y súplicas al Padre, para poder salvar de la muerte al pobre, al santo pueblo de Dios humilde de espíritu. O rescatará de la angustia de las presiones a cualquier pobre de los justos, como también leemos de diversas maneras en las Escrituras divinas que fueron liberados.

Y revelará en la tribulación su oído. Es decir, que cada uno de ellos sea fuerte en la tribulación, con la visita divina fortaleciendo, cuando el hombre es permitido por Dios ser atribulado, recibirá consuelo en el oído del corazón del Señor, escuchando allí.

Por tanto, te salvará de la boca estrecha ampliamente, y sin tener fundamento debajo de sí. En este lugar, las moradas infernales son descritas por Eliú, que con su inmensa capacidad, no tienen fundamento. A cuyos fundamentos, sin embargo, leemos en los profetas, que el lucero que nacía por la mañana fue arrojado: también multitudes de reyes, y pueblos innumerables de naciones. Y la boca estrecha del infierno se llama así porque es amplia para recibir, estrecha para liberar, ya que retienen a los muertos dentro de sí, y no les permiten salir a la vida. También el santo David dice de manera similar a Dios: Líbrame de los que me odian, y de las profundidades de las aguas. No me sumerja la tempestad de agua, ni me trague el abismo: ni el pozo abra su boca sobre mí. Por lo tanto, sepamos que los lugares de las prisiones infernales, según la fe de las Escrituras, están situados entre las inmensas aguas del abismo: de esos asientos infernales ningún hombre ha sido liberado por su propio mérito, sino por la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Y no solo, dice Eliú, serás liberado de las angustias del tártaro, sino que también caminarás libremente en el amplio bosque de refrigerio, como en campos espaciosos.

El descanso de tu mesa estará lleno de gordura. Nombrando el paraíso, y la alegría, significó el descanso. Y quiso demostrar la inmensa abundancia de la vida bienaventurada, que estaría llena de la fertilidad de la gordura, y llena de las delicias de aquel lugar feliz: cuya tierra santa los mansos poseerán según la promesa del Señor.

Tu causa ha sido juzgada como la de un impío, recibirás causa y juicio. Has sido hallado culpable ante el juicio de Dios como impío, y deudor de penas, y por eso, según el mérito de tu causa, has recibido un juicio severísimo. Y donde se dijo, recibirás causa y juicio, otros dijeron, por la impiedad de los dones, que recibían: donde bajo la pluralidad de la locución, Eliú parece golpear con palabras al santo Job.

No te deje vencer la ira, para que oprimas a alguien; ni la multitud de dones te incline. Eliú enseña al hombre de paciencia y virtud de integridad fortísima. El mejor juez es aquel que no está sujeto a estos dos vicios pésimos, la ira y la codicia: con los cuales en este lugar Eliú reprende al santo varón.

Depón tu grandeza sin tribulación, y todos los robustos con fortaleza. Es decir, no oprimas injustamente ni a pequeños ni a grandes con tu dominio, o depón todos los movimientos fortalecidos con la fortaleza de la soberbia.

No prolongues la noche, para que los pueblos asciendan por ellos. Ya basta de haber vivido hasta aquí en esta ceguera. Ya esfuérzate por venir a la luz de la prudencia y la justicia: o la noche que tejiste para ti de diversos pecados, para que en ella caminaras como en continuas y perpetuas tinieblas: ya te ruego, no la prolongues más, y como una cuerda añadiendo pecados a pecados, te deleites en extenderla en largo: por lo tanto, con la luz de esta corrección ya pon fin a tales pecados: porque con esta prolongación tu vida se hará incorregible, para que por todas tus malas obras, las oraciones de los pueblos asciendan a Dios: a quienes ciertamente oprimías inicualemente, intercediendo contra ti, y presentando sus miserias infligidas por ti ante el trono de la justicia divina.

Cuida de no inclinarte a la iniquidad: porque comenzaste a seguir esto después de la miseria. Esto, dice Eliú, te pido que no te inclines a la desesperación, y cuides de la iniquidad de la blasfemia, sino que te apresures a volver a Dios. Veo que después de la horrible miseria de esta plaga tuya, desees seguir esta perdición de impiedad para tu destrucción, y enviar tu voluntad y pensamiento al adversario abatido por la pusilanimidad.

He aquí, Dios es excelso en su fortaleza, y no hay nadie como Él entre los legisladores. Si pudiera haber alguien, tanto en poder como en virtud, semejante a Él, podría encontrarse también semejante en justicia y sabiduría, y en la multiplicación de la ley, y en sus juicios. Y por eso, reconoce, dice, que nadie puede ser condenado injustamente por Dios, quien es el único fuerte y sabio.

¿Quién podrá escudriñar sus caminos? ¿Quién, ciertamente, sino el impío, soberbio, o sacrílego, se atreverá a escudriñar los caminos de las obras divinas? lo cual no está permitido; y sin embargo, por más que busque con la intención de su mente, no podrá encontrarlos.

¿O quién se atreve a decirle: Has obrado iniquidad? ¿Quién, pues, tan temerario, e iniquo e injusto, que se atreva a decir esto? Todas estas cosas se dicen en injuria de Job.

Recuerda que ignoras su obra, de la cual cantaron los hombres. O toda su obra general, o ciertamente su obra especial. Sobre todas las grandes y maravillosas obras tuyas, está el misterio de la dispensación de Cristo, que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Otros dijeron: Recuerda, porque grandes son sus obras, que los hombres las alabaron. Habla de todas las obras de Dios, que los hombres santos con razón alabaron en honor de la veneración divina.

Todos los hombres lo ven, cada uno lo contempla de lejos. Por el bien de la naturaleza, el conocimiento del creador está en los corazones de los hombres; y aunque alguien sea tan pequeño y frío, que se esfuerce por ser ajeno a su creador Dios, no hay nadie que se esconda de su calor. Y por eso, cada uno de los mortales, aunque de lejos, siente y entiende, ciertamente de manera diferente, porque no como un cuerpo o como cualquier espíritu creado, así siente que es Dios, o lo entiende, sino de otro modo mucho más inefable, en el que

Dios es contemplado con la agudeza de la mente: donde en esa misma mirada del corazón entendiendo, el hombre ve que sobre él está ese nombre divino, que intenta contemplar.

He aquí, Dios es grande, venciendo nuestro conocimiento. El número de sus años es inestimable. Venciendo nuestro conocimiento con la grandeza de su ciencia y la altura de sus juicios.

Él quita las gotas de lluvia, y derrama lluvias como torrentes. Entendamos, pues, esta lluvia como la ley de Moisés, que vino del cielo como lluvia para el pueblo de los judíos. Y se llama lluvia por la multitud de preceptos, como el mismo Moisés dice de esa gente judía, diciendo; Espere como lluvia mi palabra. De estas gotas, por tanto, Dios quitó de esa gente, ya sea de la encarnación o pasión, o de la resurrección de Cristo, que los judíos con corazón cegado no quisieron creer, que son ciertamente pequeños mandamientos legales, para transferirlos a la fe del Evangelio, como dice el Apóstol: Porque la palabra consumando y abreviando en iniquidad, y lo demás. Y de estas gotas, y pequeñas gotas, con el trueno del Evangelio, las lluvias de la predicación de Cristo se derramaron sobre la tierra. Y estas lluvias se dicen ser como torrentes: que ciertamente cuando descienden copiosamente a la tierra, contienen en sí la profundidad y oscuridad de los misterios, que en la Ley y los profetas fueron dichas o hechas por figuras y similitudes, en la revelación de la venida del Señor, fueron encontradas como signos cerrados por su oscuridad y profundidad de misterios. Sepamos que con el nombre de lluvias, se refiere a la gracia del Espíritu Santo abundantemente derramada, como dice el Apóstol, por el lavamiento de la regeneración y renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo.

Que fluyen de las nubes, que cubren todo desde arriba. Sabemos que en las Escrituras, las nubes a menudo se llaman santos, como también es manifiesto en cierto lugar, diciendo el Señor: Y mandaré a las nubes, que no lluevan sobre ella lluvia: es decir, la viña, que es, sobre la gente pecadora de los judíos: que no derramen la lluvia de la salvación con sus palabras. De tales nubes, por tanto, los apóstoles y hombres apostólicos, predicadores de la verdad, esas lluvias llueven tal lluvia, que tiene en sí la semejanza de torrentes, por la opacidad de los secretos celestiales: donde congruentemente se dice aquello de David: Agua oscura en las nubes del aire. Estas nubes, digo, por las cuales las lluvias de torrentes fluyen en la tierra, cubren todo desde arriba. Teniendo en sí las aguas del Evangelio, para que de su vientre fluyan ríos de agua viva, de los misterios superiores, como con un cierto pretexto, y oscuridad de las aguas, hacen obstáculo a los carnales y terrenales.

Si quiere extender las nubes como su tienda, y fulgurar con su luz, también cubrirá desde arriba los confines del mar. Así extiende las nubes mencionadas, para que de ellas haya salido su sonido a toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo: como después habló a sus discípulos, es decir, sus nubes, diciendo; Y seréis mis testigos en Jerusalén, y Judea y Samaria, y hasta el último de la tierra: por las cuales ciertamente sus nubes resplandecieron los relámpagos de su predicación, y la fama del nombre de Cristo brilló desde el cielo como luz. También ocupó los confines del mar, es decir, de este mundo: o podemos entender los confines del mundo como los príncipes, y cabezas de diversas naciones: cuyos errores y persuasiones de doctrinas perversas el mundo se giraba en el lugar de la superstición de los demonios como en un eje.

Por estas cosas juzga a los pueblos, y da alimentos a muchos mortales. Con estas cosas de los sacramentos mencionados, Dios estableció con el juicio de su piedad tener misericordia de todos los pueblos, y dar alimentos de la doctrina de su palabra, o de los misterios a todos los mortales, según lo que Él mismo dice: Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo.

En sus manos esconde la luz, y le ordena que vuelva de nuevo. Con el poder de su justo juicio, esconde la luz de su conocimiento de los pecadores que obran mal, y le ordena venir a la iluminación de la mente; si alguien fielmente buscara a Dios como su ayudador.

Anuncia de ella a su amigo, que es su posesión, y que puede ascender a ella. Dios enseña e instruye en el corazón a su amigo fiel con la luz de su manifestación. Anunciando también le dice, que la luz o esa gracia de iluminación, o la posesión de las promesas divinas es suya, y que a ella, si dispone ascensiones en su corazón, llegue cada día progresando.

CAPÍTULO XXXVII.

Sobre esto se espantó mi corazón. O mi corazón se asombró, como dijeron otros.

Y se movió de su lugar. Con los divinos misterios mencionados, y la luz del conocimiento de Dios revelada, que solo se muestra a los amigos de Dios y fieles: mi corazón, dice Eliú, se aterrorizó, y con el celo de la ignorancia fue trasladado al conocimiento de los sacramentos.

Oír la audición en el terror de su voz, y el sonido procedente de su boca. Como Dios quiere que oigan lo que dice, así oigan; porque su voz aterra con tan grandes sacramentos de misterios: y el sonido de su boca, o como dijeron otros, el estruendo, de igual manera oigan. Este sonido, por tanto, es de las mandíbulas de Dios, que tal vez por eso se llama sonido, no simplemente palabra, para que a los sordos por desobediencia, e incrédulos de corazón endurecido, una voz más clara los golpee, y los mueva totalmente a temer al Señor.

Bajo todos los cielos Él considera, y su luz sobre los confines de la tierra. ¿Qué es esto maravilloso de la omnipotencia de Dios, que está en todas partes en el cielo, y en la tierra, en el mar, y en los abismos? Pero veamos según el entendimiento alegórico, qué es lo que Eliú dice de Dios; Bajo todos los cielos considera. La Escritura divina suele llamar cielos a los hombres santos, por su conversación celestial, a quienes se les dice así: vuestra conversación está en los cielos. El Señor, por tanto, bajo estos cielos considera, o mientras escudriña lo que está dentro de ellos, el investigador de los secretos, o mientras gobierna y sostiene la debilidad de sus cuerpos, que han sometido al imperio del alma con la virtud de la cruz, y los fortalece contra las guerras de las pasiones carnales. Según este sentido es, lo que el Profeta, sacudido por el temor, dice: Y debajo de mí se turbó mi morada. También los confines, o los fines de la tierra son los mismos santos, imponiendo fin a las pasiones terrenales y a las codicias, porque no están en medio de Babilonia, ni están rodeados por los vicios de este mundo, según lo que el apóstol Pedro dice; Cristo, pues, padeció en la carne, nos dejó ejemplo, porque padeció en la carne, cesó de pecados, para que ya no a los deseos de los hombres, sino a la voluntad de Dios, lo que queda en la carne, viva del tiempo: es decir, viviendo por el tiempo, cesando los pecados en la carne, habite como en los confines de la carne. En estos confines, la reina de Saba, que llevaba el tipo de la Iglesia, mereció escuchar la sabiduría del verdadero Salomón. Tales confines, por tanto, Dios ilumina con la luz de su gracia y conocimiento.

Después de él rugirá el sonido. O como dijeron otros; la voz bramará.

Tronará con la voz de su grandeza, y no será investigado cuando se haya oído su voz. Cuando Dios venga a la memoria de los hombres puestos en el extremo de la tierra, inmediatamente sobre la debilidad de su mortalidad, gimiendo a Él rugirán, como dice el profeta: Rugía por el gemido de mi corazón; y entonces este rugido hará sonido en el afecto de la oración, clamando a Dios, que llegue hasta el cielo. Por lo cual el Señor tronará para ellos con la voz

de sus preceptos, para que teman de su rostro. Con el fragor de este trueno también reconoce, que Dios antes de su deseo es investigable e inmenso.

Dios tronará con su voz maravillosamente, quien hizo grandes e inescrutables cosas. Otros dijeron: Dios tronará. Dios obra maravillosamente, cuando hace resonar en los oídos del alma este trueno de su nombre, por el cual en todo el mundo se difunde el conocimiento de su fama.

Él manda a la nieve que descienda sobre la tierra, y a las lluvias del invierno, y a la lluvia de su fortaleza. Anteriormente dijimos que la nieve puede significar el candor de la gracia, que a través del bautismo se otorga a los fieles como dones del Espíritu Santo, y presentamos muchos ejemplos de testimonios de las Escrituras, entre los cuales está el de David, donde dice en el salmo: "Serán emblanquecidos como la nieve en Selmón", que es "en la sombra". Esto, por tanto, dice que el celestial, es decir, Dios viniendo del cielo, también separará y distinguirá a los reyes: ya sea que deban ser emblanquecidos en la sombra; donde esto me parece significar que la regeneración de los hombres más antiguos en Cristo, bajo la sombra del Espíritu Santo, debía realizarse. Esta gracia, por tanto, significada con el nombre de nieve, desciende a la tierra por mandato de la divinidad, es decir, viene a los hombres a través de Jesucristo, por la cual nuestra antigüedad sería renovada para mejor. Contra esta gracia de Cristo, quiso indicar las tribulaciones de las persecuciones futuras en las lluvias invernales, y debido a las graves presiones las llamó lluvias invernales: las cuales, sin embargo, la lluvia de la fortaleza del Espíritu Santo superaría, porque a ellos se les dijo: "No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros".

Él sella en la mano de todos los hombres, para que cada uno conozca sus obras. En la mano, es decir, en el poder del libre albedrío, según la imagen y semejanza de Dios, con la cual el hombre fue creado y formado por Dios: tiene esta sabiduría como un signo impreso de la operación divina, para que según el juicio del libre albedrío cada uno de los hombres conozca sus obras, o como otros han dicho, conozca su debilidad, es decir, que como vasos frágiles se rompan con la muerte repentina.

La bestia entrará en su guarida, y en su cueva morará. No es absurdo pensar que esta bestia es el diablo, inventor de los males, quien por eso es llamado fiera singular, porque precede o supera en malicia a la maldad de todos los que obran iniquidad. Esta bestia racional entra en su guarida, es decir, el pecho humano: cuando por permiso del juicio de Dios, recibe el poder de dominar a los hombres, y en la cueva que hizo suya, establece su morada. O bien, la cueva o guarida del diablo deben entenderse como todos los pecadores: duros en su infidelidad o pétreos, a quienes posee con sus vicios y seducciones, y en cuyos corazones y crímenes descansa.

De lo interior saldrá la tempestad, y del ártico el frío. No me parece que haya dicho esto de las plagas de este mundo, ni de sus cualidades, ni de sus movimientos secretos: sino que, como dijimos que la cueva o guarida de los demonios son los corazones humanos: así entendamos que estos interiores, cuando hayan entrado en ellos, son sus consejos secretos y ocultos: de donde se cree que vienen al mundo las tempestades de persecuciones, para que también los pecadores sean quebrantados, como los egipcios, a quienes vino la plaga por ángeles malos. Y los santos se turban en gran medida con la misma tempestad de tribulaciones, como uno de ellos dice: "Fuimos abrumados más allá de nuestras fuerzas, tanto que nos cansamos incluso de vivir". También se envía el frío de su infidelidad, para que apartándose del amor de Dios y del calor de la fe, caigan en el hielo de la negación: todo esto

lo envían los demonios a través del ministerio y las sentencias de los príncipes y de los poderes infieles. Arcturus, porque está situado en la parte izquierda del mundo, significa la parte adversaria: de cuyo clima sopla el viento del norte frío contra el sur.

Soplando Dios se congela el hielo, y nuevamente se derraman ampliamente las aguas. Lo que aquí dijo que soplando Dios se congelan las aguas, es decir, se hacen hielo y se solidifican, en el salmo dice lo contrario: "Soplará, dice, su espíritu, y fluirán las aguas": es decir, se derretirán y fluirán. Pero ya sea aquí soplando Dios, o en el salmo, "soplará su espíritu", podemos entender que es por mandato de Dios, o que su espíritu mandará. Y lo que aquí dijo, se congela el hielo, en el versículo anterior del salmo dice: "Envía su cristal como trozos de pan". Así sabemos que sucede en el tiempo invernal, que soplando, es decir, por mandato de Dios, con un frío intenso se densan, o incluso se congelan las aguas, y nuevamente en el tiempo del aire se derriten. Según los entendimientos místicos, en generaciones pasadas, por su mérito, dejando Dios al género humano, por el soplo de la boca de Dios, y la sentencia de su justicia fluyendo, mientras se aleja del fuego divino, toda criatura se congeló como hielo, y por la inmensidad de su frío fue constreñida del verdadero conocimiento de Dios. Ahora, por la gracia de nuestro Señor y Salvador, como dice el apóstol Pedro: "Dios, pasando por alto los tiempos de ignorancia", nuevamente por aquel frío de olvido y dureza, que como hielo de largo tiempo había endurecido, por el fuego del amor de Dios se derriten las aguas de los pueblos, para que fluyan y regresen a Dios.

El grano desea las nubes. Este es el grano, del cual el Señor en el Evangelio dice por parábola, diciendo: "Recoged la cizaña en manojos para quemarla, pero el trigo almacenadlo en mi granero". Por tanto, este grano vivo, desea escuchar a los doctores de la Iglesia, que como nubes llevan las aguas del Evangelio, como aquellos que eran de este grano del Señor, habitantes de Antioquía de Pisidia, rogaban a Pablo y Bernabé que les hablaran la palabra de Dios, lo cual hicieron los apóstoles persuadiéndoles a permanecer en la gracia de Dios. Cornelio también dijo a Pedro: "Ahora, pues, todos nosotros estamos en tu presencia, para oír todo lo que te ha sido mandado por el Señor". Y Moisés dice: "Reciba como lluvia mi enseñanza, y desciendan como rocío mis palabras". De donde también el Apóstol dice: "Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento". Esta nube puede ser entendida también como el mismo Señor, es decir, el hombre asumido en Dios, como el profeta predijo, diciendo: "He aquí que el Señor descende en una nube ligera a Egipto". Por quien se preanunciaba que la gracia divina y la doctrina celestial serían derramadas al mundo. Y bellamente se dice nube ligera: ya sea porque el mismo Salvador no cometió pecado, el Cordero de Dios, o porque la virgen María, madre del Señor, no fue cargada por semilla viril, se dice nube ligera.

Y las nubes esparcen su luz. Que iluminan todo alrededor por donde las lleve la voluntad del que las gobierna, a todo lo que les ha mandado sobre la faz de la tierra. Enviando ciertamente la luz de las predicaciones del Evangelio con el resplandor: esparcen la luz del Evangelio sobre los corazones de los creyentes. Otros intérpretes dijeron: "Y ella misma se gira por el circuito en los timones, para hacer todo lo que les ha mandado". Estas son, por tanto, las cosas que mandó, y ordenó a sus otras nubes diciendo: "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura". Por tanto, como por el viento del espíritu de Dios, por el cual eran llevadas como nubes, se les prohibió ir a Bitinia, y se les mandó pasar de Judea a Roma, y así como la edición contiene, recorrieron iluminando todo el mundo.

Ya sea en una tribu, ya sea en su tierra, ya sea en cualquier lugar donde su misericordia les haya mandado encontrarse. Esto es lo que el mismo Señor dice en el Evangelio: "Seréis mis testigos en Jerusalén, y en Samaria, y hasta el último de la tierra": donde principalmente debe

observarse lo que dice: En cualquier lugar donde su misericordia les haya mandado encontrarse: donde por la gracia de Cristo y su piedad significó que serían llamados a la fe.

Escucha esto, Job, párate, y considera las maravillas de Dios. Eliú advierte que Job preste atención con el oído del corazón a los sacramentos que se cumplirán en Cristo y la Iglesia, y estando en la atalaya de su mente, donde también se le enseña a estar vigilante, considere los futuros misterios de los milagros de Dios, que realizará a través de nubes racionales.

¿Acaso sabes cuándo mandó Dios a las lluvias que mostraran la luz de sus nubes? Al modo de los profetas, menciona el futuro como si ya hubiera sucedido. Por tanto, Dios manda a las lluvias evangélicas que la luz de sus nubes, es decir, sus obras santas, los doctores las demuestren por la infusión de la fe: y esto lo realiza la misericordia celestial para iluminar a los hombres.

¿Acaso conoces las sendas de las grandes nubes, y las ciencias perfectas? Aquí, al decir ciencias perfectas, evidentemente muestra que habla de nubes racionales, y de los caminos de los predicadores, y de las sendas de los sentidos sutiles. Dime, por favor, si pudiste conocer cuáles son las sendas en las nubes de grandes y perfectas ciencias. Figuraba, al decir esto, las nubes apostólicas, de las cuales una nube rapidísima dice al Salvador: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo", que como estaba suspendida de la tierra, y próxima al cielo, el Señor le responde: "Esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre". Otro apóstol, como nube llena de aguas de ciencia perfecta, derrama una lluvia copiosa del trueno del Evangelio diciendo así, "En el principio era el Verbo", etc. Con este potentísimo trueno resonando por todas partes, para que con el temblor de la fe de la religión sacudiera toda la tierra: otro en Judea, surgido por el nuevo nacimiento, como una pequeña nubecilla así creció, y soplando el espíritu se dilató, para que las lluvias de los misterios de los secretos desde los siglos de la ciencia perfecta, hasta Ilírico las esparciera, y otras regiones del mundo entero las regara con abundantes derramamientos. Y de aquí es que algunos de ellos fueron llamados hijos del trueno, y otro fue llamado hijo del que suspende las aguas.

¿No están calientes tus vestiduras, cuando la tierra ha sido soplada por el Austro? Otros dijeron, "tu estola está caliente". Esto es ciertamente verdad, que el viento meridional es caliente, por el cual soplando también las vestiduras de los hombres, o los cuerpos, que son las vestiduras de las almas, se calientan. Pero porque las nubes, los hombres santos, la verdad de la profecía nos obliga a entender el viento caliente soplando desde el sur, entendamos la fe ferviente, o la gracia ardiente del Espíritu Santo, y más claramente iluminante, o el mismo Señor nuestro, de quien leemos: "Dios vendrá del sur", por el cual soplando la tierra racional, las virtudes del alma, que son las vestiduras del hombre interior, se encienden, y por eso se llaman vestiduras, porque ellos, que las usan, hacen el alma hermosa y decorosa. Y por esto el Apóstol exhorta diciendo. Hermanos, vístanse como elegidos de Dios, y amados, entrañas de misericordia, bondad, humildad, modestia, paciencia, etc. Y estas cosas, por tanto, son dichas por Eliú, como también otras, por el espíritu de profecía.

¿Acaso tú fabricaste con él los cielos, que son solidísimos, como si fueran fundidos en bronce? Estas palabras de Eliú según la letra se dicen en injuria a Job por ironía. Estas, por tanto, son las primeras palabras de este entendimiento. Ahora, según el espíritu de la profecía, sigamos el sentido místico, para que entendamos los cielos como las Escrituras sagradas, que fueron dadas del cielo a los hombres, cuya perpetuidad quiso demostrar con la solidez del bronce. Pero alguien podría decir: ¿cómo serán eternas las Escrituras divinas, si el mundo, según el anuncio de Dios, tiene un fin cierto? pues así dice en el Evangelio: "El cielo y la tierra pasarán". Es cierto, por tanto, que las pieles de los libros con las mismas letras serán

abolidas; pero porque el Señor añade, "Mis palabras no pasarán": sin duda lo que promete con esos mismos caracteres será eterno. Estos cielos, por tanto, dice Eliú, en los cuales está la disposición secreta de la divinidad, ¿acaso tú los fabricaste con Dios, como si fueras igual en sabiduría, que Dios eterno antes de la constitución del mundo los predefinió para que alguna vez surgieran en cuerpos de letras, que en él eternamente estaban, no ya existentes, sino solo visibles a la luz de su presciencia? Y los cielos, los santos ángeles no absurdamente los entendemos, que por la habitación de los cielos, correctamente se llaman cielos, y son como bronce solidado por la eternidad. De los cuales el Salmista dice con nombre singular: "El cielo de los cielos es del Señor". Según el entendimiento tropológico, los cielos, todos los santos por la conversación celestial y por la predicación de los mandamientos celestiales son llamados. Eliú, si tuvo el espíritu de profecía, según este entendimiento que dijimos, pudo conocer en la contemplación de su mente estas cosas que se revelarían en Cristo, y de otras maneras, en las que parece haber sentido la denominación de cielos, aunque esto mismo no debió decirse en burla del santo Job.

Muéstranos, qué debemos decirle. Porque estamos envueltos en tinieblas. Es una palabra de insulto y reproche, muéstranos, cuando dice esa palabra, pero en comparación con la ciencia permanecen bajo las tinieblas de la ignorancia. Pues, ¿cómo busca aprender de Job, a quien en sus palabras reprende y reprueba? Muéstranos, dice, oh Job, si crees saber algo más y mejor, porque nosotros estamos detenidos en las tinieblas de gran ignorancia e insensatez. Es cierto, por tanto, que Eliú dice esto burlándose de Job y mofándose.

¿Quién le contará lo que digo? Aunque un hombre hable, será devorado. Te dije, oh Job, que me mostraras qué podría decir: pero estas mismas cosas que digo de Dios, ¿quién se atrevió a decírselas? Ciertamente, si alguien hablara, lo cual en absoluto no le conviene, por este mismo pecado de temeridad e irreverencia será devorado, como dice aquí Eliú. Así leemos en los salmos: "Fueron devorados junto a la roca sus jueces": donde se entiende, devorados y absorbidos por el pecado de desconfianza los jueces del pueblo de Israel en el desierto, que no creyeron que pudieran extraerse ríos de agua de la roca por la virtud de la promesa divina.

Pero ahora no ven la luz. De repente el aire se condensará en nubes, y el viento que pasa las dispersará. Así han sido cegados por tal infelicidad, que se vuelven como el aire cuando se condensa en nubes, y así en el justo juicio de Dios serán llevados como vientos en su ímpetu, como los impíos, a quienes el viento arroja de la faz de la tierra. Otros dijeron: "Pero no a todos es visible la luz, que resplandece en las nubes, y el espíritu pasa y las dispersará". Aquí habló algo místico, que ya no a todos resplandece la iluminación del Evangelio. A estos ciertamente no resplandece, cuyos sentidos cegó Dios, para que no vean la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen del Padre invisible. Este espíritu, por tanto, de la justa sentencia de Dios los dispersará del conjunto de los bienaventurados, para que no vean la luz del Evangelio de la gloria de Cristo.

Del norte vendrá el oro, y de Dios la alabanza temible. Escuché a alguien decir así, que en el tiempo de verano, cuando el sol nace en el norte, la aurora brilla más intensamente, de modo que el mismo sol presenta un color dorado: y de ahí parece que Eliú habla de que viene el oro, es decir, al mundo la rueda flamígera del sol surge, y sobre este espléndido astro es para Dios una alabanza temible para los hombres. Nosotros, sin embargo, entendemos el oro como los santos, que según el sentido espiritual son redimidos del norte por la sangre del Señor. De este modo, por tanto, viene a Dios el conjunto de los santos con temblor alabándolo, y con cierta forma de temor, considerando increíble que pudieron ser liberados del enemigo más grave. Diariamente también por las pruebas, como oro en las llamas de las tentaciones, son extraídos del horno de este mundo. Otros dijeron, "Del norte nubes de color dorado, en ellas

está la gran gloria y honor del Omnipotente: no encontramos semejanza de su virtud". Así, por tanto, los hombres santos, que son las nubes de Dios, son tentados por el frío del norte, para que los haga preciosos, y resplandecientes con el fuego del amor. Y por eso es la gran gloria del Señor y el honor del Omnipotente. No se encuentra otro semejante a su virtud, que espere tantos bienes de cosas contrarias.

Dignamente no podemos encontrarlo. Grande en fortaleza y juicio y justicia, y no puede ser narrado. Por eso lo temerán los hombres, y no se atreverán a contemplar todos los que se creen sabios. Porque, dice, así como en fortaleza es grande y poderoso Dios: así en juicio y justicia es verdadero, y no puede ser narrado. Por eso, como es, no puede ser encontrado por su criatura que es tan débil e infirma: por lo cual los hombres grandes y prudentes no se atreverán a escudriñar al incomprensible, ni intentarán contemplar al invisible. Esto, sin embargo, se dice todo en reproche del santo Job: quien dijo que fue azotado por Dios sin ningún mérito de iniquidad. Otros dijeron: "¿Quién juzga justamente, no crees que lo oirá? por eso lo temerán los hombres, también lo temerán los sabios": esto dicen, porque Dios juzga justamente, en quien no hay acepción de personas. Todos los sabios e ignorantes, considerando a sí mismos, lo temerán: sabiendo que según la medida de su justicia es vengador de las iniquidades: pues escuchará a los que sufren injustamente.

CAPÍTULO XXXVIII.

Respondiendo el Señor a Job desde el torbellino dijo. Con un discurso terrible y de reprensión debía ser reprendido Job, recibió respuesta del Señor, pues esto mismo que se dice del torbellino, pertenece al terror de la objurgación, que sería, como dije, increpado por el Señor. Pues Job había dicho que era justo injustamente castigado por el Señor: por tanto, desde el torbellino el Señor dice.

¿Quién es este que envuelve las sentencias con palabras ignorantes? Con estas palabras se aparta a Eliú con sus confusas y mezcladas disputas contra Job: donde las palabras de Dios parecen entenderse. Y si tú, oh Job, al hablar tales cosas contra mí, cometiste algún delito: ¿quién es este que se atreve a redargüirte, especialmente cuando no es idóneo para increpar, quien debería reprenderte como mejor? Apartado, por tanto, Eliú de en medio con sus sentencias ignorantes, el Señor se dirige a Job, y le dice que se prepare para escuchar su reprensión, diciendo de este modo:

Ciñe como hombre tus lomos: te preguntaré, y respóndeme. Por tanto, todo el que va a hablar con Dios, primero se le ordena ceñir sus lomos con castidad. También el pueblo que va a escuchar la ley, y a celebrar la pascua en el desierto, se le ordena ceñir los lomos de su mente, para que los pliegues fluctuantes de las cogitaciones carnales no impidan el paso de la santa conversación, o sobre nuestros lomos corporales ceñimos las vestiduras. Diciendo, por tanto:

¿Dónde estabas cuando ponía los cimientos de la tierra? Indícame, si tienes inteligencia. No pudo responder a Dios: es como si Dios le hablara de esta manera. Tú, pues, Job, que me acusas de actuar injustamente con un solo hombre: ¿dónde estabas cuando yo gobernaba el mundo, que había creado de la nada? y cuando gobierno toda criatura con moderación y justicia, ¿iba a actuar con injusticia contigo? Aquí Dios, en este discurso bajo los nombres de animales y aves, encierra grandes y muy oscuros misterios y sacramentos de la Iglesia. Dios, según el entendimiento místico, en la predestinación constituyó a los apóstoles como los principales santos, fundamentos de la Iglesia, como dice el apóstol: Edificados, dice, sobre el fundamento de los apóstoles y profetas. O, como otros dijeron, ¿Dónde estabas cuando

fundaba la tierra?, es decir, cuando estabilizaba la Iglesia, congregada de la tierra del género humano, con la virtud de la fe. ¿Quién puso sus medidas, si lo sabes, o quién extendió sobre ella la línea? Dios describe su virtud, su poder, las medidas y la condición del mundo, sobre el cual extendió la línea de su buena y recta obra. De otra manera: las medidas de la Iglesia son desde el nacimiento del sol hasta su ocaso: en las cuales aún se pueden entender las medidas, la igualdad y plenitud de la Trinidad, a la cual la Iglesia dice por el profeta: En su nacimiento dilata el lugar de tu tabernáculo, y extiende las pieles de tus tabernáculos, no escatimes, alarga tus cuerdas, y consolida tus estacas, penetrarás a la derecha y a la izquierda: porque tu descendencia heredarás las naciones, y habitará las ciudades desiertas. Sobre estas medidas de todos los lugares, extendió al mundo entero la recta fe, para que todos los que creen en Cristo tengan un solo lenguaje: estos misterios, pues, establecidos antes de los siglos, Job, que no existía, no pudo conocer. O entendemos correctamente las medidas de la Iglesia, las diversidades de las gracias, que el Apóstol llamó divisiones del espíritu, quien al hablar de las diversas gracias, dijo: Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo espíritu, distribuyendo a cada uno según quiere. También dijo: A cada uno de nosotros se le dio la gracia según la medida del don de Cristo. Por estas gracias, pues, la intención es la contemplación, como una línea de los que creen rectamente en Dios, como se dice en los Hechos de los Apóstoles: Tenían un solo corazón y una sola alma en Dios.

¿Sobre qué están cimentadas sus bases? ¿Cómo pudo la criatura racional y sabia conocer la obra del Creador, antes de que ella misma existiera, cuando incluso ahora apenas puede alcanzar algo de sus obras con los sentidos? De otra manera, ¿sobre qué están sólidamente establecidas las bases de la tierra de la Iglesia, sino sobre Cristo, la roca, que es el principio de sus fundamentos? Las bases de la Iglesia son todos los santos poderosos y fuertes, por quienes la misma es sostenida y gobernada. Otros dijeron: ¿Sobre qué están fijados sus círculos? para que entendamos que el peso de la solidez del mundo es según aquel sentido en el que el Salmista habla de esto, diciendo: Porque él afirmó el orbe de la tierra, que no será movido. Pues el círculo es una figura redonda, más hermosa que las demás figuras. Porque el círculo es congruente y igual en todas sus partes; y todo él avanza sólido por sí mismo, y entre la mirada de los ojos, por su hábito infinito, porque sin fin siempre recurre a sí mismo, y es conducido inexplicablemente. Aquí, pues, me parece significar al hombre que no se opone a sí mismo en nada ni se combate desde ninguna parte, como serán en el futuro siglo bienaventurado: entonces la carne no deseará contra el espíritu, ni el espíritu contra la carne. Aunque algunos santos han presentado en parte esta bienaventuranza de la paz incluso en este siglo: no sintiendo ninguna discordia interior o exterior en ellos mismos, sino superando con virtudes más fuertes al ejército hostil de los vicios, como Helcana, padre del santo Samuel, fue llamado un solo hombre. Así, pues, será todo en sí mismo, congruente consigo mismo, y permaneciendo inmóvil en aquella gloria y sin fin. Estos círculos, pues, figurados por el vínculo del amor de Dios, están fijados en el madero de la cruz, y cada uno de ellos dice: Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, etc.

¿O quién puso su piedra angular? Esta piedra angular es Cristo, que fue puesta por Dios Padre en el fundamento de la tierra del Señor: él es no solo fundamental, sino también angular, en quien se contienen dos pueblos, a saber, los judíos y los gentiles. De quien también el Salmista dice: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser la cabeza del ángulo. Y el Apóstol dice: Con el mismo Cristo Jesús como la principal piedra angular, en quien toda la estructura, bien ensamblada, crece para ser un templo santo. A este, pues, el Padre lo envió a la tierra, para que fuera puesto en el fundamento.

¿Cuando me alababan juntos las estrellas de la mañana, y todos los hijos de Dios se regocijaban? Puesta, pues, en los fundamentos de Sion la piedra preciosa, que es el segundo

hombre celestial del cielo, dijeron, me alababan juntos las estrellas de la mañana, y todos los hijos de Dios se regocijaban. Las estrellas y los hijos de Dios se entienden como los ángeles, que se regocijaron en el nacimiento del Salvador. Como dijo el ángel a los pastores: He aquí, os anuncio una gran alegría, porque ha nacido el Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David. También el Evangelista: Y de repente apareció con el ángel una multitud, y lo demás. Por eso los ángeles son llamados estrellas de la mañana, porque entre las criaturas racionales fueron hechos primero en el día que es Cristo, y son hijos de Dios: no son hijos de las tinieblas, como aquellos que de su número cayeron, hechos no solo hijos de las tinieblas, sino también gobernantes de las tinieblas, es decir, de los pecados de los hombres. Entonces, con gran voz, como se ha dicho antes, me alabaron todos mis ángeles. Así como en la salvación de aquella ovejita, del género humano, alabando a Dios se regocijaron. También no absurdamente sentimos que las estrellas de la mañana son todos los hijos de la Iglesia, que renacen en Cristo por el bautismo, como dice el Apóstol escribiendo a la Iglesia: Todos vosotros sois hijos por la fe en Cristo Jesús. Estos, pues, por la vigilia matutina, en la que el Señor resucitó, son llamados estrellas de la mañana, o por el nuevo comienzo de la gracia que les ilumina, de donde también son llamados neófitos.

¿Quién cerró con puertas el mar, cuando brotaba como saliendo del vientre? Cuando en la creación del mundo las aguas cubrían toda la tierra, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, entonces según la fe del libro del Génesis, Dios ordenó el tercer día que todas las aguas se reunieran en un solo lugar. A las cuales también les impuso un término y un fin, para que no se desbordaran fuera de sus límites, para cubrir nuevamente la tierra. El vientre del que procedía el mar, *καταχρηστικῶς*, podemos entenderlo como la misma tierra subyacente, para que creamos que de ella, y en ella, el agua fue creada por Dios. Pues Dios hizo de la nada dos grandes partes del mundo, el cielo y la tierra, y de la materia informe sus profundidades, pero las demás criaturas las instituyó distintas o formadas, entre cuya creación creemos que también se hicieron las aguas, cuya condición no leemos escrita al principio del Génesis; pero la creación de casi todas las demás se recuenta en los libros del Señor: aunque también del mismo mar dijo el santo David, cuando hablaba del hombre bienaventurado: Su esperanza está en el Señor su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Este, pues, proceso del mar, me parece que se refiere a la efusión de las aguas, que emanaban de los confines ocultos de las venas de la tierra, y cubrían toda la faz de la tierra. Lo cual leemos que se hizo más manifestamente en el diluvio, donde se dice: Y se rompieron todas las fuentes del gran abismo. Por lo tanto, creo que el vientre del mar se llama el seno de la tierra, para que sepamos que el mar fue engendrado de la misma. Pero alguien dice: Yo digo que las masas de agua son congénitas al cielo y a la tierra, y creadas simultáneamente. De hecho, de las aguas, como de la tierra, Dios hizo o produjo las demás criaturas. Si, pues, esto confirma esa opinión, para que por eso también se diga que las aguas fueron creadas de la nada, porque de ellas y en ellas, por mandato de Dios, surgieron muchas criaturas animadas: ¿qué diremos del cielo, que es la parte más excelente del mundo, del cual no leemos que de él, como de materia informe, se haya procreado algo? En el cual también, lo que concierne a la mayor belleza de su ornamento, Dios hizo, ordenó y compuso las estrellas y los diversos globos de los astros. Y según esta afirmación, los elementos del mar y de la tierra serán mejores que el cielo, cuyo hermosísimo ornamento admiramos: porque sobresale, o al menos, a las demás criaturas.

Cuando ponía la nube como su vestidura, y lo envolvía con oscuridad como con pañales de infancia. Cuando, pues, dice, el mar es grande en latitud, longitud y profundidad: sin embargo, por la fortaleza de mi poder lo cubrí como un pequeño elemento, con una nube como vestidura y con oscuridad; es decir, lo cubrí con cosas modestas y viles, que se

asemejan a pañales de infancia. Y porque antes dijimos que el mar procede como de un vientre, manteniendo la traslación del nombre, dice que el mar, como si fuera un pequeño recién nacido, está envuelto en oscuridad como en pañales de infancia, o, como otros dijeron, y lo envolví en niebla.

Lo rodeé con mis límites, y puse un cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí llegarás y no pasarás más allá, y aquí romperás tus olas hinchadas. Estos límites son los divinos discursos, que se entienden como límites fijos con sentencia inmutable, esto mismo es también lo que sigue, diciendo Dios, puse un cerrojo y puertas. De otra manera, ¿quién cerró con puertas el mar? La Escritura divina frecuentemente llama a este siglo mar, como también dice el santo David: Este mar grande y espacioso en manos. También: Los que descienden al mar en naves. Y Habacuc: Enviaste tus caballos al mar. E Isaías: Mató al cetáceo que está en el mar. Por lo tanto, este mar está encerrado por los preceptos divinos, como por ciertos límites de los sagrados discursos, para que del útero de su corazón, donde con pensamientos como de semilla, concebía las preocupaciones y lascivias mundanas de las voluptuosidades, ya no brote en obra como dando a luz, y se derrame en diversos crímenes a perpetrar; y por eso, cuando el profeta vio al mundo creyendo en Dios, que poseía este bien de continencia en sí mismo, regocijándose dijo a Dios: Tú afirmaste con tu poder el mar. Digo el mundo fiel, el pueblo de la santa Iglesia: que especialmente se llama mar, y habita en este mundo. Y este es el mundo de los fieles, del cual el Señor dijo: Porque de tal manera amó Dios a este mundo, que dio a su Hijo unigénito por él. Hay también un mundo de incrédulos, del cual el Señor dijo igualmente a sus discípulos: Si el mundo os odia: sabed que a mí me odió primero, etc. Así, pues, decimos que dos mundos de pueblos habitan en este mundo corporal y animal, que también pueden llamarse dos mares, según el ejemplo puesto anteriormente, tomando el nombre metafórico de este mar de aguas, porque también una casa buena o mala, y una ciudad óptima o pésima. El mar, pues, se dice metafóricamente de los pueblos fluctuantes, que en esta vida son sacudidos por un movimiento inquieto e incierto. Cuando ponía la nube como su vestidura, y lo envolvía con oscuridad como con pañales de infancia. Tomemos la nube que todo lo cubre como el Espíritu Santo, infundido y superpuesto a todas las criaturas, de quien se dice: El Espíritu del Señor se movía sobre las aguas. La oscuridad, sin embargo, puede entenderse como cualquier cosa vana más allá del mundo: donde hay ligereza, es decir, se puede entender un defecto hacia atrás. Moralmente, según la autoridad de la Escritura, las nubes son cada uno de los anunciadores de la verdad. Por lo tanto, con las palabras consoladoras y la doctrina de estos, lloviendo desde arriba, dice el Señor, protegí al mundo de los fieles del calor de las tentaciones, y le proporcioné sombra arriba con la promesa de la bienaventuranza eterna, esto es, extendí un vestidura sobre el mar de los pueblos a través de mis santos ministros del Evangelio: para que no fuera quemado por el calor infiel. Lo cual también el mar de los pueblos, puesto dentro de la perfecta predicación del Evangelio, por la infancia de las costumbres en algunos, se cubre con la doctrina láctea, como con vestiduras más viles, porque no pueden contemplar los misterios más sagrados, que están envueltos en la oscuridad de la inteligencia. Lo rodeé con mis límites, y puse un cerrojo y puertas. Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá, y aquí romperás tus olas hinchadas. Con los límites, dice Dios, de mis mandamientos, reuní y encerré el mar mencionado dentro de la confesión de una sola fe, y para consolidarse, le opuse el cerrojo más fuerte de la caridad, también cerré las puertas de la infidelidad, para que, por mucha violencia de tempestades y persecuciones, se vea obligado a transgredir los límites fijos de la obediencia. Nunca salte los cercos de mi caridad, a quien dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá, y aquí romperás tus olas hinchadas. Es decir, si acaso las olas de malos pensamientos te agitan dentro del mar de tu corazón, y un viento fuerte de presiones intenta conmoverte completamente, y también te impulsa de tu estado a la sequedad estéril, como en la arena. No traspases estas defensas de

mi fe y caridad: y así será, que los vientos amenazantes que se levantan, golpeados en la roca más fuerte, se disolverán.

¿Acaso después de tu nacimiento ordenaste al amanecer, y mostraste a la aurora su lugar? Esto dice el Señor a Job, que de las cosas creadas y secretas tuyas, que vuelven por sus giros a los lugares ordenados, él mismo dispone que regresen diariamente: y por eso Job es reprendido, quien diría que Dios, el hacedor y gobernador de todas las cosas, no obra con moderación de equidad: y como diciendo así, le dice: Tú que te consideras muy sabio, y como si fueras coetáneo de mi luz, y crees poder disputar sobre mis juicios: si los elementos de los astros cumplen el mandato del Creador, tal vez disponiéndolo tú, siguen su curso de misterio, cuando estas cosas fueron creadas antes de que tú existieras en Adán por mí. De otra manera: Este amanecer es nuestro Salvador, quien también es llamado el sol de justicia. Él ilumina a la Iglesia, es decir, al mundo racional, con el calor de la fe y el esplendor de su gracia. Entonces, ¿acaso tú, Job, ordenaste a este amanecer que surgiera del cielo resplandeciente para aquellos que estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte: como, pues, Job, después de tu inicio no pudiste ordenar a los eternos que fuera el amanecer para el mundo en las tinieblas de los errores: así tampoco después de su ocaso de muerte, pudiste mostrar su lugar de resurrección y gloria a la derecha de su Padre, a quien después de la muerte que voluntariamente asumió, lo llamé de nuevo a mí. Como el mismo Señor Jesús dice en el Evangelio: Si, pues, vierais al Hijo del Hombre ascender donde estaba antes.

¿Y has sostenido sacudiendo los extremos de la tierra, y has sacudido a los impíos de ella? Esta tierra puede entenderse como la Iglesia: de cuyos fundamentos el Señor habló anteriormente, de la cual en los extremos de la tierra, es decir, en el último siglo, los pecadores deben ser sacudidos; así el mismo Señor dice: He aquí que mandaré, y sacudiré en todas las naciones la casa de Israel, como se sacude el trigo en un tamiz. Dios, pues, que según el profeta midió las aguas con su puño, y pesó los cielos con su palma, y colgó la tierra con tres dedos, él mismo por su grandeza sosteniendo con ambas manos los márgenes de la tierra, la sacude como un tamiz aquí y allá, o la sacude como una vestidura, para que los impíos como paja, y la cizaña sean sacudidos del trigo de los justos. Por lo tanto, toda esta fortaleza del que obra no solo demuestra su fortaleza, sino también su justicia, y de ahí es que el Señor habla con reprensión al santo Job: por qué dijo que se le había infligido un castigo de tentación muy severa siendo inocente. Según el sentido moral de la inteligencia de este lugar, como estimo, es más fácil la salida, para que interpretemos la tierra como la naturaleza humana, porque el hombre fue llamado así de humus, y los extremos sean la vida de los santos, porque estando en la carne, viven sin lascivias carnales. Y por eso se dice que están en los extremos de la tierra: yendo de los actos terrenales, no viviendo en medio como viviendo completamente en la carne. Estos, pues, extremos o fines de la tierra están en la mano del Señor, como dice el profeta: Porque en su mano están todos los fines de la tierra: a quienes aquí dice el Señor que sostiene y sacude, para que tiemblen ante su faz, como dice el profeta de él: Que mira la tierra, y la hace temblar. Y así de su tierra sacude a los impíos, que ciertamente entendemos como costumbres execrables de los vicios. Por lo tanto, el Señor sacude de sus santos a los impíos de este mundo, cuando los establece purificados de ellos como inocentes. De tales impíos y pecadores decía el profeta: En la mañana, es decir, en el conocimiento de la ciencia de Dios, naciendo en mí la lámpara de la fe, mataba a todos los pecadores de la tierra, para destruir de la ciudad del Señor: ciertamente en cualquier alma santa, a todos los que obran iniquidad. O en el último tiempo Dios sostendrá al mundo, como reo para su juicio, en cuyo tiempo también los extremos de la tierra serán sacudidos con el temblor de la conciencia, donde podemos entender a los más pequeños en los extremos de la tierra, que también por el justo juicio de Dios, como soberbios e impíos, deben ser sacudidos

de la tierra de los mansos. Porque bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Restituetur como el barro al sello, y se mantendrá como una vestidura. Este sello se entiende como el alma del hombre, que fue creada a imagen de Dios. En ella se expresa la semejanza de la bondad de Dios y la belleza de todas las virtudes. Este sello de la imagen y semejanza de Dios había sido desgastado y borrado por el pecado de Adán, y nuevamente será restaurado por Cristo con una nueva impresión. Este sello ahora se renueva por la fe y la gracia del bautismo, y se graba en la mente con una vida mejor. Pero en la resurrección será restaurado completamente, cuando así como el barro del cuerpo humano será reparado en incorruptibilidad, también el alma se vestirá con él con la vestidura de la inmortalidad, como una túnica de gloria. Para que así como la misma gloria e incorruptibilidad de la inmortalidad, es decir, Cristo, permanece para siempre, también aquel que esté revestido de ella permanezca glorioso sin fin. De esta vestidura, mirando al barro de su carne, el Apóstol dice: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Sin embargo, es necesario observar con más atención que en las Escrituras se mencionan vestiduras con diferentes significados. La vestidura a veces se refiere a nuestro propio cuerpo, con el que el alma se cubre como con un manto, como dice el profeta al alma pecadora: Tu iniquidad cubrirá tu vestidura. También las virtudes del alma son vestiduras, con las que la misma alma se compone y adorna. De las cuales el profeta dice al justo que obra misericordias: Entonces tu luz matutina se romperá, y tus vestiduras pronto se levantarán: Y puesto que estas vestiduras son vivas y racionales, no se harán para ti, sino que se levantarán en ti. Y a veces los pecados se llaman vestiduras, como dice el profeta Zacarías: Y Jesús estaba vestido con vestiduras sucias. El ángel dijo a los que estaban delante de él: Quitadle las vestiduras sucias; y le dijo: He aquí, he quitado tu iniquidad. Arriba dijimos que la vestidura es la gloria de la inmortalidad, con cuya luz que nunca fallará, el hombre será eternamente vestido. Otros intérpretes dijeron así: Y tú, tomando el barro de la tierra, formaste al hombre, y lo pusiste famoso sobre la tierra: es decir, preeminente sobre todas las criaturas. Mientras el Señor habla estas cosas a Job, es fuertemente reprendido. Sin embargo, según los entendimientos místicos, bajo la sombra del Espíritu Santo, el hombre Jesús Cristo fue formado de la tierra de la Virgen María. Este hombre, por tanto, fue asumido del barro de la carne humana. Sepamos que el barro en este lugar no se dice por la vileza del nombre, sino por la misma materia de la que Cristo fue tomado: como Adán al principio, que fue plasmado del limo de la tierra. Y así como él existe por uno del seno de la tierra, así también este fue formado en el vientre de la madre por uno que lo creó. Y así es famoso sobre toda la tierra: de donde ya desde el nacimiento del sol hasta su ocaso sea alabado el nombre del Señor.

La luz de los impíos será quitada, y el brazo elevado será quebrantado. La luz de los impíos es la gloria de este mundo, y la felicidad que pasará con el mundo, como también dice Salomón: La luz de los impíos se extinguirá: y su virtud y poder, que se llaman con el nombre de brazo, serán inmediatamente quebrantados.

¿Acaso has entrado en las profundidades del mar, y has caminado en los abismos más profundos? Dios indica su providencia con la que dispone y gobierna todas las cosas, en estos lugares con un discurso muy abundante. Por eso dice a Job: Si puedes estar en todas partes, y conocer todas las cosas que han sido creadas: y si has podido penetrar los recónditos senos de la tierra, si también has recorrido las profundidades del mar, y los últimos y extremos abismos. Estas cosas se dicen para reprender a Job. Donde otros dijeron: ¿Acaso has entrado en la fuente del mar? parece decir el principio y origen, de donde el mismo mar, como de un vientre, emana del mar Océano, lo cual sabemos que ocurre por el curso y recursión perenne

del Océano, y afirman y confirman que esa inmensa efusión del mar Océano, que va a través de los ríos de todas las regiones y provincias, ocurre en un solo punto de tiempo. Pero nosotros sabemos que con el alternar de todos los días y noches, en veinticuatro horas, y después de transcurrir tres cuartos de una hora equinoccial, viene lentamente sin interrupción, ya sea de día o de noche, y después de cinco horas equinocciales refluirá, con un ímpetu violento, ya sea solo en lugares cubiertos, o también en los cursos de grandes ríos ascendiendo a las partes superiores, y durante siete horas de la misma medida fluirá con un curso un poco más lento, y vaciará solo lo que había sido llenado en cinco horas. Por lo tanto, puede parecer increíble que en el mismo mar brote como una fuente de tantas aguas, de cuya profundidad y abismo suficiente, en un tiempo determinado, esas aguas se viertan en la superficie, y nuevamente regresen a los mismos senos profundísimos: y se precipiten, y por una ley perpetua establecida por Dios, siempre broten desde lo más profundo y nuevamente descendan a lo más profundo, y quizás por eso Dios dijo a Job: ¿Acaso has entrado en la fuente del mar? Porque solo a Dios le son conocidas las cosas que ha creado. Sin embargo, según los entendimientos místicos, creo que Dios dijo esto, que al final del siglo descendería a los infiernos por la redención del hombre, donde dijo que había caminado por el poder del que descende: Porque era imposible que, como si fuera culpable de pecado, fuera retenido por las cadenas infernales. Él mismo fue hecho solo, como hombre. En el presente, sin ayuda, pero sin embargo entre los muertos libre. Pero que el infierno está en lo más profundo de la tierra, el profeta Jonás, quien tuvo especialmente la figura del Salvador, lo demuestra claramente en su oración que derramó en el vientre del pez, y que las aguas del abismo rodean el infierno, y en muchos otros lugares las Escrituras hablan de la calidad de los infiernos. También podemos entender moralmente este lugar, que porque sabemos que el mar por figura se dice este siglo: sus profundidades sobre todos los inicuos y pecadores, que tanto lo aman, sin embargo se sumergen en su oscurísima profundidad, para que no vean en absoluto la luz del Evangelio y la gloria de Cristo. Los últimos abismos son todos los impíos y sacrílegos, que descendiendo a las más profundas tinieblas de los pecados, con el excesivo flujo de las lujurias, como con la multitud de aguas, son oprimidos: a estos nuestro Señor, sin despreciar a nadie, y deseando salvar a todos, se dignó venir, para que sus corazones cegados por la infidelidad, los iluminara con su gracia, y hechos luz en el Señor, se convirtieran en su templo, para que él caminara y habitara en ellos, y fuera su Dios.

¿Acaso se te han abierto las puertas de la muerte, y has visto las puertas tenebrosas? No hay criatura, por poderosa y fuerte que sea, que pueda resistir a la majestad de Dios. Y por eso, porque por naturaleza sienten al Creador, ceden al poder divino, al que no pueden oponerse en absoluto. Por eso los antiguos intérpretes dijeron: ¿Acaso se te han abierto las puertas de la muerte? Donde entendieron que tales puertas, que ciertamente se temen, no son insensibles e inanimadas, sino que son más bien esos espíritus inmundos, nuestros enemigos, es decir, las potestades adversarias, por las cuales se encontró la entrada a la muerte para el género humano. Ellas son también las puertas tenebrosas, cuyos ánimos malvados, y llenos de la oscuridad de la envidia, solo Dios persigue. Por lo tanto, porque estos de los que hablamos se hicieron tinieblas al apartarse de la verdadera luz, y se llaman potestades de las tinieblas, es decir, príncipes de los hombres pecadores, y por eso también se llaman puertas tenebrosas, porque por su engaño, se hizo para el hombre la entrada a la muerte a través de las tinieblas de los pecados. Donde se dijo, ¿has visto las puertas tenebrosas?, lo que ya hemos expuesto, otros intérpretes trasladaron el lugar más claramente, diciendo: ¿O los porteros del infierno al verte temieron?: este lugar no necesita explicación, sino que más bien lo que antes se dijo oscuramente, lo declaró clarísimamente. O ciertamente en la pasión y muerte del Señor, estas cosas que se dicen, son más claras que la luz, quien abrió las puertas del infierno, y liberó de allí las almas de los santos, rompió las leyes del tártaro, saliendo de los infiernos, hizo nula la

sentencia de muerte resucitando, condujo principados y potestades temblorosos, que eran porteros y puertas, triunfando abiertamente en sí mismo. Según la inteligencia tropológica, las puertas de la muerte son nuestros sentidos, que son puertas cerradas a las virtudes, porque son ocupadas por los vicios, y a través de ellas la muerte del pecado entra en la fortaleza de la mente. Estas puertas tenebrosas se llaman así porque abren el acceso a las tinieblas de los pecados, o incluso de las penas. Estas puertas, por lo tanto, o estas puertas, se abren a los hombres para la salvación, cuando vencidos los vicios como enemigos suyos, expulsados y puestos en fuga, los hombres las abren con las virtudes de la santidad, para que escuchen con exhortación la palabra del profeta que dice: Ábreme las puertas de la justicia, entraré por ellas y alabaré al Señor. El hombre santo, para poseer el testimonio de la santidad, y las joyas de las virtudes, entra con el afecto del que conserva y se regocija, porque por la participación del tesoro común, se hace un solo corazón y una sola alma en Dios. Y así en este mundo, como en el examen del horno, puestos juntos: como de una sola boca bendicen a Dios en todo tiempo, y su alabanza está siempre en su boca.

¿Acaso has considerado la amplitud de la tierra? Dime, si lo sabes, todo. ¿Quién de los hombres podrá saber, cuán grande es su extensión, sino solo aquel que lo creó todo? De quien el profeta dice: ¿Quién midió las aguas con su mano, y el cielo con su palma, y cerró toda la tierra con su puño? También de otra manera: ¿Acaso tú, Job, has previsto la amplitud de la tierra, es decir, la Iglesia futura, que por todo el mundo, con el Evangelio creciendo en todas partes, he dilatado? Dime, pues, si esto pudiste saber, o alguna vez entender. O la amplitud de mi sabiduría, que he dado a la tierra, a mi casa, es decir, a la Iglesia: ¿acaso previendo el futuro, con el ojo de la mente encendido, pudiste contemplar por ti mismo? Esta sabiduría dilató el corazón de Salomón, como la arena que está en la orilla del mar, y le dio mucha prudencia, y que se canta en su salida, y actúa confiadamente en la amplitud de sus caminos, cuyos múltiples sentidos, y riquísimos en la amplitud de sus disputas, manda la misma sabiduría que se describan en el corazón del hombre de tres maneras. Estas palabras, por lo tanto, pueden entenderse disertadas desde la persona del Padre sobre la sabiduría, que es el Hijo.

¿En qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas, para que lleves cada cosa a sus límites, y entiendas las sendas de su casa? En el camino de la santa conversación del hombre, habita la luz de las virtudes: el lugar de las tinieblas, es decir, de los vicios, es el hombre pecador, o aquel lugar del que dice: Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. ¿Sabes, pues, Job, discernir el mérito de cada uno, y llevar a cada uno de ellos a los límites prefijados de la retribución, y pudiste entender los pensamientos de sus corazones, como sendas de sus casas? También en qué camino, o tierra, como dijeron otros, habita la luz: la luz de la fe y el conocimiento habita en el corazón del creyente, o la luz en la tierra, Cristo en la Iglesia. El lugar de las tinieblas, es decir, de la ignorancia y la infidelidad, es el corazón de los insensatos e incrédulos. Y por eso, por cualquier senda que vayan los buenos y los malos, según el mérito llegan a la casa de la conversación eterna, con el justo y buen Señor guiando.

¿Sabías entonces que ibas a nacer, y conocías el número de tus días? ¿Quién de los hombres sabe antes de ser, que va a ser, y conoce los días o años de su vida? También en Adán pecador, y hecho hijo de la muerte, ¿cuándo pudiste saber o entender, que por el espíritu y la gracia del bautismo ibas a nacer de las entrañas de la madre Iglesia, y a ser renovado eternamente según la última resurrección, y el número de tus días, que son sin fin, cómo pudiste conocerlo por ti mismo?

¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que he preparado para el tiempo del enemigo, y para el día de la batalla y la guerra? Dios quiso demostrar su poder, que también tiene en las cosas secretas e invisibles de su creación, con estas palabras, diciendo a Job: ¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo? no son lugares en alguna parte del mundo de inmensa capacidad, que contengan dentro de sí masas y montones de infinitas nieves, para que con razón por esto, se llamen como lugares de tesoro de donde estas especies acumuladas desde hace tiempo se saquen cuando Dios quiera; sino que es más bien así, como en otro lugar el mismo Señor dice: Y la especie del campo está conmigo: Porque cualquier cosa que quiera hacer, inmediatamente su voluntad se lleva a cabo. Y por eso se llaman tesoros, no en algún lugar inmenso y capaz, sino en su voluntad y disposición están constituidos: como en otro lugar dice: Y la especie del campo está conmigo: en quien nada es imperfecto, porque no es otra cosa pensar de él, otra cosa hacer, sino que inmediatamente se hace lo que quiere. En esta disposición secreta de su corazón divino, donde estaban estos tesoros de estas cosas cuando aún no existían corporalmente, se pregunta a Job si puede entrar. Nadie puede acceder o conocer ese secreto de la majestad divina, sino el Hijo que está en el seno del Padre, de una sola naturaleza y sustancia. Estos, por tanto, se dicen preparados por Dios para el tiempo del enemigo, el día de la batalla y la guerra. Por lo tanto, con muchos modos y otros innumerables juicios suyos, Dios flagela y corrige al género humano, como también a los egipcios, a quienes devastó con rayos y granizo. Y generalmente con otras cosas frecuenta la corrección de los hombres. Los humilla con incursiones hostiles, devasta con terremotos y abismos, los pierde con torbellinos, los oprime con ruinas, los sumerge con naufragios: también los golpea con innumerables plagas, ya sea con enfermedades lentas, ya sea con dolencias agudas y aire corrupto. Por eso leemos en el Deuteronomio, que prepara para sus enemigos que se oponen y rebelan, para infligirles según su justicia las penas debidas de las tribulaciones. También de otra manera: Tomamos la nieve a veces en buen sentido, a veces en contrario: y por eso bajo el nombre de nieve se prefigura en este lugar el cuerpo de las potestades adversarias, que se ha alejado de la caridad de Dios, es decir, ha dejado a Dios habitando en el cielo, para que por el justo juicio de Dios fuera arrojado a la tierra. De esta nieve y granizo, como si hubiera pasado a una cierta dureza olvidada de su naturaleza, Dios quiso llamar tesoros los secretos, es decir, las maquinaciones de sus pensamientos, como dice el profeta Ezequiel de su príncipe: En la multitud de tu comercio se han llenado tus interiores de iniquidad. De este tipo, por tanto, el Señor es el único conocedor y escudriñador de todos los pensamientos. Estos, digo, tesoros, que por enigmas se llaman nieves y granizos, dice Dios que los ha preparado para el tiempo del enemigo, el día de la batalla y la guerra. Y porque con un corazón insensato nunca se volverían a Dios, por disposición divina se hicieron maestros de castigos, para que castigaran con flagelos de corrección a otros para la enmienda de Dios, a otros según la justa sentencia de Dios los castigaran, a otros constituidos en tribulaciones duras los hicieran más claros. Como también en este santo Job se manifestó claramente, también en los egipcios se demostró de manera similar, a quienes no queriendo Dios que lucharan, se les enviaron plagas horrendas por ángeles malos. También, ¿acaso has entrado en los tesoros de la nieve, y demás? El Señor pudo haber dicho esto sobre su venida en la carne, que como fuego eterno y fuego del cielo, y fuego divino por el cual todas las criaturas racionales se calientan, se dignó descender a la tierra, que como a una región nevada, y fría de este mundo y endurecida como granizo por el excesivo frío de la infidelidad, exclamó y dijo: Fuego vine a traer a la tierra. Por lo tanto, estos tesoros de los corazones humanos, frigidísimos por el olvido de su Dios, profesa haber entrado, para que, expulsado el frío de la perfidia, ardieran con su amor y dijeran: Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encendió el fuego. Para que al venir del frío de la necedad al fuego de la inteligencia por el progreso de la fe, dijeran: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros,

cuando, iluminado el corazón y encendido el manantial de la caridad, nos abría las Escrituras Jesús? Así, pues, entrando en el mundo y visitándolo, mira los corazones de los mortales, que también se llaman tesoros por el mismo Señor en el Evangelio, diciendo así: El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas. Estas cosas, por tanto, Dios las preparó, que dijimos, para el enemigo de la batalla y la guerra, en el tiempo ciertamente muriendo por nosotros: al enemigo grave y molestísimo diablo en los infiernos lo triunfó, y resucitando de entre los muertos, en Judea a los adversarios de su fe los expugnó.

¿Por qué camino se esparce la luz, se divide el calor sobre la tierra? ¿Quién podrá propiamente saber de los mortales, cuál es el camino del sol, que sigue su curso ordenado en el clima derecho del cielo, esparciendo la luz sobre las tierras o cómo se divide el calor por las estaciones del tiempo, o por los lugares de todas las regiones, para que en un lugar arda más en el mismo tiempo, y en otro se sienta con un calor templado? También, ¿Por qué camino se esparce la luz, se divide el calor sobre la tierra? El camino es la predicación del Evangelio, por el cual la luz de la fe se esparce sobre los corazones de los creyentes. Y se esparce bellamente, porque las mentes de los hombres áridas por la infidelidad, son rociadas con la abundancia de la gracia divina, y así se divide el calor del Espíritu Santo sobre la tierra de los fieles. Así, digo, se divide, cuando a cada uno se le da la gracia según la medida de la donación de nuestro Señor Jesucristo. O se divide de esta manera, cuando para unos el anuncio de Cristo es olor de vida para vida, y para otros olor de muerte para muerte. Así, pues, se divide el mismo bien del Evangelio, para que a unos les otorgue vida, y a otros la muerte, por el crimen de la infidelidad. También el camino de la santa conversación del hombre, y la luz del temor de Dios, se esparce sobre toda la tierra del cuerpo, para que huyan de él las tinieblas de los pecados y el calor de las tentaciones, con la ayuda de la gracia de Dios, se templan, para que al surgir sobre él el ardor del sol, no se exaspere. Y así, pues, se divide el calor, cuando no se les impone todo el peso de las tribulaciones de una vez, como dice el Apóstol: Porque fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados, etc. Y Salomón: El hijo prudente escapará del calor, pero el hijo iniquo se corrompe en la cosecha por el viento.

¿Quién dio curso al aguacero más vehemente y camino al trueno resonante, para que lloviera sobre la tierra sin hombre en el desierto, donde ningún mortal habita, para llenar lo inhóspito y desolado, y producir hierbas verdes? Este aguacero vehementísimo es el Evangelio del Salvador, quien envió su palabra a la tierra, para que su mensaje corriera velozmente: este, digo, aguacero en los montes de Jerusalén, se elevó desde lo más bajo de la tierra a lo sublime. Porque de Sion saldrá la ley, dice el profeta, y la palabra del Señor de Jerusalén; y elevado por las nubes apostólicas santas, como agua fluyente, corre copiosamente, con el viento del Espíritu Santo soplando a su favor, abrió camino a la fe en las naciones, precedido por el trueno del terror del nombre de Dios y de los milagros. Otros dijeron, preparó el río de todos los pueblos. Y el río, digo, de la Iglesia preparó, para que fuera inundado por la lluvia copiosa y poderosa del Espíritu Santo, como se demostró en el mismo principio de la naciente Iglesia sobre los apóstoles y los demás santos. Pero lo que se dice en alabanza de la lluvia evangélica, que llovió sobre la tierra inhabitable, que no tenía hombre: no será sorprendente si se entiende tal como suena; sino que en el desierto, es decir, en las naciones, derramó copiosamente la doctrina de la predicación del Señor. En el desierto, digo, donde ningún hombre había habitado, es decir, porque ningún profeta había sido enviado por Dios a las naciones, para llenar lo inhóspito y desolado, y producir hierbas verdes del Evangelio. La lluvia de la tierra de la Iglesia, que había sido desolada por Dios, y la lluvia de la caridad de Dios la llenó de grasa, y en la abundancia, para que de la fertilidad de los bienes celestiales produjera y trajera hierbas verdes de semilla sembrada, según su género, como dice en el salmo: Y florecerá de la ciudad como la hierba de la tierra, y multiplicando los frutos haría

según la parábola del Señor, unos treinta, otros sesenta, otros cien frutos, y escucharía con exhortación consolándose: Alégrate, estéril, que no das a luz: rompe y clama, que no das a luz, porque muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido.

¿Quién es el padre de la lluvia, o quién engendró las gotas del rocío? ¿Quién es el autor y creador de esta lluvia, y de este aguacero del Señor, sino Dios? Esta lluvia voluntaria la segregó para su heredad, como dice el Padre al Hijo: Hijo, pide de mí y te daré las naciones por heredad tuya, y por posesión los confines de la tierra. También Dios engendró las gotas del rocío: de aquí que el profeta dice a Dios: Porque el rocío que es de ti, es salud para ellos. Por tanto, en el río, demostró la abundancia y generosidad de la gracia divina. En el rocío, sin embargo, la misma gracia, acostumbrándose suavemente a las entrañas, y penetrando las médulas del alma. Otros dijeron, o quién engendró los terrones del rocío. Estos terrones, por tanto, no será absurdo entenderlos como cada uno de los santos, que están en el campo de la Iglesia: a quienes el Apóstol dice: Sois labranza de Dios. Allí, por tanto, estos terrones son engendrados en Cristo por el bautismo, como dice el Apóstol: Creados en Cristo Jesús para buenas obras. De donde, rociados con este rocío celestial, se hicieron fértiles en frutos santos, y abundantes.

¿De cuyo vientre salió el hielo? Con el nombre de vientre, me parece que se ha significado el secreto del corazón. No debemos entender razonablemente que el hielo salió de la boca de Dios, sino que de aquel secreto de su mente, y juicio inescrutable, manó una sentencia justa y estricta. Dijo, por tanto, que el hielo salió, por el juicio que sale, por el cual según su mérito, algunos hombres son golpeados con la plaga de la obduración, y sus corazones son constreñidos por un hielo durísimo e insoluble, y frigidísimo: para que no sientan el calor de la caridad divina ferviente. De los ángeles apóstatas, puede decirse muy verdaderamente, y debe entenderse especialmente de los judíos, a quienes las aguas de los discursos celestiales se congelaron, para que fluyeran en frutos de gracia para las naciones: de cuya vocación se dijo en el versículo anterior, y de quienes: Puso el desierto en estanques de agua, y tierras sin agua en salidas de agua, e hizo habitar allí a los hambrientos, es decir, hambrientos de justicia: Y sembraron campos, y plantaron viñas, e hicieron fruto de nacimiento, y los bendijo, y se multiplicaron mucho. Quien, por tanto, contempla espiritualmente la Iglesia ahora puesta en todas partes, ve su tierra, que alguna vez fue desierta para Dios, ahora abundar en todas las riquezas espirituales predichas: así, por tanto, la Iglesia recibió las gotas de rocío que descenden del cielo, y según el libro de los Jueces, lo que leemos que sucedió en el tiempo del líder Gedeón, el rocío de una ovejita y de una pequeña nación, infundió la gracia de la bendición sobre toda la tierra creyente en Cristo, que es el rocío, y se cumplió aquel misterio que el Salmista había predicho diciendo: Como el rocío de Hermón. Hermón, ciertamente, monte que se interpreta como anatema, significa con su altura al pueblo de los judíos. Por tanto, el rocío de aquel, a saber, de gracia y bendición, descendió al monte Sion. Sion, en efecto, monte excelso en virtudes y sublime, es la Iglesia. En la cual está establecida la atalaya de la contemplación de los futuros creyentes. De donde también la misma especie de virtudes se interpreta como Sion. Y para que conociéramos el nombre propio de este rocío, dice el Salmista: Porque allí, ciertamente, en el monte Sion, mandó el Señor la bendición, y la vida hasta la eternidad. Y sigue diciendo el Señor:

¿Y el hielo del cielo quién lo engendró? De este modo, por tanto, del cielo son golpeados con la sentencia de obduración los sacrílegos, lo cual ciertamente se dice que es creado por Dios justamente para ellos, como a Faraón y a los judíos, a quienes por su infidelidad, y excesiva obstinación del corazón, leemos que fueron endurecidos. Sigue sobre esto, diciendo el Señor:

A semejanza de piedra se endurecen las aguas. Con el nombre de aguas, según la autoridad de las Escrituras, se entienden los pueblos: como dice el apóstol Juan: Las aguas son pueblos; y David al Señor: Líbrame, dice, de las muchas aguas, de la mano de los hijos extraños. De estos, por tanto, me parece que dice, que por el excesivo frío del olvido de Dios se han congelado, y a semejanza de piedras, se han hecho sólidos y muy duros. Luego dice:

Y la superficie del abismo se congela. En el abismo, creo que debe entenderse la oscuridad profundísima de la mente, que así se cubre y se congela con la obtusidad de la infidelidad excesiva, con un cierto hielo de impiedad, que se hace semejante a una roca, de modo que con tal mente, no hay acceso alguno a Dios para respirar, según aquello que el Apóstol, tomando testimonio profético sobre los judíos, habló, diciendo: Dios les dio espíritu de compunción, ojos para que no vean, y oídos para que no oigan hasta el día de hoy. También en el salmo ciento cuarenta y siete, sobre el hielo, o la escarcha y el cristal, según este sentido que leemos que el Señor dijo aquí, es manifiesto que el profeta habló místicamente. Podemos entender estos lugares también de manera simple, y el hielo del cielo quién lo engendró? Llamando cielo a las cumbres glaciares de los montes, y las cimas elevadas, y a través del inmenso aire, los lugares más cercanos o más próximos al cielo. Según esta costumbre de las Escrituras, el mismo Señor dice en el Evangelio, las aves del cielo. Dejando ahora estas cosas según la letra, es más apropiado que entendamos y creamos aquellas que han sido sagradamente predicadas por Dios.

¿Acaso podrás unir las brillantes estrellas de las Pléyades, o podrás disolver el giro del Arcturo? Ahora habla del orden del cielo y del circuito de las estrellas a Job. Llama Pléyades a las estrellas, que unidas, parecen ser siete. Por tanto, los griegos, porque eran muchas juntas, les dieron el nombre por la misma multitud: *πληθὺς* o *πληθος* significa multitud, y de ahí se derivó que se llamen Pléyades. Dice, por tanto, el Señor a Job: ¿Acaso pudiste hacer que estas estrellas estén unidas y juntas por tu poder? También el circuito del septentrión o del Arcturo, que en un giro interminable por el lado izquierdo del mundo hice que volviera sobre sí mismo, para que siempre vaya y regrese sobre sí mismo: ¿acaso podrás disolverlo? Sobre las estrellas del cielo, o signos, leemos en otros lugares de las Escrituras, como en Josué y Jueces: Fue, dice, el límite del amorreo desde la subida del escorpión, la roca, y los lugares superiores. Para que, por tanto, digamos las palabras del Señor según los entendimientos místicos, interpretemos el cielo como la Iglesia, que anteriormente el Señor llamó con el nombre de tierra, pero allí fue llamada tierra por su origen. Ahora, sin embargo, elevada por Cristo en gloria: el cielo se entiende correctamente. En este cielo, por tanto, también las estrellas de las Pléyades, y del septentrión, contienen en sí una forma sagrada de interpretación. Pues el mismo número septenario demuestra en sí las gracias del Espíritu septiforme, que brillan en este, y las mismas gracias de los espíritus resplandecen en el mismo firmamento del cielo. Estas estrellas, por tanto, son llamadas por el profeta, los siete ojos del Señor, cuyas gracias y virtudes de los ojos enumera el profeta Isaías, donde profetiza sobre el nacimiento del Salvador diciendo: Y reposará sobre él el espíritu de Dios: espíritu de sabiduría, y de entendimiento: espíritu de consejo y de fortaleza: espíritu de ciencia y de piedad: lo llenó el espíritu del temor de Dios. Así como, por tanto, nadie pudo unir las estrellas espirituales de luz indivisible, así puede suceder que estas estrellas de gracias, rodeando mi Iglesia, se separen de una conexión insoluble. Pero lo que otros dijeron, o entendiste los lazos de las Pléyades: eleva el ánimo del que contempla a la inteligencia espiritual, para que se esfuerce en buscar algo alegórico.

¿Acaso produces al Lucero en su tiempo, y haces que el Véspero se levante sobre los hijos de la tierra? Es una estrella, que llamamos Lucero, más brillante que las demás estrellas, que también los doctores de la Iglesia afirman que es una de esas cinco estrellas, que llaman

planetas, porque tienen un curso diferente al de las otras estrellas, mucho más rápido y de ahí se llaman planetas, es decir, vagantes, o errantes, porque no tienen un curso fijo, sino mutable. Este Lucero, por tanto, dicen que aparecerá en la tierra, después de dos años nacerá en Oriente. Otra estrella, que llamó Véspero, porque se muestra al mundo alrededor del atardecer de su tiempo: esta, dice Dios a Job, ¿haces que se levante sobre los hijos de la tierra? Quien, por tanto, entiende el poder de quien gobierna todo, y reconoce la justicia que obra en ti. Muchos piensan que esta estrella se llama Héspero. De donde también Italia fue llamada Hesperia, porque allí aparece primero en su tiempo. Espiritualmente, sin embargo, son palabras del Padre sobre su Hijo nuestro Salvador diciendo así: ¿Acaso sacarás al Lucero en su tiempo, y harás que el Véspero se levante sobre los hijos de la tierra? Donde se significó tanto la venida del Señor en carne como su resurrección de entre los muertos, figurada, viniendo la plenitud del tiempo. Dice, por tanto: Envío Dios a su Hijo hecho de mujer, hecho bajo la ley. En este tiempo, por tanto, fue sacado por Dios Padre, para que visitara las tierras, quien por eso es llamado Lucero, porque viniendo de lo sublime, como después de dos años, después de la ley y los profetas, surgió, y sobre nosotros puestos en tinieblas, y en sombra de muerte, nos mostró la luz de la fe y del conocimiento oportuno. El Véspero, sin embargo, es llamado el mismo Hijo del hombre, que en la cruz en el tiempo de la pasión cayó. De quien el profeta dice a los pueblos que creerán: Hará camino para él quien asciende sobre el Ocaso, el Señor es su nombre. Quien ciertamente en el tiempo del ocaso, cuando dice al Padre: En tus manos encomiendo mi espíritu, puso tinieblas, y se hicieron en el corazón de los infieles judíos. Este, por tanto, Dios Padre, como gran pastor de ovejas lo levantó. Este, digo, Véspero, porque ofreció el sacrificio vespertino en el atardecer de los siglos, enviado, hizo que el hijo del hombre se levantara sobre los hijos de la tierra: ojalá no sean carne, y tierra alimento de la serpiente, ni hijos de la noche y de las tinieblas, sino que sean hijos del Lucero, hijos de Dios.

¿Acaso conoces el orden del cielo, y pondrás su razón en la tierra? Si alguien puede conocer el número de todas las estrellas, también puede investigar el orden de su milicia. Nadie, por tanto, conoce esto propiamente sino solo aquel que lo creó. Sin embargo, en sentido espiritual, puede entenderse así: ¿Acaso tú, Job, como conocedor de lo futuro, ya sabes en qué orden en el cielo de la Iglesia, qué diversas y múltiples gracias de mi espíritu, como estrellas resplandecen, o con qué gloria, o en qué orden de méritos, como globos de estrellas radiantes, los santos brillarán en la resurrección? Otros traducen este lugar así: Para que todo lo que está bajo el cielo, se haga igualmente. Donde parecen decir esto, que por la volubilidad ya sea de los tiempos, ya sea de las estrellas, a través de los espacios que se suceden, regresa y recurre. Sin embargo, espiritualmente, se debe considerar que se dijo así, que la dispensación por Cristo de la reconciliación humana, crezca hasta el fin del siglo, al conocimiento de todas las naciones, o porque los santos para llegar al final de las virtudes, progresen diariamente en la santidad de las costumbres, y por eso están constituidos bajo el cielo, es decir, bajo la obediencia de la disciplina eclesiástica.

¿Acaso elevarás en la nube tu voz, y el ímpetu de las aguas te cubrirá? A primera vista, esto debe entenderse así. ¿Acaso tienes tanto poder, que a tu mandato y señal inmediatamente las lluvias descendentes y cubrientes del cielo descendan? Sin embargo, según una inteligencia más alta, elevo la voz, dice el Señor, cuando clamo a los hombres: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y con afecto de piedad, golpeo el secreto de su mente: donde hay como una nube la oscuridad del pecado, y el olvido muy oscuro de mi nombre, para que obedeciendo a mi voz, rodeado de innumerables pueblos, como por un ímpetu de aguas influyentes me cubra, y con las cuales me vista como con un vestido, para que habite en ellos, como dice el profeta: Como una novia me ha vestido con un vestido. Otros dijeron: Lllamarás

a la nube con voz, y en el temblor las aguas fuertes te obedecerán. El agua fuerte es el tremendo precepto de la voluntad divina, que Dios manda a cualquier santo con voz, es decir, con afecto de clamor, y con el impulso de insinuación, para que obedeciendo se salve. ¿Acaso tú, Job, pudiste hacer algo similar?

¿Acaso enviarás relámpagos, y ellos irán, y al regresar te dirán, Aquí estamos? En estas palabras de Dios, se debe creer que todo lo que quiera está presente a su poder, a quien incluso todas las cosas insensibles, son como sensibles; como dice el profeta: A la presencia del Señor se conmovió la tierra, a la presencia del Dios de Jacob. Sin embargo, se llaman relámpagos que regresan, porque estos son enviados por Dios, para que con la predicación del Evangelio iluminen el mundo, a quienes el Señor dice: Vosotros sois la luz del mundo. Y de nuevo: Te he puesto como luz de las naciones, para que seas en salvación hasta el último de la tierra: y al final del siglo regresando con los frutos de sus gavillas vendrán con júbilo, y dirán: Cinco talentos me entregaste: he aquí otros cinco he ganado. O los relámpagos son inspiraciones divinas, con las cuales se iluminan los corazones de los santos, para que encendidos en ellas ardan en el amor de la caridad de Cristo. Estos relámpagos de la iluminación de Dios regresarán a Dios, quien los envió para excitar el deseo de sí mismo, cuando por la misma visita divina con ánimo ardiente y ferviente hayan realizado la obra de su iluminación.

¿Quién puso en las entrañas del hombre la sabiduría, o quién dio al gallo la inteligencia? Es evidente que el hombre, cuando fue hecho a imagen y semejanza de Dios, recibió la sabiduría de la razón, para sobresalir sobre los demás seres vivos, que carecen de razón y prudencia. En cuanto a los bienes con los que Dios dotó al hombre, remito al lector a aquellos que han escrito extensamente sobre el bien de la naturaleza y sus virtudes. También al gallo Dios le dio tal sentido, que al terminar la noche, como recordando la luz cercana, anuncia al mundo su regreso cantando. Según la inteligencia espiritual, debe entenderse así: ya que Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios. El Padre lo puso en las entrañas del hombre: pues así la sabiduría de Dios, que es su Hijo, dijo cuando Pedro confesó que Él era el Hijo de Dios, diciendo: Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo. No te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y el Apóstol: Pero cuando le agradó a Él, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí. Creo que el gallo es cada uno de los santos, que en la noche y las tinieblas de este mundo, reciben la fe, la inteligencia y la constancia de la virtud para clamar a Dios, para que inspire ya el día permanente y se alejen las sombras de la vida presente, con el urgente y frecuente clamor de sus oraciones diciendo: Envía tu luz y tu verdad. Lo cual también podemos entender de los profetas, que anunciaron con fervor la llegada del día y del sol. En este lugar, otros tienen una interpretación muy diferente, que dijeron: ¿Quién dio a las mujeres la sabiduría del tejido y el conocimiento de las variedades? Si la sabiduría del tejido y el conocimiento de las variedades fueron dados por Dios solo a las mujeres, de quienes se dice: Pero las mujeres sabias dieron lo que sabían para la obra del tabernáculo: de las cuales también el Señor en este lugar, como especialmente dice: ¿Quién dio a las mujeres la sabiduría del tejido y el conocimiento de las variedades? Como en Éxodo, Bezalel y Oholiab tejieron las vestiduras de los sacerdotes y del tabernáculo con obra variada y de bordado. Sepamos, pues, que hay almas santas, que han recibido esta obra de realizar incluso ahora en la historia por la inteligencia del espíritu: a quienes ciertamente, como está escrito: Dios les dio sabiduría e inteligencia, todo lo que también puede ser inventado hábilmente, lo dio en su corazón. Así, pues, fueron llenos del espíritu de sabiduría, e inteligencia, y sabiduría o ciencia, y toda doctrina para idear y hacer toda obra, ya que aquel tabernáculo de la ley, prefiguraba la imagen de la santa Iglesia. Hablemos de esta variedad de costumbres, o méritos como vestidura de los que sirven a

Salomón, lo que por figura la reina de Saba dijo a Salomón, alabando con admiración su sabiduría, y la casa, los alimentos, las moradas, y el orden de los siervos, las vestiduras y los ministros, y los holocaustos, que ofrecían continuamente en la casa del Señor, esta variedad de oficios está tejida por las diversas Iglesias en todo el mundo, por las cuales en un lugar los casados, en otro los continentes, en otro las vírgenes: estos por las limosnas, aquellos por la renuncia de todas las facultades: aquellos por la cruz, y la mortificación de los deseos terrenales, aquellos por el conocimiento de las Escrituras con múltiples gracias del Espíritu Santo, como con diversos colores adornan el cuerpo de Cristo, y se confeccionan para sí mismos vestiduras de gloria eterna e inmortalidad. También tejen con perfecto entendimiento la fe de la Trinidad, como una cuerda triple que no se rompe fácilmente. Estas vestiduras las confeccionan estas mujeres espirituales, es decir, ya sean almas santas, o Iglesias establecidas en diversos espacios de las regiones.

¿Quién narrará la razón de los cielos, y quién hará dormir el concierto del cielo? Es cierto, porque nadie podrá narrar con palabras o concebir con la mente la razón de los cielos, o el curso de las estrellas. Pero lo que dice: ¿Quién hará dormir el concierto del cielo? en muchos lugares de las Escrituras se dice que los elementos alaban a Dios, porque en su disposición y belleza Dios es proclamado, ya sea por los hombres o por los ángeles. Es decir, ¿quién hará que los hombres, ejerciendo la vida en sus alabanzas, duerman, es decir, descansen? Por este honor, que se paga por la congregación de la Iglesia: ¿quién más que Él mismo dará descanso y refrigerio eternamente? Pues el dormir a veces en las Escrituras se entiende como descanso, como dice el profeta Isaías, La justicia durmió en ella: es decir, en Jerusalén reposó la equidad de la justicia, ahora, sin embargo, homicidas. Y un santo, sobre quien había sido sellada la luz del rostro del Señor, dice en el salmo, En paz me acostaré y dormiré. También en otro lugar, Si dormís, dice, entre los cleros, es decir, entre las suertes de los dos Testamentos descansáis. ¿Y quién hará dormir el concierto del cielo? Entendamos a los santos ángeles, que por la misma morada del cielo son llamados cielo por el profeta de esta manera, Cielo del cielo al Señor. De este cielo, pues, dice el Señor, ¿quién hará dormir el concierto, es decir, quién será aquel que los haga cesar de las alabanzas perpetuas, con las que me bendicen, santo, santo, santo Señor, cantando incesantemente, para que cesen, y como durmiendo pueda inhibirlos? ¿Quién narrará la razón de los cielos? Y los santos a menudo se llaman con el nombre de cielos, de los cuales según los entendimientos místicos el profeta profetiza, diciendo: Los cielos narran la gloria de Dios. ¿Quién podrá, pues, narrar las donaciones de estos, que tienen según la gracia de Dios diferentes; o la misma razón de su fe?

¿Cuándo se fundaba el polvo en la tierra, y se compactaban los terrones? El polvo del que habla el Señor, significa la infidelidad de las naciones: ciertamente polvo árido, y suelto de fundamento en la Iglesia apostólica se mezcla, para que por la fe y las ligaduras, o uniones de la caridad, la unión en Cristo con el pacto de unión y paz, en el crecimiento de Dios como en tierra sólida crezca y progrese. De donde los terrones del campo del Señor, hechos fructíferos, se compactan en un solo cuerpo de la Iglesia con el vínculo de la caridad. También con el nombre de cielos se llaman correctamente las Escrituras santas: porque han sido atribuidas a los hombres desde arriba, o porque contienen en sí mismos los sacramentos celestiales. ¿Quién podrá, pues, escudriñar con el ánimo, o expresar con elocuencia, o quién mandará cesar sus profecías, la razón de estos cielos, es decir, de las Escrituras, que están oscurecidas por las profundidades de los misterios? Los antiguos intérpretes dijeron así: ¿Quién inclinó los órganos del cielo a la tierra? es decir, ¿quién es el que inclinó el canto de los cielos alabando a Dios, hasta el conocimiento de los hombres, para que, por la imitación de su alabanza, merezcan hacerse compañeros de los ángeles?

¿Acaso tomarás la presa de la leona, y llenarás el alma de sus cachorros? De lo que enumera a lo largo de todo el texto de este discurso, seis son cuadrúpedos, y cuatro aves. Y en este número perfecto del decálogo puede parecer que quiso que se entendiera toda criatura, que por Él como autor es gobernada. El número diez es perfecto; porque al iterarlo, todo número se multiplica infinitamente. Así que según la superficie de la letra, dice esto: Yo que procuro todo con justa disposición, solo alrededor de ti, oh Job, parezco injusto. Según el entendimiento espiritual, la leona o incluso el león, se entiende como el diablo, que en muchos lugares de las Escrituras se nombra así por su ferocidad y fortaleza. De este, pues, dice el Señor, que no puede dañar a nadie, a menos que reciba poder de Dios. Por su justo juicio, se entregan, porque él no tiene en absoluto poder de dominio, a menos que Él lo permita. ¿Acaso tomarás la presa de la leona, es decir, como yo le permita tomarla? Creo que en este lugar se les llama cachorros, porque había nombrado a la leona, a quienes había nutrido con el veneno de su malicia, o iniquidad, como con leche, para destruir a los hombres. De cuyas muertes, las almas de los espíritus malvados se alimentan, y de estos dice en el salmo; Los cachorros de los leones rugen, para arrebatarse y buscar de Dios alimento para sí. A estos leones, y dragones, se dice que Dios les da alimento: cuando aquellos que desean, los toman en su poder.

¿Cuándo yacen en sus guaridas (en los bosques, dijeron otros) y acechan en las cuevas? Las guaridas o cuevas son los corazones de los hombres impíos: en estos escondites se sientan, o yacen al acecho, para matar al inocente.

¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman a Dios: vagando, porque no tienen alimentos? Creo que aquí el cuervo también significa la parte adversaria, así como sus polluelos, para que de la misma manera que entendimos arriba a la leona, y sus cachorros como el diablo, y la multitud de sus perdidos, así también aquí entendamos al cuervo como el mismo con sus polluelos. Lo que se dice vagando, se indica con esta palabra, que padecen como una especie de rabia de hambre alrededor del género humano, para que tomen la perdición de su porción como alimento, y por eso parecen esforzarse con toda insistencia, hasta que logran el efecto de sus deseos, como hemos oído al Espíritu Santo, por Salomón diciendo: El ojo que se burla del padre, y desprecia la vejez de la madre, lo saquen los cuervos de los valles, y lo devoren los polluelos de las águilas. También podemos entenderlo así, que el cuervo, es decir, el diablo, y todos sus socios alguna vez los tuvimos como padres, cuando nos asimilábamos a sus errores y vicios, y de ahí también éramos llamados con el nombre de polluelos. Pero dejándolos, lo que también se enseña a la esposa a hacer: que somos nosotros la esposa, a quien se le dice: Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre, y ahora invocando al Señor, puede ser que aún seamos llamados con el nombre anterior: como dice el profeta, donde habla de Dios: Que da alimento a los animales, y a los polluelos de los cuervos que lo invocan. Y creo que por eso se nos llama con el nombre anterior, para que sepamos qué fuimos, y qué somos ahora por la gracia de Cristo. Y entendiendo este gran bien, demos más gracias a Dios, diciendo con el Apóstol: Gracias a Dios Padre, que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor. La costumbre de la santa Escritura es tal, que frecuentemente recuenta los nombres anteriores de las culpas en los santos, como dice el bienaventurado profeta Isaías de Dios: Me bendecirán las bestias del campo; y el apóstol Mateo se llama publicano. Veamos este lugar, si también podemos exponerlo en buen sentido, para interpretar a este cuervo como Cristo. Pues así como según la costumbre de las Escrituras, llamamos monte a nuestro Señor, y también al diablo: también decimos piedra y roca, árbol incluso, y espada: así también podemos decir cuervo. Pues la esposa Iglesia, entre otros elogios de alabanza de Cristo, dice así en el Cantar de los Cantares: Sus cabellos como ramas de abeto, negros como

cuervo: pero cuando aplicamos el nombre de cuervo al diablo, lo llamamos negro por los crímenes y tétrico, y que habita en las tinieblas de las iniquidades. Pero cuando decimos que con ese nombre se significa al Salvador, sentimos que es muy oscuro en los misterios de sus Escrituras. Y sabiendo que el diablo en las Escrituras se llama serpiente, ¿quién se atrevería a creer así del Señor, si Él mismo no hubiera expresado con sus propias palabras la semejanza de la serpiente en sí, diciendo: Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre: y a los discípulos les advirtió que fueran tales diciendo: Sed astutos como serpientes. Y la serpiente, es decir, el diablo fue maldecido por Dios, porque sedujo a Eva con astucia: y Cristo se dice maldito: porque maldito todo el que cuelga en un madero. Pues al asumir la maldición del hombre en sí, es decir, la muerte que vino por la sentencia de Dios, como maldito colgó en el madero, y de ahí que por nosotros Cristo se hizo maldición. Estos ejemplos los hemos presentado, para que se afirme el sentido antes expuesto: veamos lo que sigue. Ahora, pues, llamado cuervo figurativamente a Cristo, el Padre prepara alimento, cuando le convoca de entre las naciones a los que han de creer, como dice el profeta del mismo Padre diciendo: Que despertó del Oriente al justo, lo llamó para que lo siguiera. Dará en su presencia naciones, y reyes obtendrá. A estos, pues, llamados a la fe, el Señor Cristo se regocija como alimento de alegría. Este pueblo, es decir, los discípulos, y todos los creyentes claman a Dios en oración, pidiendo el pan sustancial cada día, y esto mismo lo hacen vagando, porque son peregrinos y extranjeros sobre la tierra, donde no han establecido una sede firme y estable, sino que dicen con el Apóstol, Somos inestables. Estos, pues, tienen ciertamente los alimentos de las Escrituras: con cuya consolación se alimentan, pero es alimento de esperanza y fe, no de sustancia propia permanente. Y por eso se dice que vagan en este mundo: hasta que lleguen a la inmovilidad de la era futura. Pues también a este entendimiento espiritual pertenece, que estos cuervos se dice que se alimentan de rocío, como los filólogos refieren haber investigado.

CAPÍTULO XXXIX.

¿Acaso conoces el tiempo del parto de las cabras monteses en las rocas, o has observado a las ciervas pariendo? Las cabras monteses son las que los griegos llaman tragélafo, mezclando el nombre de cabra y ciervo, ya que es necesario que estos animales tengan algo similar entre sí, y creo que uno de estos en el Cantar de los Cantares se llama gamo, que a veces, y cabra, según la ley se sacrificaban. Y en el Cantar de los Cantares a menudo se mencionan juntos, y se llaman puros, porque tienen cuernos, rumian, y dividen la pezuña. De esta cabra montés hay también otros animales como de su mismo género, como es, de los cuervos, como se dice en la Ley: Y todas las aves del género de los cuervos no comeréis. Estos animales, pues, se nutren principalmente en las rocas, y en las cavernas de las piedras. ¿Conoces el tiempo cuando paren las cabras monteses, dice el Señor a Job: o has observado cuando las ciervas paren? ¿Cuántas otras cosas hay en las Escrituras más oscuras y lejos de la comprensión humana, de las cuales algunas en este libro el mismo Señor parece haber dicho, que son más que las que ahora habla a Job: pues qué trabajo es conocer el tiempo de las ciervas, y de las cabras monteses pariendo? o por qué es tan oculto al conocimiento humano, que pueda ignorarse completamente el tiempo de estos animales pariendo, especialmente cuando estos mismos animales casi habitan en medio de los hombres. Por lo tanto, para que este discurso del Señor no sea vil para algunos, y tal vez por ellos considerado superfluo, es necesario mirar más profundamente lo que dijo, para que digamos en los misterios bajo el nombre de estos animales, prefigurados los apóstoles y hombres apostólicos, y todos los predicadores de la verdad: que en la fortaleza de la fe y la paciencia, como en las rocas por el espíritu que los imbuye, el verbo del Evangelio perfectamente formado en ellos lo paren, o lo paren con los dolores de las persecuciones. En la roca paría también aquel que dijo: Pues en Cristo por el

Evangelio yo os engendré. Este tiempo futuro lo establecí, y las almas de los mencionados, como ciervas, que conciben de mi temor, para que den a luz el espíritu de salvación sobre la tierra, tú tal vez, como en el oficio de partera, con la más diligente solicitud observaste, dándoles boca, y sabiduría del vientre de su mente, menos tal vez sólido, o íntegro el verbo de la predicación, como un feto en esta luz lo derramaran.

¿Contaste los meses de su concepción, y conociste el tiempo de su parto? La palabra viva de Dios, y poderosa, penetrante hasta la división del alma y el espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, en este concepto espiritual opera ciertos progresos de incrementos, como por meses de tiempos en los senos de los corazones, para que a los mismos apóstoles primero les apareciera, que al principio de la predicación, como pequeños, y modestos fueron vistos, pero poco a poco fortaleciéndolos el espíritu, la palabra en ellos demostrada, hasta la medida de la plena gracia llegó. Lo que como parto dando a luz, todo y perfecto y lleno de promesas divinas escribiendo, lo publicaron a las diversas Iglesias. Estos conceptos, pues, y tiempos de parto, que de este modo se hacen en el útero espiritual del corazón, ¿cómo tú, Job, dice el Señor, pudiste conocer? cuyos tiempos están en el Evangelio establecidos por el consejo de mi predefinición. Donde, pues, se dijo, y conociste el tiempo de su parto: otros dijeron, y sus dolores los resolviste. Los dolores son las persecuciones y tribulaciones, que se infligen a los predicadores, de los cuales dolores estos se liberan, cuando invitados al descanso se liberan del cuerpo. O se liberan entonces de los dolores de las persecuciones, cuando puestos en la esperanza, por los males presentes miran a la promesa de la recompensa eterna.

Incurvan hacia el parto, y dan a luz: y emiten rugidos. Al ofrecer la doctrina láctea a los incrédulos y débiles, como dice el Apóstol: "Os di a beber leche, no alimento sólido": desde aquella altura de sabiduría, los predicadores se humillan y descienden de alguna manera a lo más humilde, para que el hombre se haga pequeño: y a los que están sin ley, como si él mismo estuviera sin ley. Y mientras intentan formarlos y darles a luz en Cristo, emiten rugidos, cuando son gravados por los enemigos de Cristo más allá de su medida y fuerza, hasta el punto de que incluso les cansa vivir. De los cuales también dice el Apóstol: "Y ahora, llorando, digo enemigos de la cruz de Cristo". O emiten tales rugidos por el afecto de la caridad, como dice el mismo Apóstol: "Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón". También dice: "De mucha tribulación y angustia de corazón os escribí con muchas lágrimas". A los cuales, dolido desde las entrañas de la caridad, dice: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros". También dice en los Hechos de los Apóstoles, donde se dirige a toda la fraternidad reunida: "Velad, recordando que por tres años, noche y día, no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros". Y nuevamente dice: "Vosotros sabéis cómo he estado con vosotros todo el tiempo, sirviendo al Señor con toda humildad y lágrimas". Estas cosas, por tanto, se han dicho para que sepamos que a los gemidos y rugidos pertenecen la tribulación, la angustia, las lágrimas y el dolor continuo del corazón de los santos. De otra manera, se inclinan hacia el parto, y dan a luz, y emiten rugidos: cuando los predicadores de la verdad comienzan a proclamar la palabra de fe con la emisión del discurso, inmediatamente son inclinados por los adversarios, es decir, son humillados por las prisiones y los azotes; pero porque ni en las cadenas la palabra de Dios está atada: allí, no obstante, dan a luz a los pueblos, por lo cual ellos mismos nacen en Cristo: Como dice, como hemos dicho, el santo Apóstol a los regenerados: "En Cristo Jesús por el Evangelio yo os engendré": Luego emiten rugidos de súplicas a Dios en sus oraciones, ya sea rogando a Dios por sus perseguidores, o implorando humildemente la perseverancia de los fieles, el auxilio de la gracia divina. De otra manera, emiten rugidos, porque quien añade conocimiento, añade dolor: los santos gimen pensando cuán grandes son los peligros de esta vida, o cuán lejos están de las virtudes que buscan.

Se separan sus hijos, y van al pasto: salen, y no regresan a ellas. Por el parto apostólico, los hijos que los santos han engendrado en Cristo, ya sea de sus errores anteriores, o incluso de sus obras carnales, se separan: en las cuales ahora se avergüenzan, para que ya no vivan para sí mismos, sino para Cristo, que murió por ellos y resucitó. Van al pasto: es decir, por el conocimiento de una inteligencia más profunda, diariamente excitados, progresan en su conducta, diciendo, los animales santos del verdadero pastor: "El Señor es mi pastor, nada me faltará": y lo demás que sigue en el mismo salmo; así, digo, van los santos hijos de los que evangelizan la paz, como ya he dicho, es decir, crecen y progresan. A este pasto del Señor, y a este alimento de las almas santas, y a tales delicias espirituales, ciertamente salen de la infancia de las costumbres, progresando diariamente, avanzando en mérito de virtudes hacia el hombre perfecto. Y no regresan a ellas. No regresan, para que no sea necesario enseñarles nuevamente cuáles son los elementos del principio de los discursos de Dios. No regresan a las cosas que están detrás, sino que se extienden hacia las que están adelante. No regresan, como algunos, a quienes el Apóstol dice: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros": sino que más bien suben los grados de ascensiones, caminando de virtudes en virtudes. Por tanto, tales hijos no pueden escuchar, como los Gálatas, la voz del Apóstol que reprende: "Quisiera estar con vosotros, y cambiar mi voz". Este, por tanto, es el discurso de Dios bajo la figura de las cabras montesas y los íbices, que describe a los apóstoles, como ya he dicho, y a los hombres apostólicos, y a todos los doctores de la Iglesia, por cuya doctrina la Iglesia genera para sí hijos espirituales. Y cada alma que concibe del verbo de Dios, da a luz hijos de buenas obras, que sin embargo sea semejante a las ciervas y a los íbices, para que habite en los montes, y en las rocas se nutra, y sea veloz y ágil para correr el camino del Señor. También saca serpientes de su tierra, y vive mucho tiempo, escuchando al profeta: "Se añadirán a ti los años de tu vida". Para tales ciervos son los montes altos, que la voz del Señor perfecciona, y cuyos pies llevará a la consumación.

¿Quién dejó libre al onagro, y quién desató sus ataduras? En la cierva y el íbice anteriormente mostramos que está la figura de la Iglesia. Ahora bien, bajo el nombre del onagro, creemos que se puede entender al pueblo de los judíos, a quien Dios, por su incredulidad, dejó, como dice: "Y los dejó según los deseos de su corazón". Lo cual en muchos otros lugares de las Escrituras Dios testifica que sucederá. No es absurdo sentir que sus ataduras son los preceptos legales. Pues el mismo pueblo contumaz y rebelde, el profeta lo reprende e increpa, diciendo: "Vaca lasciva Israel, rompiste el yugo, rompiste las ataduras". A este, por tanto, como un onagro, un animal inmundo y desenfrenado, el Señor lo dejó, para que, al haber resistido siempre a obedecer, fuera desatado de las ataduras de los preceptos del diablo, y según el Apóstol, esclavo del pecado, fuera libre de la justicia; pues así el mismo Señor dice de los judíos en el salmo: "Rompamos sus ataduras, y echemos de nosotros su yugo": donde parece que la misma Trinidad de Dios dijo esto. Pues así como en el Génesis, en la creación del hombre, Dios dijo en plural: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza": así también aquí habló: "Rompamos sus ataduras, y echemos de nosotros su yugo". Este lugar los Hechos de los Apóstoles manifiestamente declaran que es así: donde los apóstoles elevaron su voz a Dios y dijeron: Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay, que por el Espíritu Santo por boca de nuestro padre David, tu siervo, dijiste: "¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor, y contra su Cristo". Por este crimen, por tanto, que se cometió en Cristo, el Hijo de Dios, dice el Padre, que en su espíritu predijo que esto sucedería, diciendo: "Rompamos sus ataduras, y echemos de nosotros su yugo". Se cometió un gran pecado y nefando, por el cual crucificaron al Salvador, para que

con razón se rompieran de ellos las ataduras de los preceptos de Dios, y así se echara el yugo de la ley. Pero que se diga que eran sus ataduras y su yugo, cuando eran más bien de Dios que de los judíos, a quienes dio la ley y los preceptos de los mandamientos: esto debe ser especialmente investigado, porque se dijo así, ya que los judíos, entendiendo la ley carnalmente, que pensaban cumplir por sus obras, la habían hecho como suya, como dice el Apóstol: "Israel, persiguiendo la ley de justicia, no llegó a la ley de justicia. ¿Por qué? Porque no era por fe, sino por obras". Y por eso de ellos mismos sigue diciendo: "Ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se sujetaron a la justicia de Dios". Pero lo que dice, queriendo establecer su propia justicia, no porque la ley haya sido constituida por ellos, lo dice, sino que en la ley que es de Dios la habían constituido como suya, cuando creían que podían cumplir esa misma ley con sus propias fuerzas, y por eso, según este sentido, se dice que las ataduras de los judíos deben ser rotas por Dios, y su yugo echado.

¿A quién dio en la soledad una casa? Hice habitar a los justos desamparados en la soledad, es decir, en la protección de mi defensa, como también después hablé por boca profética diciendo: "Sea su habitación desierta; y en sus tabernáculos no haya quien habite". Así que el pueblo se convirtió en soledad y desierto, porque al quitarles la ley, la profecía, el sacerdocio, el sacrificio y también los beneficios divinos, fueron privados y desamparados de la protección de la gracia.

Y sus tabernáculos en tierra de salitre. Para que viviera sin ninguna esperanza de la promesa de Dios, estéril e infructuoso, se dice que recibió tierra de salitre: donde, además de la amargura con la que provocaría a Dios a la ira, no tendría nada. Así dice el profeta de Dios en otro lugar: "Convertiste los ríos en desierto, y las salidas de las aguas en sed. La tierra fructífera en salitre por la maldad de los que habitan en ella".

Desprecia la multitud de la ciudad, no escucha el clamor del recaudador. Esta es la ciudad de la Iglesia, que consta de la multitud innumerable de pueblos, de la cual el Señor dice: "No puede esconderse una ciudad situada en un monte". Por tanto, cualquiera que desprecia a esta ciudad, rechazándola, la desprecia, y tampoco escucha el clamor de cualquiera que evangeliza la palabra de Dios, y exige la obediencia de la fe, es decir, se niega a obedecer. Por eso, su corazón se ha engrosado, y han cerrado sus ojos, para que no vean con los ojos, y no oigan con los oídos, y no entiendan con el corazón.

Mira alrededor los montes de su pasto, y busca lo verde. Los montes, los doctores soberbios, es decir, los escribas y fariseos de su ley, como mirando hacia ellos, y rindiéndoles honor, los rodea con la adulación: sin duda, no alejándose de ellos, en quienes está la doctrina de los hombres, en cuyos montes, donde se glorían de tener el pasto de la ley carnal, busca lo verde, que ciertamente pertenece a las delicias de la carne, y a los sábados delicados, y que, como la superficie verde de la ley de las historias, no tienen ningún fruto de las figuras.

¿Acaso querrá el rinoceronte servirte, o se quedará en tu pesebre? O, como dijeron otros: "¿Acaso querrá el unicornio servirte?" De la diversa edición de los traductores advertimos que el rinoceronte es lo mismo que el unicornio, y se entiende en latín como unicornio, o con un cuerno sobre la nariz. Por tanto, hay tales fieras en la soledad de Oriente, y a veces son vistas o capturadas por los hombres. Este unicornio, por tanto, prefigura la imagen del pueblo gentil; cuya soberbia también se significa en el cuerno: como a ciertos pecadores y soberbios Dios dice por el profeta: "Dije a los inicuos, No obréis inicuamente; y a los delincuentes, no levantéis el cuerno. No levantéis en alto vuestro cuerno: porque en estos, a quienes Dios reprende, hay una soberbia vetusta y antigua". Según otra edición, en este mismo lugar del

salmo leemos: "No levantéis en alto vuestro cuerno, hablando con cerviz antigua". En muchas otras Escrituras, leemos que el cuerno se llama soberbia: aunque también en buena parte se suele decir cuerno, como es aquello: "Exaltará el cuerno de su Cristo". Pues el mismo Señor Cristo, por su singular imperio, a veces también se llama unicornio. También leemos que los cuernos se llaman reinos, como se contiene en Daniel y el Apocalipsis. Este unicornio, que por la sabiduría mundana estaba extendido en lo alto por el tumor de la soberbia, ¿acaso se someterá a ti, dice el Señor a Job, para que sirviendo en santidad y justicia por la fe, someta su cuello a la obediencia, y hecho manso y humilde, recurra al pesebre del Señor, y se sacie con las sagradas provisiones de las palabras de Dios y del hombre asumido? O, ¿acaso se someterá, para que habite en el claustro de mi Iglesia, que será establo para los que caminan, y refugio seguro para los que renuncian a este mundo: donde se engorde con los alimentos de los manjares espirituales, las instituciones, y los celestiales discursos, y se cumpla en él lo que será predicho por el profeta: "El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor". En el unicornio mencionado aquí, como en el profeta por el asno, se ha significado el pueblo inmundo e incircunciso de todas las naciones.

¿Acaso atarás al rinoceronte para arar con tu lazo, o romperá los terrones de los valles detrás de ti? Debemos entender que el lazo mencionado aquí es la misma caridad de Cristo, que es entre todas las virtudes la principal, de la cual a los que aman y aman a Dios, dice el Apóstol, "Unidos en caridad": cuyos vínculos el profeta había predicho que serían atados, diciendo a Dios: "El trabajo de Egipto, y el comercio de Etiopía, y los hombres altos de Saba pasarán a ti, y serán tuyos, y caminarán detrás de ti: irán atados con esposas". Y David, cómo por los ministros de la palabra de Dios los creyentes serían atados con los vínculos de la caridad de Dios, así habla, diciendo: "Para atar a sus reyes con cadenas de hierro". Con los nombres de estos vínculos, quiso demostrar la fortaleza de la caridad de Cristo, que también es fuerte y poderosa en las esposas de hierro, para constreñir al amor del Señor. Este rinoceronte, por tanto, es decir, el pueblo una vez incircunciso, inmundo por el prepucio de las voluptuosidades carnales y la infidelidad, atado con este lazo fortísimo de la caridad de Cristo, de modo que ninguna criatura pueda separarlo de Cristo: en el cuerpo rompe los terrones de los valles, es decir, la dureza de los pecados, y cultiva en su cuerpo la tierra del Señor, según el Apóstol, que dice: "No sois vuestros". Y por eso esta tierra es especialmente del Señor, en la cual primero se hace la purgación de todos los pecados como de zarzas y espinas. Luego, con el arado de la cruz y el hierro de la pasión del Señor, se tritura la dureza del corazón, y se rompen los terrones de los valles. Creo que con el nombre de valles se significan los hombres humillados por los pecados, y abatidos en lo más bajo, como tenemos en el salmo: "Dispuso en su corazón las ascensiones en el valle de lágrimas". Por eso también Isaías, al profetizar con increpación contra la Jerusalén pecadora, puso como título de su profecía, diciendo: "Carga del valle de la visión". Por tanto, el unicornio rompe los terrones de tales valles, cuando doma la tierra del cuerpo humillado, y la prepara para recibir las semillas de los preceptos celestiales y para dar frutos: cuando con el Apóstol castiga su cuerpo, y lo reduce a servidumbre: cuando se esfuerza por quitar de sí toda la torpeza de un corazón obstinado y la dureza estúpida, lo cual, sin embargo, no podrá hacer, dice el Señor, a menos que obedientemente me siga como su rector y guía. Por eso dice el Señor a Job: o romperá los terrones de los valles detrás de ti, como tenemos en el salmo: "Mi alma se adhirió detrás de ti". Y el profeta de tales: "Caminarán detrás de ti", dice, "atados con esposas": donde veo pies dignos de admiración, que cuanto más encadenados estén, tanto más rápidamente sin ofensa salen.

¿Acaso tendrás confianza en su gran fortaleza, y le dejarás tus labores? ¿Acaso creerás en él, que te devolverá la siembra, y recogerá tu era? Yo, el Señor, conozco la fortaleza de su

caridad, y de su paciencia y longanimidad, y por eso le dejé a él para que me imitara todos los trabajos de mi dispensación, que creyendo en mí entenderá, porque por él soporté bofetadas, recibiendo azotes y escupitajos, trabajé para él: y a él, ascendiendo a los cielos, le dejé ejemplos de trabajos y virtudes, para que lo que le confié y encomendé, con la ayuda de mi gracia, devuelva una siembra múltiple, y en la era de mi Iglesia fructifique el germen treinta, sesenta y ciento, y recoja tu era: como hicieron los apóstoles, y después de los apóstoles muchos doctores.

La pluma del avestruz, ¿es semejante a las plumas del garza y del halcón? Se dice que hay tres tipos de garzas, una de ellas se dice que es de color blanco, otra de color variado como una grulla, y una tercera se afirma que es negra, que no solo es veloz y feroz para la presa, sino también en el coito es muy impaciente, tanto que en el tiempo del coito la sangre brota de sus ojos. La garza se menciona en el salmo ciento tres así: "La casa de la garza es su líder", cuando el profeta habla de los árboles del Señor en sentido figurado. También en el Deuteronomio y en el Levítico, donde Moisés prohíbe que se tomen aves inmundas para alimento, se menciona de manera similar. También hay varias formas o tipos de halcones. Por tanto, a estas aves rapaces, que viven de la caza y la presa, se compara el avestruz en sus plumas, como también dijeron otros: "El avestruz mezclado, y con las alas de la garza y el halcón". Por tanto, el avestruz, según la inteligencia espiritual y los sentidos divinos, no es absurdo sentir que representa a la Iglesia, que por el lavacro de la regeneración y la palabra se ha hecho pura en Cristo, que tiene una pluma semejante a las plumas de las aves que se alimentan de carne y sangre. Pero aquellas, con el vuelo de sus alas en este aire como en el mar, buscan capturar la presa de las demás aves. Por lo cual, bajo esta figura se entienden nuestros enemigos espirituales. Pero el avestruz usa sus plumas de manera muy diferente: porque las extiende como por la fe, y la apariencia de los dos testamentos, viviendo en el gobierno del habitante. Esta ave, dice el Señor a Job:

Cuando dejó sus huevos en la tierra, ¿acaso tú los calentarás en el polvo? Los huevos o hijos, como se dice en lo que sigue, debemos entenderlos como la nueva criatura y engendrada en Cristo, y la progenie blanca de la santa Iglesia. Pero sepamos que están en los huevos aquellos que son nutridos por la doctrina diaria, como ciertos fetos de la madre Iglesia, para que algún día, saliendo de la frugalidad de los principios y la imperfección, lleguen al final a ser como una cáscara de virtudes, como miembros distintos y formados, existan, cuando de las tinieblas de los vicios de esta manera se hagan luz en el Señor, progresando diariamente hacia la solidez de las edades y las costumbres. Escuchen al profeta diciendo de ellos: "Se formarán días, y nadie en ellos", es decir, ningún vicio dominará en ellos, por el cual sean vencidos al ser atacados. Pero entendamos a los hijos ya más robustos de lo habitual, compuestos y formados por la fe y las virtudes, y formados por el incremento de las virtudes, como por la serie de los años, ya no teniendo nada de la debilidad de la vida desordenada. Estos, por tanto, como dice el Señor, son dejados en la tierra por la Iglesia, cuando sufren persecución de los impíos y de los que piensan en lo terrenal. Porque se dice que la Iglesia los deja, cuando no resiste a los adversarios: a quienes el Señor hace duros por el fervor de la fe y la paciencia, y en ese fuego que envió a la tierra, y en el polvo de su carne frágil los hace fortísimos.

Olvida que el pie los pisotee, o que la bestia del campo los aplaste. La Iglesia olvida a sus nacidos, cuando no prohíbe que los adversarios les inflijan molestias de presiones. Creo que en este lugar hay una diferencia de tribulaciones por aquello que dijo, que el pie los pisotee, y aquello que dijo, y que las bestias del campo los aplasten. Y esto sea la contrición de las bestias, cuando abiertamente los feroces, crueles y semejantes a las bestias en la crueldad de las costumbres, afligen a los que confiesan a Cristo hasta la atrocidad de la muerte. Pero el

pie de la pisoteación sea tal tribulación, cuando los santos son humillados por los oprobios y el excesivo desprecio de los inicuos, como si fueran pisoteados por una cierta pisoteación.

Duratur a sus hijos, como si no fueran suyos: trabajó en vano, sin que el temor lo obligara. Ante las tribulaciones de sus hijos, la Iglesia parece dura e impía, porque no gime ni llora las angustias y la muerte de sus hijos. En cuya figura, la santa madre de los Macabeos se regocijaba sobre los sufrimientos de sus hijos: pues veía en espíritu, así como aquí la santa madre Iglesia contempla diariamente por la fe, cuánta gloria eterna producen los sufrimientos presentes, aceptados por la profesión de la verdad. Y por eso lo que sigue, trabajó en vano, sin que el temor lo obligara, señala a la Iglesia, que prepara a sus hijos para la tentación y las molestias de este mundo, esperando ciertamente de Dios, por estos males temporales, la gloria de sus hijos y la bienaventuranza eterna de la incorruptibilidad. De otro modo, pero incluso si hubiera lamentado por los hijos consagrados, habría lamentado en vano, porque no tenía razones para temer, cuando no los perdió, sino que los adquirió.

Dios la privó de sabiduría, ni le dio entendimiento. La sabiduría y el entendimiento de este mundo fueron privados a la Iglesia por Dios; pues el Apóstol también ordena que esto se haga, diciendo: Quien quiera ser sabio, hágase necio, para que sea sabio: porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios.

Cuando sea el momento, levanta sus alas en alto, se burla del caballo y de su jinete. Cuando sobreviene, dice, una aflicción más molesta y extremadamente amarga del perseguidor, allí mayor es el afecto hacia Dios del que suplica por la aflicción, mientras de algún modo se despierta, y humillado se eleva con la intención más vigilante de suplicar en lo alto con un esfuerzo ágil, soporta su fe y esperanza, como alas sostenidas por la ayuda de la gracia de Dios, y cuando ha sido sostenido por la ayuda de tales alas, sus pasos ciertamente se vuelven más veloces y rápidos: de modo que se burla de sus enemigos perseguidores, es decir, del caballo y del jinete, que son el diablo y el hombre ministro del enemigo, que en perpetrar persecuciones contra la Iglesia, se sienta en cualquier caballo suyo, en el corazón del hombre perseguidor.

¿Acaso darás al caballo fortaleza, o rodearás su cuello con un relincho? Creo que este caballo puede entenderse como el poder adversario, que es pálido, como se escribe en el Apocalipsis, al que sigue la muerte y el infierno. Y que en el profeta Zacarías se dice rojo, manchado de muertes de hombres y de sangre. Por lo tanto, mientras se le permite ser dotado de fortaleza por Dios, y rodeado su cuello con un relincho, para que por la paciencia y bondad de Dios, atesore para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios. Y por eso en su cuello se significa el relincho de la soberbia, con el que se enorgullece contra Dios y habla blasfemias.

¿Acaso lo despertarás como langostas? A la manera de las langostas, se dice que nuestro adversario se despierta, cuando se dice que avanza desde sus lugares para dividir regiones y devastarlas, como dice el salmista de Dios: Dijo, y vino la langosta. Pero creo que este despertar es la insistencia en realizar la obra. Por lo cual se dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que se anuncie mi nombre en toda la tierra.

La gloria de sus narices es terror. O como otros han dicho: La gloria de su pecho es audacia. Para que el enemigo ponga en fuga a su adversario, es decir, al soldado de Cristo, incluso con su aliento lo aterroriza: este es el olor de la muerte, este es el espíritu furibundo que respira en

la muerte del hombre, mira hacia atrás, quien nuevamente se convierte en pecados, o cede a las tribulaciones, como el Señor explica en el Evangelio por una parábola.

Con su pezuña cava la tierra. O, como otros han dicho: cavando en el campo se deleita, es decir, pisotea y aplasta a los hombres carnales y a los que piensan en lo terrenal, y cuando los ha humillado y sometido a sí mismo, los hace triturados con esa trituración, y desgracia en los caminos de los impíos. En esta amplitud de vicios, como en un campo deleitándose, cava para sustraer a los hombres los fundamentos de las virtudes, para que, al ser retirada la solidez, caigan en ruina.

Exulta audazmente. Se regocija el soberbio con la audacia de la presunción, mientras lucha perniciosamente contra los hombres.

Se dirige al encuentro de los armados. Cuáles son las armas de los santos contra las maldades espirituales, el Apóstol las narra diligentemente. Contra estos, por tanto, armado con tales armas, se dice que se dirige al encuentro, cuando intentando asediar la fortaleza de la mente, lanza arietes de vicios contra el muro de las virtudes, y se atrevió a venir al encuentro del Señor para tentarlo en el desierto, y en cada ciudad se encontraba con los apóstoles que predicaban a Cristo, cuando les suscitaba conmociones de sediciones del pueblo, como también leemos en los Hechos de los Apóstoles. Por lo cual Pablo también dice a algunos: Se me ha abierto una puerta grande y eficaz, pero muchos adversarios. Y en muchos otros lugares no calla sobre esta impugnación de los adversarios, que el diablo enviaba.

Desprecia el temor, ni cede ante la espada. Que por el mandato e invocación de Dios, el diablo será expulsado, es manifiesto; pero si atendemos a su contumacia y voluntad iniquísima, y procazmente impudentísima, intrépido no se aterra, no se avergüenza aunque haya sido aterrorizado y expulsado por la espada de hierro de Dios, y regresa nuevamente, ni se retira confutado.

Sobre él resonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo. ¿Por qué tiene aljaba el enemigo? para que, sentados en ella los judíos, gentiles, herejes, en quienes están las flechas de la muerte, es decir, los dogmas letales de los errores, disparen en la oscuridad a los rectos de corazón. Tiene lanza con la que apuñalar a los pecadores con crímenes y otros vicios, flechas, engaños más sutiles, lanza, delitos graves y mortales. Tiene escudo, con el que, lleno de malicia, ocupa todo el pecho de sus soldados, para que no sean heridos por las flechas de las palabras de Dios, las rechaza, las frustra, las desvía: de este caballo transformado en ángel de luz, con un cierto esplendor terrible, vibran la lanza y el escudo, y con el discurso de la mentira resuenan las perversidades de los herejes, y aquí por la incesante intensidad y uso de la adulación se dice que vibran.

Ferviente y rugiente sorbe la tierra. Ferviente en vicios es el diablo, enemigo de los santos, y ardiendo en el fuego de todos los crímenes, y rugiendo en el hombre con furia de envidia, para que ya sorba con sus seducciones al pecador, y transferido al cuerpo de su congregación perdida lo devore, cuerpo del cual el profeta dijo que podría ser absorbido, si el Señor no estuviera en él: así diciendo: Si el Señor no estuviera con nosotros, tal vez nos habrían absorbido vivos. Este, por tanto, es nuestro contrario, a quien Dios habló, diciendo: Comerás tierra todos los días de tu vida. Y por eso él y sus compañeros, como enemigos del Señor, lamerán la tierra.

Ni considera el sonido de la trompeta. Es decir, rechaza escuchar la reprensión de los profetas y apóstoles, a quienes se les dice: Alza tu voz como trompeta: pero más bien enfurecido, por

lo cual el verdadero Faraón dice: Perseguiré, alcanzaré, repartiré despojos, y demás. En estos lugares de los que hemos hablado, otros tradujeron: Porque sobre él se regocija el arco y la espada, la lanza, y con temblor e ira trastorna la tierra: ni cree, hasta que suene la trompeta: donde creo que se contiene el mismo sentido que hemos expuesto. En el arco, y la espada, y las demás armas del enemigo, deben entenderse todas sus invenciones, que en él se regocijan con estos modos, como armas que matan al hombre.

Cuando oye la trompeta, dice, ¡ay! De lejos huele la guerra, la exhortación de los jefes, y el ulular del ejército. Cuando oye, dice, nuestro adversario la trompeta de Dios, es decir, a cada maestro de la Iglesia exhortando a sus compañeros de armas, según el precepto imperial y divino, para que se mantengan firmes en la batalla contra su adversario: con ánimo asombrado y escrutador, y oídos atónitos, dice: ¡Ay! como si dijera: ¿Qué escucho? ¿Quién se atreve con tal audacia, a siquiera pensar en establecer guerras contra mí? Donde se dijo, ¡Ay! otros dijeron ¡Euge!, que según, como fue la consecuencia del lugar, se toma tanto en bien como en mal, y en el Salterio: Sean confundidos y avergonzados, los que me dicen, ¡Euge, euge! Por lo tanto, en este lugar se dice ¡Euge! con ánimo de burla y rostro de mofa. Pues el enemigo sutil y vigilante, y extremadamente astuto, que tiene la preocupación de perder toda la tierra, cuando percibe algunos inicios, o ciertos signos en el hombre, de cómo resistirle a él y a sus vicios, se apresura a prevenir a los que se le oponen: para que no tomen las armas de la santidad contra el diablo: para que no sean dignos de veneración, cuando venga el Rey eterno. El ulular, o sonido, como otros dijeron, del ejército del verdadero emperador es aquel, cuando se exhortan mutuamente con un solo espíritu, una sola caridad, y fe, conspirando en una sola fuerza del temor del Señor, para que hasta que pase la iniquidad, sean perseverantes en la batalla: porque con la caridad de su rey infundida en ellos por el Espíritu Santo, que les ha sido dado, son miembros solícitos unos por otros.

¿Acaso lo despertarás como langostas? A quien hice saltar de un lugar a otro, y de la presente delectación del mundo al deseo del siglo futuro inflamé, así ciertamente fue despertado del cuerpo de la infidelidad, como el sol, cuando llega el calor. Pero sepamos que estos cambios no son de lugares corporales, sino que son afectos de las almas.

La gloria de sus narices es terror. Para que aterrorice a los pecadores, odiando lo que son, y diciéndoles de Dios: Si no os convertís, su espada vibrará, y demás: de la gloria de sus narices es, pues el espíritu de Dios está en sus narices, lo que también dijo el santo Job: El espíritu de Dios está en mis narices. Con este ungüento, el espíritu de Dios, está perfumada la Iglesia, como escribe el apóstol Juan: Y vosotros tenéis la unción del santo. Por lo tanto, este de quien hablamos, en este lugar ardía en el sentido interior de su hombre: en el cual sentido según el libre albedrío de la voluntad, para algunos es olor de muerte para muerte, para otros olor de vida para vida, porque derramado sobre Cristo, es decir, el mirra de la fe por la santa Iglesia, el mundo está lleno: todos los pueblos fieles, ungidos con el mismo sagrado crisma. Por lo cual también el ungüento, que antes del conocimiento del Salvador estaba contenido dentro de las estrecheces del vaso de alabastro, se le dio el nombre de pistico, para que sepamos que los pueblos creyentes, como dijo, están consagrados con el crisma. Por tanto, con esta gloria de este olor, como con el terror de la generación, se perfunde el sentido interior.

Con su pezuña cava la tierra. Exulta audazmente, y se dirige al encuentro de los armados. Todo lo que tiene en sí mismo principalmente para la perseverancia de la sustancia, ciertamente con ese bien de virtud cava y conmueve la tierra. Pues no permite que solo camine inculto, sino que se esfuerza para que el campo sea fructífero y opulento. Por lo cual también ante Dios exulta audazmente, para que escuche de sí mismo, como de los demás

decir: Pero vendrán con exultación, llevando sus gavillas. Y también escuche, Siervo bueno, porque en lo poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Se dirige al encuentro de los armados, antes de que sea abrumado por las flechas de los vicios, o persecuciones de los enemigos espirituales, permaneciendo en la línea de las virtudes, previene a los enemigos que irrumpen en él, para que no sea herido por algún golpe de concupiscencia, o incluso de desconfianza. Así pues, se dirige al encuentro contra los enemigos armados con armas de vicios y persecución. Según este sentido, el santo David dice: Perseguiré a mis enemigos, y los alcanzaré, y demás.

Desprecia el temor, ni cede ante la espada. Cualesquiera que sean las amenazas con gran terror, de modo que cuando los enemigos desean infundir temor, dice: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida: no temeré a nadie de los adversarios, cuando se acercan sobre mí los malhechores, para devorar mi carne. Por lo tanto, porque en esta salvación de la luz de Dios espero: Si se levantan contra mí ejércitos, no temerá mi corazón. Y si se levanta contra mí la batalla, no cederé a la espada, por la cual deseo con gusto sufrir la muerte por Cristo.

Sobre él resonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo. Sobre el hombre exterior y corporal, de quien dice el profeta: Y debajo de mí se turbó mi debilidad: creemos que es como una fortaleza el alma, donde cada uno de los santos, como en su hombre interior, tiene en su aljaba las flechas de las palabras de Dios, que cuando las saca para advertir, o cuando las saca con frecuente corrección, como dardos punzantes, para herir con sus golpes a aquellos que deben ser heridos para la salvación. Sobre él, digo, resuena la aljaba de las palabras de Dios, que sin embargo está en la conmoción del que camina. Donde se entiende, que él canta y corrige a los delincuentes correctamente, cuyo progreso diario es hacia adelante en santidad, así dice el gran apóstol, y poderoso caballo del Señor: Pero una cosa hago, olvidando ciertamente lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está adelante. O para decirlo más breve y claramente: Esta aljaba es el lugar del corazón, en el que están guardadas y almacenadas las flechas de las palabras de Dios. Y el Señor dice significativamente sobre él, es decir, el caballo, que resuena esta aljaba, que está sobre su hombre exterior, la aljaba de su corazón llena de palabras divinas, reina, mientras como guerrero del Señor, y fuerte en la batalla, evangeliza la palabra con gran poder. Sobre este caballo igualmente se vibra la lanza y el escudo. La lanza es la virtud vigilante del alma, o la constancia, que reprende a los pecadores, o mortifica los vicios en sí mismo. El escudo es el escudo de la fe, en el que puede extinguir todos los dardos encendidos del maligno. Y estas cosas, por el uso incesante de la guerra, se dice que vibran, que están ciertamente preparadas en la práctica. Pues de tales armas resplandecientes se dice: Tus dardos irán a la luz, al resplandor del fulgor de tus años.

Ferviente y rugiente sorbe la tierra. Ferviente en la fe en el espíritu, y rugiente como el Salvador, que cuando resucita espiritualmente a un muerto en vicios, ruge en el espíritu. Así este, digo, rugirá contra sus enemigos, ya sean vicios, o incluso perseguidores abiertos: y así sorbe su tierra, mientras la convierte de una conversación carnal a una espiritual. Así pues, rugiendo, y con gran indignación enojándose consigo mismo, la sorbe, como dije, para que la transmita al afecto de su espíritu, donde está aquel hombre interior del corazón en incorruptibilidad, de espíritu quieto y modesto, que es en la presencia de Dios rico.

Ni considera el sonido de la trompeta. Se reviste de tal virtud del alma, que no teme ningún terror de los adversarios, cuando está preparado para cada sonido de los enemigos provocadores.

Cuando oye la trompeta, dice, ¡Euge! De lejos huele la guerra, la exhortación de los jefes, y el ulular del ejército. Quien cuando oye predicar el Evangelio en alta voz, se regocija y exulta, lo que significa ¡Euge! De todos los superiores que profesan los ejemplos de los hombres más fuertes de las Escrituras del Señor, también de toda la congregación de la Iglesia, que se llama ejército de Dios, cuando oye el sonido unánime y de una sola fe, dice, ¡Euge!, y con alegría escucha también la exhortación de los jefes, y el ulular del ejército. El ulular en este lugar se significó, cuando los guerreros en la línea de batalla, estando listos para luchar, se exhortan mutuamente. Pero alguien dice: ¿Cómo puede ser que una misma cosa por figura se entienda ahora en buen sentido, ahora en mal sentido, como aquí hemos hecho, que hemos dicho que este caballo por alegoría puede entenderse tanto en mal como en buen sentido? A esto respondo, donde sin epíteto se pone algún nombre en las Escrituras, como por ejemplo, monte solamente, y no se le añade para decir monte Sion, o monte corrupto, no creo que esté fuera de lugar, que la exposición de la misma cosa sea libre en ambos sentidos. Pero donde con epíteto, como león de la tribu de Judá, o ciertamente, se sienta en emboscadas como león: allí sin duda se entiende a Cristo, o al diablo nuestro adversario. Y si agrada, demos algún ejemplo, donde en el Evangelio el Señor dice a sus discípulos: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diréis a este árbol, Desarráigate y plántate en el mar, y os obedecerá. Donde algunos entendieron, que la fe de los creyentes desarraiga al enemigo, y lo arranca de la tierra de la Iglesia, es decir, de la tierra de Judea y de la confesión, y lo transfiere al mar de los pueblos, es decir, de los hombres impíos: y esos malos espíritus en el Evangelio pueden significar esto mismo, que con los hombres inmundos, y pecadores indicados con el nombre de cerdos, fueron precipitados en el mar. Pero donde quisieron que ese mismo árbol significara al Señor, así lo interpretaron, que por la predicación de los apóstoles, que recibieron la gracia de Cristo, y el poder de la fe, el árbol Cristo Señor es desarraigado de alguna manera de esa gente de los judíos, en la que estaba como en la raíz del linaje, y se trasplanta en el mar de las naciones, como el mismo Señor habló a esos judíos, diciendo: Se os quitará el reino de Dios, y se dará a una nación que produzca su fruto.

¿Acaso por tu sabiduría se empluma el halcón, extendiendo sus alas hacia el sur? Es consecuente que entendamos a este halcón en buen sentido, es decir, al santo que ha recibido sabiduría por la conversión, para que ya cese de depredar y robar, deje de vivir de las carnes de los sentidos seculares, y quien ha despojado las vestiduras del hombre viejo en el bautismo, emplumándose, de alguna manera se renueve como el águila su juventud: especialmente teniendo la promesa de la vida presente y futura, que está significada en las alas, se haya vuelto hacia el sur, de donde es el calor de la fe, de donde reconoció que Cristo vino: lo que también el profeta predijo que se haría diciendo: Dios vendrá del sur, y el santo del monte sombrío y oscuro. Pues sabemos que mirando a la ciudad de Belén del Señor, Jerusalén está situada al mediodía, que es en el sur. Y según los entendimientos tropicales, este viento cálido, para que las especias de las gracias ardan, el esposo invita, diciendo: Levántate, aquilón, y ven, austro, sopla mi jardín, y sopla mis especias. Donde se dijo, extendiendo sus alas hacia el sur, otros dijeron, con las alas extendidas inmóvil, y mirando al sur. La intención, por tanto, de la perseverancia dice de aquel que vive por el calor de la fe con los timones de los dos Testamentos, contempla el esplendor de la beatitud eterna.

¿Acaso se elevará el águila por tu mandato? A veces, el águila se menciona en un sentido positivo, representando a Dios mismo, como dijo Moisés: "Como el águila protege su nido y confía en sus polluelos", como dijimos anteriormente. Sin embargo, aquí el águila se refiere al poder adversario de Dios, que, por permiso divino, se eleva en soberbia y tiene gran poder, como dice el profeta: "Y será como un águila sobre la casa de Dios". Los profetas también en

muchos lugares de sus Escrituras lo señalan como el más soberbio, es decir, el diablo: y de ahí que se le llame grande, porque se eleva hinchado sobre los montes del norte y pone su trono sobre las estrellas del cielo, deseando igualarse al Altísimo. Y pone su nido en las alturas. En los grandes y eminentes de este mundo, y en los hombres malvados, establece su sede, para morar en ellos como un señor duro y un rey feroz y poderosísimo.

Permanece en las rocas. Habita y mora en las alturas duras y en la malicia de los fuertes.

Y mora en los escarpados peñascos. Los escarpados peñascos se entienden como los blasfemos, que tienen corazones extremadamente duros e indomables, y que, inclinados por el peso de sus pecados, se precipitan a su ruina.

Y en las inaccesibles rocas. Las rocas inaccesibles son los hombres elevados en altitud, por la excesiva elevación de su corazón, a cuya soberbia, que para ellos es como un mal singular, nadie puede acercarse.

Desde allí contempla su presa. A través de aquellos que hemos dicho que están excesivamente elevados por la soberbia, a quienes entendemos como herejes, o judíos, o sabios del mundo, es decir, filósofos; a todos los perdidos los atrapa en sus errores como en lazos para su presa, según el profeta, que dice del diablo: "Sus presas son escogidas".

Y sus ojos miran de lejos. Dios llama ojos al ánimo muy sagaz y vigilante de nuestro adversario, para investigar las fuerzas de los santos que luchan. Lo que dice, "de lejos", se refiere a que su mirada mental observa con sutil intención, ya que incluso en el futuro prevé con sagaz sospecha la malicia ejercitada: no se deben entender las distancias de los lugares, sino los inicios de la disposición humana para vivir rectamente. Esto, digo, lo ve de lejos, lo que es desde los mismos comienzos, el espíritu sutil y la mirada excesivamente móvil hacia todo mal, para que allí, antes de que los esfuerzos del hombre se fortalezcan en algo, reprima y extinga los brotes de bien, y haga que el hombre muerto apeste a pecado.

Sus polluelos lamen sangre, y dondequiera que haya un cadáver, allí está. Sus polluelos son sus hijos, o sus compañeros, que en conspiración de tiranía con él han tramado iniquidad contra Dios. Estos, por tanto, con la envidia del rencor, lamen la sangre de los hombres. Y lo que dice, donde haya un cadáver, allí está, otros han dicho, "y donde haya un cadáver, allí se encuentran": lo que, ya sea que se diga del autor del mal o de sus secuaces, donde esté presente, allí inmediatamente se genera el pecado, que en el alma apesta como una herida en el cuerpo.

Y añadió el Señor, y habló a Job: ¿Acaso quien contienda con Dios se aquieta tan fácilmente? Ciertamente, quien acusa a Dios debe responderle. Toda la disputa que se teje en los capítulos anteriores de este libro, en este lugar es aclarada por el Señor, cuando él mismo dice: ¿Acaso quien contienda con Dios? De donde aparece que contra Dios, con cierta audacia de presunción por la confianza de una buena conciencia, ha hablado, pero no ha blasfemado contra Dios, como a algunos les parece. Donde, aunque haya dicho algunas cosas más ásperas, mirando a lo mismo que Dios, es justo: mirando al tenor de la justicia de Dios, ha hablado, no para blasfemar contra Dios, de donde, requiriéndolo según su justo juicio, casi lo constriñe y dice, para que perdone, o lo declare injusto. Porque siente que lo juzga injustamente en lo que a él respecta, cuando lo conoce perfectamente justo. Habiendo recibido, por tanto, Job razón de Dios, en estos discursos que ha pronunciado, porque ciertamente todo lo que había creado, él mismo lo gobernaría y regiría, de quien tampoco se haría nada injusto, convencido como aquí se demuestra claramente, callaba: pero es

amonestado por el Señor y compelido, para que, porque ha contendió contra él, y trata de acusarlo, él mismo responda a las preguntas. Y dice el escritor de este libro:

Respondiendo Job al Señor, dijo: ¿Qué puedo responder, yo que he hablado a la ligera? El bienaventurado Job, reconociendo que ha hablado a la ligera y no de manera completa, dice que no puede responder a Dios en absoluto. Por lo cual desea contenerse en silencio, como dice:

Pondré mi mano sobre mi boca. Una cosa he hablado, que ojalá no hubiera dicho, y otra, a las que no añadiré más. Porque ha dicho una y otra palabra, por las cuales podría haber ofendido. Creo que son aquellas que, como se comprendió anteriormente, dijo así: "Mi alma eligió el ahorcamiento, y mis huesos la muerte: y si me flagela, que me mate de una vez, y no se ría de los sufrimientos de los inocentes".

CAPÍTULO XL.

Respondiendo el Señor a Job, desde el torbellino dijo. Es decir, ya sea desde el ímpetu de la reprensión, o desde el aire perturbado y la oscuridad de las nubes.

Ciñe tus lomos como un hombre, te preguntaré y me responderás. O como otros han dicho: "de ninguna manera, sino ciñe tus lomos como un hombre", y lo demás; lo que es: No quiero que calles, dice Dios, como tú mismo dispones, sino más bien habla, y a lo que te pregunto, respóndeme. Sin embargo, cómo Dios habla a los hombres, siendo él mismo espíritu, las letras nos indican muchas significaciones divinas, como el Padre habla desde la nube al Hijo, y a Moisés en la llama de fuego, y a Ezequiel sentado con los ancianos de Israel, se hace la palabra del Señor, y solo él escuchaba lo que se decía por el Señor.

¿Acaso invalidarás mi juicio, y me condenarás para justificarte? En qué sentido el santo Job ha dicho lo que está escrito arriba, en este lugar el Señor lo manifiesta. Pues con reprensión, por esto mismo es acusado por él, porque en su injuria y menosprecio ha querido justificarse, mientras que a él, por los mismos sufrimientos que afirma que le han sido infligidos injustamente, llama justicia injusticia.

Y si tienes un brazo como Dios, y con voz semejante truenas, rodeáte de esplendor, y elévate en lo sublime, y sé glorioso, y vístete de ropas espléndidas. Dispersa a los soberbios en tu furor, y confúndelos, y mirando a todo arrogante humíllalo. Mira a todos los soberbios, y confúndelos, y aplasta a los impíos en su lugar. Escóndelos en el polvo juntos, y sumerge sus rostros en la fosa: y yo confesaré que tu diestra puede salvarte. He aquí Behemoth, que hice contigo, comerá hierba como un buey. Esto es decir: ¿Acaso puedes a estos mismos demonios, cuyas tribulaciones te atacan y te aplastan, vencer y dispersar? Ni siquiera si debieras contender contra Dios, si tuvieras la fortaleza como la de Dios, y la voz de tu imperio resonara terriblemente en este mundo: te rodearas también de la belleza de la eternidad, y fueras exaltado en la gloria del honor y la sublimidad, y te armaras de todas las virtudes de la santidad como de ropas espléndidas, todos los soberbios, sin embargo, con tu justo juicio, como con la ira de la indignación los dispersarías, y en su lugar, es decir, en la cárcel de los infiernos, los aplastarías, y también separados de la luz de los santos, en el polvo juntos los esconderías, o, como otros han dicho, los empujarías bajo tierra: y también sus rostros, es decir, el alma con sus intelectos como con las luces de los ojos en la fosa del infierno los sumergirías, es decir, tan imposible es que el hombre tenga esto, tan necio es que hables contra Dios como si fueras igual, de quien humildemente debes esperar misericordia, para que por su diestra, es decir, su poder, contra aquellos que dije soberbios, arrogantes e

impíos seas salvado. He aquí que sepas esto, el fuerte diablo, y tu enemigo poderosísimo, a quien por la furia inmensa de su ánimo feroz, he llamado Behemoth con el nombre de una bestia salvaje, haré que coma hierba como un buey, no carne como un león. Porque cuando se come carne, no se hace sin la muerte del viviente. En tu caso no es así como ya dije, a quien por mandato de mi imperio, de este modo ordené, diciendo: He aquí que está en tu mano vivir, guarda su alma. Behemoth, pues, los doctores de la Iglesia, que han tocado las letras hebreas, lo han interpretado al latín como plural. Por lo tanto, el enemigo diablo con todo el cuerpo de sus secuaces es descrito aquí por Dios. A quien por la pluralidad de su nombre, los antiguos así lo interpretaron: "Pero he aquí las bestias que hice contigo, comen hierba como un buey", es decir, y esto hecho por el poder de mi diestra, para que tomaran en su poder devorar tu sustancia y facultades, que por las riquezas de tu mente preciosa se comparan a la hierba. Y por eso te quitó las cosas viles y temporales, que fueron significadas con el nombre de hierba: no las grandes y grandiosas, es decir, los ornamentos del alma, de los cuales despojado te aplastaría la ruina de la blasfemia, con la cual todo el hombre es devorado por el diablo. Así, pues, dice Dios de él.

Su fortaleza está en sus lomos, y su poder en el ombligo de su vientre. En los lomos y ombligos, se entiende el placer del vientre, o la lujuria de la carne, que fue insertada en los miembros genitales después de la caída del primer hombre, para que esos miembros, más allá de la medida de la ley natural, y cuando el hombre no quiere, sean excitados por los incentivos de la lujuria: y así los seguidores de los placeres, proporcionando fortaleza al diablo con sus propios vicios, se convierten en parte de él y sus consortes, para ser sus miembros, de los cuales él mismo es la cabeza de su cuerpo.

Contrae su cola como un cedro. Esto me parece decir, que ni en sus últimos tiempos, que se significan en la cola, se volverá a Dios, lo que es, nunca por su tiranía soberbia e impía se arrepentirá; sino que exaltado como un cedro, será quebrantado y triturado por la voz del Señor que juzga justamente. Porque se contrae comparado con la madera más dura: la dureza, por supuesto, del corazón: para que no entienda, se hace necio; y cegado, para que no vea hasta el final. O se entiende así: el profeta habla falsamente: la mentira es la cola según la autoridad de los santos profetas. A estos, pues, Behemoth como enemigos, como socios y ministros suyos los une en un vínculo de unidad de conspiración, de los cuales los antiguos intérpretes dijeron, "levantó su cola como un ciprés", donde significaron la elevación de su mente en lo alto, nombrando este árbol, que bajo un solo tronco, con una cima alta se extiende hacia arriba.

Los nervios de sus testículos están entrelazados. En los nervios, parece decirme, hay ciertos vínculos fortísimos y seductores de placeres con los que atrapa a los hombres carnales, de los cuales vicios también el profeta culpando a los hombres entre otras cosas dice, así diciendo: "Pero los que se desvían hacia las ataduras": donde creo que el profeta simplemente significa el placer casi inextinguible en los miembros humanos, al cual nuestra carne cautiva sucumbiría, si no fuera por la gracia de Dios según el Apóstol.

Sus huesos son como tubos de bronce, su cartílago como láminas de hierro. Con estos nombres de miembros se indica que el diablo con los suyos es duro, rígido, pertinaz e inflexible. En los huesos y el cartílago, dentro y fuera, en la cogitación y la obra, se demuestra su malicia perfecta. Lo que se ha dicho, su cartílago como láminas de hierro, otros han dicho, "sus espinas son hierro fundido": para que se entienda que el diablo nunca se ha humillado a Dios por el arrepentimiento.

Él es el principio de los caminos de Dios. Quien lo hizo, aplicará su espada. En este lugar, aquí parece ser el sentido, que para caminar en los caminos de Dios, y observar los mandamientos del Señor por obediencia, él entre otras criaturas fue primero creado por Dios, y de ahí se dice, él es el principio de los caminos del Señor. Pues en el profeta Ezequiel se refiere en la cabeza de las piedras encendidas, que fue el primero de todos los ángeles, y corona en la mano del Señor. O puede decirse así, que en esa eternidad suya Dios siempre permaneciendo, como salido a la creación de las criaturas parece, y estos son sus caminos, para que lo invisible se manifieste a partir de lo visible. O cada criatura es un camino de Dios, por el cual se va al conocimiento de Dios, mientras que conocida por él se conoce. O los caminos de Dios son aquellos, cuando a cualquier criatura racional, Dios como viniendo a ella se da a conocer. Por lo tanto, aquí Behemoth se dice principio de los caminos de Dios, porque primero hecho, recibió el conocimiento de su Dios por quien fue creado. Sin embargo, el Señor Cristo se refiere como creado en el principio de los caminos de Dios, para que reconciliando al mundo por su sangre, caminara por el camino de los mandamientos del Padre como sus obras, lo que demostró en el principio de la predicación del Evangelio. Lo que el Señor dice: "Quien lo hizo, aplicará su espada", es decir, quien hizo a Behemoth, le aplicará su espada, es decir, con el mal con el que mató a otros él mismo será castigado, como también el Espíritu Santo ha hablado de sus semejantes en el salmo: "Los pecadores desenvainaron la espada", y; "Su espada entre en su corazón". Sin embargo, debe notarse en este lugar el cambio de personas. Pues también anteriormente el Señor dijo que él mismo había hecho a la bestia Behemoth, y ahora dice que otro lo creó, diciendo así: Él es el principio de los caminos de Dios, quien hizo todo: lo que puede exponerse así, porque el Padre en el Hijo hizo todo, como dice el profeta a Dios: "Todo lo hiciste en sabiduría". Otros dijeron: "Él es el principio de la creación del Señor": que se burla de él por sus ángeles, es decir, los santos. Por lo tanto, se burla de él, cuando por la gracia del Espíritu Santo, y el mérito de la santidad se le somete, y por la invocación del nombre de Cristo es expulsado de los cuerpos poseídos. Por ellos, ciertamente, que dejando toda malicia y todo engaño, y simulación, según Isaías, son niños nacidos en Cristo, de los cuales profetizó con la virtud de la gracia de Cristo contra su adversario el diablo en el espíritu de la providencia, diciendo: "Y el niño se deleitará en el pecho, sobre los agujeros de la víbora, y en la cueva del basilisco, el que haya sido destetado, meterá su mano". Y el Señor, cuando hablaba de todo su cuerpo, dijo a aquellos, a quienes había hecho inocentes y pequeños, diciendo: "He aquí que os he dado poder para pisar sobre serpientes y escorpiones, y nada os dañará".

A él los montes le llevan hierbas. Todas las bestias del campo juegan allí. Estos montes están situados en el clima del norte, donde el soberbio diablo dice que se sentará, diciendo: "Ascenderé sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo". A estos montes, hombres soberbios y excesivamente elevados, e imitando la hinchazón de su corazón, no es absurdo entenderlos. En estos, pues, habitando, se alimenta de la temporalidad de la alegría, que se llama con el nombre de hierbas, y se deleita en el mal de la hierba que crece y prospera en ellos, en los cuales también en los montes todas las bestias del campo juegan. Estas bestias son los socios y ministros del diablo: de los cuales el profeta, orando a Dios, dice: "No entregues a las bestias el alma que te confiesa". Este campo es el mundo, según la autoridad del Señor, que dice en el Evangelio: "El campo es este mundo". En tales montes, pues, que llevan hierbas de lujuria, no árboles fructíferos, estas bestias, es decir, las potestades adversarias, no teniendo el rigor de las virtudes, juegan con el flujo y la lascivia de los vicios, y en todos sus montes, en los crímenes y delitos nefandos, es decir, se glorían. Otros dijeron de este lugar: "Subieron al monte escarpado: hizo alegría a los cuadrúpedos en el tártaro". El monte escarpado creo que significa la cima de la soberbia diabólica, en la que se elevó tanto, que de él cayeron hasta las profundidades de los infiernos. Hizo, pues, alegría,

es decir, dio consuelo, ya sea a aquellos que, consintiendo en su soberbia, fueron expulsados de los cielos destinados al tártaro, o a aquellos pecadores, que por él cayeron en las profundidades del infierno, bajo cuya persona al mismo príncipe de los demonios así habla el discurso profético: "Y tú fuiste herido como nosotros, y te hiciste semejante a nosotros. Tu soberbia fue llevada al infierno, tu cadáver cayó: hizo alegría a los cuadrúpedos, como se dijo, es decir, a los pecadores, que inclinados o tendidos hacia el tártaro, no pueden mirar al cielo.

Bajo la sombra duerme en el secreto del junco, en lugares húmedos. Que las sombras son de los cuerpos, nadie lo duda: pero en las Escrituras divinas, la sombra a veces se entiende como descanso y refrigerio, a veces como penas. De donde se dice, "sombra de muerte". A veces las sombras se refieren a los pecados, que como la sombra al cuerpo, así están cerca de la muerte. En los pecados, pues, habita el diablo, y descansa en el secreto de las cogitaciones, o incluso de los lomos: de donde también se llaman lugares húmedos. O en los secretos, es decir, en los escondites de Dios, que Dios ciertamente no busca, y como si fueran indignos no visita: de los cuales escondites el profeta dice a Dios: "De tus escondites se ha llenado su vientre". Los pecados, pues, como las tinieblas se esconden de la luz de la verdad. O, como ya dijimos, en el lugar remoto del corazón habita el diablo, que el corazón vacío del temor de Dios está abierto a la vanidad y al lujo, y a todas las seducciones de los vicios. Esta sombra, pues, que no conoce el sol, y los secretos del junco significan. Otros dijeron: "Bajo todo tipo de árboles duerme junto al junco, y el junco, y el carrizo". Dice todo tipo de árboles, que sin embargo todos son infructuosos, no teniendo la médula de la caridad de Dios, ni los frutos de las buenas obras.

Las sombras protegen su sombra. Sus pecados sobresalen sobre los pecados de todos los impíos, y las impiedades, que con una cierta protección de su malicia defiende y cubre. Otros dijeron así: "se sombrea en él los grandes árboles": donde me parece que ha dicho esto, que aunque los espíritus malignos, o los hombres ministros del diablo, sean altos por la soberbia, sin embargo, el diablo los supera en magnitud de delitos, porque es el inventor de un crimen más atroz que el imitador del pecado.

Circundaránlo los sauces del torrente. O bien raíces y arbustos, como otros han dicho. Este mundo mortal, debido a su rápida inestabilidad, se llama torrente: así como también el profeta dijo, cuando profetizaba sobre la pasión del Señor: Beberá del torrente en el camino. Pues con aquella disposición con la que se dignó venir a nosotros, bebió en la cruz el cáliz de la muerte, del cual dijo al Padre: Si es posible, pase de mí este cáliz. Por lo tanto, el diablo se rodea de los hombres de este mundo, que son amarguísimos en los sentidos de los pecados y la perfidia de la infidelidad, como hojas, mintiendo los frutos de las buenas obras, quienes también se unen en compañía y sociedad.

He aquí que absorberá el río, y no se maravillará, y tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca. En muchos lugares de las Escrituras, sabemos que el nombre del río significa el género humano, del cual incluso el mismo poder adversario dice: Mío es el río, y yo me hice a mí mismo. A este río, es decir, al género humano que fluye hacia lo bajo y lo inferior, como un río que fluye, insinúa los deseos de las codicias, la delectación y el amor del mundo presente, de tal manera que pueda absorberlo, y como el infierno devorarlo; así pues, el género humano se precipita en los vicios mencionados, para que pueda ser fácilmente devorado por el enemigo. Pero lo que dice: Tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca: el río Jordán contiene el sacramento del bautismo; cuando en él Cristo el Señor fue bautizado, nuestro bautismo fue consagrado. Según el entendimiento místico, montes y

colinas, carneros y corderos de ovejas saltan de alegría ante la faz del Dios de Jacob, quien siendo el hermano menor, creyendo, suplantó al hermano mayor incrédulo. De cuya tierra del Jordán, es decir, la Iglesia, el profeta en persona del creyente dice que recuerda al Señor. Comenzando ciertamente desde Cristo, el monte pequeño, quien por la pasión fue hecho pequeño, fue disminuido respecto a los ángeles, obedeciendo al Padre hasta la muerte. Este Behemoth, por tanto, elevado con excesiva temeridad, tiene confianza en que el mencionado Jordán, que figura los sacramentos de la Iglesia, lo beberá con su boca, y deseoso de devorar, lo encerrará en su vientre. Es decir, incluso aquellos a quienes la sangre de Cristo, por el agua de la regeneración, que el Jordán típicamente prefigura, y la ablución del Espíritu Santo redimió, busca de su poder y durísimo dominio, para que nuevamente los haga suyos, ya sea por persuasión oculta o por manifiesta oposición.

En sus ojos lo capturará como con un anzuelo. Estas palabras del Padre sobre el Hijo son según aquella alocución, de la que dijimos anteriormente, donde el Padre dice de él, cuando hablaba de él sobre el diablo: Él es el principio de los caminos de Dios. Este Behemoth, por tanto, el hombre vestido con la carne del divino numen asumido, en sus ojos lo capturará, dice el Padre sobre el Hijo, que capturaría al diablo. En sus ojos, dice, es decir, en la misma luz de la inteligencia, donde está la visión de la sabiduría, de la naturaleza racional. Allí, digo, la sabiduría divina fue capturada, mientras que por su astucia y versatilidad no ve de quién es la carne que la muerte aprehende para devorar. Según este modo, el diablo fue capturado.

Y con estacas perforará sus narices. Es decir, Cristo nuestro Señor quebrantará y dispersará la furia rabiosa y anhelante por la destrucción de los santos: a los santos, por el madero de la cruz, no absurdamente creo que aquí deben entenderse; así pues, el Señor humilla y quiebra al enemigo, y todo el ímpetu de la envidia rabiosa, mientras lo reprime por los mismos santos con el madero de su cruz.

¿Podrás sacar a Leviatán con un anzuelo? Cambió la figura del enigma, para que al diablo, a quien anteriormente había llamado Behemoth con un nombre trasladado, ahora lo llame Leviatán; pero allí lo dice como una bestia que habita en la tierra; aquí, sin embargo, lo nombra como quien está en las aguas del mar. Por lo cual otros dijeron que Leviatán es un dragón. Por lo cual puede parecer que es un género de dragones horrendo, que se llama Leviatán, al cual el diablo se adapta congruentemente por su malicia y poder. Behemoth, sin embargo, se llama así porque muchos están con él. Pues Behemoth en latín, se dice que suena como muchos. Por lo cual él mismo puede entenderse con sus socios y ministros, y correctamente, como se dice, que no son de Dios. Leviatán, sin embargo, algunos dicen que significa adición. Porque, por tanto, no permaneció en la verdad, y excediendo la medida de la presunción, añade a sí mismo soberbia, como si sobre el bien de la naturaleza excediera en hinchazón y enfermedad de altivez. Por lo tanto, se le llamó adición: pues el vocablo hecho del crimen cubrió la condición de la buena naturaleza, que el buen Dios había creado. Y el profeta Isaías profetiza sobre él diciendo: En aquel día, ya sea en el tiempo de la pasión de Cristo, o en la venida de su juicio: En aquel día, por tanto, el Señor visitará con su espada dura y grande, y fuerte, sobre Leviatán, la serpiente veloz, y sobre Leviatán, la serpiente tortuosa, y matará al cetáceo que está en el mar: según esto mismo, es lo que otro profeta dice igualmente a Dios: Tú quebraste con tu poder el mar. Tú quebraste la cabeza de los dragones sobre las aguas. Aquí el mismo diablo se describe como cabeza con sus miembros, y su cuerpo, y las escamas unidas con un vínculo indisoluble se narran. Este, por tanto, Leviatán, el dragón típico, dice el Señor a Job, para que no domine en las aguas de las naciones, tú quizás puedas sacarlo del mar de los pueblos, a quien con el anzuelo de mi poder, como se dijo antes, por la fe de los creyentes he dispuesto sacar y secar. Según este sentido es aquello

que también el Señor dice en el Evangelio: Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están las cosas que posee, y demás. En el primer advenimiento de Cristo se hizo por la gracia de su redención, para que los pueblos fueran liberados de la sociedad del diablo y su dominio. En su segundo advenimiento, todo el poder del diablo será quitado, ya que el mar, es decir, el siglo, no será, y el género de sus socios perecerá de la tierra. Cuando también se buscará su delito, y no se encontrará, con el Señor reinando por los siglos, y por los siglos de los siglos, con la muerte y los inventores de la muerte absorbidos en la victoria de la resurrección. Pero lo que en este libro dice Dios, que con un anzuelo sacará a Leviatán, por otro profeta lo dice, diciendo: Extenderé sobre ti mi red en la multitud de los pueblos, y te sacaré en mi red. La diferencia entre el anzuelo y la red creo que es esta, que el anzuelo mismo es el Salvador, el Hijo de Dios, vestido de carne: la red, sin embargo, puede decirse que es la predicación del Evangelio, que desde el oriente hasta el occidente se ha extendido en un espacio amplísimo, como también dice el profeta: Grande es el Señor, y demás. Y luego dice, extendiendo la alegría de toda la tierra. Esta red de la predicación de Cristo, con las figuras del Antiguo Testamento, y las imágenes de las significaciones y muchos testimonios de la Escritura de este tipo, como con nudos atados, está sólidamente fortalecida, que muchos cetáceos, y dragones ferocísimos de este mundo impío y poderoso intentaron romper y desgarrar, y no pudieron lograrlo, porque el firme fundamento de Dios lo hizo, y no puede ser derribado. Porque si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Por lo tanto, según esta exposición, se reconoce el mismo sentido en el anzuelo y la red. Cuando, por tanto, el Señor dijo a Job, ¿podrás sacar a Leviatán con un anzuelo? le dice:

¿Y con una cuerda atarás su lengua? Así como de muchas partículas del tejido se entrelaza una cuerda, para que sea un vínculo con el que se puedan atar algunas cosas; así también el diablo, de la multitud de sus pecados, como de partículas de cuerdecillas, se ata con los vínculos de los sacrilegios, como con una cuerda de blasfemias, y su lengua se ata, para que su boca que habla iniquidad esté obstruida y cerrada. Y en los Proverbios de Salomón, sobre sus semejantes está escrito: Cada uno es atado con los vínculos de sus pecados. Y de ahí es que el Señor en el Evangelio dice que el siervo perezoso e inútil, con las manos y los pies atados, será echado en las tinieblas exteriores, es decir, atado con los vínculos de sus pecados, que ha cometido, según el juicio divino es atado y enviado a las penas; lo cual el mismo Señor demostró muy claramente en un lugar, cuando hizo un látigo de cuerdecillas de los judíos, y azotándolos los echó del templo.

¿Acaso pondrás un anillo en sus narices, o perforarás su mandíbula con una argolla? O bien un gancho, como otros han dicho. ¿Y perforarás con una argolla? o, como otros han dicho, ¿perforarás su labio con una tenaza? Con los nombres de anillo, gancho, tenaza y argolla, se entienden las palabras del poder divino, con las que el soberbio y blasfemo es humillado y triturado por Dios.

¿Acaso multiplicará sus súplicas hacia ti, o te hablará con suavidad? O como otros han dicho: ¿O te hablará con dulzura? Solo a Dios, de quien reconoce ser criatura, está sometido, y solo a aquel a quien su misma conciencia teme, su ánimo soberbio se somete.

¿Acaso hará un pacto contigo, y lo tomarás como siervo eterno? Aunque sea rebelde y extremadamente altivo, sin embargo, es obligado y compelido por el bien de su misma naturaleza, que en testimonio de su justa condenación en parte no perece, para que al menos como un mal siervo confiese ser del Señor creador suyo. Este es el pacto o testamento que se le ha ordenado hacer con Dios. Por lo cual el mismo Señor dice: Y lo tomarás como siervo eterno. Pues esto no lo hace por voluntad del ánimo, sino por el mandato del poder divino, y

por eso es llamado siervo eterno por Dios, porque la adopción de los hijos de Dios, o aquel primado de la dignidad angélica, nunca lo recibirá.

¿Acaso te burlarás de él como de un ave, o lo atarás a tus doncellas? Tanto, dice el Señor, se humillará la fortaleza de este dragón, y será completamente como nada; que será tenido para burlarse, y será asignado para burlarse de los santos ángeles, como ya se ha dicho antes. Pero lo que se dice que será burlado como un ave, como cosa pequeña y mínima en comparación con el poder de Dios, quiso demostrar con el nombre de ave; y lo que se dice que será atado a las doncellas, es lo que el mismo Señor dice en el Evangelio a sus discípulos: He aquí que os he dado poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará. Así pues, es atado y burlado por las santas almas de Dios, que son las doncellas de Cristo; mientras por ellas se le manda a él y a sus socios, y se le obliga a irse de los cuerpos que tiene poseídos: y a quien diariamente se le quita la cautividad cautiva en todo el mundo, como también según el Apocalipsis se dice que está atado por mil años, lo cual se entiende de una parte por el todo, según el apóstol que dice: Hijitos, es la última hora; desde el tiempo del advenimiento del Señor en nuestra carne. Así pues, está atado: para que no seduzca a los que han de ser salvados por la gracia y redención de Cristo. Otros dijeron: ¿Lo atarás como a un pajarillo para un niño? lo cual es, que sea retenido por el precepto de mi mandato, y como atado será entregado en poder. Este es aquel niño, del cual Isaías dice: El niño recién destetado meterá su mano en el agujero de la áspid: este niño profeta, aunque sea un niño de cien años, por la gracia de Cristo morirá, es decir, santo e inocente emigrará de este mundo a Dios. Por lo tanto, debemos entender a este niño como cada uno de los santos, que del manantial, es decir, del útero de la madre Iglesia, como un niño renacido para Dios, y succiona los preceptos del Señor, como alimentos lácteos de sus pechos.

Lo cortarán los amigos, lo dividirán los comerciantes. Estos amigos y comerciantes deben entenderse como los santos, todos también los predicadores de la verdad: a quienes Cristo el Hijo de Dios dice: Vosotros sois mis amigos. Y también de los mismos dice en parábola: El reino de los cielos es semejante a un hombre comerciante, que busca una buena perla, y demás. Quien el reino de Dios, y el premio de la vida eterna, como una perla preciosísima, lo han propuesto en venta al mundo, para que cada uno de los acreedores venda lo que tenga, es decir, la delectación de la vida presente, y con estos negocios lo cambie y lo compre. Por lo tanto, por los amigos y comerciantes mencionados, el cuerpo de este dragón es cortado y dividido, mientras por ellos a la fe de Cristo, se separa una gran multitud de los perdidos de él. Pues muchos de sus poderosos, y fuertes en malicia, son separados de su compañía, como miembros de él, como también el profeta Habacuc dice al Señor; Cortaste en estupor de mente las cabezas de los poderosos: y de los cuales nuevamente dice al Señor: Enviaste muerte sobre las cabezas de los enemigos: muerte ciertamente de los vicios, para que ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió y resucitó. Estas cabezas de los enemigos de Dios, es decir, los príncipes de los pueblos impíos, ellos mismos son los reyes y nobles de este dragón espiritual, que según la traslación de los nombres, y la figura del tropo de otro, se dice que deben ser atados por los amigos y comerciantes mencionados: como dice el profeta David: Para atar a sus reyes con grilletes, y a sus nobles con cadenas de hierro. Estos reyes y nobles, por tanto, ellos mismos son también los dragones, y los miembros de ese dragón, de los cuales dice el profeta a Dios: Tú quebraste las cabezas de los dragones sobre las aguas.

¿Acaso llenarás las redes con su piel, y el cobertizo de los peces con su cabeza? Todos los que por consenso de malicia e imitación se adhieren al diablo, correctamente se dicen ser sus pieles. A quienes por eso creo que se les llama con el nombre de piel, porque están unidos a

él con una conexión indisoluble, y nunca, o ciertamente apenas, pueden separarse de él. De estos, por tanto, dice el Señor que las redes deben llenarse.

Pondrás sobre él tu mano. Recuerda la guerra; y no añadas más hablar. Así me parece haber dicho: Con el adversario tuyo vencido por mí, pondrás sobre él tu mano, para que también puedas burlarte de él. O pondrás sobre él tu mano, como si dijera, si te crees ser de su potencia y virtud, pondrás sobre él tu mano, que es, si puedes, haz con la virtud de tu poder, que te tema y tema como a mí, a quien solo debe esto: pero porque de ninguna manera puedes hacer que este gran dragón, y poderoso en malicia, te esté sujeto; recuerda en esta tribulación de tus penas contra qué feroz y cruel enemigo has tenido guerra: te baste haber hablado palabras ásperas contra mí, donde quise que supieras, que no habrías podido superar y vencer a este fortísimo enemigo tuyo, si no hubiera sido ordenado que fuera puesto en tu poder por el mandato de mi imperio, y también que tu alma fuera custodiada por mí. Por lo tanto, fue dado en su dominio de tal manera, que no te afligiera más de lo que tus fuerzas permitieran.

He aquí que su esperanza lo frustrará, y ante todos los que lo vean será precipitado. Cuando en presencia de los santos ángeles, y de la innumerable multitud de bienaventurados hombres, sea precipitado en el infierno, y el fuego eterno, su esperanza, con la que se cree fuerte para escapar, el juicio horrendo y justo lo frustrará, y pensando cosas vanas e inútiles, será llevado a la nada.

CAPÍTULO XLI.

No lo despiertes como cruel. Pues ¿quién podrá resistir a mi rostro, y quién me ha dado antes para que yo le devuelva? Todo lo que está bajo el cielo es mío. Por lo tanto, este enemigo no lo despierta Dios como cruel, que desea castigarlo: o a cualquiera de los santos con su colocación aplastarlo: cuya naturaleza luminosa más bien le compete la bondad eterna: pero Dios se dice ahora despertar a Leviatán de este modo, para que lo manifieste a los demás cómo es, a quien como a Faraón, por largo tiempo de impunidad, se le permite insultar por más tiempo. Pues esto Dios lo permite con su justísimo juicio: o para la ejercitación y prueba de los santos, o para el castigo de los inicuos. Pues ¿quién podrá resistir a mi rostro? Donde parece haber dicho esto, que solo al aspecto de la majestad de Dios, toda criatura cede y tiembla. ¿Quién me ha dado antes para que yo le devuelva? todo lo que está bajo el cielo es mío. Pues no, dice, he recibido de nadie el poder, que alguna vez quizás no haya tenido: para que le dé gracias por este beneficio, o le imparta alguna retribución. Según este sentido también habla el Apóstol: ¿O quién, dice, le ha dado a él, y se le retribuirá? Donde en estas palabras Dios se muestra haber estado siempre presente.

No le perdonaré con palabras poderosas y compuestas para suplicar. Esto quizás del diablo, de cuyas palabras aquí habla, podemos entender: aunque sea rebelde contra Dios, y contumaz, sin embargo, temblando siente a su creador, y aunque inmemor de su condición, sin embargo, como un mal siervo, al menos obligado simula suplicar a su Señor.

¿Quién revelará el rostro de su vestidura? Aquí Job dice que el rostro del diablo está velado con vestidura, porque se transfigura en ángel de luz. Sin embargo, el rostro es revelado por el Señor, cuando se descubren sus artes de iniquidad.

¿Y quién entrará en medio de su boca? Aquí la boca del diablo puede entenderse como su incesante blasfemia, que debe ser obstruida y cerrada por Dios, cuando sea penetrada por la palabra del Señor. O ¿quién entrará en medio de su boca? puede entenderse así que la boca del diablo, se entienda como el infierno: al cual el Salvador descendió, para liberar a los

hombres devorados por el diablo. Y por eso lo que iba a ser en el tiempo, dijo: ¿Quién entrará en medio de su boca?

¿Quién abrirá las puertas de su rostro? La fortaleza oculta y escondida con mucho secreto de la hipocresía del diablo, dice el Señor que la manifestará: la cual en su pasión y cruz claramente manifestó, cuando con sus príncipes y potestades fue llevado en triunfo por el Hijo de Dios con poca confianza.

Alrededor de sus dientes hay terror. A este enemigo voraz e insaciable lo llama, quien como una bestia rapacísima, con sus dientes todo consume, y por eso hay terror y miedo alrededor de sus dientes, porque están preparados para devorar.

El cuerpo de él es como escudos fundidos, y está compacto con escamas que se presionan entre sí. Una se une a otra, y ni siquiera un soplo pasa entre ellas. De ahí que se adhieran unas a otras, y no se separen en absoluto. Estos tres versículos continuos, bajo la repetición de diferentes palabras, hablan de lo mismo. Por lo tanto, el cuerpo del diablo, todos sus compañeros y los espíritus inmundos deben entenderse como aquellos que Dios dice que están tan unidos a él con tal consenso y conspiración, que están conectados a él con un vínculo indisoluble, a quienes también, bajo una expresión alegórica, llamó por el nombre de escamas, que están tan densamente unidas y estrechamente adheridas entre sí, que no tienen respiro para respirar hacia Dios, porque debido a su conexión, no se relajan hacia la salud del arrepentimiento. Pero que los demonios, ministros impíos del diablo, se comparen con escudos fundidos, el Señor significa con este nombre que su resistencia contra Dios es extremadamente obstinada y rebelde, y su oposición es fuerte, sólida y perenne. La antigua edición asimiló al diablo a la piedra esmeralda, que por naturaleza es áspera, alisando otras por fricción, pero sin dejar de ser áspera, tritura todo, sin sentir disminución de sí misma.

Su estornudo es como el resplandor del fuego, y sus ojos como los párpados del amanecer. O como otros dijeron: En su estornudo brilla el sol, y sus ojos como la apariencia de Lucifer. El estornudo expulsa las impurezas del cerebro y purga los vicios concebidos internamente. Por lo tanto, el diablo, que es completamente sucio y fétido, parece mostrarse en esta luz, cuando transformándose en ángel de luz, opera y derrama las impurezas de su malicia para la perdición de los hombres con deleite, y de la envidia, es decir, de la cabeza de todos los males, agita y produce sus venenos. Los ojos del diablo deben entenderse como falsos profetas, de los cuales el santo Isaías dijo, cuando hablaba al pueblo pecador, diciendo de Dios: Cerrará vuestros ojos: quienes, inspirados por él, hablan cosas que parecen cercanas a la luz de la verdad. Como los párpados son del amanecer, aunque no poseen nada de la luz de Dios. Porque aunque parezcan mostrar el inicio de la luz en sí mismos, que surge en ellos por el fermento de la hipocresía, sin embargo, cubren las tinieblas de las mentiras con la apariencia de verdad.

De su boca salen lámparas como antorchas encendidas. Así como la boca del Señor ha hablado, también todos los impíos y sacrílegos, y blasfemos, se llaman correctamente la boca del diablo, de la cual salen antorchas encendidas, o, como otros dijeron, antorchas ardientes, es decir, se sugiere la causa del fuego y el castigo: y en el Apocalipsis, donde bajo la similitud de caballos se describen estos ministros del diablo, se dice de ellos: De su boca salió fuego y humo, y azufre: no es que salgan claramente de su boca, sino que sus palabras blasfemas son fuego y humo, y azufre, como el Señor le dijo a él por el profeta: Sacaré fuego de en medio de ti que te devore.

De sus narices sale humo. Es decir, soberbia.

Como una olla encendida y hirviente. Porque el vapor genera por sí mismo o a los que obedecen las causas del fuego eterno. El espíritu de soberbia se demuestra en el aliento de las narices, con el cual se regocija en exhalar la hinchazón de su alma, pero ser humillado y reprimido por el Señor se dice más arriba: ¿Pondrás un anillo en sus narices, y perforarás su mandíbula con un aro?

Su aliento hace arder las brasas. Este es su humo de sus pares y de su aliento, para que con sus carbones se suministre fuego eterno y humo. Así también el Señor dice a los semejantes a él: Caminad en la luz de vuestro fuego, y en las llamas que habéis encendido para vosotros.

Y una llama saldrá de su boca. O como otros dijeron: Pero la llama de su boca se enrolla: allí el mismo sentido, que es, las penas de las blasfemias salen enrolladas de la boca del diablo.

En su cuello reside la fortaleza, y su rostro precede la miseria. Con el nombre de cuello, es decir, de cerviz, se refiere a la hinchazón de la arrogancia del diablo. A quien se le dice por el profeta: Nervio de hierro es tu cerviz: en la cual habita el mal del pecado principal. Con esta fortaleza de soberbia, también el profeta habla con sus palabras, diciendo, haré fortaleza, a quien por esto el Señor reprende y le dice: En tu sabiduría hiciste para ti fortaleza. Y de nuevo le dice: En tus negociaciones multiplicaste para ti fortaleza. Y también: Se elevó tu corazón en tu fortaleza. Pero lo que dice: Su rostro precederá la miseria, esto es que dondequiera que se acerque el diablo, inmediatamente todas las fuerzas de la vida y del alma se agotan, y la sustancia se consume.

Los miembros de su carne están adheridos entre sí. Los miembros del diablo son aquellos que antes nombró en las escamas y escudos fundidos. Sin embargo, se les llama miembros de su carne porque, dedicados a actos carnales y vergonzosos, se adhieren a él como autor de los males.

Lanzará contra él rayos, y no se llevarán a otro lugar. El orden del que habla Dios en este lugar parece oscurecido, donde al hablar del diablo, de repente cambia de persona diciendo: Lanzará contra él rayos, y no se llevarán a otro lugar. Se debe creer que estos rayos son enviados por Dios contra el diablo, según aquel sentido, donde se dice: Llovió el Señor desde el Señor. Lo que aquí se dice así: hizo Dios lo que habló Dios. El dragón diablo es fulminado por Dios, cuando es reprendido por las palabras ígneas de Dios desde las nubes santas, que ciertamente son rayos, enviados y dirigidos a un lugar, no se lanzarán en vano, y el diablo no se gloriará de ellos como impune.

Su corazón se endurecerá como piedra, y se apretará como el yunque del herrero. O, como otros dijeron, y se mantendrá como un yunque infatigable. El corazón del diablo es duro e inflexible, también con la torpeza de la piedra y la rigidez. Sin embargo, se aprieta, o se mantiene como un yunque, que no se produce. El yunque, de hecho, es golpeado, pero no se produce, doma lo que se le arroja, pero permanece inmóvil: así es el diablo. Es golpeado por las reprensiones de los fieles, es golpeado por las palabras de los profetas, es aplastado por la victoria de los mártires, pero permaneciendo rígido, duro, indomable, está destinado a penas eternas.

Cuando sea levantado, los ángeles temerán, y aterrados se purificarán. Esto puede entenderse dicho de los tiempos del primer siglo. Cuán grande es el mal de la soberbia, ya entonces los santos ángeles pudieron saberlo, cuando el presuntuoso de la tiranía fue arrojado del cielo:

cuando también por el mérito en el que permanecieron en la verdad, en la que él no permaneció: y en esto se cree que fueron hechos bienaventurados, para que se hicieran certísimos de que nunca debían temer la caída de ningún pecado. Por lo tanto, lo que se dijo que al ser levantado el diablo, los ángeles temerán, y aterrados se purificarán, no debe entenderse así, que para evitar el pecado de la soberbia, serán más emendados, aterrados por el ejemplo de tan gran condenación, cuando ciertamente es evidente que no serían bienaventurados si debieran esforzarse con mayor cuidado para no pecar. Evitar el pecado, o resistir al pecado, pertenece a las miserias penales de este mundo, no a la gloria del siglo futuro. Sin embargo, creo que deben entenderse estos hombres, que han llegado a la compañía de los ángeles, como nuevos ángeles, al ser condenado el diablo, aterrados se purificarán: viendo qué clase y cuán grande enemigo, y tales penas de condenación horrenda han evitado. Sin embargo, se purificarán, es decir, serán más puros ante Dios, al ver tanta consolación del beneficio divino hacia ellos. También lo que se dijo, aterrados, o lo que está escrito, temerán, no está en desacuerdo con el sentido, para que la criatura racional admire todo beneficio y todo juicio de su Creador, no con terror penal, sino con terror honorífico. Y en verdad, ¿qué mayor purificación, o purga, podrá haber ante Dios, como la del hombre angélico, que siempre con exultación (porque a quien se le concede es piadoso) y con temblor (porque a quien se le concede es Dios) refiera todo bien de su certísima seguridad y gloria perpetua a la alabanza de su Creador?

Cuando lo agarre la espada, no podrá resistir, ni la lanza, ni la coraza. Otros lo tradujeron más claramente diciendo: Si le encuentran las lanzas, no le harán nada: es decir, no podrá ser emendado por ningún metal de terrores y reprensiones. En la lanza y la coraza pueden entenderse aquellos que, vestidos con la coraza de la justicia, armados con la diestra con obras santas, intentan resistir. Sin embargo, no podrán castigarlo ni vencerlo, porque es tan fuerte y malo, que desprecia lo que se le opone, y no quiere convertirse. Por lo tanto, todo lo que es fortaleza de ánimos en los santos, se llama con el nombre de hierro. Todo lo que también es de virtudes, se considera con el brillo o la perennidad del bronce.

Porque considerará el hierro como paja, y el bronce como madera podrida. Porque se ha revestido de tal virtud de soberbia, que considera como nada todas estas armas tomadas contra él, y él mismo más bien realiza obras, similares a montones de paja y maderas infructuosas, y viejas y carcomidas, que deben ser quemadas con fuego inextinguible.

No lo ahuyentará el hombre arquero. Aunque cualquiera de los santos tenga el carcaj de su corazón lleno de palabras de reprensión como flechas punzantes, sin embargo, este duro y extremadamente férreo no podrá ser penetrado por ellas. Y por eso, no sintiendo las heridas de las punzadas, no es ahuyentado por tal arquero. Otros dijeron: No lo herirá la flecha de bronce. La palabra de Dios incorruptible y permanente se compara con la flecha de bronce, con la cual el diablo nunca pudo ser herido para el arrepentimiento: según la dureza de su corazón, atesora para sí ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios.

Los guijarros de la honda se convierten en paja para él. La honda puede entenderse como cualquiera de los santos, que es sostenido por la mano del Señor. A través de estos santos, por lo tanto, lanza contra este impío palabras duras, fuertes y ásperas como piedras, para que golpeado por ellas dé honor a Dios; pero él, siendo de singular malicia, convierte esas palabras en paja para sí mismo, para que al considerarlas como nada, se conviertan para él como paja que enciende las bolas humeantes del fuego del Tártaro. Lo que otros dijeron en el mismo sentido: Considera las piedras lanzadas por la honda como heno.

Considerará el martillo como paja. La palabra divina, que lo golpea y aplasta con su peso grave y fuerte, y que atenúa la vasta dureza de su impiedad, la considerará como paja: porque, cubierto de malicia, no sentirá el peso del que lo golpea desde arriba, ya que su corazón se ha hecho como piedra, y como un yunque indomable: que nunca, aunque golpeado en exceso, se produce.

Y se burlará de la lanza vibrante. O, como otros dijeron, del discurso tembloroso. El vigoroso discurso de cualquiera de los santos dirigido hacia él con vigor de ánimo y virtud, no solo no lo temerá, sino que también se burlará de él, o del mismo discurso, o incluso del que lo lanza. Todo esto lo dice Dios del diablo de diversas maneras y similitudes, para mostrar a los hombres cuán grande es el mal, y cuán poderoso, y cuán completamente irrevocable es.

Bajo él estarán los rayos del sol, y se extenderá el oro como lodo. El sol de justicia es Cristo Dios, en cuyas alas está la salud. Estos rayos, es decir, los santos que son hijos de su luz, por este príncipe de las tinieblas, en la transgresión de Adán, se mantienen sujetos al pecado de él, mientras que ya redimidos por Cristo, los hace suyos y los somete como cautivos y siervos, y los subyuga. También pueden ser aquellos ángeles que el diablo arrastró consigo: de los cuales se dice en el Apocalipsis: Y arrastró consigo la tercera parte de las estrellas a la tierra: estos rayos del sol se entienden, que al apartarse de Dios, la verdadera luz, se convirtieron en tinieblas, y príncipes de las tinieblas. Estos, por lo tanto, están bajo él, a quienes el diablo es rey y señor. El oro, según este sentido que hemos dicho, son los mismos rayos del sol, porque bajo el nombre de oro, se entienden los preciosos y malos: él los extiende como lodo, cuando los somete al pecado, los hace sucios y viles. Se dice que los dragones habitan en esos lugares secretos, y en los senos ocultos de la tierra, donde hay metal de oro. Y por esto, bajo la inteligencia espiritual, creo que se ha conservado esta metáfora, porque este dragón rojo, del oro de los buenos que había derribado, se extiende un lecho, que es todas las riquezas espirituales de este mundo, es decir, la santidad de los buenos hombres, la justicia y otras virtudes, como oro tendrá bajo él, cuando los haga dormitar en la fe y los convierta en un inmenso lodo de pecados.

Hará hervir como una olla el profundo del mar, y lo pondrá como cuando los ungüentos hierven. Hemos aprendido que este siglo es el mar, según los entendimientos alegóricos, que es oscuro por su propia oscuridad, y por la ceguera extrema de la necedad, que el diablo enciende con concupiscencia carnal, para que hierva en el amor de las cosas terrenales. Si en cambio interpretamos los ungüentos en un buen sentido, como las gracias fervientes de los santos, el diablo, habitante de este mar, actúa para que, así como las gracias espirituales arden en el amor del Espíritu Santo, así los hombres ardan en el amor de este mundo con el deseo de la vida presente, como si fueran encendidos por ciertas llamas ardientes. Otros dijeron, hace hervir el abismo, como un vaso de bronce lo considera como un delito, y el tártaro del abismo como un cautivo. En este lugar creo que Dios dijo esto del diablo: porque de este mundo, llamado con el nombre de abismo, el diablo definió en su mente que no vendría en absoluto a la memoria, que había sido borrado de la memoria divina. Su impiísimo pensamiento lo recuerda en el noveno profeta diciendo: Porque dijo en su corazón, No lo requerirá. Y también: Porque dijo en su corazón, Dios se ha olvidado, ha apartado su rostro, para no ver hasta el fin. También el tártaro del abismo, es decir, el infierno, en el que los pecadores de este mundo serán retenidos encerrados: él lo tenía como un cautivo bajo su durísima dominación, retenido en cadenas infernales. Exultante, por lo tanto, y jubiloso, el diablo pensaba que poseería perpetuamente toda la creación de su Dios, es decir, todo el mundo, como rey y señor, ignorando que el Señor Dios reina por los siglos de los siglos: destruyendo a las naciones impías de su tierra, defendiendo a los huérfanos y humildes

juzgados para que no vuelva a magnificar al hombre, es decir, al mismo diablo, sobre la tierra.

Después de él brillará el camino. Ya entonces buscará volver a Dios, cuando no habrá tiempo de arrepentimiento para él. Y creo que esta senda de conversión la llamó, que con el corazón endurecido y ciego, la penitencia tardía ilumina: cuando después de ser aceptada no le servirá de nada.

Considerará el abismo como envejecido. O, como otros dijeron, como un paseo. Hemos dicho anteriormente que el abismo es este mundo, que el diablo considera envejecido y envejecido, permaneciendo en los pecados, ignorando que será liberado de los pecados antiguos con la venida del Señor.

No hay sobre la tierra poder que se compare con él. No hay criatura de tal poder, ni criatura pecadora de tal malicia, y por eso en ambas cosas nadie podrá compararse con él.

Que fue hecho para no temer a nadie. Por su propia voluntad de libre albedrío, elevado en soberbia, fue hecho, es decir, se depravó a sí mismo con su malicia, para no temer a nadie, ni siquiera al mismo Señor Dios su creador. Teme, de hecho, como un mal siervo, y transgresor; pero no tiene en sí el temor del amor de Dios.

Todo lo sublime ve. Se eleva, dice, hacia lo alto y lo excelsa, es decir, hasta el ápice de su inestimable soberbia, para que el blasfemo ponga su boca en el cielo, diciendo: Pondré mi trono en el cielo, y seré semejante al Altísimo.

Él es el rey sobre todos los hijos de la soberbia. Es decir, la cabeza y el príncipe de todos los soberbios, a quienes imitando los ángeles, los hombres impíos, y los transgresores, se han hecho hijos de su soberbia.

CAPÍTULO XLII.

Respondiendo Job al Señor, dijo: Sé que todo lo puedes. Es decir, que humillas al diablo, como quieres, y cuando quieres.

Y ningún pensamiento te es oculto. ¿Quién puede ocultar algo al escudriñador del corazón y los riñones? De donde se muestra que el santo Job, con estos discursos que confiesa a Dios, acusa sus pensamientos, en los cuales recuerda haberse atribuido mucho a sí mismo por los méritos de su justicia, y haber intentado objetar a Dios, como un rústico, la nota de iniquidad.

¿Quién es este que oculta el consejo sin conocimiento? Es decir, nadie puede ocultar el consejo de tu conciencia. Ya en lo que sigue, manifiestamente muestra su error, y confiesa su insensatez, por la cual ignorante excedió el modo de hablar a Dios, diciendo:

Por eso hablé insensatamente y cosas que exceden en gran medida mi conocimiento. Escucha, y yo hablaré: te interrogaré, y respóndeme. Ya ahora, despojado de la insensatez, y desechada la presunción de la necedad, corregido por el conocimiento de la reprensión divina, y purificado por el examen de la corrección presente, se atreve a interrogar a Dios diciendo: Escucha. Muestra la clemencia de la indignación divina: y parece decir esto, que Dios obró esa plaga de una manera muy diferente a como él antes juzgaba, y de ahí que desea ser enseñado por Dios: y pide que se le muestre esto mismo. Por lo tanto, habiendo recibido Job, como se debe creer por sus palabras, el oráculo de la visita divina, dice a Dios:

De oídas te había oído, pero ahora mi ojo te ve. Después de la prueba de la tentación, hecho más cercano al conocimiento divino, dice que ahora ve a Dios, a quien antes, mientras era examinado, dijo haber oído. Oír a Dios, o ver a Dios, que es invisible e incomprensible, no es de estos ojos, ni de estos oídos, sino más bien de la mente y el corazón. Por lo cual bienaventurados son los hombres de corazón puro, porque verán a Dios.

Por eso me reprendo a mí mismo y hago penitencia en polvo y ceniza. Después de que el Señor habló estas palabras a Job, dijo a Elifaz el temanita: Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado rectamente delante de mí, como mi siervo Job. Tomad, pues, siete toros y carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced un holocausto por vosotros. Mi siervo Job orará por vosotros. Aceptaré su rostro para que no se os impute la necedad. Porque no habéis hablado rectamente delante de mí, como mi siervo Job. Entonces fueron Elifaz el temanita, Bildad el suhita y Zofar el naamatita, e hicieron como el Señor les había dicho. Algunos dijeron de este lugar: Por eso me desprecié a mí mismo, me disolví y me consideré tierra y ceniza. Pero que los amigos de Job no hablaron correctamente en su contra, aquí se muestra claramente, ya que el Señor les imputa, indicando que ese pecado de reproche no puede ser perdonado a menos que el bendito Job ore por ellos y ofrezca un holocausto de propiciación. Observamos aquí que el bendito Job cumplió con el oficio sacerdotal. Se entiende en este lugar que a nadie le conviene reprender con exultación y burla a quien está bajo la corrección de Dios y en los trabajos de tribulación. Dice que antes de que Job ofreciera sacrificio por ellos, aceptó su rostro para escucharle con agrado. Y el Señor añadió el doble. En lo que sigue se busca el sentido de cómo fue duplicado, el escritor de este libro lo narra diligentemente. Los hermanos y hermanas que se reunieron con el bendito Job después de su castigo, deben entenderse como todos los pensamientos y la familia de su linaje. También todos sus conocidos y amigos, que antes conocían su poder real y su sabiduría singular, vinieron a él y comieron con él en un banquete de honor: en el cual se significó que toda la suciedad de las impurezas fue limpiada por él. En el movimiento de la cabeza, debemos reconocer la alegría de los que se reunieron con él: quienes, como si fuera pobre y no tuviera nada, le dieron cada uno una oveja y un pendiente de oro. En esta consolación, aunque pequeña y duplicada de los bienes anteriores, se puede notar que una gran multitud se reunió con él: que aunque recibió poco de cada uno, de repente se convirtió en dueño de tantas riquezas. El escritor de este libro pudo haber dicho esto por anticipación, para que después de esa tentación, durante ciento cuarenta años de su vida, con la bendición del Señor, poseyera riquezas duplicadas: pero no leemos que el número de sus hijos fuera duplicado. Por lo tanto, creo que con lo que se había perdido por completo, le fue restituido el doble, y también se le devolvieron veinte hijos por diez. Porque esos mismos diez primeros que fueron aplastados por el derrumbe de la casa no se consideran extintos ante Dios. Por lo tanto, para la edificación de nuestra fe, debemos entender que le fueron devueltos tantos hijos por Dios como había perdido, para que con toda la sustancia de sus bienes devuelta al doble por el Señor, también creyera tener hijos al doble: quien, como fielísimo siervo de Dios, no debería dudar en absoluto de que aquellos que había enviado a Dios no habían perecido. Así, en todo este libro hemos visto que el santo Job tuvo la figura del Salvador, y con la gracia que nos ha concedido, hemos expuesto, y en algunos lugares hemos entendido que sus amigos significan herejes, como también hemos discutido que Eliú tenía la imagen de la gentilidad. Pero porque la reconciliación de los impíos y errantes es a través de Cristo: No hay otro nombre bajo el cielo en el que debamos ser salvos: por eso, ahora que la gentilidad ha sido extinguida y abolida, los herejes son enviados a Cristo por Dios Padre, para que por quien primero fueron salvados, nuevamente caídos, sean reconciliados con Dios por el mismo mediador. En el holocausto de los siete toros y carneros, se demuestra la satisfacción de las

oraciones y limosnas, la purificación plena de la soberbia y la ira, y la penitencia perfecta a través del trabajo y la inocencia. Lo que dice:

Y el Señor aceptó el rostro de Job, y el Señor se volvió hacia la penitencia de Job, cuando él oraba por sus amigos; eso es lo que dice el Apóstol: Cristo Jesús, que está a la derecha de Dios: quien también intercede por nosotros, según el apóstol Juan, es nuestro abogado y propiciación ante el Padre. Así, el rostro del Salvador es aceptado por el Padre, mientras él mismo escucha y es escuchado.

Y el Señor añadió todo lo que Job tenía, al doble. Por lo tanto, se añadieron a Cristo nuestro Señor y Dios, cuando al pueblo de Israel se le añadió por la fe la multitud de las naciones, y se añadirá en el reino.

Vinieron a él todos sus hermanos, y todas sus hermanas, y todos los que lo conocían antes, y comieron con él pan en su casa. Y movieron la cabeza sobre él. Lo que dice, vinieron, es que por la fe se incorporaron a él, para que dentro de la Iglesia, reunidos en un solo espíritu, fueran miembros suyos todos los creyentes en él. Se llaman hermanos y hermanas, toda esa parentela del pueblo judío: de cuya familia nació Cristo. O podemos entender hermanos y hermanas como las multitudes de todas las naciones en general: porque de la masa del género humano asumió carne, por la cual se dignó hacer a los demás hermanos: de los cuales dice al Padre: Anunciaré tu nombre a mis hermanos, y en medio de la Iglesia te alabaré. Y en el Evangelio dice: Porque quien haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y hermana, y madre. Y todos los que lo conocieron antes, vinieron a él: así también debemos entender de ellos, porque lo conocieron antes todos los santos y profetas, que ciertamente lo veían en espíritu: a quien también anunciaban que vendría en carne, como el mismo Señor dice: Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron: y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron. Pero quienes lo veían en espíritu, deseaban ver la presencia de su venida en carne, como también el santo Abraham, de quien el Señor dice: Abraham deseó ver mi día: y lo vio, y se alegró. Así que los santos mencionados vinieron, porque teniendo el mismo espíritu de fe, profetizaron como justos viviendo por la fe, y previendo en espíritu el sacramento de la encarnación de Cristo, vinieron a la misma fe de Cristo por la misma penitencia, es decir, de fe en fe, para que bajo Cristo como cabeza fueran uno, y ellos mismos constituidos en el cuerpo de la Iglesia: donde, ya glorificado Cristo en la resurrección, y restaurado en su honor original después de la afrenta de la pasión, ahora en su casa, la Iglesia, todos los que vienen a él por la fe comen el pan de sus sacramentos. Pero se dice que comen pan con él, porque él mismo dijo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. O porque él mismo es el consagrador de esos mismos misterios, en los cuales también lo recibimos bendiciendo y consagrando: porque él mismo dijo: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Y la palabra de las Escrituras es el pan de Cristo, con el cual en la casa del Salvador, la Iglesia, se alimentan, y con su exhortación se restauran aquellos que antes carecían de fe, que en este mundo, estando alejados de Dios, sufrían hambre de la palabra divina, y todos los que lo conocieron antes, vinieron a él, es decir, quienes lo conocieron en la tierra, merecieron venir a él en el cielo. Y movieron, dice la Escritura, la cabeza sobre él: regocijándose evidentemente, porque se hicieron partícipes de los banquetes espirituales y sagrados de Cristo: como dice el Señor en el salmo: Cumpliré mis votos delante de los que le temen: comerán los pobres, y se saciarán, y alabarán al Señor, los que lo buscan.

Y lo consolaron por todo el mal que el Señor le había infligido. Nuestro Salvador no es poco consolado, quien cree con alegría en su pasión, que sufrió por la redención del mundo, y la contempla fielmente con los ojos de la fe; porque él mismo se llenó de tal consolación, que cuando vio la multitud de creyentes, se regocijó en espíritu, como aprendemos del santo

evangelista que escribió. Decimos que Dios Padre infligió a su Hijo el mal de la pasión y la muerte, según el Apóstol: Quien no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. Sobre lo cual tomamos gran consolación, que nos dará sus bienes, quien tomó nuestros males.

Y le dieron cada uno una oveja y un pendiente de oro. Cada uno de los que vienen a Cristo por la fe, le ofrece su inocencia y la obediencia de su mente. Porque el Apóstol enseña a los hechos santos de los pecadores, a vivir así, diciendo: Os ruego, hermanos, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. Así, los que vienen a Cristo, se convierten en ovejas del Señor, ovejas santas, aquellas ovejas racionales, que suben del lavacro, teniendo gemelos, cuando por la obediencia a los mandamientos de Dios, renacidas en Cristo, han sido obreros inocentes y simples y fieles.

Pero el Señor bendijo los últimos días de Job más que su principio. Y tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. Los principios de Cristo Dios y nuestro Señor, se significan como los comienzos de la Ley de Moisés. Pero sus últimos días se muestran como el Evangelio. Por eso dice el Eclesiastés: Mejores son los últimos días del discurso que su principio. Por lo tanto, los misterios del Evangelio revelados en Cristo son mejores que las significaciones y figuras de la Ley: mejores son los sacrificios de corazones contritos que los holocaustos de animales. Mejor es la manifestación de la verdad en el Evangelio que la sombra de las alegorías en el Antiguo Testamento. Así, el Señor bendijo los últimos días de Job más que su principio, para que en ambos pueblos, judíos y gentiles, abundara la gracia: a los cuales pueblos, según las cualidades de sus costumbres, esta Escritura quiso llamar bajo los nombres de diferentes animales. Recuerdo haber dicho al principio de esta obra qué significado contienen en sí mismos los nombres de estos animales. Creo que el número duplicado de estos animales es por ambos pueblos, o por la gracia más abundante del Evangelio, como ya hemos dicho, de la cual el Apóstol dice: Nuestra suficiencia es de Dios: quien también nos hizo idóneos, y ministros del nuevo Testamento, no de la letra, sino del espíritu: porque la letra mata, pero el espíritu vivifica.

Y tuvo siete hijos y tres hijas. Que se refiera que tuvo siete hijos y tres hijas, indica el número septenario de las gracias, de la Ley, y de la Profecía, y de la Gracia, como dije al principio de esto. A quienes su padre al morir hizo coherederas de sus hermanos, es decir, las almas que por el espíritu de las gracias incorpora en el testamento de las Escrituras divinas, ciertamente las hace partícipes de sus promesas. Los nombres de esas hijas también se colocaron significativamente, conteniendo un gran sacramento en sí mismos.

Y llamó al nombre de una Día, y al nombre de la segunda Casia, y al nombre de la tercera Cuerno de antimonio. No se encontraron mujeres tan hermosas como las hijas de Job en toda la tierra. Y su padre les dio herencia entre sus hermanos. Job vivió después de estos azotes ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación: y murió anciano y lleno de días. Por lo tanto, el día es la ley de Dios, que ilumina la noche de la ignorancia humana hacia el conocimiento de la verdad. Casia es el don de la santa unción. Cuerno de antimonio se adapta muy adecuadamente a las riquezas evangélicas y de la Iglesia, que es el tesoro de las cosas espirituales. El cuerno, sin embargo, pertenece al emblema real y a la dignidad de la Iglesia: como dice el profeta: Ha exaltado el cuerno de su Cristo. Por lo tanto, el santo Job tuvo manifiestamente la figura del Salvador; y en esto que de riquísimo se hizo pobre y necesitado, para que nos enriqueciéramos: el diablo ejerció todo su poder sobre su cuerpo: pero no logró nada, como el mismo Señor dice: Porque viene el príncipe de este mundo y en mí no tiene nada. Así como el bendito Job, después de la pérdida de los hijos infieles, fue enriquecido en hijos: así también el Salvador, después de la pérdida de los hijos

infieles, fue enriquecido en las naciones. Por lo tanto, el santo Job figuró también la pasión y paciencia de nuestro Señor, por el número de hijos, y por los nombres de las hijas, prefiguraba la gracia septiforme del Espíritu Santo de la Ley, y de los Profetas y del Evangelio en nuestro Salvador, que habría de venir en plenitud. En quien reposó el espíritu de sabiduría e inteligencia: el espíritu de consejo y fortaleza: el espíritu de ciencia y piedad: lo llenó el espíritu del temor de Dios, lo cual se entiende, lleno de días.

Finalmente, aliviado del peso de una larga explicación, como respirando después de haber depositado una pesada carga, dirijo a ti, beatísimo padre Venerio, la clausura de mi discurso, pidiendo que si ves algo en esta obra digno de la verdad probable, también admires los dones larguísimos de nuestro Señor en mi pequeñez: te ruego, no me halagues con favor amistoso, ni me defiendas con benevolente excusa. Porque no quiero que rebajes la eminencia de tu juicio de la sublimidad de su dignidad: sino que más bien hagas mi pequeño trabajo loable, mientras corriges sus desordenadas partes, y lo castigas con perfecta enmienda.